

# Vida y mentira de Ernesto Che Guevara

Fernando Díaz Villanueva

se

Prólogo de  
Gloria Álvarez



Lectulandia

Medio siglo ha transcurrido desde que Ernesto Guevara, más conocido como el Che, fuese ejecutado por el ejército boliviano tras una fallida incursión guerrillera en aquel país. A lo largo de estas cinco décadas la figura del revolucionario argentino ha adquirido una dimensión global. Es, amén de un referente ideológico, un icono de la cultura contemporánea.

Sus obras están disponibles en multitud de idiomas y se le han dedicado películas, canciones, poemas y un sinnúmero de murales repartidos por todo el mundo. En ambientes muy ideologizados es incluso objeto de una suerte de culto que, en algunos casos, linda con la superstición. Su figura se asimila a la de valores universales como la solidaridad, la justicia o la libertad. Se le tiene como libertador de los pueblos oprimidos y mártir de una revolución siempre pendiente.

Pero, ¿qué hay de cierto en ello?, ¿es el Che Guevara un santo laico tal y como nos han transmitido las numerosas biografías que se han escrito sobre él? En el presente libro, el periodista y divulgador histórico Fernando Díaz Villanueva recorre la vida del guerrillero desde su nacimiento en la próspera Argentina de los años veinte hasta su violenta muerte en una escuela rural de una aldea boliviana. Lo hace con un estilo didáctico y ameno sin renunciar en ningún momento al rigor, que viene avalado por el uso intensivo de la bibliografía del propio Che Guevara, de informaciones publicadas en la prensa de la época y de las diferentes investigaciones que se han llevado a cabo sobre la vida del revolucionario.

Un libro, en suma, desmitificador en el más amplio sentido de la palabra.

**Lectulandia**

Fernando Díaz Villanueva

**Vida y mentira de Ernesto Che  
Guevara**

**Prólogo de Gloria Álvarez**

ePub r1.0  
Titivillus 19.06.18

Título original: *Vida y mentira de Ernesto Che Guevara*  
Fernando Díaz Villanueva, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

a mi padre, por enseñarme a desconfiar

# PRÓLOGO

La mentira que no cesa

Gloria Álvarez

Cuando una mentira ha sido repetida tantas veces, la única manera de que la verdad persevere es escribiéndola apasionadamente.

Con el exquisito detalle histórico que lo caracteriza, desde las primeras líneas de esta obra, Fernando Díaz Villanueva nos revela las entrañas de la familia de Ernesto Guevara y su curiosa obsesión por ligarse a un pasado aristocrático peninsular que jamás sucedió. Porque como bien lo señala el autor, Poco importa lo obvio cuando se trata de cimentar la leyenda.

El lector está frente a la que quizá es la biografía más completa jamás escrita sobre el mitológico personaje, admirado por quienes lo desconocen y repudiado por quienes se han tomado el tiempo de investigarlo.

Desde el lujoso estilo de vida de los Guevara en los primeros cuatro años de vida de Ernesto, hasta el trágico incendio donde su padre lo perdería todo, pasando a los exclusivos barrios de San Isidro y Palermo en la Argentina de los años 50, la afición de Ernesto por el rugby, el tenis y el golf, Díaz Villanueva nos va dibujando el ambiente en el que crece «Ernestito» y nos va quedando claro que a los inicios de su vida el Che no tuvo ningún contacto obrero (contacto que rara vez procuraría a lo largo de su vida), y que, si a algún ataque se hubo de enfrentarse, fue a los propiciados por su constante asma.

Recurriendo a la relatos de los propios admiradores del Che, a quienes bautiza como ávidos «Guevarólogos», el autor nos va desmenuzando una a una las anécdotas que fueron formando al joven Ernesto.

Un muchacho lleno de contradicciones. Con la manía de transformar la realidad y relatarla de acuerdo a sus propias fantasías. Con dejes de egoísmo (muchas veces irracional) que lo llevan a romper corazones, a mentir respecto a sus estudios, a exagerar experiencias y a ponerse de protagonista en momentos donde no pasó de mero espectador.

En este joven Guevara, el amante de la filosofía de la libertad encontrará a alguien que no le resultará tan ajeno ni desconocido. Ernesto buscaba llegar a Estados Unidos para ganarse la vida. Aceptó la ayuda de un naviero de la United Fruit Company para viajar por Centroamérica. E incluso abandonó a su primera novia con palabras que el autor compara con el sentir de cualquier ávido randiano en busca de su libertad y sus sueños:

Se lo que te quiero y cuánto te quiero, pero no puedo sacrificar mi libertad

interior por vos; es sacrificarme a mi, y yo soy lo más importante que hay en el mundo, ya te lo he dicho.

A mi natal Guatemala vino para ganar dinero y no por la causa comunista como tantos sin cimientos afirman. Y aunque el dinero lo aportaba su novia Hilda lo que si se ganó en Guatemala fue el apodo de «Che» con el que el mundo posteriormente lo inmortalizaría.

Ese es precisamente el reto al que Fernando Díaz Villanueva nos enfrenta en cada capítulo de su obra: el de escoger las evidencias que la lógica y los hechos nos arrojan sobre la realidad, o el de permanecer cegados ante el mito afirmando disparates que pretenden convencernos que un niño de calificaciones escolares mediocres a los 9 años leyó «Psicopatología de la vida cotidiana» de Sigmund Freud, o que un joven viajero y perezoso haya regresado para graduarse de médico cursando asignaturas y exámenes en tiempo récord de los cuales no queda ningún registro académico en la Universidad de Buenos Aires.

¿Por qué mentir durante quince años sobre un título de médico cuya obtención presenta tantas sombras a la luz de la más simple de las investigaciones? O, reformulando la pregunta, ¿por qué la mayoría de biógrafos del Che perpetúan este estúpido mito?, ¿acaso pecan ellos de la obsesión por los títulos y las licencias tan propia de la burguesía que detestan?

El autor nos invita a comprender al joven Guevara en su justa dimensión sin más ni menos. Joven que va cimentando con la incongruencia de sus palabras versus sus acciones, la disonancia cognitiva que sería tierra fértil para convertirlo en uno de los más sanguinarios y crueles personajes de la historia política Iberoamericana.

Pero no solo se nos recrea la vida de Ernesto, sino el entorno histórico que se desenvuelve a su alrededor. Es una vuelta a la mente de Guevara pero también una vuelta al mundo que lo rodea. Desde la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, la llegada de Juan Domingo Perón a la Argentina, o los detalles de la caída del gobierno de Jacobo Árbenz en Guatemala... hasta una de las descripciones más fieles de la Revolución cubana desde los días del entrenamiento en México, la compra del Granma, los acuerdos con Prío Socarrás en Miami, los días en la Sierra Maestra y la toma de la Habana. El lector tendrá un repaso geopolítico que incluso le arrojará pistas para comprender el poder que hoy por hoy, la dictadura Cubana tiene sobre la tan golpeada Venezuela.

Mientras leía cada relato, impecablemente descrito por Díaz Villanueva en contraposición a los mitos, cada mentira convertida en verdad, me era inevitable preguntarme: ¿en qué momento ocurre la transformación de joven incongruente a sanguinario asesino?, ¿en qué momento perdió el alma?, ¿en qué momento la

charlatanería de decir que concluyó una carrera de medicina de la que jamás se graduó, o fanfarronear exagerando historias, pasó a frías ejecuciones en el cuartel de La Cabaña a la luz de la luna y a buscar en el odio el factor de lucha más poderoso para someter y doblegar a todo individuo que no concordara con su tan amada revolución?

Acompañaban mis dudas las interrogantes que Fernando nos plantea y que de haber sucedido habrían cambiado el destino de miles de seres humanos que de manera directa o indirecta a manos del Che perdieron la vida, la libertad y sus pertenencias para siempre.

¿Qué hubiera pasado si el joven Guevara en lugar de leer a Marx y Lenin hubiese optado por empezar con John Locke y su «Ensayo sobre el Gobierno Civil»? ¿Qué hubiese pasado si en lugar de haraganear por media América hubiese montado una pequeña empresa en Argentina o, de haber terminado la carrera, se hubiese empleado como médico?

Pero, además de preguntarnos qué habría sido del destino iberoamericano si el Che hubiera tomado otras decisiones, mientras el lector se adentra en la obra también se va cuestionando qué habría hecho él mismo en el lugar del Che. Todos los que hemos sido rebeldes siendo jóvenes podemos vernos reflejados en este relato que, además de esclarecedor, sirve como un ejercicio de introspección personal donde cada cual puede ver reflejados los momentos propios donde pudo haber tomado la decisión de falsear la realidad o aclararse las ideas.

Con cada párrafo nos vamos quitando de los ojos las vendas del mito y entra entonces la luz de la realidad que sin mas ni menos nos revela:

Un casi médico que terminó matando. Un comunista que buscaba un visado para hacer dinero en Estados Unidos. Un defensor de los indígenas que despreció a su hija por sus facciones étnicas. Un enemigo de la propiedad privada que volvía suyas las pertenencias de quienes fusilaba. Un reivindicador de los trabajadores que casi nunca trabajó. Un humanista que fue inhumano.

Ojalá esta obra contribuya a que la juventud política iberoamericana haga ese ejercicio de introspección. A que escoja la realidad por encima del mito. Por eso espero sobre todo que los más fieles seguidores de la figura del Che Guevara la lean y la escudriñen. Quizá en un principio con el deseo de contradecir a Fernando, para después adentrarse en un viaje personal que los lleve sobretodo a cuestionarse a sí mismos y sus propias contradicciones.

Porque Iberoamérica precisa de una generación que realmente defienda la vida, la libertad individual y el derecho a disfrutar del fruto del esfuerzo propio, como los pilares para que una sociedad pueda prosperar. Y para eso dicha generación debe en lugar de idolatrar asesinos, condenarlos.

Guatemala, septiembre de 2017





## PREFACIO

¿Por qué el Che Guevara?

Hace quince años, a finales de 2002, me propusieron escribir una biografía sobre el Che Guevara. Era para una pequeña editorial de Madrid de esas que hacen grandes colecciones de biografías y luego las venden a granel. Le dije a mi agente, un antiguo compañero de la facultad de Historia, que a mi el Che me parecía un fanático con buena fama por lo que quizá no saldría lo que esperaba el editor. Me tranquilizó indicándome que sería absolutamente libre de escribir lo que me viniese en gana sobre el personaje, que no me autocensurase bajo ningún concepto.

Con esas condiciones era imposible decir que no, y más cuando entonces no había cumplido los treinta años. No podía quejarme. Un encargo semejante es un caramelo para cualquiera que empiece. El problema era que, aunque el Che no era santo de mi devoción, tampoco lo conocía muy a fondo. Pero eso tenía arreglo. No había más que ponerse a leer sobre el personaje en cuestión y la cosa iría saliendo.

Me puse manos a la obra durante ese invierno. Compré todas las biografías disponibles sobre el Che Guevara, que ya eran unas cuantas, y las leí de cabo a rabo. Adquirí también la obra propia del Che, sus libros o, mejor dicho, libritos, que se vienen publicando con gran éxito de ventas desde los años sesenta. De todo di cuenta con gran regocijo porque la historia del Che era también la de la Hispanomérica contemporánea. Y yo, parafraseando a Terencio, soy español, por lo que nada hispano me es ajeno. Las cosas de la patria grande me interesan tanto como las de la patria chica.

El Che que, con las lecturas, fui descubriendo me sorprendió. Fue, efectivamente, un fanático ideológico, un perito en odios de los que tanto abundaron durante el siglo pasado, pero la cosa iba mucho más allá. Era un fanático que nunca debió serlo porque la fortuna le había sonreído desde la misma cuna. No era como muchos se imaginan un maltratado por la fortuna, un desposeído, sino un señorito nacido en uno de los países más ricos del mundo dentro de una familia de clase media-alta. En resumen, que pudo hacer algo que a otros les está vedado por las circunstancias: elegir.

Descubrirlo me cautivó. Ya no era un guerrillero común y corriente que hizo la revolución cubana y luego se inmoló por la causa en un secarral boliviano. O no sólo. El personaje tenía más aristas: la de adolescente acomodado en el Buenos Aires de mediados de siglo, la de joven aventurero y ocioso que recorre en moto América junto a un amigo, la de viajero a ninguna parte que, buscando emociones fuertes, las encuentra primero en Guatemala y luego en México y Cuba, la de egoísta iluminado que persigue su misión sin escatimar medios, la de monje revolucionario inasequible a la razón.

A partir de ahí fui recorriendo su última década de vida, su vida pública, la que va desde que arranca la lucha guerrillera en Sierra Maestra a principios de 1957 hasta su

temprana muerte en Bolivia en 1967. El fanático extraviado que yo me maliciaba resultó serlo mucho más. Como complemento a los textos canónicos investigué en la prensa de la época y me entrevisté con gente que le había tratado en vida, como un colaborador suyo en el Banco Nacional de Cuba o una de sus secretarias en el ministerio. El primero estaba exiliado en Florida, la segunda en España. El exilio de ambos no era casual. El retrato estaba ya completo. El Che Guevara merecía ser biografiado, pero no para hablar bien de él, tampoco mal, simplemente para contar su vida de una manera desapasionada y escéptica. Eso es, en definitiva, lo que pretende el presente libro.

Un libro que, en su primera versión, tuvo una vida corta aunque algo agitada. Al llegar al editor éste se dolió por el contenido. No lo esperaba, quería, digamos, algo más estándar. Tardó en salir al mercado cerca de dos años y cuando lo hizo la editorial no puso demasiado esfuerzo en venderlo como título aparte. Tampoco podía exigirlo, formaba parte de una colección a fin de cuentas. Unos meses después era imposible de encontrar y así hasta el momento presente.

Lo cierto es que la primera versión a mi no me terminaba de gustar, de modo que durante años planeé editar otra nueva completamente nueva, reescrita desde la primera a la última letra. Una nueva biografía del Che partiendo de la investigación anterior pero mejorando lo anterior y añadiendo más contenido, porque en los últimos quince años el Che no ha resucitado para desgracia de sus admiradores, pero se han ido descubriendo aspectos nuevos de su vida, su pasión y su muerte.

En lo que se ha avanzado poco es en el estudio y difusión de su mentira. Aparte del libro anterior tan solo ha aparecido un trabajo de Álvaro Vargas Llosa titulado «Che Guevara: más mito que realidad» que tuvo una vida casi tan fugaz como el mío. Pero, ay, los libros no son de los autores, son de las editoriales, que disponen a placer de ellos en función de su criterio.

Pero las cosas a veces cambian a mejor. El que se dispone a leer sí pertenece a su autor. Y así seguirá siendo. El tiempo y, sobre todo, la independencia para poder escribir el libro lo he obtenido gracias a la generosidad de los donantes, patronos y mecenas de mis programas de radio, empresas ambas que ellos hacen posibles con sus contribuciones periódicas. Gracias a ellos este libro está en sus manos.

# CAPÍTULO PRIMERO

## Rebelde sin causa

Para unos ojos verdes cuya paradójica luz me anuncia el peligro de adormecerme en ellos.

## Los Guevara en América

Tan sólo unas ruinas muy deterioradas se conservan hoy del que fue el magnífico castillo de los Guevara en el término municipal de la población alavesa que ha dado nombre a la familia. Apenas una torre solitaria flanqueada por las ruinas de lo que un día fueron los orgullosos muros de una formidable fortaleza levantada en el siglo xv por Íñigo Guevara, conde de Oñate, en mitad de la llanada que preludia los montes vascos desde la meseta castellana. Algunos historiadores —con mayor o menor fortuna, generalmente con menor— han tratado de llevar los orígenes de un Guevara muy posterior y bastante más meridional, Ernesto Guevara de la Serna, más conocido como «el Che», hasta este remoto rincón del norte de España.

La delirante historia es, más o menos, como sigue. Un Factor Real de tiempos del emperador Carlos V emprendió a comienzos del siglo xvi un largo viaje que le llevaría desde su villa natal en la Álava profunda, por donde el lobo merodea al confiado rebaño y los hombres se forjan a golpe de intratables inviernos, hasta el Nuevo Mundo, esa golosina que poco antes un genovés errante había regalado en bandeja de oro a los reyes de España. Debió ser con toda seguridad el primer Guevara que abandonó la península con destino a las Indias, que es como los españoles conocimos América hasta bien entrado el siglo xix, y no porque aquello fuese la India o allí hubiese indios (que al final los hubo y en gran cantidad), sino porque los españoles somos muy amigos de tomarle cariño a la toponimia y no cambiarla jamás.

Este primer Guevara del que muchos dicen tener constancia fiel atravesó España de punta a punta: desde su señorío norteño hasta el puerto andaluz de Sanlúcar de Barrameda, donde se enroló en la expedición de Pedro de Mendoza. Semanas después llegaron a Brasil, que, aunque ya oficialmente era portugués, sus nuevos dueños no se lo habían apropiado aún, por lo que el antepasado del Che Guevara se lo encontró tal y como Dios lo creó.

A este Guevara, Carlos Guevara para más señas, trotamundos y zascandil, terminó sus días a manos de los indios guaicurús cuando acababa de dar cuenta de un fabuloso tesoro de metales preciosos. Como la cosa debió de ser expeditiva y sin demasiadas negociaciones de por medio, no nos ha llegado los detalles. No sabemos si los nativos se limitaron a seccionar de un tajo su gznate para exponer los restos colgados de un árbol o lo echaron directamente a la olla con la cabeza puesta.

Bonita historia, pero probablemente más falsa que un euro de hojalata. Es más, estoy convencido de que es pura fábula. Acepto apuestas. A pesar de ello, siglos después, otro Guevara ya bien asentado en América la hizo propia. Algo así como si todos los mexicanos que se apellidan Cortés se creyesen herederos directos del extremeño, todos los guatemaltecos que llevan por nombre Alvarado se dijese nietos de los hermanos que conquistaron el país, o los castellanos que llevamos Díaz por nombre de familia considerásemos que nuestro linaje se extiende impoluto desde

tiempos de Ruy Díaz, el Cid Campeador de Vivar.

Poco importa lo obvio cuando se trata de cimentar la leyenda. Isidoro Calzada, español y sublime hagiógrafo del Che ya fallecido no solo hace hincapié en esta historieta inverosímil, a la que no falta ni un solo ingrediente fantasioso, sino que pretende enlazar en el tiempo y en el espacio a aquel valeroso Factor Real de Carlos V con una presunta aristocracia ganadera de la que, según asevera vehemente, sí que provenía de manera directa Ernesto Guevara. No da nombres. Lógico, no existen. Aun así se congratula de situar al revolucionario heroico como legatario de una casta ilustre, dedicada al noble arte del pastoreo intensivo, y arraigada en lo más noble y puro de la Madre Patria. De risa sí, pero con cosas de esta laya ha de enfrentarse cualquiera que se disponga a conocer la figura de Ernesto Guevara.

Algunas incluso son peores, más artificiosas todavía. Siguiendo el delirante guión de Calzada, los ancestros lejanos del Che podrían haberse dedicado al oficio de las armas. En noble lid por supuesto y del lado de los buenos, es decir, de las repúblicas criollas que se separaron de España en la primera mitad del siglo XIX. Ya es curioso que Calzada no hiciese mención a ningún salteador de caminos ni a ningún pirata de los que tanto frecuentaban las costas americanas en tiempos pasados que llevase por nombre Guevara. Que haberlos digo yo que en tanto tiempo alguno tuvo que haber. Hasta ahí podíamos llegar. Un revolucionario a la carta se merece un árbol genealógico a la carta aunque ésta sea, como ya veremos, en gran parte inventada.

## **Rosarino por casualidad**

Lo que si parece seguro y comprobado por las declaraciones directas de los contrayentes es que Ernesto Guevara Lynch, señorito bonaerense de buena familia, contrajo nupcias con Celia de la Serna, señorita bonaerense de buena familia, en diciembre de 1927. Parece, eso sí, que la familia de Celia no andaba muy esperanzada con el porvenir matrimonial de su hija ya que el novio, un apuesto galán de buenas y refinadas formas, no contaba con la solvencia y el refinamiento que la familia de la Serna exigía al marido de su hija.

Ernesto había mandado construir una casa en Caraguatay, en el norteño territorio de Misiones. Desconocemos que llevó a Guevara Lynch a fijar su residencia y la de su familia en tan recóndito paraje. Algún guevarólogo, cualquiera de esos que hoy son legión, nos llama la atención sobre el espíritu aventurero del padre, que heredó el hijo prácticamente intacto. Ernesto Guevara Lynch, espoleado por las suculentas ganancias que una adecuada explotación del mate podría reportar a sus exhaustas arcas familiares, decidió hacer el petate y llevarse a la familia al fin del mundo que es más o menos donde estaba, y sigue estando, Caraguatay.

Nada de idealismo altruista o de afán por volver a la naturaleza: dinerito contante y sonante —plata, que dicen en la Argentina—, que es lo suyo, especialmente cuando

uno es padre de familia. Ernesto se encargó personalmente de diseñar el nuevo hogar. A la finca solo se podía acceder en barca, pues estaba construida en la misma orilla del río Paraná, uno de esos ríos sudamericanos inmensos de color ocre cuya mera contemplación quita la respiración a cualquiera. Vivo retrato del pionero éste de Caraguatay. Aislado del mundo, dedicado a la tierra y entregado en cuerpo y alma a prosperar desafiando los elementos y las calamidades de un entorno hostil. Tan hostil que aquellos yerbatales del norte solían emplear mano de obra semiesclava para poder salir adelante. No hay constancia de que los Guevara de la Serna recurriesen a ella, pero nada invita a pensar que, como terratenientes de su época, no lo hiciesen.

Si el joven matrimonio Guevara se fue tan lejos para labrarse un futuro es porque no nadaban precisamente en la abundancia. Una vez más lo obvio se deja a un lado. A pesar de que se repite con machacona insistencia que tanto la madre como el padre del Che eran terratenientes, o al menos herederos de familias de la aristocracia rural, el hecho indiscutible es que Ernesto Guevara y Celia de la Serna pasaban una situación económica muy complicada. Veamos en qué precarias condiciones se casaron.

Hubieron de pedir prestada la casa para celebrar un banquete ya que carecían de los medios para costearse una sala de fiestas, y la novia se presentó en el altar embarazada de dos meses. Duro panorama para cualquier pareja de recién casados lo que, dicho sea de paso, no deja de tener su mérito. La familia de ambos era buena, pero no tanto como para garantizarles una vida sin trabajar. La fortuna de los Guevara, que había alcanzado su cénit con el bisabuelo Patricio Julián Lynch, un patricio en el sentido más amplio de la palabra, estaba ya muy menguada. Respecto a Celia, provenía de una acaudalada familia de estancieros bonaerenses, pero la desgracia se había abatido sobre ellos con especial crudeza. Su padre murió cuando ella tenía sólo dos años y su madre cuando contaba quince. Se fueron pronto dejando siete hijos tras de sí. Celia quedó al cuidado de su tía Sara hasta que, embarazada, decidió casarse con Ernesto Guevara.

Conforme se acercaba el momento en que Celia debía dar a luz a su primer retoño, Ernesto comenzó a preocuparse por lo apartado del hogar que con tanto esmero había construido. El joven esposo que, al menos por una vez, fue previsor, se llevó a Celia en una barca que había adquirido para transportar el mate río abajo. El Paraná fue y sigue siendo una formidable autopista acuática que hace las veces de espina dorsal del noreste argentino. Desemboca en el mismo río de la Plata, pero antes se encarga de hacer parada en Santa Fe y Rosario, ciudades principales de la Argentina, más antigua la primera y más industrial la segunda.

Los Guevara siguieron ese camino como la sagrada familia recorriendo el Sinaí de camino a Egipto. Ernesto al timón de la frágil gabarra, mientras su esposa primeriza se debatía en la incertidumbre sin saber a ciencia cierta dónde iba a traer a su primer hijo al mundo. La idea era que la madre fuese convenientemente atendida en Buenos Aires, aunque tras una escala en Posadas, otra en Corrientes y la última en

Santa Fe, Ernesto Guevara hijo se apresuró a nacer adelantando el parto. Era 14 de junio de 1928 y los padres se encontraban en Rosario.

Hasta aquí el relato oficial de los primeros días de Ernesto Guevara. Algunos biógrafos se han reconciliado con la verdad. Más si cabe porque la propia Celia de la Serna años después reconoció que falseó deliberadamente la fecha de nacimiento de su hijo. Ernesto Guevara nació realmente el 14 de mayo, un mes antes, y si fue inscrito en el registro ya entrado el mes de junio se debió a una simple y prosaica razón: los padres no querían que los familiares se enterasen de que la boda había sido un penalti como una catedral, extremo que se habían empeñado en ocultar durante la boda. No les culpemos. Esas cosas sucedían entonces. En España, en México, en Colombia o en cualquier otro país —hispano o anglosajón—, dos padres jóvenes presionados por un entorno tradicional hubiesen obrado del mismo modo.

Isidoro Calzada mantiene como fecha segura del alumbramiento el 14 de junio, algo puramente anecdótico sino fuese porque lo vincula en su carta astral a la de otro gran revolucionario de tiempos pasados, nada menos que el califa almohade Al-Mansur, nacido, según cuentan las crónicas, el 14 de junio de 1160. Los padres de Al-Mansur quizá también se casaron de penalti en una jaima del desierto argelino dejando a la familia en Marrakech ajena a todo el cotarro. Lo desconocemos, tal vez los herederos de Calzada lo puedan aclarar y, ya de paso, aclararse ellos mismos mientras realizan la investigación.

Naciese el 14 de mayo o de junio carece de trascendencia a no ser, claro, que el lector sea un gran aficionado a la astrología, a la cábala o a la lectura de los posos del café. En tal caso puede consultar su carta astral y descubrir por sí mismo que en cualquiera de esos dos días nacieron multitud de niños en Rosario y en poco o en nada les influyó venir al mundo con los primeros días del invierno austral. El que sí que nació en junio, aunque un año antes, fue Isidoro Calzada, su más devoto hagiógrafo, pero a miles de kilómetros de allí, en un rincón de la lejanísima España.

Una vez Ernesto y Celia pasaron el dulce trance del alumbramiento reclamaron a su lado a algunos familiares, que acudieron solícitos a Rosario para asistir a la madre en el apuro de estrenarse como tal. Dos meses después dejaron la ciudad ribereña para desplazarse a Buenos Aires. En Rosario, en aquellos dos primeros meses de vida del joven Guevara, apareció la enfermedad que le acompañaría toda su vida: el asma, o, al menos, la precursora del mismo, una inoportuna neumonía.

En Buenos Aires el niño se repuso al cuidado de la familia y de especialistas de la capital que consiguieron mantenerlo con vida. Los padres, aliviados después de tanto ajeteo, regresaron a su hacienda, la finca Santa Rita, según el invierno se esfumó de aquellas latitudes. Pero la vida en el indómito territorio de Misiones era muy dura para unos señoritos de ciudad como los Guevara. Solos, con la única compañía de su pequeño hijo que además padecía asma, y sumidos en la inseguridad de si lo del mate iba o no a salir adelante. Si salía se harían tremendamente ricos. Si no salía se pudrirían en aquellos cañaverales dejados de la mano de Dios.



No debió salir porque Ernesto, harto de tanta espera, de tanto sacrificio y de tanta vida al aire libre en un entorno agreste y lleno de peligros, hizo las maletas y con Celia y el joven Ernestito se mudó de vuelta a casa, a Buenos Aires, al selecto barrio de San Isidro, donde alquiló un chalet. No era para menos. Como ya ha quedado dicho, tanto Ernesto como Celia provenían de familias acomodadas, que no aristocráticas porque en las Américas nunca hubo aristócratas, y es del todo normal que quisiesen codearse con gente de su clase social.

A pesar de que no había hidalguía de la que rascar, los delirios de grandeza de los Guevara no se limitaban a sus esas raíces españolas de tiempos de los Habsburgo que Calzada airea con tanto desparpajo como falta de fundamento documental. El padre, Guevara Lynch, decía descender también de Hugo Lynch, caballero normando que había auxiliado a Guillermo I en la conquista de Inglaterra allá por 1066. ¿Alucinación? Posiblemente, sin embargo Ernesto Guevara Lynch en su libro «Mi hijo el Che» lo lleva aun más lejos. Dice textualmente acerca de sus orígenes:

La rama troncal española procedía del Conde don Vela, que vivió bajo los reinados de Sancho y Ramiro III de León, y del linaje que empezó a apellidarse Guevara en el siglo XII con el Conde de Avala.

Bien, muy bonito, el reino de León. Para un argentino de mediado el siglo XX hablar del reino de León medieval era como referirse a la Tierra Media de Tolkien, pero la realidad es que Guevara no es un apellido leonés, sino vasco y los vascos nunca fueron súbditos del rey de León, sino del de Navarra primero y luego del de Castilla. Eso Ernesto Guevara Lynch no debía saberlo, probablemente porque nunca supo situar la vieja ciudad de León en un mapa... y la villa alavesa de Guevara aún menos.

Sorprenden esas ínfulas de grandezas en un hombre cuyos ascendientes más directos eran simples ganaderos de la Pampa, bien avenidos cierto es, pero ganaderos a fin de cuentas. No sé hasta donde hubiera podido llegar Ernesto Guevara Lynch de haber nacido en Burgos, en Salamanca o en algún pueblito escondido de la provincia de Guipúzcoa de esos en los que llevan tres siglos sin mezclarse con forasteros. Quizá le hubiese dado por emparentarse con el mismísimo Adán.

## **Mi Buenos Aires querido**

En Buenos Aires el inquieto Guevara Lynch tenía intereses en un astillero y esa fue la razón que muchos aducen para justificar su traslado repentino a la capital. La familia, sin embargo, no dejaba de crecer. En apenas tres años aumentó en dos nuevos miembros: Celia, nacida en 1929, y Roberto, que vino al mundo en 1932.

A pesar de ello, la vida de la joven familia debió de ser relajada en aquellos años. Ernesto se hizo socio del Club Náutico de San Isidro y se compró un yate de recreo de doce metros de eslora, un tamaño nada despreciable, al alcance de unos pocos

bendecidos por la fortuna. Celia combinó los partos con la vida social de la capital que, especialmente para ciertas familias, era agradable y despreocupada, propia de un país que atravesaba el periodo más dulce de su historia, al menos desde el punto de vista económico. Celia era una gran nadadora, buena conversadora y una mujer de su tiempo que incluso se atrevió a llevar el pelo cortado al estilo garçon, tan de moda en los libertinos años veinte.

Echando un ojo a la soberbia arquitectura porteña de principios del siglo xx no cuesta demasiado imaginar la acomodada vida de la burguesía bonaerense en los años treinta. Argentina era por entonces un país muy próspero, millones de emigrantes de toda Europa arribaban a ella en busca de oportunidades. Mano de obra a raudales y una relativa estabilidad política que el país no volvería a conocer, posibilitaron que la gran nación del cono sur se mantuviese al margen de la primera guerra mundial y de la crisis económica que azotó Europa en el periodo de entreguerras.

Los Guevara vivieron a fondo aquellos años mágicos. Uno de los mejores amigos de Ernesto Guevara Lynch en aquel entonces era el célebre jugador de polo argentino Luis Duggan. Su socio en el astillero no le iba a la zaga, se trataba de Germán Frers, reputado campeón de regatas. De lo que podemos concluir que el entorno social en el que el Che pasó sus primeros años de vida fue cualquier cosa menos obrero. Al menos en esto todos los biógrafos, guevarófilos incluidos, están de acuerdo.

Los Guevara cambiaron de casa, dejaron su chalet en San Isidro para mudarse a un apartamento en el barrio de Palermo, el más exclusivo del Buenos Aires de la época. Todavía hoy este precioso rincón de la capital argentina conserva ese encanto burgués que le imprimieron sus habitantes de hace cien años. Entre estos habitantes se encontraba nuestro Che Guevara. Con tres años de edad y padeciendo una crisis asmática tras otra.

Celia, la madre, se sentía culpable. Como hemos visto, ya en Rosario al poco de su nacimiento el niño había contraído una bronconeumonía que casi se lo lleva por delante. En Buenos Aires la salud del joven Ernesto se complicó. Un resfriado le postró en la cama durante interminables días. Muchos fueron los que pensaron que serían los últimos del primogénito de los Guevara de la Serna. Según parece Celia había sido de niña también asmática y eso crea una probabilidad muy alta de que el niño herede el mal. En el Che operó de este modo y quizá por esta razón su madre se consideraba causante de la enfermedad que afligía a su pequeño.

En estas estaban, de regata en regata y de paseo en paseo, cuando el astillero de San Isidro sufrió un incendio y Ernesto se quedó sin nada. Vivía de alquiler y todo su patrimonio en bienes raíces se limitaba a la ya conocida plantación de mate en el territorio de Misiones, que era, por lo demás, una auténtica ruina. El astillero, para colmo, no estaba asegurado, por lo que al drama de ver los barcos consumiéndose bajo las llamas se sumó el de no poder recuperar ni un peso de lo invertido.

La enfermedad de Ernestito no contribuía a la armonía familiar. Los médicos habían dictaminado, ya en 1932, cuando el pequeño sólo contaba con cuatro años de

edad que padecería asma de por vida. En ese punto Ernesto y Celia tomaron la decisión de abandonar Buenos Aires. En la decisión influyó la tragedia del astillero y las crisis asmáticas del niño. Pero ¿dónde ir? Buenos Aires no era un buen lugar para la salud del crío. Demasiado húmedo, demasiado contaminado, demasiado frío en invierno. Misiones, lógicamente, tampoco, en la finca Santa Rita se juntaba el hambre con las ganas de comer. Una humedad relativa altísima y muy poco aconsejable para un asmático, y el hecho de vivir lejos de la civilización con los perjuicios que de ello se derivan para un convaleciente de una enfermedad crónica. La familia miró al oeste, a las tierras altas de las sierras pampeanas, una región de clima templado pero seco, el lugar perfecto para un asmático... y para empezar una nueva vida lejos de la gran urbe.

## **Alta Gracia, dulce hogar**

Ernesto Guevara Lynch era hombre inestable pero arrojado y de indudable iniciativa individual, un genuino emprendedor. Cambió el negocio de la náutica por el de la construcción de casas. En una nueva ciudad, lejos de Buenos Aires y de Misiones. Trasladó a toda la familia, que ya estaba formada por cinco miembros, hasta Alta Gracia, una pequeña localidad de veraneo a cuarenta kilómetros de Córdoba. En Alta Gracia aprendería el Che a hablar y cordobés sería su acento característico. Allá en la falda de las serranías cordobesas abriría por primera vez Ernesto Guevara de la Serna sus ojos al mundo.

La vida de los Guevara no fue, sin embargo, muy estable en Alta Gracia. Cambiaron de casa con relativa frecuencia. Nada más instalarse, lo hicieron en un hotel, el Hotel Grutas, donde residieron casi medio año. Poco después alquilaron una casa que diese cabida a la familia, que continuaba en crecimiento. En Córdoba nació el último de sus hermanos, Juan Martín.

Esta casa, llamada Villa Chichita, duró un año a los Guevara, la dejaron por otra más grande, Villa Nydia, donde residieron hasta 1937, año en que se mudaron al chalet de Fuentes. Dos años más tarde alquilaron un nuevo chalet, el de Ripamonte, que alojó a la familia hasta que en 1939 volvieron a Villa Nydia. El chalet de Villa Nydia es el que ha terminado por hacerse mundialmente famoso como residencia infantil del Che. Desde el año 2001 hay instalado un museo dedicado a Ernesto Guevara hasta donde peregrinan miles de jóvenes, y no tan jóvenes, sin demasiados problemas económicos para viajar hasta un lugar tan apartado, ver y tocar las reliquias infantiles del apóstol de la rebeldía.

Tanto ajeteo debió influir en el carácter de los niños. Pero lo peor no fue el cambio continuo de residencia, sino los hábitos que se respiraban en aquella casa. El biógrafo Pacho O'Donnell nos los resume del siguiente modo:

En casa de los Guevara no había horarios fijos y cada uno comía cuando tenía hambre; nadie se extrañaba si, para ahorrarse el trayecto por el exterior, alguno de los niños cruzaba el salón de estar en bicicleta; para entrar no se tocaba el timbre, y podían verse juntos a miembros de la alta sociedad cordobesa alternando con caddies del campo de golf cercano, obreros, emigrados españoles; todos ellos exentos del cumplimiento de normas sociales.

Todo muy moderno y muy del gusto de los adolescentes perpetuos que conforman la izquierda occidental, pero no muy adecuado para educar a cuatro niños. Lo mejor de todo es que O'Donnell, lejos de censurar el desbarajuste y la falta de disciplina, lo toma como una de las grandezas bautismales que hicieron después a Ernestito el Che legendario que a tantos pone los ojos en órbita. O'Donnell habla con conocimiento de causa. Su familia trató a los Guevara en aquellos años y nadie mejor que don Pacho para opinar sobre el tema.

La vida en Alta Gracia, aparte de desorganizada y a ratos caótica, era esencialmente tranquila, tal y como puede presumirse de una localidad de provincias. Los Guevara no se privaban, a pesar de sus altibajos económicos, de contar con servicio doméstico. Su cocinera, Rosario López, siguió viviendo en la Alta Gracia y, ya en su vejez, concedía de mil amores entrevistas sobre la infancia del Che. En una de octubre de 2002 la antigua cocinera afirmaba sin empacho que, a los cuatro años, Ernestito ya leía el periódico. No voy a poner en duda la memoria de elefante de esta buena señora, pero al caso viene recordar que, en 1938, cuando el niño contaba con nueve años, presentó 21 ausencias injustificadas en tan solo dos meses. Quizá es que pasó todo este tiempo leyendo el diario y, ya puestos, recortando las recetas de cocina para doña Rosario. Quizá. La criada de los Guevara ha terminado disfrutando de sala propia en la Casa-Museo de Alta Gracia, la sala 7 para ser exactos, la correspondiente a la cocina. Cada uno en su sitio.

Lo que parece que marcó al Che en estos primeros años cordobeses no fue tanto la lectura de los periódicos como el persistente asma. Celia lo tomó como algo personal, no abandonaba al niño y se encargó de suplir sus faltas continuadas a la escuela erigiéndose ella como maestra. El padre, por su parte, andaba suficientemente ocupado en obtener contratas para el negocio inmobiliario que había montado junto a su hermano.

Los Guevara que, no debemos olvidarlo, venían de Buenos Aires, la ciudad de los prodigios, se aclimataron lo mejor que pudieron a la ociosa alta sociedad de aquella pequeña colonia olvidada. Salían a menudo. Se dejaban ver con frecuencia por el hotel Las Sierras, donde apuraban más de una noche hasta bien entrada la madrugada. Los niños, como ha confirmado posteriormente algún miembro del servicio doméstico, cenaban solos. Y es de suponer que el joven Ernesto pasaría también a solas o en compañía de doña Rosario los ataques de asma.

Mucho se ha escrito sobre la implicación de los padres en la educación y en la atención que prestaron a su hijo. Con los datos que poseemos, incluso con los extraídos de las más burdas y guevarofílicas hagiografías, podemos concluir que no fue destacable en ninguno de los dos campos, y posiblemente menor que la que

recibían niños de la misma clase social pero con padres algo más comprometidos con la enseñanza de sus hijos.

Por lo demás, nada indica que estos primeros años de escuela fuesen infelices o desdichados para Ernesto. Su padre era un hombre abierto, de ciertas inclinaciones bohemias y seguramente buen compañero de juegos de sus hijos. Pero nada más. A pesar de todo lo que Ernesto Guevara Lynch quiso hacer creer con el transcurrir de los años, como padre aprobó por los pelos. La madre, Celia, se involucró mucho más en la educación de Ernesto. Convivió más de cerca con la enfermedad y siguió de un modo más concienzudo la evolución de su hijo en esos años cruciales para cualquier persona. Pero es que las madres son las madres y los padres, los padres. No hace falta mucha más explicación.

Una de las aficiones que le vino a Ernesto por vía paterna fue la del deporte. Los Guevara eran muy dados al ejercicio físico. Afición esta que en los años treinta del siglo pasado era privativa de las clases altas o muy altas. El ejercicio físico de los pobres era el extenuante trabajo diario. La madre, como ya he apuntado más arriba, era una excelente nadadora y entre las amistades del padre había grandes deportistas. Ninguno de los dos perdía la ocasión de ejercitarse, generalmente en prestigiosos clubes.

La enfermedad del niño invitaba además al deporte como terapia alternativa. El gusto que más tarde el Che Guevara desarrollaría por toda clase de deportes le viene de esta época cordobesa. Vivir en Alta Gracia, además, era un aliciente añadido. Un clima serrano saludable, sin rigores térmicos excesivos y lejos de las estrecheces y poluciones de la gran ciudad. Un lugar inigualable en contacto con la naturaleza y perfecto para que la chiquillería forjase grandes y sólidas amistades en torno a un balón.

Ernestito estuvo matriculado en dos colegios en su primera etapa escolar en Alta Gracia. Los dos públicos. Primero la Escuela de San Martín, es de imaginar que llamada así en honor al laureado general, y después la de Manuel Soares. Los padres del Che eran de convicciones laicas y predicaban con el ejemplo. Por la escuela, como ya hemos visto, no se prodigó demasiado, sin embargo, según cuentan los que le conocieron entonces, el niño tenía una desmesurada afición por la lectura.

Probablemente leyese, como todos los niños que en el mundo han sido, novelas de aventuras que, en una época en la que no existía la televisión harían las veces de los actuales videojuegos y las teleseries juveniles. Algunos biógrafos esta devoción la llevan más lejos apuntando que el joven Che se atrevió en estos primeros años hasta con Sigmund Freud, padre del psicoanálisis y que, por aquella época, apuraba sus últimos años de vida en la lejana Europa. No es por poner en duda las fuentes de los más entregados guevarófilos, pero cuesta ver a un niño de apenas nueve años encerrado en su habitación con la «Psicopatología de la vida cotidiana» entre las manos desentrañando los secretos de la revolución psicoanalítica.

Más fácil de digerir es que, a tan temprana edad, devorase el cervantino «Don

Quijote de la Mancha», y no porque los dos gruesos volúmenes de los que consta la obra asusten al más avezado colegial, sino porque sabido es que al que empieza con El Quijote no le queda más remedio que terminarlo. Placentera servidumbre de toda buena obra maestra que se precie. Y El Quijote lo es en grado extremo, aunque, eso sí, a partir de cierta edad.

En julio de 1936, cuando el Che tenía ocho años y un mes, perdón, dos meses, dio comienzo la Guerra Civil española con el levantamiento del general Franco en el protectorado español del norte de África. Las noticias de la guerra se extendieron como la pólvora —y nunca mejor traída la comparación— por todo el mundo. América no fue una excepción, más si cabe porque el nuevo continente estaba plagado de familias de españoles que, en las primeras décadas del siglo xx, se habían lanzado con entusiasmo a hacer las Américas, eufemismo que se utilizaba en España para emigrar.

La causa republicana despertaba simpatías por doquier. La campaña, orquestada desde Madrid por el Gobierno del Frente Popular, cosechó adhesiones inquebrantables en las otrora colonias de ultramar. La imagen de la pobre república de trabajadores víctima de las asechanzas del fascismo internacional era tan plástica que pocos pudieron sustraerse a su atractivo. Los miembros del Gobierno frentepopulista lo sabían y cultivaron con esmero esta imagen de desvalimiento durante los tres años que duró la contienda fratricida. De nada servía el hecho de que en los campos de España se batiesen el cobre dos totalitarismos. El icono de la guerra de España era uno, el de los carteles publicitarios exhibidos en la Exposición Internacional de París del 37, y ante él cayó rendida la flor y la nata de la intelectualidad internacional y casi toda la colonia española en América.

Hasta el refugio familiar de los Guevara en Alta Gracia llegaron los ecos del lejano conflicto español. Un tío suyo la presencié en persona como corresponsal de un periódico porteño, el diario Crítica. Este tío suyo, Cayetano Córdova, era miembro del Partido Comunista de Argentina, por lo que es de suponer que las crónicas que enviaba desde los frentes españoles debían tan imparciales como las que remitían desde Burgos los corresponsales italianos o alemanes a sus respectivos diarios.

Quizá la experiencia del tío en la guerra de España marcara a Ernestito, que debió vivir el acontecimiento como Sebastian Haffner vivió la Primera Guerra Mundial desde el Berlín de su infancia, es decir, de victoria en victoria hasta la derrota final. Cuentan que colgó de la pared de su alcoba un mapa de España en el que seguía y daba cuenta de los avances del ejército Republicano. Los más entusiastas van incluso más lejos asegurando que «alternaba su visión estratégica con juegos inocentes con sus amiguitos en los que unos hacían de republicanos buenos y otros de nacionales malos».

Haffner cuenta en sus memorias que hizo exactamente lo mismo durante la primera guerra mundial, que le pilló con apenas diez años. Colgó un mapa de Europa en las paredes de su alcoba para marcar en él las ofensivas del Reich. Después de un

paseo militar de cuatro años Haffner no pudo entender cómo habían perdido los suyos. A Ernestito Guevara de la Serna debió sucederle algo similar.

El goteo de exiliados españoles que fue cayendo por Argentina tras el fin de la guerra fue notable. Una pequeña parte terminó en Alta Gracia y allí, quizá tomándose un combinado en la terraza del Hotel Las Sierras, les aguardaba Ernesto Guevara Lynch. En Alta Gracia se exilió junto a toda su familia Juan González Aguilar, médico que, durante la guerra, había sido asistente del presidente Negrín, nefasto para todos menos para él mismo y para sus amos soviéticos.

González Aguilar era además gran melómano que se las arregló para montar en el pueblo un pequeño cuarteto de laúdes. En las sobremesas de aquella somnolienta Alta Gracia de 1939 también se dejó caer Manuel de Falla. Como exiliado y como músico, ya que intimaba con González Aguilar. El genial gaditano moriría años más tarde en la misma Alta Gracia, en un chalet no muy diferente del de los Guevara que, adivínelo, sí, hoy aloja su casa-museo. Los argentinos, como todos los pueblos del Nuevo Mundo, tienen esa querencia por celebrar hasta lo más mínimo de su propia historia. Y no seré yo quien diga que eso está mal.

Pero hagamos un inciso para poner todo en su sitio. Manuel de Falla no se exilió en Argentina por motivos políticos, todo lo contrario. Aunque había consagrado su vida a la música y nunca se interesó excesivamente por la política, no ocultó en los años de la guerra sus simpatías por el bando franquista hasta el extremo de colaborar con José María Pemán en un himno para las tropas nacionales. De hecho, su partida de España es posterior por varios meses al fin de la contienda civil. Tras su muerte en 1946 su cadáver fue repatriado a España en un buque de la Armada argentina y recibido con honores en el puerto de Cádiz por Raimundo Fernández Cuesta, falangista de la primera hora y a la sazón ministro de Justicia.

El desfile de republicanos expatriados era continuo y la cuadrilla de Ernestito los recibía recitando de memoria la nómina completa de generales del ejército derrotado. Al parecer uno de los preferidos del Che era el General Enrique Líster. Cuando menos curioso que, contando la República con oficiales de primera fila, militares propiamente dichos, de la talla de los generales Miaja o Rojo, se fijase el pibito en el que quizá fuese uno de los más sanguinarios matarifes de la guerra de España.

Cabe siempre la duda razonable de que sus «hazañas» bélicas al servicio de Stalin nunca llegasen a Argentina en su integridad. Tal vez, en aquellos tiempos sin televisión ni Internet la información de las guerras se fragmentase hasta ser irreconocible. Sin embargo, la devoción que sentía Ernesto por Enrique Líster se extendió en el tiempo y en el espacio. Muchos años después de acabada la guerra en España, en 1961, el carnicero gallego se dejó caer por la Cuba revolucionaria. A su encuentro se dirigió el ya Comandante Guevara convertido en ministro de Industrias y le dirigió personalmente estas palabras:

Cuánto le debe el mundo al sacrificio de los españoles que lucharon, casi sin armas, contra la barbarie fascista. [...] Por eso nosotros podemos recibir a Líster como algo nuestro.

Hasta es posible que Ernesto, que ya no era un niño cuando pronunció estas palabras, desconociese que, tras fracturarse España con motivo del alzamiento militar, la zona republicana era la más poblada, la más industrial y la que reunía todas las grandes ciudades con Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao a su cabeza. Bajo el mando del Gobierno del Frente Popular quedó la práctica totalidad de Armada, la industria pesada del País Vasco, el emporio catalán y las reservas de oro del Banco de España, que en 1936 constituían el cuarto depósito de oro del mundo. Un total de 638 toneladas del precioso metal que no tardarían en ser cuidadosamente transportadas hasta la Unión Soviética para no regresar jamás. De modo que los republicanos lucharon con valentía sí, pero no «casi sin armas».

Otra de las anécdotas de aquel Ernestito bullanguero de finales de los años treinta no es menos reveladora. Recogió a una perrita abandonada en la calle y tras darle vueltas al nombre bautizó a la pobre perra como Negrina, en honor naturalmente de Juan Negrín, jefe de los últimos Gobiernos republicanos. No, no podía haberse acordado de Azaña, de Julián Besteiro o del mismo Buenaventura Durruti para bautizar a la perrita. Trajo a su mente el nombre de uno de los políticos más infames e inmorales que ha padecido España a lo largo de su dilatadísima historia.

A pesar de los muchos pesares que la guerra había traído a los españoles, Europa andaba como loca en aquellos años de triste recuerdo. En septiembre de 1939 los alemanes, crecidos ante la tolerancia sin límite de las democracias occidentales, saltaron el cerrojo del corredor de Danzig y provocaron el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Stalin, mentor político de aquel Negrín, padre putativo de la perrita del Che, había llegado previamente a un acuerdo con Hitler para repartirse los despojos de la desdichada Polonia. La mitad para cada uno como dos bandidos que asaltan en comandita.

El conflicto se hizo inevitable y, en el curso de año y medio, lo que había comenzado como una guerra entre Alemania por un lado y Francia y el Reino Unido por otro, se extendió por todo el planeta. Sudamérica, por fortuna, quedó al margen. A los Guevara además, que eran anglófilos declarados, les iba muy bien. En el verano austral de 1941, coincidiendo con los bombardeos de los nazis sobre Inglaterra, toda la familia se tomó unas largas vacaciones en la localidad de Mar del Plata. Allí el Che se encontró por vez primera frente al inmenso océano.

A la vista de los hechos, la mella de la guerra mundial sobre Ernestito no debió ser muy profunda, pero sí la impronta de la familia González Aguilar. Un año más tarde, en 1942, los hijos del médico español y el Che se matricularon juntos en el Liceo Deán Funes de Córdoba. Esto, unido a un nuevo equilibrio en la cuerda floja del malabarista Guevara Lynch, llevó a la familia en pleno hasta Córdoba, la capital de la provincia. Ernesto Guevara de la Serna tenía catorce años y estaba hecho ya todo un buen mozo. Córdoba no era Buenos Aires, pero la bella ciudad del interior, apodada como «La Docta» por albergar la primera universidad de la Argentina y la cuarta de América, poseía suficientes atractivos para un joven estudiante de



secundaria que inauguraba su adolescencia.

A principios de los años cuarenta Córdoba tenía unos 300 000 habitantes, lejos de abultada cifra de la capital federal, pero población considerable para tratarse de una simple ciudad de provincias. La ciudad de Córdoba viene a ser la gran olvidada de las guías de turismo de la República Argentina. Cuenta con universidad desde 1613 y con obispado propio desde 1699. Gran parte de la rica historia de la Argentina colonial se condensa en sus calles. En el siglo XVIII fue incluso honrada con la capitalidad del virreinato por parte de la corona española, que entonces reposaba sobre las sienes del magnánimo Carlos III. En esta ciudad, cargada de historia, iglesias barrocas, conventos y callejuelas enredadas en su casco viejo es la que recibió al joven Che en su primer año de bachillerato.

La vida en el Liceo transcurrió plácidamente. Ernesto se aficionó aun más a los deportes, cuya oferta aumentaba en una capital. En torno al Lawn Tennis Club de Córdoba Ernesto se inició en deportes como el rugby, el tenis o el golf, reservados a las elites de la ciudad. En estos años conoció también a uno de los amigos que más marcarían su vida posterior: Alberto Granado, del que pronto sabremos más.

Es de suponer que la práctica intensiva de tanto deporte no se lleva bien con una algo tan fastidioso como el asma, y así debió de ser. Pero como era de natural testarudo suplía con cabezonería lo que la naturaleza se había empeñado en negarle. El deporte, y más cuando es practicado en exceso y a todas horas, tampoco congenia bien con los estudios. Sus calificaciones escolares en el Liceo no pasaron de mediocres. Despuntó en las asignaturas de letras, especialmente en materias como Literatura o Historia mientras que la Física, el Dibujo o la Música las saldaba con aprobados justitos o suspensos sobrados.

Caso aparte merece la nula aptitud que demostró para aprender inglés. El francés sin embargo le era más familiar y se le daba mejor. Quizá debido a las clases que ya le había impartido su madre en casa, o quizá a sus semejanzas con el español. Posiblemente se debió a una combinación de ambas. Los años de la guerra mundial los pasó de este modo, practicando deporte y estudiando lo justo para salir bien parado a fin de curso. Lo esperable en un quiceañero hijo de un empresario en la opulenta Argentina de los años cuarenta.

A pesar de la temprana vocación política que algunos han querido ver en el Che adolescente, no hay nada que haga pensar que ésta apareciese en sus días de alumno en el Liceo. Todo lo más cierta simpatía por el primer peronismo que, a la larga, dejaría a Argentina en la ruina.

La renuncia y detención de Juan Domingo Perón en octubre de 1945 ocasionó violentos disturbios por todo el país. Los estudiantes se amotinaron por toda Argentina contra las medidas autoritarias inspiradas por el presidente. Frente a ellos se organizaron milicias sindicales que organizaron una marcha sobre Buenos Aires para exigir la liberación inmediata de Perón, recluido por el Gobierno de Edelmiro J. Farrell en la isla Martín García.

El joven Guevara, entonces con diecisiete años, ¿qué hizo?, ¿hojeó los periódicos con aristocrático desdén antes de iniciar un relajado partido de tenis junto a su amigo Alberto Granado? No, Ernesto se lanzó a la calle junto a uno de los grupos de choque properonistas. En Córdoba, donde la algarada fue de menor envergadura que en Buenos Aires, los improvisados milicianos peronistas asaltaron el principal diario de la provincia, La Voz del Interior, y reventaron sin contemplaciones las lunas de su entrada.

Este fue el primer episodio político de cierta relevancia en el que participó Ernesto Che Guevara. Acción, como a él le gustaría remarcar más adelante. Acción aunque fuese junto a unos matones sindicales que todo lo que buscaban era amedrentar al Gobierno. Este episodio, hecho público por José Aguilar, con quien Guevara mantuvo cierta amistad en su época de estudiante, lo suelen pasar por alto casi todos los biógrafos del Che Guevara. Algunos, enajenados por un misticismo guevarista todavía pendiente de diagnóstico por los psicólogos, lo han querido ver no en Córdoba sino en Buenos Aires, manifestándose contra el Gobierno de Farrell. Me refiero, naturalmente, al inefable Calzada que, fiándose de sus recuerdos, afirma haber compartido con él una asonada en la misma Plaza de San Martín. El fervor ideológico, definitivamente, no es buen compañero de la verdad.

A los acontecimientos de la primavera le sucedió un verano tranquilo en que la familia regresó al Mar del Plata a pasar las vacaciones. El matrimonio entre Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna hacía aguas por los cuatro costados. Cinco hijos y un trasiego continuo de Misiones a Buenos Aires, de Buenos Aires a Alta Gracia y allí a Córdoba habían astillado una relación que, por temperamental, tenía todas las de irse al traste. Y se fue.

En 1947 se formalizó la separación. La familia volvió a Buenos Aires y se instaló en un pisito, departamento que dirían ellos, muy aparente de la calle Araoz. La casa pertenecía a la madre de Ernesto, a Ana Lynch. Pero era una simple comedia. El padre buscó un estudio céntrico para acomodar su despacho de arquitecto a pesar de que, a causa de las prisas por casarse, nunca había terminado la carrera de Arquitectura. Allí, en la calle Paraguay, 2034 se acomodaron el despacho y él.

No fue una separación rigurosa. Ernesto se pasaba de tanto en tanto por el domicilio conyugal, pero solía pernoctar en su refugio de la calle Paraguay. Ernestito, o mejor dicho, Ernesto hijo, que ya tenía diecinueve años, se quedó unos meses en Córdoba terminando el último curso de bachillerato. Durante aquel verano había obtenido un empleo en el departamento de carreteras de la provincia de Córdoba. Por su cabeza pasaba ir a la universidad local, la cordobesa, a cursar estudios de ingeniería como su amigo Tomas Granado, el hermano de Alberto. Sin embargo, su abuela Ana se puso enferma, muy enferma.

La relación entre Celia y Ernesto no pasaba, como acabamos de ver, por muy buenos momentos por lo que quizá el padre envió recado a Córdoba para que Ernesto se presentase en la casa de la calle Araoz a atender a su abuela. Ernesto viajó desde

Córdoba y estuvo junto a Ana Lynch sus últimas semanas de vida. Dicen que, a raíz de esta experiencia, se despertó en él la vocación por la medicina. Estaba a punto de empezar la universidad, de manera que aquella iluminación repentina le vino que ni pintada.

## **Buenos Aires bien merece un regreso**

Buenos Aires en 1947 era una metrópolis rumbosa y cosmopolita que destilaba vida por sus cuatro costados. La Nueva York del hemisferio austral. Entre el centro y los suburbios periféricos la ciudad albergaba la impresionante población de cinco millones de habitantes. A sus muelles todavía llegaban los paquebotes cargados de gallegos y napolitanos que huían de la miseria y las privaciones de la posguerra europea. Por sus calles elegantes menudeaban artistas, intelectuales, jugadores de fútbol, industriales montados en el dólar, navieros, burgueses que no sabían donde meter la plata y una cantidad innumerable de buscavidas, bailarines de tango, rufianes de taberna y sablistas de toda condición... El festival de colores del barrio de la Boca, el centenario Café, Tortoni, de cuyas paredes cuelgan obras de grandes pintores, el Teatro Colón, el mercadillo de San Telmo. Cualquiera que a los diecinueve años recale en Buenos Aires lo normal es que se quede, porque la edad lo vale y la ciudad, mucho más.

En Argentina, como van con las estaciones cambiadas, el curso universitario empieza en marzo. En el mes de marzo de 1947 Guevara no tenía aun claro qué es lo que quería estudiar. Cuando se hubo decidido por la Medicina asistió de oyente a la facultad del ramo hasta que, en noviembre de 1947, pudo finalmente formalizar la matrícula. Por si las moscas, meses antes, se había inscrito en la Escuela de Ingeniería de Córdoba. Como nuestro hombre no tenía el don de la ubicuidad suponemos con cierto criterio lógico que a la primera de las carreras no debió acudir a una sola clase. Y así fue. El Che Guevara ingeniero no pasó de la matrícula.

Las razones que impulsaron a Ernesto Guevara a estudiar Medicina son múltiples. Tuvo que ver el fallecimiento de su abuela, también el hecho de que su madre había sido intervenida años antes de un cáncer de mama o, y esto es lo más probable, siendo como era un joven asmático, quisiese acercarse al mundo de la medicina para entender mejor su enfermedad y ganar en calidad de vida. También es posible que se decantase por la medicina por la prosaica razón de que le gustaba o porque intuyó que ese oficio tenía futuro.

Aquí termina la lógica y empieza la guevarología. Algunos han querido ver en ello una motivación política, un anticipo de su destino como guerrillero sin tacha. Ser médico para ayudar a los demás, para ponerse al servicio del pueblo. Sin embargo, es el propio Guevara quien se encarga de desmentir el pensamiento ilusorio tan propio de la teoría guevarológica. Las intenciones del Che eran bien distintas en aquella

época. Años más tarde, en 1960, en un discurso en el Ministerio de Salud Pública de La Habana decía textualmente:

Quando empecé a estudiar medicina, la mayoría de los conceptos que hoy tengo como revolucionario estaban ausentes en el almacén de mis ideales. Quería triunfar, como quiere triunfar todo el mundo; soñaba con ser un investigador famoso.

Más claro agua. Algunos deberían tomar nota. Pero añadiéndole lo siguiente. En una carta enviada en 1952 a su novia Chichina Ferreira le confesaba que no pretendía:

... engayolarse (encerrarse) con la profesión médica...

Curiosa manera de triunfar la que esperaba el joven Guevara.

La carrera de medicina es larga, complicada y está llena de sinsabores. La misma amplitud de la disciplina médica y sus continuos avances hace pasar verdaderos apuros a los estudiantes que se enfrentan a las fastidiosas y poco llevaderas asignaturas de esta carrera. Sin sacrificio no hay premio. La endemoniada combinación de las asignaturas teóricas con las prácticas exigen dedicación casi exclusiva, de ahí que los estudiantes de medicina no piensen más que en conseguir un buen empleo que compense tanto esfuerzo y tanto padecimiento.

Es probable que Ernesto Guevara lo supiese, pero no se dejó caer mucho por clase. En las decenas de biografías que existen sobre el personaje no aparece el testimonio de un solo compañero suyo de clase en los últimos años en la Universidad. Hemos visto que sobran los amiguitos de la infancia, los compañeros de secundaria y los vecinos. Hasta la cocinera que le preparó la comida durante unos años se ha convertido en una celebridad. Sin embargo, nadie ha encontrado un solo amigo, colega o compañero de aula que dé testimonio, bueno o malo, sobre esos años universitarios de los que el propio Guevara sacaría tan buena tajada. Cuando menos curioso.

El sector guevarofílico de la crítica, habituado a desempeñar su profesión con un bote de crema en la mano, pasa por alto este particular haciendo referencia a su amistad con Tita Infante, y a su pretendida toma de conciencia política en aquellos años. La relación que mantuvo con Tita Infante está tan manoseada que la atribulada compañera del Che se merece hasta su propia obra monográfica, a cargo del guevarólogo de guardia que le toque, claro.

Tita Infante era la Secretaria de las Juventudes Comunistas de Buenos Aires. Algunos dicen que estaba enamorada de Ernesto, y no sería de extrañar pues era un joven muy atractivo a sus veinte años. Pero no hubo nada más, durante los años de universidad parece que la relación se mantuvo en una cierta cortesía. Más tarde, cuando ya el Che haya iniciado su andadura por Hispanoamérica, se tornará en una relación epistolar muy educada y correcta hasta el punto que se trataron siempre de usted.

Seguramente Tita Infante, como militante comunista que era, trató de convertir a su compañero al evangelio laico de Marx, cosa que era muy común en esa época y lo sigue siendo en esta entre los apasionados ideológicos de ambos sexos. A finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta el comunismo estaba de moda y su extensión por todo el mundo se veía inevitable. Es normal que dos estudiantes veinteañeros de una facultad en Buenos Aires cambiasen impresiones sobre el tema, y más cuando uno de ellos pertenecía a una organización que, como la comunista, funciona mediante un proselitismo muy parecido al de la Iglesia. Hasta aquí llega toda su politización en estos años de universidad. No es mucho, la verdad.

Lo que al Che de verdad le interesaba era el deporte, especialmente el rugby. En 1949 fichó por el San Isidro Club, que jugaba en la primera división. Su puesto era el de medio scrum que, dicho sea de paso, es uno de los más importantes y el más divertido de este deporte. Su afición por el rugby llegó a tal extremo que, un par de años más tarde, fundó una modesta revista llamada Tackle en la que se presentaban noticias y comentarios de actualidad del rugby en la ciudad de Buenos Aires.

La iniciativa solo aguantó once números, pero ahí queda como demostración viva de cuáles eran los auténticos intereses de Ernesto Guevara. Intereses por otro lado muy legítimos, y de gran valor para los aficionados al rugby, pero lejos de las presuntas preocupaciones políticas que según muchos ya le quitaban el sueño, el hipo y hasta las ganas de comer.

Todo el que sepa algo, por poco que sea, sobre Ernesto Guevara sabrá que nunca ejerció su presunta profesión de médico. A pesar de las peroratas que dio años más tarde hablando de su época preuniversitaria, de lo que podemos estar seguros es que no pretendió llegar a la excelencia profesional a través del estudio. Sus años en la facultad de Medicina se empeñan en demostrarlo.

En un testimonio prestado a la biógrafa del Che Claudia Korol por Ricardo Campos, un amigo suyo de la época, decía respecto a la asistencia a clase: «... no creo que haya cursado regularmente, más bien él hacía muchas materias libres ...», es decir, sin pisar el aula ni equivocándose y cumplimentando el trámite mediante una convocatoria extraordinaria. Y en parte es normal, a nuestro hombre, como a cualquier universitario inquieto, todo le quitaba tiempo. El equipo de rugby, la lectura, las novias, especialmente Chichina Ferreira cuya relación veremos ahora con más detalle, los viajes continuos a la Córdoba de su niñez, las partidas de ajedrez...

Ante un panorama tan lleno de actividades extraescolares, lo suyo es que a Ernesto no le quedase ni un minuto para asistir a clase. El primer examen lo aprobó en abril de 1948, Anatomía Descriptiva, el último en abril de 1953, Clínica Neurológica. Cinco años exactos trufados por mil experiencias entre las cuales las más gratificantes fueron sin sombra de duda los viajes. Ernesto era un apasionado de los viajes, de perderse por el mundo y conocer otras gentes, paisajes y culturas.

Durante aquellos años Ernesto viajó mucho, mucho más de lo habitual en los jóvenes de su época. No olvidemos que, en la Argentina de 1950 no existía el

interrail, ni el programa Erasmus, ni las aerolíneas de bajo coste, ni las ofertas de última hora por internet. Si quería irse a Córdoba se apostaba en una carretera a la salida de Buenos Aires, sacaba el dedo pulgar y dejaba que el destino hiciese el resto. Téngase en cuenta que ambas ciudades están separadas por una nada despreciable distancia (como casi todas en Argentina) de 700 kilómetros. Horas invertía el joven estudiante en desplazarse de una ciudad a otra, de su querida Buenos Aires a su refugio de infancia.

En uno de esos viajes a Córdoba con motivo de una boda, concretamente de la de Carmen González Aguilar, hija de aquel médico español exiliado, Ernesto conoció a Chichina. Se llamaba Maria del Carmen Ferreira y pertenecía a una ilustre familia cordobesa. La chica era guapa, refinada y culta. En las fotos de la época se ve una jovencita de bellos rasgos y cierta delicadeza en las formas que delatan su procedencia social. Ernesto se enamoró como un cadete. Estaba en la edad de hacerlo, y ella también. Pero 700 malditos kilómetros separaban a los tortolitos, por lo que iniciaron una fructífera relación epistolar transida de sentimiento y confesiones mutuas.

Esa correspondencia se conserva hoy día y puede consultarse con detalle y delectación en casi todas las biografías que se han escrito sobre el Che. Se enamoraron en 1950, cuando Ernesto tenía veintidós años, por lo que no sorprenden demasiado las cursilerías que los dos amantes se dedicaban. Entre aquellas cartas pueden rescatarse algunas joyas poéticas que transcribo por si algún lector las considera útiles para susurrárselas a su amada en un arranque de galantería:

Para unos ojos verdes cuya paradójica luz me anuncia el peligro de adormecerme en ellos.

Nuestra primera cópula sería una triunfal procesión en honor del vencedor pero siempre estaría el fantasma de nuestra unión porque sí, porque era el mas consecuente o era el raro.

Pero, y sin intención de rebajar la temperatura amorosa, nuestro Ernesto sabía bien dónde estaba y cuál era su destino: preocuparse de él mismo.

Se lo que te quiero y cuánto te quiero, pero no puedo sacrificar mi libertad interior por vos; es sacrificarme a mi, y yo soy lo más importante que hay en el mundo, ya te lo he dicho.

Reveladora confesión del futuro filántropo desvelado por la desdicha de los desheredados de la tierra. Ni un furibundo objetivista de la escuela de Ayn Rand hubiese dejado más clara su postura.

La relación con Chichina, que es el apodo cariñoso que Ernesto le puso, nunca tuvo futuro. La familia de ella no estaba muy conforme con el amorío. Quizá consideraba que su hija se merecía un pretendiente mejor. El Che, por su parte, anteponía ese amor por la aventura y los viajes que tan mal congenia con los noviazgos. En marzo de 1952, en una nueva carta, Ernesto se lo dejaba meridianamente claro a Chichina:

El presente que vivimos los dos: uno fluctuando entre una admiración superficial y lazos más profundos que lo ligan a otros mundos, otro entre un cariño que cree ser profundo y una sed de aventuras, de conocimientos nuevos que invalida ese amor.

La distancia además no perdona. 700 kilómetros son muchos para atar una relación en serio y mucho más si hay dudas por las dos partes. Una lástima, porque el amor que Ernesto Guevara sintió por Chichina Ferreira debió ser tan auténtico como juvenil.

La aventura y los conocimientos nuevos no tardaron en llegar. En 1949 había instalado un pequeño motor en una bicicleta y con ella se lanzó a recorrer el norte del país. Estuvo en Tucumán, en Santiago del Estero y en Salta. En San Francisco de Chañar visitó un leprosario que, según el mismo relató, le causó una tremenda impresión. Valoró el trato personal con los leprosos como una de las vías para conseguir su curación. O al menos eso dicen los guevarólogos llevados por la pasión de ver a Jesucristo rodeado de leprosos en la Judea del siglo I. Para ese viaje no hacen falta tantas alforjas. Lo normal es que un estudiante de medicina de veintiún años en pleno siglo XX hable a favor del trato humano a los enfermos de lepra. Lo extraño hubiera sido lo contrario, es decir, que Ernesto Guevara, una vez en dentro del leprosario de San Francisco de Chañar, hubiese reclamado a los responsables la segregación absoluta y latigazo.

En este viaje en bicicleta, claro antecedente del cicloturismo de nuestros días que querrá ver alguno, el Che se interesó por conocer no sólo los monumentos de cada una de las ciudades que pasaba, sino también por intimar con las gentes en hospitales y asilos donde, en palabras del propio Che, se encontraba el alma de un pueblo. Biógrafos como Castañeda ven en ello una postura de mochilero. Y hasta podría ser, aunque estoy por ver todavía a algún mochilero alemán o británico de visita en Madrid acercarse al Hospital de La Paz o al Doce de Octubre a palpar de cerca el alma del pueblo madrileño en la planta de traumatología.

En el verano de 1951, apurado por no tener un peso, se enroló valiéndose de su condición de estudiante de medicina en varios buques de la marina mercante argentina como enfermero. Formó parte de la tripulación de varios petroleros que cabotaban por las costas de Sudamérica; desde el Caribe hasta el litoral de la Patagonia. No quedó muy contento, pues su intención era la de conocer mundo y no la de pasarse el día rodeado de agua haciendo imaginaria. Pero así es la marina, por cada día en que se puede pisar tierra y visitar un puerto interesante hay semanas de tedio y rutina en alta mar. En estos meses de aburrimiento soberano a bordo de los petroleros de la mercante tal vez ideó el que sería su primer gran viaje: un recorrido por América, a solas o acompañado, que le hiciese sentir de cerca lo que andaba buscando.

## ***Road movie en motocicleta***

Nada más arrancar 1952, coincidiendo de nuevo con las vacaciones estivales, dio comienzo a su gran viaje. Todo estaba preparado. La compañía la ponía su amigo Alberto Granado. El destino estaba aun por determinar y el medio de transporte sería una vieja motocicleta Norton de 1939. A la moto no le faltaba ni nombre, Alberto, su dueño, la había bautizado como La Poderosa II.

El primer plan que había trazado Alberto y Ernesto era dirigirse a Norteamérica. Sí, a la mismísima boca del lobo. Que el futuro revolucionario, que el icono vivo del antiyanquismo más furibundo tuviese como primera idea viajar a los Estados Unidos en moto ya tiene su aquel, pero sigamos con el viaje.

Dejaron Córdoba el 28 de diciembre de 1951. Ernesto estaba «... harto de Facultad de Medicina, de hospitales y de exámenes ...» por lo que se dieron prisa en dar por inaugurada su aventura. La primera escala fue Buenos Aires, donde Ernesto visitó a sus padres y compró un perrito para regalárselo a Chichina, con quien se encontraría unos días más tarde en Miramar. En esta colonia de vacaciones veraneaba la familia Ferreira. Allí se despidió de Chichina con intención de no regresar.

Enigmática visita porque, por un lado, era su novia y le debía al menos una explicación, pero por otro no queda muy claro con qué objeto la visitaba justo antes de partir. Quizá para presionarla a que la acompañase. Posible pero improbable. Es muy dudoso que la Norton aguantase a tres pasajeros sobre su lomo. O quizá fue para asegurarse de que ella seguía enamorada y que, si las cosas salían mal, siempre podía volver y retomar lo suyo como si nada hubiese pasado.

Francoamente, y conociendo la catadura moral del personaje, me inclino por la segunda. De hecho, en un principio pensaba pasar un par de días en Miramar, pero como Chichina no se avenía no tuvo más remedio que prolongar su estancia más de una semana. Y ni con esas. Al final, y como prueba de su intención de viajar a los Estados Unidos, Chichina le dio quince dólares para que le comprara un bañador cuando cruzase el río Grande. Como nunca llegó tan lejos, al menos en este viaje, algunos biógrafos han apuntado que muchos años más tarde Celia de la Serna se lo llevaría personalmente de parte de su hijo. Una promesa que al menos si cumplió.

Tras la corta estancia en Miramar, Granado y Guevara pusieron la rueda delantera de La Poderosa con rumbo al sur, hacia Bahía Blanca, ya en las puertas de la Patagonia. Desde allí, tras una rápida puesta a punto de la motocicleta, se dirigieron a la cordillera andina. Cruzaron el país de este a oeste en un viaje bastante accidentado en el que hasta Ernesto tuvo que ser hospitalizado unos días debido a una crisis asmática. En febrero llegaron a San Carlos de Bariloche. Precioso lugar rodeado de montañas y volcanes nevados —algunos durante todo el año— y que se antoja como un auténtico paisaje de postal. Un pedazo de los Alpes austriacos incrustado en lo más profundo de América del Sur. De Bariloche a la divisoria de aguas que separa Argentina y Chile hay un paso por lo que se apresuraron a cruzar al otro lado.

En Chile se les acabaron las provisiones. A partir de ese momento empezaron a vivir del cuento o como «mangueros motorizados» en palabras del propio Guevara.



La moto era una tartana que fallaba por todas partes. Cuando no era el aceite era la correa, el carburador o la distribución. No tomaba velocidad, se atascaba en los puertos de montaña... Las anécdotas del viaje se sucedieron en una letanía de eventos simpáticos que Ernesto se encargó de ir narrando pormenorizadamente por carta a sus familiares en Buenos Aires.

Los protagonistas de la epopeya motoriza supieron, además, combinar los momentos de diversión y asueto con vivencias más serias y trascendentales. Por ejemplo, la presunta conferencia sobre leprología que, según Ernesto, dio a unos médicos que se encontró en Valparaíso. Causa estupor ver como un estudiante que no va a clase, que le importa un bledo la facultad y que en aquella época tenía aprobadas tan solo dieciséis asignaturas de un total de treinta da charlas a médicos en ejercicio. Dejémoslo en simple fanfarronería juvenil.

Ya en Chile, tradicional antagonista de Argentina, se dejaron ver por Osorno, Valdivia y Santiago, donde La Poderosa rindió su último servicio agotada como estaba tras un viaje de varios miles de kilómetros subiendo y bajando por carreteras infernales. En la localidad de Valdivia hasta la prensa local se hizo eco de su presencia haciendo notar la llegada de los dos viajeros argentinos. El diario El Correo de Valdivia incluso se atrevió a decir que:

... ambos viajeros piensan llegar a Caracas, capital de Venezuela, o hasta donde permitan los medios económicos a su disposición, porque ellos mismos se pagan la gira...

Pobre redactor el de El Correo de Valdivia, obviamente desconocía que eran chilenos anónimos los que estaban financiando la tournée de los jóvenes cordobeses. Siguiendo con la nota de prensa el diario valdiviano decía textualmente

... se especializan en las causas y consecuencias de la lepra, la peste blanca que aflige a la humanidad...

Buen partido le estaba sacando Guevara a su corta estancia en el leprosario de San Francisco de Chañar. Con la carrera a medio terminar parecía un auténtico doctor en leprología con varias décadas de experiencia en lazaretos de medio mundo a sus espaldas. La ignorancia definitivamente es muy osada.

En Santiago dejaron abandonada la motocicleta, pero en lugar de volver a Argentina aprovechando la deserción de su infatigable compañera y el final del verano, planearon un viaje en barco hasta el norte del país. Chile es un país geográficamente caprichoso. Muy estrecho, apenas unos centenares de kilómetros en su parte más ancha, pero larguísimo. De hecho, es la única nación de la tierra que ocupa latitudinalmente desde el trópico hasta el polo. El viaje de Valparaíso a los desérticos confines del norte chileno era tradicional hacerlo en barco, dada la distancia y el pésimo estado de las carreteras.

Los jóvenes aventureros buscaron en los muelles un empleo a bordo de un buque para costearse el traslado hasta el nuevo destino. Pero como no lo encontraron decidieron colarse de polizones en un barco carguero, el San Antonio. Pero nada de

polizones románticos que aguantan en la sentina padeciendo mil y una privaciones durante todo el trayecto por largo que éste sea. Según abandonaron el puerto de Valparaíso y perdieron de vista la costa chilena se presentaron al capitán, cuya cara podemos imaginárnosla. Haciendo gala de esa magnanimidad no exenta de cierta dureza de los capitanes de barco, el buen hombre asignó tareas a los dos polizones. Alberto a la cocina y Ernesto a las letrinas. Para eso habían quedado los expertos en leprología, los animosos viajeros que recorrían América con sus propios medios.

A primeros de marzo llegaron a Antofagasta, puerto principal de las resacas tierras del Chile septentrional. La industria por excelencia de norte de Chile es la minería, su subsuelo es muy rico, especialmente en cobre. Gran parte de los cables por los que circulan los datos y la electricidad en todo el mundo están elaborados con cobre chileno, y su exportación ha sido a lo largo del último siglo de cardinal importancia para la balanza de pagos de Chile. Llenos de curiosidad, Alberto y Ernesto se encaminaron hacia la mina de Chuquicamata, que era por entonces la mina a cielo abierto más grande del mundo. En el camino trabaron contacto con un par de militantes del Partido Comunista chileno y en este encuentro muchos han querido ver el inicio de las inquietudes sociales de Ernesto Guevara, la famosa «toma de conciencia» que como veremos no se producirá hasta pasados unos cuantos años.

En su diario Guevara iba anotando cuanto veía como un estudiante curioso. En esa época no existían las videocámaras, ni los grabadores digitales de voz, ni, naturalmente, los teléfonos inteligentes, por lo que llevar por escrito la cuenta exacta de cuánto se veía o se oía era casi el único modo de inmortalizar los viajes, y más cuando estos son a la aventura y a los veintitrés años. Le llamó poderosamente la atención las diferencias entre los trabajadores de la mina, mayoritariamente indígenas, y los encargados de la explotación, casi todos norteamericanos empleados de la Braden Copper Mining Company, empresa que regentaba la mina.

En Chuquicamata Guevara hace por vez primera referencia a los gringos como rematados imbéciles. Y eso a pesar de ser los administradores de la mina quienes franquearon el paso a él y a su amigo para que realizasen la visita. Por lo demás, aparte de algunos apuntes en su cuaderno que hubiese hecho cualquier estudiante occidental haciendo idéntico viaje, la experiencia de la mina no le dejó secuelas de gravedad. El viaje continuaba. Subidos en camiones que transportaban alfalfa y vigas por el desierto llegaron hasta Iquique, de aquí otra vez en camión se plantaron en la frontera entre Chile y Perú, en la ciudad de Arica. Ya en Perú se internaron en el altiplano donde viven los indios quechua. Como era de esperar, su origen argentino y su apariencia europea les granjearon un trato especial por parte de camioneros y hasta de los jefes de policía.

Curiosamente, en las mismas fechas en las que Ernesto vagaba por los alrededores del altiplano andino estalló una revuelta de campesinos indígenas en Bolivia. Y no una algarada rural cualquiera, el primer levantamiento indio en condiciones desde tiempos de Zapata. Al Che y a su amigo Alberto Granado, imbuidos como estaban de

un amor sincero por la causa de los más pobres, la insurrección boliviana les dejó sencillamente fríos. Bastante tenían con ir trampeando en el día a día como para preocuparse de unos cholos infelices. Es de suponer que seguirían con la trola de que eran médicos para conseguir todo ese tipo de prebendas pero, seamos sinceros, ¿quién no lo hubiese aprovechado para viajar más cómodo?

De camión en camión llegaron hasta Cuzco, en el mismo corazón del Perú. Estando en Cuzco se hizo injustificable no visitar las ruinas de Machu Pichu, y a ello se aplicaron los viajeros. Viviendo de prestado gracias a los buenos oficios de policías, médicos y algún contacto esporádico consiguieron, de gratis por supuesto, llegar hasta la antigua ciudad del Inca, el último reducto del antiguo imperio precolombino que permaneció en el más absoluto olvido hasta que una expedición norteamericana lo redescubrió a principios de siglo.

Esta presencia norteamericana según cuentan enervó a Guevara hasta el punto de que criticó con fiereza a esos turistas que llegaban en avión desde Nueva York para visitar las ruinas. «... La mayoría de norteamericanos vuelan directamente de Lima a Cuzco, visitan las ruinas y vuelven, sin darle importancia a nada más. [...] Quizá fuese porque esos norteamericanos tan malos y tan incultos trabajaban duro y apenas contaban con una semana de vacaciones que, por cierto, dedicaban a visitar las ruinas de una civilización como la Inca».

Algo tan elemental no pasaba por la cabecita de un joven ocioso como el Guevara que visitó Cuzco en abril de 1953. Sin embargo, y coincidiendo con esa aguda observación sobre los turistas gringos, apuntaba «... Aceptémoslo, pero ¿dónde se pueden admirar o estudiar los tesoros de la ciudad indígena? La respuesta es obvia: en los museos norteamericanos...» Le faltó añadir que, gracias a los mismos, la civilización de Machu Pichu había traspasado los confines de los Andes y era universalmente conocida. Esto no ha cambiado, siguen siendo los norteamericanos los que más dinero dedican a excavaciones arqueológicas en Perú y los que más se preocupan por transmitir ese tesoro cultural al resto del mundo.

La estancia en Perú, a pesar de los turistas y de la novia que Guevara se echó en Lima, no se extendió demasiado. En la capital conocieron a un médico especializado en leproso de filiación comunista, el doctor Pesce. Según O'Donnell, este hombre, entregado por entero a sus enfermos y a la difusión del evangelio condensado en El Capital, causó una «sorprendente influencia en la vida de Ernesto». Tanta que, en realidad, Pesce era el modelo que hubiera querido seguir el propio Guevara. Recalaron en el leprosario del doctor Pesce después de malvivir durante días como mendigos por medio Perú. Es normal que prestasen oídos al que cortésmente les alojaba en su hospital. Años más tarde, ya ejerciendo de revolucionario teórico, reconocería su deuda con el médico peruano que tan buen trato les dispensó en Lima.

El doctor tenía, además de su leprosario en la capital, uno en las puertas del Amazonas, el lazareto de San Pablo. Les facilitó pasajes y subieron hasta Iquitos donde, en una barca fluvial, se dejaron caer por un Amazonas recién nacido hasta la

ciudad colombiana de Leticia, enclave fronterizo donde confluyen Brasil, Perú y Colombia. Continuaron por este último país hasta Bogotá pero lo hicieron en hidroavión, como dos señoritos.

En el Amazonas colombiano se estrenaron de entrenadores de fútbol. Esta agradable experiencia les facilitó el pasaje aéreo hasta la capital. Bogotá no fue tan gentil con los visitantes como lo había sido Lima. Ernesto tuvo un pequeño encontronazo con la policía a causa de un machete que solía llevar consigo. Al final todo se resolvió y dejaron el país con un amargo sabor de boca.

Padecía Colombia por aquellos años la dictadura de Laureano Gómez. El país de hecho se preparaba para un golpe militar, el que poco después daría Gustavo Rojas. Al joven Guevara sin embargo eso no le quitó el sueño. A pesar de la profunda influencia que había tenido sobre su conciencia el doctor Pesce confiesa a su madre: «... si los colombianos quieren aguantarlo, allá ellos, nosotros nos rajamos (vamos) cuanto antes...» Gracias a Dios que Pesce le había inculcado una honda sensibilidad social, porque, de lo contrario, nuestro hombre ingresa voluntario en la policía colombiana para repartir palos a diestro y siniestro.

Mediado el verano, en pleno mes de julio, llegaron a Caracas que era uno de los lugares predilectos de ambos. Y no porque les preocupase lo más mínimo el Gobierno del General Marcos Pérez, sino porque Venezuela era junto con Colombia [...] los dos países ideales para hacer plata [...] Así de pedestre. Así de simple. A estos dos buscavidas argentinos de veintipocos años lo que más les preocupaba era hacer dinero. Y si además era fácil pues mejor que mejor.

Venezuela marcó el final del viaje. Alberto Granado decidió quedarse. Había encontrado un empleo en un instituto de la capital y no tenía intención alguna de volver a Córdoba. Venezuela era en aquellos años un país cargado de futuro. Grandes oportunidades se presentaban para jóvenes emigrantes al calor de la industria petrolera y de una población en continuo crecimiento.

Pero Ernesto debía terminar la carrera. Había dejado su hogar en diciembre del año anterior. Después de ocho meses de viaje y varios miles de kilómetros se encontraba en la encrucijada de volver para acabar sus estudios o quedarse definitivamente en Caracas donde, si tenía suerte y le ponía empeño, podía llegar a ganar dinero. Con buen criterio eligió lo primero.

El problema era regresar. No podía ni de lejos costearse un billete desde Venezuela a Buenos Aires, y la posibilidad de colarse de nuevo como polizón en un barco no era demasiado seductora. Tenía fresca la experiencia del buque mercante que le había llevado desde Valparaíso a Antofagasta y la perspectiva de limpiar letrinas no le parecía muy halagüeña. Consiguió a través de un tío un billete en un avión de carga que transportaba caballos desde Buenos Aires a Miami. El aeroplano hacía escala de ida en Caracas. Viajó hasta Miami donde pasó unos días mientras hacían unas reparaciones en el aparato. De allí a Buenos Aires, adonde llegó el 31 de agosto de 1952.

Esta aventura, o al menos parte de ella, quedó inmortalizada en celuloide con la película «Diarios de motocicleta». Una gran producción internacional estrenada en 2004, melosa y hollywoodiense, que obtuvo un gran éxito de taquilla y en la que Guevara y Granado hacen las veces de poetas de la generación beat hispanoamericanos. La canción de la película se llevó incluso un premio Oscar de la Academia. Razón de más para verla.

# CAPITULO SEGUNDO

## El gran viaje

Con un poco de vergüenza te comunico que me divertí como un mono durante estos días.

## La licenciatura que nunca fue

Hacía todavía un frío húmedo, invernal, en Buenos Aires cuando Ernesto volvió de su largo periplo por Sudamérica. Viniendo como venía de la cálida Venezuela el regreso debió ser para él aun más traumático. Muchas vivencias compartidas con su amigo Alberto, muchas noches durmiendo al raso bajo una cúpula de estrellas en mitad de ningún sitio, mucha gente nueva, muchas caras y culturas diferentes en sólo nueve meses. A cualquier estudiante de veinticuatro años un viaje como el que hizo Ernesto Guevara lo hubiese dejado con la onda cambiada.

Pero en Buenos Aires no sólo le esperaba su familia. Sus padres que, para variar, estaban de nuevo reñidos, sus hermanos pequeños y algunas de las amistades que había hecho en la capital eran secundarios. El objetivo de ese regreso tan precipitado era terminar la carrera. Graduarse como médico para estar de vuelta en Venezuela lo antes posible. Allí le esperaba Alberto y un empleo en el mismo Instituto sanitario donde éste trabajaba. «... Volvó a Buenos Aires, te ponés a estudiar a todo trapo y cuando te gradúes volvés, y mientras tanto yo te consigo un buen lugar para que trabajes...» le había dicho su buen amigo antes de despedirse de él en Caracas.

El problema era que a Ernesto no le gustaba estudiar. Apenas había asistido a clase en los cuatro años de carrera. Tampoco era muy amigo de encerrarse en casa o en la biblioteca de la facultad a echar las horas muertas entre tomos y tomos de materias tales como Microbiología o Clínica Otorrinolaringológica. En cambio, durante su viaje había dado muestras sobradas de tener una facilidad pasmosa para el teatro y el disimulo, que son cualidades útiles para muchos oficios, pero no para el de la medicina.

Había recorrido cinco países de Hispanoamérica con el cuento de que era un experto en leprología y, curiosamente, se lo había tragado casi todo el mundo. Probablemente la primera lección que sacó de esa experiencia vivida en primera persona es que lo importante, a fin de cuentas, no es la esencia de las cosas sino la apariencia. Que más daba si eran o no médicos especializados en leproso, con fingir un poco y marcar cierta pose adusta bastaba para dar el pego y ganarse un mejor trato.

En agosto de 1952 tenía Ernesto pendiente una parte considerable de la carrera y muy pocos meses para, conforme a su plan, terminarla. En su contra jugaba el hecho de haber pasado fuera de Argentina casi nueve meses, en los que no consta que llevase un solo libro de texto ni que se detuviese en alguna universidad chilena o peruana a dedicar algo de tiempo al estudio.

Pero, como no era cosa de mirar al pasado sino al futuro, se puso a estudiar, tal y como le había dicho Granado, a todo trapo. En dos meses ya había superado cuatro asignaturas. Aquello era sólo el aperitivo. En diciembre, en apenas veintidós días lectivos el futuro guerrillero se ventiló once materias. Inició el año 1953 con un auténtico récord, pero aun le quedaba una asignatura, Clínica Neurológica, por

aprobar. Cosa que hizo en abril de ese año. El 12 de junio la Universidad de Buenos Aires emitió el diploma de licenciatura para Ernesto Guevara de la Serna. Sorprendente. En nueve meses había sacado la mitad de unos estudios que precisaban cinco años para completarse. Además, y por si esto fuera poco, encontró hasta el tiempo, según el guevarófilo Horacio Daniel Rodríguez, de realizar unos estudios de especialización en alergia.

Portentoso el joven rosarino. Ni un niño superdotado de esos que acceden a Oxford con doce años lo hubiese hecho tan rápido. Portentoso sería si no quedasen en estos últimos meses de 1952 y primeros de 1953 tantos cabos sueltos.

El historiador cubano Enrique Ros realizó hace ya casi dos décadas una detallada investigación sobre el cuestionable título universitario del Che. Sus conclusiones, hasta la fecha no rebatidas seriamente por nadie, fueron reveladoras. Ros se puso en contacto con la Universidad de Buenos Aires para solicitar a su Rectorado los requisitos para graduarse en Medicina exigidos por aquella institución en los años 1952 y 1953. Hemos visto con anterioridad que Ernesto Guevara obtuvo el diploma de licenciatura el 12 de junio de 1953, es decir, menos de tres meses después de librar su último examen. Pues bien, esto es simplemente imposible, porque conforme a las normas de la Universidad de Buenos Aires de entonces, para conseguir la preciada titulación era necesario lo siguiente:

Artículo 13 – Después de haber aprobado el examen de Clínica Médica, los alumnos completarán sus conocimientos prácticos durante un año, para lo cual concurrirán, obligatoriamente, durante tres meses a un servicio de Clínica Médica, tres meses a Clínica Quirúrgica, tres meses a Cirugía de Urgencia y Traumatología y tres meses a Clínica Obstétrica, con un mínimo de veinticuatro horas semanales.

(Resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina - Expediente U-5113/50)

Guevara aprobó Clínica Médica en diciembre de 1952 en el maratón de once asignaturas que corrió durante aquellos veintidós días de furia examinadora. Conforme al reglamento de la propia universidad Guevara debiera haber cursado un servicio de tres meses en cada una de las materias arriba reseñadas. Y no lo hizo, simplemente porque a esas alturas ya se encontraba fuera del país.

Pero la cosa no se queda aquí. Hay más anomalías desveladas por Enrique Ros.

Artículo 8 – Para rendir examen de Clínica Quirúrgica es necesario tener aprobadas todas la materias [...] excepto Clínica Médica.

(Resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina - Expediente U-5113/50)



Ernesto aprobó Clínica Quirúrgica en diciembre de 1952 pero le faltaba aun por rendir examen de Clínica Neurológica, algo que no haría hasta cuatro meses después. Por lo tanto es difícil que con la Resolución de la Facultad en la mano Guevara pudiese presentarse al ese examen de Clínica Quirúrgica en diciembre de 1952.

Por si al lector le queda alguna duda he aquí otra de las irregularidades de su expediente:

Artículo 9 – Para rendir examen de Clínica Médica es necesario tener aprobadas todas las materias del presente Plan de Estudios.

Resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina - Expediente U-5113/50

¿Cómo es posible que Ernesto Guevara de la Serna se presentase a Clínica Médica en diciembre de 1952 si aun le quedaban algunas asignaturas por aprobar? Misterio. Tal vez nunca lo hizo.

Pero el artículo definitivo que invalida, al menos sobre el papel, la obtención del título en junio de 1953 es el número quince.

Artículo 15 – Terminado este periodo (de un año concurriendo obligatoriamente a clases prácticas) documentado con los certificados pertinentes, la Facultad le otorgará el título de Médico.

(Resolución del Consejo Directivo de la Facultad de Medicina - Expediente U-5113/50)

¿Acudió Guevara los doce meses preceptivos a clases prácticas para conseguir el título? Parece que no, pues en julio de 1953 abandonó el país para iniciar su segundo y definitivo viaje por América.

Ante tales evidencias Enrique Ros se dirigió de nuevo a la Universidad de Buenos Aires, a la Secretaria de Asuntos Académicos concretamente. Desde allí le informaron que a Ernesto Guevara de la Serna no se le aplicó el Plan de Estudios de 1950, cuyo articulado es el que había seguido Enrique Ros. Ernesto se había matriculado en 1948, en el mes de noviembre, por lo que a él se le aplicaba el Plan de Estudios de la Escuela de Medicina aprobado en 1937.

Enrique Ros no se dio por vencido en su búsqueda de la verdad sobre este misterioso asunto y solicitó a la Dirección General de Planes de Estudios de la Universidad de Buenos Aires una copia del citado Plan del 37. Para sorpresa del investigador los criterios de este plan eran muy similares a los del aprobado en 1950. Pero además, rebuscando en el articulado del mismo, Ros descubrió que el artículo 17 del Plan de Estudios de 1950 dejaba bien claro que cualquier plan anterior quedaba sin efecto y se adaptaba a éste último.

Para evitar más elucubraciones Enrique Ros optó por la vía más directa. Solicitó formalmente una copia del expediente académico de Ernesto Guevara de la Serna. La Facultad de Medicina se excusó diciendo que el expediente no existía. Lo habían robado. Partiendo del hecho de que cuando Ros efectuó esta investigación el Che ya había ascendido al Olimpo de los dioses posmodernos, esta eventualidad era perfectamente factible. Dudo mucho que los archiveros de la Facultad de Medicina guarden los expedientes de hace cincuenta años bajo siete llaves, por lo que es sensato pensar que algún admirador del Guerrillero Heroico lo haya sustraído en algún momento de las últimas cinco décadas.

Pero, si lo ha hecho, ¿con qué objeto?, ¿con el de esconderlo para que nadie lo vea? Si es así, lo más elemental es pensar que algún pecado traería ese expediente para ponerlo a buen recaudo. De lo contrario el diploma llevaría ya muchos años expuesto en sitial de honor en el Museo Nacional Che Guevara de Santa Clara, en Cuba. Pero no, allí no hay ningún diploma de medicina.

Concluyendo, lo más probable es que Ernesto Guevara nunca terminase la carrera. Seguramente se presentó a algún examen tras su regreso en agosto de 1952. Es posible hasta que aprobase alguno de ellos. Pero, utilizando la lógica como guía, nada invita a pensar que terminase graduándose tal y como le había recomendado encarecidamente Alberto Granado, su amigo y compañero de fatigas. Esto nos lleva irremediamente al argumento de partida. Más vale la apariencia que la esencia. ¿Para qué aprobar?, ¿para qué esforzarse si lo importante es lo que los demás crean?

Que Guevara fuese o no médico titulado en nada cambia el curso de su historia personal, pues sólo ocasionalmente ejerció como tal. Es famosa la anécdota de cuando se encontró, recién desembarcado en Cuba, entre una caja de medicinas y un fusil eligió sin dudarlo éste último. Por añadidura, el mundo está lleno de profesionales de todas las ramas del saber que nunca terminaron sus estudios universitarios, y no por ello han dejado de brillar en una u otra disciplina, con frecuencia mucho más que los titulados en la misma.

Los títulos universitarios no garantizan la sabiduría, ni la profesionalidad ni mucho menos son marchamo de éxito personal. Entonces, ¿por qué mentir durante quince años sobre un título de médico cuya obtención presenta tantas sombras a la luz de la más simple de las investigaciones? O, reformulando la pregunta, ¿por qué la mayoría de biógrafos del Che perpetúan este estúpido mito?, ¿acaso pecan ellos de la obsesión por los títulos y las licencias tan propia de la burguesía que detestan?

Repasemos parte de la literatura guevarológica en este particular. Especialistas más o menos serios como Jorge G. Castañeda apenas dedica un par de párrafos a los meses en los que «terminó» la carrera, y, por supuesto, da por hecho que en este tiempo se dedicó a trabajar como alergólogo en el laboratorio del Doctor Pisani. Eso sí, solo unas líneas antes, Castañeda remarca que durante esta época Ernesto entregaba al estudio unas catorce horas diarias para acometer tantos exámenes en tan corto periodo de tiempo. Ante semejante disparate solo cabe preguntar, ¿cuándo

dormía?

Pacho O'Donnell le dedica algo más de espacio pero no resuelve gran cosa. Afirma que Ernesto aprobó las asignaturas «mezclando estudio intenso con audacia y simpático desparpajo en las mesas examinadoras». Tal vez el bullanguero Ernestito contaba chistes a los profesores para dar el cambiazo y llevarse el aprobado de matute. Bromas aparte, lo extraordinario del asunto es que el mismo O'Donnell estudió Medicina en la misma época, por lo que no deja precisamente en buen lugar a la Universidad de Buenos Aires y a su propia formación académica.

Paco Ignacio Taibo II en su «Ernesto Guevara, también conocido como el Che», auténtica Biblia de la guevarología, remata el asunto en una línea y se saca de la manga una conversación de Guevara padre con Guevara hijo, en la que el último le dice al primero por teléfono:

—Habla el doctor Guevara.

Conmovedor.

Isidoro Calzada, eximio guevarólogo, en su monumental «Che Guevara» despacha el tema en, exactamente, cuatro líneas. Dando por hecho que recibió el título el día uno de junio y no el doce como años más tarde aseguraría su padre Guevara Lynch. Calzada, siempre único, remata la faena con la mención a una presunta tesis de licenciatura sobre alergología. Nos gustaría saber dónde está esa tesis y qué tema específico trata, porque la alergología es disciplina amplia. Si alguien la encuentra que lo haga público porque con toda certeza hacen un hueco a la tesis en el museo Che Guevara de Santa Clara o en el de Alta Gracia.

## **Cómo dirigirse a Venezuela y no llegar jamás**

Recién comenzado el invierno austral de 1953 y con la carrera más o menos terminada, o más o menos dejada por imposible, Ernesto se fijó una nueva meta: volver a Caracas a reunirse con su amigo Alberto. Es cierto que no llevaba la graduación bajo el brazo, pero daba igual, lo importante es que le creyesen. De lo demás se encargaría la labia de Alberto Granado. Para esta nueva aventura escogió a un nuevo amigo, Carlos Ferrer, apodado cariñosamente Calica. Como ya no tenía moto y el billete de avión era demasiado caro escogió el tren. Comunicó su decisión a sus padres y a sus hermanos. De Chichina nada de nada, se habían visto por última vez a comienzos de año, poco más que como viejos amigos que suspiraban el uno por el otro pensando en lo que pudo ser y nunca fue.

El 7 de julio de 1953 tomó el tren en la estación de Retiro. Su padre, años después, evocaría este momento de una manera bien romántica. Según Guevara Lynch, cuando el tren ya había comenzado su marcha Ernesto sacó la cabeza por la

ventana del convoy y gritó «¡Se va un soldado de América!». Como es de suponer la anécdota no pasa de pura leyenda, pero no deja de tener su plástica y ese toque ligeramente soviético con Lenin entrando en la estación de Finlandia.

No es difícil ponerse en el lugar de este joven e ilusionado Ernesto Guevara. Junto a un buen amigo, subido en un tren y dispuesto a cruzar un continente entero sin más preocupaciones que mirar por la ventanilla e ir tomando nota. Todos los que hemos tenido veinticinco años y hemos viajado a esa edad podemos dar testimonio y meternos en la piel del Che, al menos en aquellos momentos. Días después de la salida de Buenos Aires el tren llegó a La Paz, capital de Bolivia y ciudad desconocida para Ernesto. El día 24 de julio envió una carta a su madre desde La Paz algo mustio, pues no le habían dado el trabajo que había solicitado en una mina de estaño.

Él no lo sabía, pero a miles de kilómetros de allí, dos días después de escribir a casa, un grupo de revoltosos cubanos liderados por un joven abogado cubano de nombre Fidel Castro Ruz había asaltado el cuartel de La Moncada. Lo más seguro es que el asalto a aquel remoto cuartel del oriente cubano llegase con mucho retraso a los somnolientos rotativos bolivianos, pero Guevara, sin siquiera imaginarlo aún, sería, con el correr del tiempo, de muy poco tiempo, parte inseparable del movimiento nacido en esa fecha.

Bolivia se encontraba en aquel año en plena transformación política. El Gobierno de Víctor Paz Estensoro había dado inicio a una prometedora reforma agraria para equilibrar el más que discutible régimen de propiedad que, desde tiempos de la colonia, imperaba en el altiplano. A Ernesto y a Calica debió aquel proceso resbalarles en toda su amplitud. Se alojaron primero en un hotel, luego en casa de unos exiliados argentinos, y durante unas semanas frecuentaron la compañía de otros compatriotas que se encontraban en Bolivia. La de Isaías Nougués, por ejemplo, terrateniente de una soberbia plantación de azúcar. En casa de este último conocieron a Ricardo Rojo, joven abogado de ideología socialdemócrata al que su oposición al régimen peronista le había costado la cárcel.

La vida de los viajeros no podía ser más relajada. Sin trabajo, sin mucha voluntad por conseguir uno, y con el día resuelto de casa en casa, de visita en visita, de mate en mate. Siempre entre argentinos, naturalmente. La etapa boliviana del viaje no tendría la mayor trascendencia sino fuese porque, para variar, muchos han querido ver en ella el nacimiento político del guerrillero en ciernes. La «toma de conciencia», una vez más.

Poco hay de ello. Ernesto trató de encontrar un trabajo de médico en Bolivia, seguramente atraído por los salarios que se pagaban a los profesionales cualificados extranjeros. Algunas minas estaban gestionadas por compañías norteamericanas, solventes y aficionadas a remunerar generosamente a sus cuadros cualificados que eran, siempre e invariablemente, de ascendencia europea.

El empleo no lo consiguió, así que dio por terminada su etapa boliviana y reemprendió el viaje a Venezuela, donde Granado seguía esperando y donde podría

hacer buena plata honradamente. En septiembre dejaron Bolivia, pero, al no disponer aún de visado de entrada en Venezuela, no se dirigieron directamente a Caracas, sino al Perú. De nuevo a bordo de un camión llegaron a Cuzco. Segunda visita que rendía Ernesto a la antigua capital de los Incas. Y de Cuzco a Lima pasando nuevamente por Machu Pichu.

En Lima Guevara tenía a alguien de confianza, el doctor Pesce, leprólogo e idealista que tan buen trato le había dispensado un año antes. En Perú intentó encontrar un empleo, pero de nuevo fue en vano. Al parecer, en la mina donde el joven preguntó sólo le hacían el contrato por tres meses y a Guevara le interesaba un mes. Total, ¿para qué? No era tan necesario rellenar el bolsillo cuando, tanto su amigo Calica como él, habían aprendido a vivir sin trabajar.

En Lima, por ejemplo, Ernesto enamoró a una enfermera que les facilitó alojamiento durante más de una semana. Es admirable el éxito que Guevara siempre cosechó entre las féminas, especialmente las de nacionalidad peruana. En su primera visita al Perú ya tuvo un escarceo con una meretriz en el Amazonas, en el segundo sedujo a la enfermera Zoraida Boluarte, y, poco después, en Guatemala, conocería a la que sería su primera esposa: Hilda Gadea.

En Lima, además de echarse un ligue, los dos viajeros se encontraron con Gobo Nougués, hermano de un antiguo amigo de Bolivia. Este Nougués era un simpático personaje de la noche limeña, que los paseó por el Country Club y algún que otro hotel de lujo. Pero Guevara no olvidaba su destino final, que seguía siendo Venezuela. La vida muelle de la capital peruana terminó por aburrirlos. Coincidieron de nuevo con Ricardo Rojo, que esta vez venía acompañado de otros tres estudiantes argentinos: Andrés Herrero, Oscar Valdovinos y Eduardo García. Los cinco formaron cuadrilla para salir del país, cruzaron la frontera con Ecuador y se dirigieron juntos al puerto de Guayaquil. Desde allí solo les quedó esperar para tomar un barco, mercante por supuesto, que los sacase de aquella calima insufrible de los puertos ecuatoriales.

Desde Bolivia venía persiguiendo Ernesto un visado para entrar en Venezuela. En Guayaquil, al fin, se lo concedieron. Ya nada se imponía entre él y su amigo Granada, al que hacía que no veía más de un año. Pero cambió de opinión. Los estudiantes que acompañaban a Ricardo Rojo tenían planes bien distintos. No querían saber nada de Venezuela. Su destino era Guatemala donde, en palabras de Eduardo García «... van a la aventura en cuestión monetaria...» o, por expresarlo, en un castellano menos argentino, es decir, más directo, van a ganar dinero a Guatemala. Sin más.

Eso a Ernesto debió tintinearle en los oídos como monedas de un cuarto de dólar que caen sobre una mesa. Guevara, en una carta a su madre fechada el 21 de octubre, no se avergüenza de ello. Le hace la confesión y remata «... estaba en una especial disposición psíquica a aceptarla. [...] La aventura monetaria, se entiende». Hasta aquí nada malo. Un joven argentino de veinticinco años que se busca la vida en Ecuador, y como no termina de encontrar lo que busca, decide continuar camino a Guatemala, donde le han dicho que se atan a los perros con longanizas. ¿Por qué tantos

guevarólogos se empeñan en buscarle los cien pies al gato pretendiendo en Ernesto Guevara actitudes que simplemente no tenía?

Finalmente, abandonaron Guayaquil, dejando, eso sí, sin pagar la pensión donde habían vivido. Su amigo Calica Ferrer, que había emprendido en julio el viaje junto a él en la bonaerense estación de Retiro, se decidió a cumplir su promesa de llegar hasta Venezuela y se separó del grupo en Quito. Para salir de Ecuador contactaron con un barco de la famosa Flota Blanca de la United Fruit Company, que accedió a transportar al grupo hasta Panamá.

Tras una breve estancia en Ciudad de Panamá abordaron otro buque que los llevó hasta Costa Rica. En el verde y exuberante país de los Ticos la estancia fue más prolongada y empezó a tomar algún que otro tinte político. Se ve que, de tanto ocio y tanto vivir sin trabajar, las conversaciones vacuas estaban empezando a sorberle definitivamente el seso. Su paso por Costa Rica nos deja alguna perla que empieza a justificar el apodo de Che que más tarde le haría mundialmente famoso. En una carta a su tía Beatriz Guevara Lynch afirma:

Tuve la oportunidad de pasar por los dominios de la United Fruit convenciéndome una vez más de los terribles que son estos pulpos capitalistas. He jurado ante una estampa del viejo y llorado camarada Stalin no descansar hasta ver aniquilados estos pulpos capitalistas.

Pulpos capitalistas que, por otro lado, le habían posibilitado llegar hasta Costa Rica en uno de sus barcos. «Pulpos capitalistas» para unos señores que se limitaban a cultivar y vender fruta. «Llorado camarada» para un genocida infame que esclavizó al mayor país del mundo, mató de hambre a toda una nación, deportó pueblos enteros en vagones de ganado y construyó el mayor sistema de campos de concentración de la Historia. El cerebritito del joven y ocioso Guevara no daba para más.

Stalin fue llorado sí, pero por rabia desde todas y cada una de las islas que formaban el interminable archipiélago de gulags con el que «padrecito de los pueblos» llenó Siberia. Puestos a elegir entre un inofensivo limonero costarricense, cuyos frutos estaban destinados al consumo de los norteamericanos, y el sinsentido totalitario de Stalin, nuestro héroe se quedó con el segundo. Mala señal en alguien que pronto, muy pronto, tendría mucho poder en sus manos.

En Costa Rica, aparte de acordarse —para bien— del mayor asesino que en mala hora ha conocido el género humano, Guevara trabó por primera vez contacto con cubanos exiliados. Se trataba de Severino Rosell y Calixto García, asaltante del cuartel de Bayamo y futuro integrante de la expedición del Granma. Tal vez fue entonces cuando tuvo la primera noticia sobre la insurrección del 26 de julio en Cuba.

La experiencia tica sería la primera de las capas de la empanada mental que, a partir de ese momento, iría cocinando a fuego lento en su cabeza. Pero no era el final de su viaje. Dirigieron sus pasos hacia el norte por tierra y, tras atravesar Nicaragua con una breve parada en su capital, hicieron su entrada en Guatemala unos días antes de Navidad: el 20 de diciembre de 1953.

## Guatemala: mucha pena y poca gloria

En 1950, casi al mismo tiempo en que Ernesto hacía sus primeras confesiones amorosas en empalagosas y ruborizantes cartas a su novia Chichina Ferreira, se celebraron elecciones en Guatemala. Eran los segundos comicios en libertad tras la dictadura del general Jorge Ubico. La convocatoria electoral de noviembre 1950 vino a ser la confirmación de la línea marcada por el sucesor de Ubico, Juan José Arévalo, que era de ideas progresistas pero sin los excesos que vendrían después.

El país centroamericano estaba, sin embargo, recalentado por planteamientos algo más radicales pero no necesariamente buenos. En los seis años de Gobierno de Arévalo dieron comienzo algunas reformas de envergadura que perseguían aminorar la influencia de los Estados Unidos en la política y la economía guatemalteca. El país era un satélite gringo. Sus exportaciones así lo atestiguaban, y, como tal, el peso que Washington ejercía sobre la política local era decisivo. Hasta aquí todo correcto, pero esos primeros años de la Guerra Fría no eran muy propicios para experimentos de ningún tipo, especialmente los de tipo político y en el mismo patio trasero de la gran potencia.

O se estaba con la línea definida desde Washington, o se caía irremisiblemente en las redes de los soviéticos, que manejaban a su antojo los partidos comunistas de todo el mundo. La política que los sucesivos gabinetes que pasaron por la Casa Blanca ensayaron en la región no siempre fue la más sabia, ni la más respetuosa en algunos casos con la idea de democracia liberal que pregonaban los líderes norteamericanos. Sin embargo, y trayendo un refrán muy usado en España y que viene que ni al pelo, durante aquellos años algunos países hispanoamericanos de la época salieron de la sartén para caer en el fuego. Casos como el de Guatemala en 1950, el de Cuba en 1959, o el de Nicaragua en 1979, demuestran con crudeza que no siempre las reformas abren paso a un mundo mejor, más libre y más próspero.

Las elecciones de 1950 en Guatemala dieron comienzo a la llamada Revolución de Árbenz, que duró tres años y que terminó como en un baño de sangre gratuito e innecesario. Jacobo Árbenz era un coronel del ejército guatemalteco, apuesto y decidido, hijo de un emigrante suizo que había hecho fortuna en Quetzaltenango, la segunda ciudad del país.

En 1944 participó en el golpe de Estado que un grupo de oficiales de ideas liberales había dado contra el corrupto y decadente gobierno de Jorge Ubico. Algunas de las reformas llevadas a cabo por el nuevo directorio presidido por Arévalo iban por el buen camino. Ampliaron el censo electoral concediendo el voto a las mujeres, legalizaron los partidos políticos y fomentaron la libertad de prensa.

Lo que empezó bien terminó de muy mala manera por culpa de la radicalización progresiva del movimiento original. Con los comunistas metidos hasta en la cocina del Gobierno, el primer gabinete Árbenz de 1950 promulgó una Reforma Agraria basada en postulados comunistas. Nada que no se conozca, los clásicos: la tierra para

el que la trabaja y los Estados Unidos son el demonio.

La cosa llegó tan lejos que, entre los intelectuales progresistas de toda América, se ponía el ejemplo de la Guatemala de Árbenz como una tercera vía de socialismo descafeinado que, sin ofender demasiado a los Estados Unidos, les acercase a los soviéticos. La de Guatemala era la revolución posible. Los comunistas de estricta obediencia moscovita, que eran todos por aquel entonces, lo veían de un modo bien distinto, algo, digamos, más cafeinado. Si, gracias a un tonto útil, podían mover un centímetro a la izquierda a Guatemala no sería muy complicado moverla después un metro, y luego otro, y así hasta que el país cayese en las dulces manos del Soviet Supremo.

A aquella Guatemala revuelta llegó Guevara a finales de 1953. En este punto de su vida todo guevarólogo que se precie se refocila como gato panza arriba presumiendo en Ernesto una actitud política ya plenamente consciente al entrar en Guatemala. Pero olvidan —y omiten, obviamente—, las palabras de Eduardo García, su compañero de viaje, que se dirigía a Guatemala en «aventura monetaria».

Lo primero que hicieron los recién llegados fue hacerse con un contacto que les facilitó una pensión en el centro de Ciudad de Guatemala, no muy lejos de la catedral. Ese contacto, obtenido a través de Ricardo Rojo, no era otro que Hilda Gadea, una joven peruana de ideas izquierdistas. Hilda se quedó prendada de la arrebatadora apostura del argentino nada más verlo. No consta que Guevara sucumbiese del mismo modo, pero sí es cierto que se sintió atraído por la peruana. Y no era para menos. Gadea era una mujer bonita que rondaba la treintena, de rasgos indígenas y poseedora de múltiples encantos. Estaba, además, muy bien relacionada en aquella Guatemala revolucionaria del coronel Árbenz. Trabajaba para el Instituto de Fomento de la Producción y poseía una agenda de contactos nada despreciable para un buscavidas que acababa de llegar al país con objeto, básicamente, de ganarse la vida trabajando lo mínimo imprescindible.

Lo primero que Ernesto barajó fue la posibilidad de encontrar un empleo como médico. Sí, ese mismo empleo que le había sido negado en Bolivia y en Perú. En su diario personal da fe de los denodados esfuerzos encaminados a hacerse con un trabajo con el que poder pagar la pensión y vivir honradamente. Estos esfuerzos consistieron en unos trámites ante el ministerio de Salud Pública que no fructificaron y poco más. Más tarde Hilda Gadea se inventaría que realmente Ernesto sí que lo intentó pero que, al no disponer del carné de Partido Guatemalteco del Trabajo, no logró que le diesen ese empleo que tanto anhelaba. Guevara se negó en redondo a afiliarse.

Sirva esta anécdota como ejemplo de hasta dónde llegó la Guatemala de Árbenz en su última fase de descomposición: si no se tenía el carné del Partido no había modo de colocarse. O eso es lo que dice Hilda Gadea, que, como era comunista, a ella le parecía de lo más normal. O el Partido o la nada. Así de sencillo.

En su diario, donde, insisto, anotaba comentarios hasta los días en los que no



hacía nada, no aparece ni una sola mención al incidente con el médico que le solicitó la filiación al PGT como condición indispensable para formar parte de la plantilla. No pongo en duda que situaciones como esa se diesen en la Guatemala de 1954. De todos es sabido la devoción que sienten los partidos de izquierda por incorporar al Partido a todo el país en cuanto tienen la ocasión de gobernar, pero si eso le hubiese pasado a Ernesto Guevara indudablemente habría corrido en el acto a afiliarse a la sede del PGT más cercana. Y seguidamente lo habría consignado en su diario.

Un tipo que era capaz de escurrirse de polizón en un barco para viajar de una ciudad a otra aún a riesgo de ser arrojado al mar por un capitán sin escrúpulos, no puedo creerme que dijese que no a un empleo seguro por un quítame allá un carné. Es tan improbable que la patraña solo se mantiene por la machacona publicidad que en su día le dio Hilda Gadea, y que hoy perpetúa la guevarología más bizarra.

Lo que parece innegable es que a Ernesto en Guatemala le sobraba el tiempo. Perdía mucho en la pensión sin hacer nada útil, pero aun con esas seguía teniendo tiempo como para inspirarse en otras menudencias. Hilda Gadea estaba muy preocupada por él. Ya habían formalizado su relación y podía considerarse que eran novios. Ella trabajaba y estaba ideologizada hasta el tuétano, él ninguna de las dos cosas. Sus cuitas iban más por lo económico.

Para pagar la pensión en más de una ocasión se vio en la necesidad de pedir dinero prestado a Hilda que, como es de suponer, lo hizo sin presentar objeción alguna. En los interminables días de asueto y vagancia en la habitación de la pensión empezó a interesarse por algunas obras políticas, especialmente Marx y Lenin, que solícita le prestaba su amante. Pero ni con eso terminó de calmar el aburrimiento. Los problemas económicos, para agravar más la situación, le sobrepasaban. En una carta en abril de 1954 cuando llevaba cuatro meses en Guatemala confesaba a su madre:

Hablar de planes en mi situación es contarles un sueño hilvanado; de todas maneras si —condición expresa— consigo el puesto en la frutera, pienso dedicarme a levantar las deudas que tengo aquí, las que dejé allí, comprarme la máquina fotográfica, visitar el Petén y tomármelas olímpicamente para el norte, es decir México.

Porque uno de sus planes de empleo que barajó por entonces era trabajar en una compañía frutera, si frutera, quizá la misma United Fruit Company que explotaba con gran aprovechamiento las plantaciones de banano guatemaltecas.

Los arreglos en Ciudad de Guatemala no le habían salido como él pensaba. Un mes después, en mayo, vuelve, pluma en ristre, a dirigirse a su madre, eso sí tranquilizándola con la idea de que si él así lo quisiera bien podría hacerse millonario.

En Guatemala podría hacerme muy rico, pero con el rastrero procedimiento de revalidar el título, poner una clínica y dedicarme a la alergia (aquí está lleno de colegas del fuelle). Hacer eso sería la más horrible traición a los dos yos que se pelean dentro, el socialudo y el viajero.

¿Rastrero revalidar el título?, ¿acaso no había solicitado empleo de médico en tres

países distintos?, ¿o es que solo era rastrero revalidar el manido título para poner una clínica en Guatemala? Lo de nuestro hombre en su correspondencia es a veces tan enigmático y contradictorio que cuesta hasta comprenderlo.

La vida del futuro Che en Guatemala, al menos hasta el inicio de la escaramuza militar que le costó el Gobierno y el destierro a Árbenz, fue, como estamos viendo, de lo más tranquilo. Ernesto tuvo hasta tiempo de viajar. Para renovar la visa que le permitiese seguir con esa vida de ocio y despreocupación salió de Guatemala para visitar El Salvador.

Su gusto por las culturas y civilizaciones precolombinas queda en este aspecto fuera de toda duda. Allá donde fue en América se preocupó de visitar personalmente ruinas y yacimientos arqueológicos. De hecho, en su fugaz paso por Panamá, publicó en una revista de aquel país un artículo largo sobre las ruinas de Machu Pichu que años antes tanto le habían fascinado. En El Salvador visitó las ruinas de Tazumal. Sus excursiones turísticas desde la capital de Guatemala fueron numerosas.

Aficionado como era a la escalada se atrevió con algunos volcanes de la región aunque, utilizando sus palabras, «ni muy elevados ni muy activos». El problema en Guatemala, al menos en las proximidades de su capital, es que todos los volcanes son elevados cuando no, además de elevados, están activos. Los tres más próximos son el Volcán de Agua (3760 metros), el Acatenango (3976 metros) y el Volcán de Fuego, que se eleva 3763 metros hacia el cielo y mantiene una actividad constante como bien saben de primera mano los vecinos de la capital y, especialmente, los de la cercana Antigua Guatemala.

Los viajes por los países de la zona los hacía, como era su costumbre desde los ya lejanos tiempos de la Universidad, a dedo. A finales de abril escribía a su hogar en Argentina contando su última aventura:

En los días de silencio mi vida se desarrolló así: fui con una mochila y un portafolio, medio a pata, medio a dedo, medio pagando amparado por los 10 dólares que el propio gobierno me había dado [...] Después me fui a pasar unos días de playa mientras esperaba la resolución sobre mi visa que había pedido para ir a visitar unas ruinas hondureñas, que sí, son espléndidas. Dormí en la bolsa que tengo, a orillas del mar.

Es de justicia es reconocer que en una de sus salidas, en la que hizo a Honduras, no le quedó más remedio que doblar el espinazo y trabajar para costearse el billete de ferrocarril de vuelta a Ciudad de Guatemala. Aunque, como apunta John Lee Anderson, este fue el único trabajo físico que nuestro personaje realizó en toda su vida. Por trabajo se entiende algo remunerado y genuinamente voluntario. En ello no entra, naturalmente, esa suerte de esclavitud que se sacó de la manga en Cuba bajo el eufemístico nombre de Trabajo Voluntario.

Quedé sin plata para llegar por ferrocarril a Guatemala, de modo que me tiré al Puerto Barrios y allí laburé (trabajé) en la descarga de toneles de alquitrán, ganando 2,63 por doce horas de laburo (trabajo) pesado como la gran siete, en un lugar donde hay mosquitos en picada en cantidades fabulosas.

Mientras Ernesto se debatía entre el ocio doméstico junto a su inseparable Hilda y los viajes por Honduras o El Salvador, Guatemala se encontraba en un momento crucial de su historia. Jacobo Árbenz había dado una vuelta de tuerca más a su premeditada política de acercamiento a la Unión Soviética. En el Pentágono no le quitaban ojo al asunto. No estaban obsesionados pero les preocupaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

El presidente Dwight D. Eisenhower fue advertido por John Foster Dulles, a la sazón secretario de Estado, del riesgo que corría el resto del istmo centroamericano de contagiarse del ejemplo guatemalteco. El peligro comunista era el tema principal de conversación en aquellos años entre los políticos norteamericanos. En abril de 1951 el matrimonio formado por Ethel y Julius Rosenberg había sido condenado a muerte en Nueva York por servir a una extensa trama de espionaje que los soviéticos habían organizado dentro del mismísimo ejército de los Estados Unidos. Los recelos por la siguiente maniobra del enemigo eran continuos y Dulles creyó ver en la evolución del régimen de Árbenz una artimaña del Kremlin para poner una pica en el mismo corazón de América.

Y parte de razón no le faltaba. El PGT poseía una influencia tan inexplicable como poderosa dentro del gabinete del presidente Árbenz. Además, los movimientos que había hecho el Gobierno de Guatemala hacia el bloque del este eran cuando menos sospechosos. Los historiadores especializados en el siglo xx, que suelen ser, por lo general, muy caseros en lo que a ideología se trata, han repetido una y otra vez que un paranoico Dulles decidió de manera unilateral que Guatemala se había vuelto roja y que había que intervenir a toda costa.

Esto no es cierto o no lo es del todo. Está documentado que Jacobo Árbenz compró armas a los rusos en 1953. Y no lo había hecho pública y abiertamente, sino a través de una negociación secreta. La CIA detectó en Puerto Barrios un buque polaco, el Arfhem, cargado de material bélico cuyo destino último eran las Fuerzas Armadas de Guatemala. El país era soberano de comprar armas a quien creyese conveniente, pero su soberanía estaba solo sobre el papel. En los años 50 del pasado siglo solo había dos países plenamente soberanos en todo el globo: los Estados Unidos y la Unión Soviética. El resto eran satélites con mayor o menor grado de dependencia. No digo que estuviese bien. Simplemente recuerdo cómo funcionaba el mundo entonces.

Washington convocó una conferencia de urgencia de la Organización de Estados Americanos (OEA) para definir una posición común frente a los manejos de Árbenz. La tesis de los norteamericanos estaba impecablemente hilvanada. Los soviéticos habían encontrado una vía idónea para infiltrarse en el continente americano. Contando con una base segura como Guatemala podrían financiar revoluciones en los países vecinos, en los que terminaría por imponerse un régimen de tipo soviético. Esa operación los soviéticos la perseguían con denuedo. Años más tarde lo conseguirían quedándose con Cuba.

Guevara estaba al tanto de todo aquel lío que se traía el gobierno Árbenz con los

jerarcas soviéticos y así lo consigna en su diario:

La frutera está que brama y, por supuesto, Dulles y Cía. Quieren intervenir en Guatemala por el terrible delito de comprar armas donde se las vendieran, ya que Estados Unidos no vende ni un cartucho desde hace mucho tiempo.

El compromiso político de Guevara no pasaba de ahí. Era, a lo sumo, un joven emigrante argentino, algo holgazán todo sea dicho, de ideas izquierdistas producto de la época, la edad, la desinformación y de la poca selección a la hora de elegir lecturas. Porque, ¿qué hubiera pasado si el joven Guevara en lugar de leer a Marx y Lenin hubiese optado por empezar con John Locke y su «Ensayo sobre el Gobierno Civil»? ¿Qué hubiese pasado si en lugar de haraganear por media América hubiese montado una pequeña empresa en Argentina o, de haber terminado la carrera, se hubiese empleado como médico? Seguramente no habría tragado las andanadas ideológicas que le lanzó su novia peruana.

Pero no fue así. De cualquier manera, los desvelos existenciales de Ernesto Guevara no pasaban ni mucho menos en mayo de 1954 por la comprometida situación política de su país de acogida. Ciertamente que junto a Hilda conoció a algunos moncadistas cubanos, cierto que no ocultaba su simpatía por la Unión Soviética, pero eso no indica que estuviese aún tan radicalizado y concienciado como esgrimen la práctica totalidad de los guevarófilos.

Y como el movimiento se demuestra andando, veamos lo que pasó durante la caída de Árbenz y su Gobierno.

Desde el mes de mayo de 1954 los teletipos de las principales agencias de noticias de todo el mundo empezaron a escupir rumores sobre la más que posible intervención de los Estados Unidos en Guatemala. Tal intervención, en sentido estricto, nunca se produjo ni corrió nunca el riesgo de producirse. De haberse dado el caso el representante de la URSS en las Naciones Unidas hubiera echado espuma por la boca acusando a los yanquis de imperialistas. Lo que sí que hizo Eisenhower fue proporcionar apoyo a un oficial guatemalteco, el coronel Carlos Castillo Armas, que había reunido una pequeña tropa en Honduras con objeto de invadir Guatemala y deponer a Árbenz de la presidencia.

Hay una bibliografía extensísima sobre este tema. En casi todos los idiomas puede consultarse hasta el más mínimo detalle de la crisis guatemalteca de 1954. Pero, aunque historiadores y politólogos hayan ríos de tinta, la cosa fue mucho más sencilla. El 17 de junio el ejército irregular a cargo de Castillo Armas cruzó la frontera. Los funcionarios del gobierno guatemalteco cursaron una solicitud urgente a las Naciones Unidas para que se discutiese en este organismo la agresión que estaba sufriendo el país. Solo la Unión Soviética hizo caso al SOS del diplomático guatemalteco. Eisenhower prefirió remitir el problema a la instancia que consideró adecuada para tal eventualidad: la Organización de Estados Americanos.

Al no tratarse de una agresión de un país contra otro la ONU poco tenía que decir

en el asunto. Por mucho que disguste a los amigos de la conspiración, el asunto de Guatemala era algo de orden interno, es decir, que un coronel levantisco se disponía a dar un golpe de Estado contra otro coronel al que el primero consideraba traidor a la patria. Nada de lo que alarmarse. Un clásico de los países hispanos de ayer, de hoy y de siempre.

Árbenz había llegado al poder por la vía de las urnas cierto, pero no fue así con su padrino y mentor Juan José Arévalo que en 1944 se había levantado contra el general Ubico. Los modos en que la mayor parte de países hispanoamericanos han cambiado de Gobierno a lo largo de los dos últimos siglos van más por el camino del cuartelazo que por el del turno pacífico y democrático. Es triste, pero así ha sido hasta hace bien pocos años en casi todo el continente americano hispanohablante y, por supuesto, en la madre nutricia del invento que no es otra que España.

Los hombres de Castillo Armas no encontraron mucha resistencia en su avance por el corto trecho que va de la frontera hondureña a la capital del país. Tras varios días de escaramuzas entre los leales a Árbenz y los de Castillo Armas, éstos últimos llegaron a las afueras de Ciudad de Guatemala. La capital se rindió casi sin derramamiento de sangre. Árbenz, del que el propio Ernesto había dicho: [...] es un tipo de agallas, sin lugar a dudas, y está dispuesto a morir en su puesto, si es necesario [...] salió disparado hacia la embajada de México para refugiarse y salvar el pellejo. Todavía faltaban veinte años para que Salvador Allende se inmolase —o le inmolasen— en el Palacio de la Moneda. Pero eso el Che ya no pudo verlo. Con Árbenz apartado de la circulación el poder pasó al coronel Carlos Enrique Díaz, que negoció lo mejor que pudo con el militar vencedor. Castillo Armas se convirtió de este modo en nuevo presidente de la República de Guatemala, cargo que retendría hasta 1957.

¿Qué hizo Ernesto Guevara durante estos días de furia?, ¿correspondió nuestro hombre la gentileza que la Guatemala de Árbenz había tenido con él acogiéndolo en su seno? La idea generalizada, inoculada en las mentes por vía guevarológica, es que en aquellos días de junio de 1954 de asedio a la capital nació el Che Guevara que conocemos hoy día. Es cierto que fue en Guatemala donde le pusieron el sobrenombre Che que le llevaría al estrellato mediático del que hoy disfruta. Pero poco más. El origen de ese mito persistente que pinta a Ernesto Guevara parapetado en las trincheras de Ciudad de Guatemala instruyendo grupos armados de obreros y agricultores, proviene de la fecunda imaginación de su entonces novia Hilda Gadea.

La peruana, años más tarde, y ya residiendo en la Cuba de Castro, dio lo mejor de sí escribiendo un librito titulado «Che Guevara, años decisivos», en el que narra con todo lujo de detalles la experiencia revolucionaria del Che en la Guatemala de los últimos días de Árbenz. Según la peruana, Ernesto se alistó voluntario a los comandos de defensa antiaérea que proliferaron por la ciudad durante los escasos y poco efectivos bombardeos de las zonas céntricas por parte de los sublevados.

Quizá viendo que del aire no venía el peligro, se lanzó de cabeza al adoquinado

de las calles para defender las conquistas sociales del Gobierno. Tampoco. No empuñó siquiera un arma. Nada de nada, ni un mal grito reclamando el concurso de los transeúntes para que se apuntasen a la defensa de la ciudad. Según Hilda Gadea, todos los intentos de Ernesto por luchar contra la invasión fueron inútiles. Efectivamente, tan inútiles como inexistentes. Algo después, a Tita Infante, su antigua compañera comunista de Universidad, le haría la siguiente revelación:

Igual que la República Española, traicionados por dentro y por fuera, no caímos con la misma nobleza.

Igualito. A diferencia que a la República Española le habían traicionado hasta sus fundadores. Pero el desconocimiento de la historia española del Che Guevara era oceánico, muy a pesar de su infancia cordobesa, rodeado de exiliados españoles. O precisamente por eso. Quien sabe. Respecto a otra de las causas por las que fracasó la resistencia frente a Castillo Armas, Hilda Gadea rescata un recuerdo que, según ella, tuvo en su momento forma de artículo firmado por Ernesto Guevara. Artículo que, huelga decirlo, se ha perdido.

El estaba seguro que si se le decía la verdad al pueblo, y se le daba las armas, podía salvarse de la revolución. Aún más, aunque cayese la capital, podía continuarse luchando en el interior: en Guatemala hay zonas montañosas apropiadas.

Decir la verdad al pueblo. Francamente hubiera sido muy oportuno, pero para aventar a Árbenz del poder en las primeras elecciones. Una Guatemala comunista tutelada por el PGT y apadrinada por la Unión Soviética no hubiese sido muy diferente a la Cuba de las últimas seis décadas. Un régimen monolítico de partido único, de ausencia total de libertades individuales, de imposición absoluta del Estado sobre el individuo, de garantías procesales inexistentes, de fusilamientos bajo la singular acusación de estar «Contra el Pueblo»... el paraíso totalitario perfecto.

Los infelices guatemaltecos deberían haber sido informados de los planes que Hilda Gadea y los capitostes del PGT tenían para ellos. Respecto a esa idea de dar las armas al pueblo nos lleva directos al drama de la República Española. En aquella ocasión, en aquel funesto día de julio de 1936 en que el Gobierno dio las armas al pueblo dio comienzo la mayor tragedia colectiva que han sufrido los españoles en toda su historia.

Por lo demás, los recuerdos de Gadea patinan en el tiempo. Habla de unas «zonas montañosas apropiadas» pero ¿cuáles eran esas zonas?, ¿el Che las conocía? Esta tontería huele más bien a chamusquina y a pólvora mojada tras un aguacero en Sierra Maestra. Los focos guerrilleros desde la sierra se dieron por vez primera en Cuba a finales de la década y su ejemplo se ha extendido por toda América Latina, pero en 1954 era pura fantasía. Y otro detalle geográfico. En Ciudad de Guatemala no es que haya zonas montañosas apropiadas, es que la ciudad está encima de una cordillera a 1500 metros por encima del nivel del mar justo sobre la divisoria continental de aguas que atraviesa entre barrancos las calles de la capital.

Ahora bien, si sospechamos que Hilda Gadea miente, entonces ¿qué hizo el ciudadano argentino Ernesto Guevara de la Serna en aquellos días? Pues sencillo, lo que hubiese hecho cualquier otro súbdito de esta república en similar circunstancia: refugiarse en la embajada. Durante los días previos a la toma de la ciudad por parte de Castillo Armas Ernesto se lo pasó bomba experimentando una [...] sensación mágica de invulnerabilidad que me hacía relamer de gusto cuando veía a la gente correr como loca apenas venían los aviones o, en la noche, cuando en los apagones se llenaba la ciudad de balazos [...] Muy revelador. En la misma carta dirigida a su madre un día después de la entrada triunfal del coronel vencedor en Ciudad de Guatemala Ernesto confiesa sin rubor:

Con un poco de vergüenza te comunico que me divertí como un mono durante estos días.

Tome nota, se divirtió como un mono. Conste que no lo digo yo, lo dice él. Eso sí, también es cierto es que no profesaba simpatía alguna por los recién llegados, a los que consideraba, en su proverbial incultura, una amalgama de empresarios fruteros y el cuerpo de marines de los Estados Unidos. Lo que a él le preocupaba es que, con el cambio de Gobierno, se había quedado sin posibilidad de encontrar trabajo, y más teniendo en cuenta las amistades que había cultivado en los meses previos a la sublevación. Este extremo queda reflejado a la perfección en esta carta:

Yo ya tenía mi puestito pero lo perdí inmediatamente, de modo que estoy como al principio, pero sin deudas, porque decidí cancelarlas por razones de fuerza mayor.

Pasó todo el mes de julio en la embajada. El tiempo adecuado para evitar las represalias que el nuevo Gobierno estaba haciendo entre los que habían apoyado abiertamente al anterior. Él no lo había hecho, pero mejor prevenirse por si acaso alguien le identificaba como simpatizante del arbencismo, y tal eventualidad le costaba un incómodo e innecesario disgusto. Y eso que la estancia en la legación diplomática de Argentina no era completamente de su agrado:

... El asilo no puede calificarse de aburrido pero si de estéril, ya que no se puede dedicar uno a lo que de verdad quiere debido a la cantidad de gente que hay...

Hilda Gadea, entretanto, había sido detenida por fuerzas gubernamentales, pero la peruana tenía poco que ofrecer en los interrogatorios por lo que a los pocos días la soltaron. No consta que Ernesto se preocupase por su novia durante ese tiempo. Hilda, en cambio, si que tenía motivos para la angustia. Había trabajado para el gobierno de Árbenz, tenía contactos y amigos entre lo más granado de su administración y, además, su militancia izquierdista no era un secreto para nadie.

Al Che, sin embargo, lo que le quitaba el tiempo en su reclusión en la embajada era organizar torneos de ajedrez, escribir cartas o criticar a sus compañeros de encierro. También se interesaba por ver cuando podría salir de la cancillería para hacer alguna excursión y respirar aire puro. La comida, la cama y la protección

consular no eran motivo suficiente como para considerarse afortunado. Entre los dardos envenenados que dedicaba casi cada día a los que convivían con él en la embajada, hay uno que brilla con luz propia y que traza su vivo retrato en aquel entonces. Escribiendo acerca de Raúl Salazar en su cuaderno de notas afirma:

... Raúl Salazar: tipógrafo de unos treinta años, mentalidad simple, quizás inferior a la normal, que se dedica a su trabajo y nada más...

Harto preocupante eso de dedicarse nada más al trabajo, algo propio de gente como el desdichado Salazar, de mentalidad simple y casi seguramente inferior a la normal. Y es que la vida de Guevara o era un continuo viaje y cambio de colchón o devenía sin remedio en un aburrimiento y un hastío insuperable. El señorito remilgado, de rebuscados ancestros españoles no se sentía a gusto con un pobre exiliado cuyo único delito era «trabajar y nada más». Así las cosas, con semejante panorama en la embajada y las calles de Guatemala tranquilas, a finales de agosto abandonó por su propio pie su plácido refugio sin que ni la policía ni el ejército le importunasen lo más mínimo a la salida.

Este y no otro es el breve relato de la participación del Che en la caída de Jacobo Árbenz. Tenía en 1954 veintiséis años, un discutible título de médico, muchos kilómetros en el cuerpo y una generosa cantidad de prejuicios que se incrementaba diariamente. Tal era el pobre bagaje que Ernesto había acumulado cuando decidió abandonar Guatemala. La aventura en cuestión monetaria no había salido como él pensaba, pero, a cambio, se lo había pasado «como un mono». Valga lo uno por lo otro. Respecto a su compromiso político, en aquel septiembre de 1954 era aún nulo y no hay guevarólogo que consiga demostrarlo por más que lo intente.

Otra cosa bien distinta es la ideología que, como ya he apuntado con anterioridad, era más o menos la propia de un joven desinformado de los años 50 que se encama con una comunista. Una visión del mundo plagada de lugares comunes, de buenas intenciones y de muchas horas de cháchara inútil tomando mate con los compañeros de apartamento.

Durante los meses de estancia en Guatemala escribió muchas cartas, algunas de las cuales las he glosado más arriba. En una de ellas, dirigida a su madre, le informaba de los derroteros por los que discurría su formación intelectual. Éstos consistían básicamente en tomar mate cuando conseguía yerba y discutir mucho sobre una constelación de escritores e intelectuales como Marx, Engels, Lenin, Kropotkin, Mao Zedong o Sartre. Resumiendo, lo mejorcito de cada casa. Un chico de su tiempo en definitiva, pero con una pequeña salvedad, los chicos de su tiempo que como él eran inclinados a la lectura política procuraron ganarse el pan trabajando para al menos costearse el vicio.

Las ideas políticas que poblaban la cabeza de Ernesto Guevara al salir de Guatemala se limitaban a los cuatro consabidos tópicos de cualquier izquierdista de la época. A saber: odio cerval e irracional a los Estados Unidos, y afinidad más o menos



explícita con los partidos comunistas —y, por ende, con la Unión Soviética—, sintonizando así con la moda juvenil de la época, convicción absoluta de que los problemas de Hispanoamérica radicaban en el norte. Y, por último, una mistificada idea de la violencia, de la fuerza bruta para resolver los problemas políticos de un país. Esto último se lo dejó bien claro a su antigua compañera Tita Infante en una carta en la que sin ruborizarse afirmaba:

... Durante el gobierno de Árbenz no hubo asesinatos ni nada que se le parezca. Debería de haber habido unos cuantos fusilamientos al comienzo, pero eso es otra cosa; si se hubieran producido esos fusilamientos el gobierno hubiera conservado la posibilidad de devolver los golpes.

Recién conquistado el poder en Cuba el Che pondría en práctica esa intuición juvenil en la fortaleza de La Cabaña, donde fusiló sin pestañear a miles de cubanos en juicios sumarísimos. Para conservar la posibilidad de devolver los golpes, se entiende.

Como vemos, su equipaje de ideas era restringido pero suficiente para lo que le iba a tocar vivir en México. Unos días después de abandonar la legación diplomática argentina comenzó a planificar su nuevo salto: México, la mayor nación de habla española del planeta.

Pero tenía novia, cierto que no se había preocupado demasiado por ella en los días de la crisis guatemalteca, pero novia al fin y al cabo. Antes de marchar se tomó unos días de vacaciones en el lago Atitlán, hermoso paraje guatemalteco, destino habitual de turistas y enclave en el que los millonarios guatemaltecos suelen fijar su segunda residencia. Antes de partir hacia Atitlán dejó hechos los deberes en Ciudad de Guatemala, se acercó a la embajada mexicana para solicitar el visado y, una vez cumplimentado el trámite, como buen ciudadano respetuoso con la legalidad y sin intención de meterse en problemas, se retiró a descansar y hacer turismo al lago guatemalteco. Hilda hizo lo propio pero, por desgracia, la visa le fue denegada.

A diferencia de Guevara, Hilda sí que se había significado durante el gobierno de Árbenz. Para colmo la infortunada amante del Che no era argentina, sino peruana y de ascendencia indígena, lo que ya de entrada suponía un inconveniente. Ernesto prefirió ir solo hasta México y así lo comunicó a sus allegados aprovechando «... el hecho de que ella no puede salir todavía para largarme definitivamente...» Un hombre práctico por encima de todo. ¿Para qué ir cargando con la indiecita una vez que ya de poco le iba a servir? La aventura pesaba sobre cualquier otra consideración.

## **Llámame Fidel**

Abandonó Guatemala a mediados de septiembre de 1954. Casi ocho meses había pasado el aventurero argentino en el país que fue un día solar de la civilización maya. El paso por Guatemala había obrado en él formidables cambios, pero para mal. Estaba más resabiado y había emprendido el camino sin retorno del fanatismo

político, que en México terminaría consolidándose. En el tren de camino al DF hizo buenas migas con un compañero de compartimiento, Julio Roberto Cáceres, conocido como El Patojo.

Es posible que al lector español le parezca sorprendente el hecho de hacer amistades en un tren, y más en los tiempos que corren, pero las distancias en América son, para un español de la península —y, no digamos ya, de los archipiélagos— difíciles de aprehender. Sus planes en el corto plazo no eran muy consoladores. Los mexicanos le caían mal, por lo que no albergaba grandes esperanzas de que el país azteca le deparase esa oportunidad que tanto tiempo llevaba esperando. Al poco de llegar escribió a su padre confesándole:

... Después de un tiempo trataré de que me den una visa para Estados Unidos y me tiraré a lo que salga para allá.

¡Ay! Los Estados Unidos. Ya antes de su primer gran viaje por América, el que había hecho en motocicleta junto a Alberto Granado, quería llevar La Poderosa hasta los dominios del tío Sam. Ernesto tenía una tía viviendo allí y no eran —ni son— pocos los argentinos que siguen probando suerte al norte del río Grande. Hagamos un poco de historia-ficción. Imaginemos por un momento que Guevara pasa sin pena ni gloria por México y, conforme a su plan, da el salto definitivo a los Estados Unidos. ¿Habría profundizado en el marxismo ultramontano una vez allí o, por el contrario, hubiese acabado sus días como un apacible jubilado californiano aficionado a la apicultura? Nunca lo sabremos, pero estos caprichos que tiene la historia dan que pensar lo importante que puede llegar a ser una simple decisión o el poder que tiene un solo ser humano para cambiar el curso de miles de vidas ajenas.

Nada más llegar a México se alojó en un apartamento con El Patojo. Las primeras semanas fueron realmente angustiosas. Sin trabajo y sin más dinero que el que amorosamente sus padres le enviaban desde Buenos Aires. En Ciudad de México no tuvo la suerte de dar con una segunda Hilda que corriese con el alquiler, ni con un batallón de conocidos y amigachos como el que frecuentó en sus días de Guatemala. Acuciado por la necesidad más imperiosa se puso a algo que no había hecho antes: trabajar. Increíble, pero cierto. El mismo que había cruzado América desde la Argentina hasta México sin pegar golpe —a excepción de aquella noche cargando fardos en Puerto Barrios— se planteó seriamente montar un pequeño negocio y dar el callo.

Si Ernesto Guevara merece algún reconocimiento póstumo no es por su pésimo currículum de guerrillero o por su carrera de ministro inepto, sino por pasar tantos meses en tantos países diferentes comiendo a diario sin necesidad de encontrar un empleo. Sus exegetas, que son multitud, deberían proponer su caso como digno merecedor del récord Guinness de la cara dura, del Nobel del sablazo, de Príncipe de Asturias del cuento chino. Si no existen que los inventen.

El negocio en cuestión era lo que los economistas de hoy llaman una

«microempresa» y la gente normal fotógrafo minuterero, especialidad de ese noble oficio que consiste en salir a la calle y ofrecer fotos en un minuto a los viandantes. Es, digamos, la base de la pirámide en el negocio. La cúspide es la agencia Mágnum, pero para eso una cámara no basta. El puesto lo montó junto a El Patojo y su área de trabajo predilecta eran los parques del DF, concurridos siempre por paseantes y turistas desprevenidos.

El problema es que la vida de fotógrafo, aunque parezca un caramelo por aquello de que las fotos se hacen apretando un botón, es muy dura y sacrificada. Todo el día pateando las avenidas y los parques en busca de una víctima propicia para disparar una instantánea que, por lo demás, corre el riesgo de no gustar al retratado. Además, como todo empleo por cuenta propia, la saña de la competencia se manifiesta en toda su crudeza. Basta con que el fotógrafo competidor, que se ha apostado dos fuentes más allá, cobre un peso menos para que la clientela se pase en manada. Un drama.

En el mes de abril viajó hasta Guanajuato para asistir a un congreso sobre alergias donde presentó un trabajo propio. Allí, entre alergólogos de todo el país, consiguió un empleo. En el campo de la medicina, tal y como el había venido buscando desde su corta estancia en Bolivia. El que la sigue, la consigue, que dice el refrán. Pero no todo iba a ser bueno, el trabajo estaba mal pagado y se desempeñaba en un laboratorio que regentaba el doctor Mario Salazar Mallén. Consistía, como puede uno figurarse, en investigar sobre alergias, algo que él conocía en carne propia desde su más tierna infancia.

Hilda, entretanto, no había conseguido un trabajo pero sí, y tras serias dificultades, entrar en México. A Ernesto esto no le afectó seriamente. La peruana se apresuró a llegar al Distrito Federal lo antes posible al encuentro de su apuesto galán argentino. Y así lo hizo en noviembre de 1954. Pero eso de reeditar el noviazgo guatemalteco en México no entraba en sus planes. Continuó viviendo con su amigo y socio El Patojo durante unos meses y apenas vio a Hilda para ir a cenar o al cine. Es de imaginar que un joven fogoso como Guevara aprovecharía esas citas para otros menesteres más privados.

Lo bueno de nuestro hombre es que uno piensa mal y siempre acierta porque, por esas mismas fechas, en su habitual franqueza, define aquella relación como [...] Quedaremos como amantitos hasta que yo me largue a la mierda, qué no se cuando será. [...] En aquellos momentos no necesitaba a Hilda. Tenía dos trabajos, uno formal y el otro informal, un amiguete que se las hacía pasar muy bien, y hasta un conocido de su padre que lo apoyaba. Este conocido de Guevara Lynch era un tal Ulises Petit D'Murat, que, con ese nombre y esos dos apellidos sólo podía ser guionista de cine y argentino. Y lo era. Ambas cosas a un tiempo, que es lo suyo. Le prestó algo de ayuda y le presentó a su hija que, según dicen, era muy guapa. A Ernesto la niña de Petit D'Murat le agradó aunque le pareció muy aburguesada y algo ñoña. En esto, claro está, sólo disponemos de la información que Guevara nos ha regalado. Interesante sería conocer la opinión que de Ernesto Guevara tenía la hija De

Petit D'Murat. A lo peor hasta algunos se llevaban una sorpresa. A los veintitantos Ernesto era guapo y varonil, de eso no hay duda, pero entre su clientela femenina no solían encontrarse niñas de buena familia. Tal vez porque el mayor de los Guevara de la Serna era un desastre vistiendo o tal vez por su poco apego a la higiene personal. El chanco le llamaban con sorna. Por el olor, claro.

La primavera del 55 vino a cambiar el panorama. Lejos de allí, en Cuba, el Gobierno de Fulgencio Batista decretaba por fin la liberación de los últimos presos que quedaban por el asalto al cuartel de la Moncada de dos años antes. Un golpe de Estado frustrado con el que parte de la oposición democrática a la dictadura cubana había pretendido devolver a los isleños las libertades arrebatadas por Batista. Páginas atrás vimos como en el momento en que los audaces cubanos se lanzaron sobre los cuarteles de Moncada y Bayamo, Ernesto se encontraba en pleno idilio con la alta sociedad boliviana, ajeno completamente a todo el cotarro cubano y, especialmente, al drama que afligía a sus nacionales.

En Centroamérica ya había entrado en contacto con algunos de los moncadistas como Rosell o Calixto García, pero fue en Guatemala donde conoció a fondo el acontecer reciente de la mayor isla del Caribe. Tanto en sus apáticos días guatemaltecos como en su no menos aburrido mes en la embajada de Argentina, Ernesto había tenido un fructífero trato con algunos de los protagonistas de aquel asalto a un cuartel en las cercanías de Santiago de Cuba. Alguno de ellos llegó incluso a ser amigo suyo como el caso de Ñico López o Mario Dalmau. Las reuniones en casa de Hilda, que se había alojado en un apartamento junto a una amiga, y en los cafés del Distrito Federal fortalecieron los vínculos de Ernesto con los exiliados cubanos. La epopeya del cuartel de la Moncada debía sabérsela ya Guevara de memoria, de tanto traerla y llevarla junto a Ñico López y los demás exiliados que se daban cita en las tertulias políticas.

En honor a la verdad, lo del cuartel de Moncada no fue para tanto. Ahora, tras sesenta años de tiranía, ha adquirido su verdadero significado como momento fundador del castrismo. Sin embargo, el asalto propiamente dicho no pasó de una ensalada de tiros en la que murieron varias decenas de asaltantes y diez civiles. Ni los cimientos de la dictadura de Batista temblaron, ni Fidel fue el héroe romántico que se pretendió construir después.

Fidel Castro, que era muy joven y tenía ideas de bombero, planificó la operación de la siguiente manera. Tomarían primero el cuartel derrotando a sus defensores, se apoderarían del polvorín y, acto seguido, ocuparían la ciudad de Santiago de Cuba, que es la segunda del país. Una payasada a cargo de un picapleitos ofuscado que terminó como terminó.

Lo hizo en julio coincidiendo con las fiestas que se celebraban en honor al apóstol que da nombre a la ciudad. Con un grupo de unos 130 hombres —en el que iban dos mujeres— se acercó hasta la puerta del cuartel con un convoy de coches. Iban todos rigurosamente uniformados con el uniforme amarillo de la Guardia Rural cubana.

Fidel, y cuidado que tiene caprichos la Historia, iba de sargento, el mismo rango militar con el que Fulgencio Batista se había alzado a las esferas de la alta política. Una vez en la entrada trataron de engañar a los centinelas advirtiéndoles que venía el general. Los soldados de guardia franquearon el paso, pero los rebeldes, en lugar de pasar y dejar a los de la puerta para el final, se emplearon a fondo con ellos, saltó la alarma y se armó una refriega en todo el regimiento. Ahí acabó el asalto.

Antes de que la cosa fuese a peor Fidel gritó retirada y se replegó junto a algunos de sus hombres en el camino de Siboney. Allí se mantuvo escondido durante unos días hasta que, gracias a los oficios de un cura, Monseñor Pérez Serantes, Fidel se entregó con la cabeza gacha. Ya tiene narices que, si no llega a ser por la mediación del religioso, la asonada podría haberle costado el pellejo a Fidel Castro. Y no es retórica. Muchos de los que se levantaron entonces fueron ejecutados sin miramientos. Irónico, Fidel se encargaría unos años después de devolver el favor a la Iglesia Católica proscribiéndola.

En el juicio que se celebró contra él y otros insurrectos pronunció Castro un largo discurso, prelude de otros no tan emblemáticos pero si más pesados, que tituló con pomposidad «La Historia me absolverá». Desconocía evidentemente que al otro lado del Atlántico, en la siempre cercana España, el General Franco solía decir desafiante que sólo respondería de sus actos ante Dios y ante la Historia. Curioso paralelismo que no deja de tener su intrínquilis. Su abogado defensor durante el juicio, Aramis Taboada, hizo una ardorosa defensa de su cliente y consiguió una pena bastante leve para el líder del levantamiento. En correspondida gratitud Fidel al llegar al Gobierno encerró a Taboada y posteriormente le hizo ejecutar. Cómo para fiarse del Comandante en Jefe.

Castro purgó su pena en una prisión de la isla de Pinos, a cuatro kilómetros de Nueva Gerona, y desde allí, una vez hubo recuperado la libertad, dio el salto definitivo a México. De los 15 años de condena había cumplido tan sólo 22 meses en un módulo especial del Presidio Modelo. Nada de celdas de castigo, nada de palizas, nada de letrinas, gachas y agua pútrida. La Presidio Modelo, que era una cárcel temida por todos los cubanos a causa de sus malas condiciones y la crueldad de sus guardianes, trató muy bien a Fidel. Él mismo, sin sonrojarse lo más mínimo, lo dejó escrito para la posteridad:

... como soy cocinero, de vez en cuando me entretengo preparando algún pisto. Hace poco me mandó mi hermano desde Oriente un pequeño jamón y preparé un bistec con jalea de guayaba. También preparo espaguetis de vez en cuando, o bien tortilla de queso. Arreglé mis cosas y reina aquí el más absoluto orden. Las habitaciones del Hotel Nacional no están tan limpias. Me estoy dando dos baños obligados por el calor, cuando cojo sol por la mañana en shorts, siento el aire de mar, que me parece que estoy en una playa. Luego, en un pequeño restaurante aquí, me voy a cenar espaguetis con calamares, bombones italianos de postre, café acabadito de colar y

después, un H Upman número 4.

Comunicaron mi celda con otro departamento cuatro veces mayor y un patio grande, abierto desde las 7 AM hasta las 9 PM. No tenemos recuento ni formaciones en todo el día. Nos levantamos a cualquier hora, tenemos agua abundante, comida y ropa limpia. No sé, sin embargo, cuánto tiempo más vamos a estar en este paraíso...

Por Internet andan las fotos de su liberación y cualquiera, guevarólogos incluidos, puede consultarlas. Fidel Castro saliendo de la cárcel impecablemente trajeado y rodeado de periodistas y fotógrafos. Igualito que los actuales presos políticos que, si salen vivos de las prisiones del paraíso castrista, lo hacen harapientos, famélicos y machacados por las enfermedades y contagios padecidos durante su cautiverio.

Pero echemos el reloj atrás y volvamos al México de 1955. En junio la vida sentimental de Ernesto se había serenado de nuevo. Las golosa perspectivas de volver a sus orígenes viviendo sin pagar el alquiler le impulsaron a mudarse junto a Hilda dejando el apartamento que compartía con El Patojo. Quizá no anduviese muy enamorado de ella, pero a nadie le amarga un dulce. Hilda, aplicada y laboriosa, había encontrado un buen trabajo en una filial de la Organización Mundial de la Salud. Además, adoraba a Ernesto. Estaba enamorada de él con auténtica pasión pero no veía manera de atraparlo. Las amistades de Hilda eran, asimismo, un poderoso acicate para que Ernesto estuviese a su lado. La peruana no era muy agraciada físicamente, pero a cambio poseía una cultura notable y una gran conversación. Con ella Ernesto —y cualquier interlocutor que se le pusiese enfrente—, podía cambiar impresiones sobre temas tales como historia, filosofía o literatura. Y eso se agradece.

El reencuentro con Ñico López había también posibilitado que se reintegrara a los ambientes progresistas que había frecuentado en Guatemala. Hagamos una foto: jóvenes hispanoamericanos de los años 50, todos marxistas o en vías de serlo y, a modo de guinda, aventureros, fantasiosos e inconstantes. Con semejante cóctel las veladas debían de ser cualquier cosa menos aburridas. En resumen, improductividad trufada de mentira política y ardores de juventud. En una de estas noches de tequila, cigarrillos y debate sesudo en el que las que arreglaban el mundo tres o cuatro veces, Ñico presentó a Ernesto a un cubano llamado Raúl Castro que había participado, para variar, en los acontecimientos del 26 de julio de 1953. Raúl no era el primer moncadista que conocía, y tampoco sería el último. Entre el argentino vagabundo y el cubano exiliado prendió una amistosa chispa que les llevó a verse más veces con objeto, supongo, de perder el tiempo con las cosas de la política. Eran jóvenes, emigrantes y estaban ociosos, una pena que no les diese por el fútbol.

Como una cosa lleva a la otra, Fidel, el hermano de Raúl que llevaba 22 meses comiendo espaguetis y tortillas de queso en un penal cubano, viajó desde la isla hasta México para establecerse allí y buscar el modo de propinar el golpe definitivo a la dictadura de Batista. Llegó en julio y al poco Raúl se lo presentó a su ya amigo Ernesto. Se conocieron en la casa de María Antonia González, una cubana casada con

un luchador mexicano que vivía en un pequeño apartamento del DF.

La casa de María Antonia era una especie de centro de reuniones informal para la comunidad exiliada cubana. La impresión que Ernesto se llevó de Fidel fue magnífica, tanto que la primera conversación, según cuentan, duró 8 ó 10 horas, de las ocho de la tarde hasta el amanecer. El propio Che lo consignaría más tarde en su diario:

Un acontecimiento político es haber conocido a Fidel Castro, el revolucionario cubano, muchacho joven, inteligente, muy seguro de sí mismo y de extraordinaria audacia; creo que simpatizamos mutuamente...

... nuestra primera discusión versó sobre política internacional.

Habría que haberlos visto por un agujerito discutir sobre política internacional a dos indocumentados de semejante porte. Lástima que en estas grandes ocasiones en las que los amos del totalitarismo se reúnen antes de perpetrarlo no lleven nunca una cámara o un grabador. En la película, estrenada en 2008, que Steven Soderbergh dedicó al Che Guevara esta conversación tiene lugar tras la cena en una terraza pequeña y estrecha. Desconocemos si realmente echaron ocho horas ahí, en un lugar tan diminuto.

Entre los hermanos Castro y Guevara nació una gran amistad, especialmente, como ya he apuntado, entre Ernesto y Raúl. Con Fidel era distinto, pues no solo era ligeramente mayor que él, sino que presumía de tener preocupaciones más elevadas. Era el jefe y además ejercía de tal. Con Raúl, en cambio, la relación era más próxima. Más que dos camaradas de partido y de causa, se convirtieron en un buen par de compañeros de veintitantos años con mucho tiempo libre y ninguna gana de emplearlo en cosas útiles. Cuenta Pacho O'Donnell que Raúl solía acompañar a Ernesto por las noches a cazar gatos por las callejuelas de Ciudad de México. Guevara quería los gatos, según O'Donnell, para realizar experimentos médicos. Desconozco la reacción que habrá producido esta revelación entre los animalistas actuales que tienen colgado en la buhardilla un póster del guerrillero argentino.

Las cosas en México pintaban mejor de lo que Ernesto había pensado nada más entrar en el país. Tenía nuevos amigos, había encontrado un par de empleos y hasta su novia peruana había ido en su búsqueda arrastrándose como un gusano. Para colmo de bendiciones, una agencia de noticias argentina requirió sus servicios en la capital azteca: la agencia Prensa Latina. Lo contrataron para cubrir los Juegos Panamericanos de 1955. Después se quedó como [...] redactor en la Agencia Latina donde gana 700 pesos mexicanos, es decir un equivalente a 700 de allí (de Argentina), lo que me da base económica para subsistir, teniendo, además, la ventaja de que sólo me ocupa tres horas tres veces por semana. [...].

El sueño de cualquiera. Un trabajo atractivo, bien pagado, y que apenas quita tres

ratos de nada durante toda la semana. Pero no era suficiente para Ernesto. Su sed de aventuras y conocimiento le acuciaba. Quería a toda costa visitar los Estados Unidos y Europa. Del gran país del norte le interesaba Nueva York, ciudad que quería conocer a fondo. De Europa deseaba viajar a España, la madre patria, y Francia. De hecho en alguna carta a su madre se despidió con un elocuente «Vieja, hasta París». Los planes de Ernesto eran prometedores, reflejo del momento dulce en el que se encontraba. Su yo trotamundos tenía todavía fuerza para imponerse a veces sobre su creciente yo activista. Por desgracia terminaría por prevalecer el último. A esas alturas el cacao mental de los tiempos de Guatemala se había aclarado bastante. En una nueva carta se lo confiesa a su madre:

Este México inhóspito y duro me ha tratado bastante bien después de todo y, a pesar de la esquila, llevaré al irme algo más de dinero que al entrar mi respetable nombre en una serie de artículos de mayor o menor valor y, lo más importante, sedimentadas una serie de ideas y aspiraciones que estaban en forma de nebulosa en mi cerebro.

La sorpresa, o la esquila, tal y como reconoce en su carta, llegó cuando menos se la esperaba. En pleno verano, poco después de conocer a los hermanos Castro, Hilda le anunció que estaba embarazada. Esto, en principio, no hubiera tenido que ser inconveniente alguno para un aventurero. Pero el Che se lo tomó en serio. Quizá pesó la educación burguesa que había recibido en sus primeros años o quizá que la noticia le pilló tan de sopetón que no tuvo tiempo de salir con una argentinada de las suyas. El hecho es que Guevara, a regañadientes, aceptó casarse. Veámoslo en sus propias palabras:

Voy a tener un hijo y me casaré con Hilda en estos días. La cosa tuvo momentos dramáticos para ella y pesados para mí, al final se sale con la suya, según yo por poco tiempo, según ella para toda la vida.

Menudo contratiempo. Pero, si no estaba enamorado de esta mujer, ¿por qué se casó? Podría haber continuado con su relación de hecho y haber cuidado de su hijo como un buen padre. Ni entonces ni ahora hay obligación moral de querer a la madre. Si Ernesto Guevara hubiese tenido convicciones tradicionales y católicas no hubiera quedado otra opción. Pero no era el caso, el Che de 1955 no era ni católico ni tradicional. Es más, se empeñaba día a día en demostrar lo contrario. Pero lo más enigmático es que aceptaba casarse pero por poco tiempo. Lo lógico en un hombre que ha cometido un error dejando embarazada a una mujer que no ama, pero que decide casarse con ella es que al menos lo haga por el bien del niño y eso es, como poco, casi toda una vida. ¿A quién pretendía engañar?, ¿o es que simplemente aceptó el trato a cambio de no buscarse problemas con la madre? Una incógnita no resuelta que me temo no se resolverá nunca.

El matrimonio se celebró el 18 de agosto en Tepozotlán. Ella, como Celia de la Serna veintiocho años antes, estaba embarazada. Fidel, que, días antes, había asegurado que asistiría a la boda, no lo hizo alegando motivos de seguridad. A la



ceremonia, civil por supuesto, le siguió una parrillada argentina que Ernesto cocinó personalmente en su casa. Al asado sí que asistió Fidel, y es que por algo Fidel Castro nunca estuvo delgado hasta que, medio siglo más tarde, la enfermedad se lo comió por dentro. Como nota curiosa de la boda mexicana del Che Guevara, en febrero de 1999, el diario bonaerense Clarín informó a sus lectores que el acta del matrimonio había sido sustraída del registro civil de Tepozotlán. Quizá reaparezca en un futuro en la casa museo que regenta Aleida March de Guevara, su segunda esposa, en La Habana. O quizá no vuelva a saberse más de él, pues las relaciones de Hilda y Aleida en los años que les tocó cohabitar al sol de la revolución no fueron demasiado afortunadas.

Como el casado casa quiere, los Guevara-Gadea se mudaron a un nuevo piso en la Colonia Juárez. Ernesto Guevara acababa de constituir su primera familia, el primer hogar con esposa, hijo en camino y un mismo techo para guarecerlos a los tres. Un día después de su boda, el 19 de septiembre, el Gobierno de Perón cayó en la llamada Revolución Libertadora.

El derrocamiento del líder justicialista causó honda preocupación en Ernesto que, como es de suponer, siguió los acontecimientos pegado al receptor de radio y leyendo las portadas de los periódicos. En 1955 la figura de Juan Domingo Perón era ya famosísima en todo el mundo. Su forma de hacer política basada en la demagogia, el nacionalismo y el gasto público descontrolado había vuelto locos a muchos argentinos. Para colmo de males, su esposa, la idolatrada Evita, había fallecido años antes de un inesperado cáncer en plena juventud. Los sindicatos apoyaban ferozmente al antiguo militar devenido presidente de la república. Por el contrario, tanto la derecha conservadora tradicional como los partidos de izquierda auténtica aborrecían la forma y el fondo del peronismo.

Lo cierto es que entre unos y otros; entre peronistas, izquierdistas, militares golpistas y sindicalistas descamisados dejaron Argentina en la miseria. Pero eso es otro cantar. Después de tantas décadas de crecimiento económico y bienestar, los argentinos no habían sentido aun en 1955 los devastadores efectos de la hecatombe que había arrasado el país. Ernesto, que siempre tuvo una cierta fascinación por Perón a pesar de que en su casa paterna no era un personaje grato, recibió con tristeza el fin de aquel hombre que había marcado a fuego a su país natal. En una carta a su familia a finales de septiembre confesaba su aflicción:

Te confieso con toda sinceridad que la caída de Perón me amargó profundamente, no por él, por lo que significa para toda América, pues mal que te pese y a pesar de la claudicación forzosa de los últimos tiempos, Argentina era el paladín de todos los que pensamos que el enemigo está en el norte.

Los violentos sucesos de septiembre de 1955 en Buenos Aires hicieron que fugazmente Ernesto devolviese la mirada hacia su Argentina natal. Pero su destino era el mundo. El sentido final de su vida era un misterio a pesar de que el inoportuno embarazo de Hilda le había forzado a aplazar algunos planes que guardaba en su

chistera de viajero errante para mejor ocasión. Mientras tanto, y antes de que la gravidez de su esposa le impidiese moverse con soltura, emprendieron un viaje al sur del país. Su objeto era conocer de cerca las ruinas de Chichén Itzá y Uxmal. No era este el primer viaje arqueológico que realizaba el Che en su andariega vida, pero no dejó en él una huella muy profunda.

En noviembre de 1955 Ernesto era ya otra persona. Los contactos continuos con la pequeña comunidad cubana habían ejercido sobre él un influjo muy poderoso. Además, el embotamiento con los libros de Marx, Engels y otros autores cada vez le quitaban más tiempo. Estaba, como diría un profesor sudamericano, concientizándose de la problemática continental. El curso que había tomado su vida privada tampoco le convenía. Casado y con un bebé en el vientre de su esposa no era, ni de lejos, lo que había planeado. No iba con él la imagen de un padre de familia trabajador y responsable, dispuesto a mil sacrificios por sacar adelante a la prole. A pesar de que no tenía, como ya hemos visto, intención alguna de estar mucho tiempo casado con Hilda, nada hace pensar que dentro de su interior se debatiese una feroz lucha interna sobre sus nuevos deberes adquiridos.

El viaje de Ernesto a las ruinas mayas en una improvisada luna de miel coincidió en el tiempo con la tournée que dio Castro por los Estados Unidos en busca de fondos para su recién nacido Movimiento 26 de julio. La idea de Castro se condensaba en lo siguiente. Necesitaba formar un comando de guerrilleros en México para, una vez adiestrados, llegar a Cuba navegando y tomar el poder al asalto. Planteado así parece de locos, pero es que no se puede plantear de otra manera porque era exactamente así.

Para ese comando libertador precisaba de individuos cuyo compromiso con la revolución estuviese más que contrastado. Para eso nada mejor que los moncadistas, que ya se la habían jugado una vez y, como a muchos les salió prácticamente gratis, no tendrían inconveniente en jugársela de nuevo. Pero también necesitaba dinero, mucho dinero para poder entrenar a la milicia revolucionaria en México, y para hacerse con una embarcación que la transportase hasta las costas de Cuba. El viaje de Fidel por el Gran Satán norteamericano se inscribió dentro de lo segundo. Porque sin dólares no hay revolución. Tal es la servidumbre de los liberadores de la humanidad.

Ernesto dudaba al principio. Algo de cordura le quedaba y no terminaba de tragarse los planes de Fidel. A decir verdad no se los tomaba en serio ni el propio Fulgencio Batista que, durante bastante tiempo, le dejó enredar libremente en tierras mexicanas. En los primeros meses de 1956 Guevara todavía ladraba alguna fanfarronada a su madre o a Tita Infante con sus fantasiosos planes de visitar Europa o de solicitar una beca en la Sorbona parisina. Pero su realidad era la que era, así que poco a poco fue integrándose en el minúsculo grupo de cubanos rebeldes.

Los entrenamientos empezaron en plan aficionado. Más debían parecer un grupo de Boy Scouts entrados en años que unos aguerridos guerrilleros dispuestos a conquistar la utopía. Daban larguísimas caminatas por las calles de Ciudad de México, alquilaban botes en el lago de Chapultepec para remar y echar músculos,

hasta se atrevieron con alguno de los volcanes próximos a la capital como el Popocatepetl. A Guevara esto le vino de perlas, porque desde la infancia más temprana había demostrado una inusitada afición al ejercicio físico. Y la escalada, por si fuera poco, se encontraba entre sus disciplinas deportivas predilectas.

Pero algo no funcionaba. ¿Pensaban acaso cuatro jovenzuelos barbilampiños derrocar a una dictadura haciendo gimnasia y remando en un lago? Si querían llegar a algo en Cuba tenían por fuerza que entrenarse en el uso de las armas, de la defensa personal, de la supervivencia en entornos hostiles, en definitiva, tenían que aprender a hacer la guerra. Y ninguno (o casi) de ellos la había hecho en su vida. El propio Fidel, que acaudillaba todo el tinglado, era abogado, muy charlatán y persuasivo, sí, pero poca idea tenía de estrategia, aprovisionamientos, tácticas de combate y todas las disciplinas que hacen de lo bélico todo un mundo del saber solo accesible a especialistas.

En ese momento apareció un español tuerto, sesentón y mal encarado: Alberto Bayo. Bayo era un militar de raza que había servido en la Legión durante la Guerra de Marruecos y como aviador en el Ejército Republicano. Tras la derrota se exilió como tantos españoles en México. El teniente coronel Bayo hablaba de la guerra como si la hubiese inventado él mismo. Era hijo y nieto de militares, pero de militares de verdad, de los de la época de las colonias. Él mismo había nacido en Cuba, en Camagüey, cuando ésta aún era parte de España y supuraba milicia y marcialidad por los cuatro costados. En la Guerra de España había prestado servicio en el Estado Mayor y se enorgullecía de sus gestas bélicas, entre las que se encontraban la ocupación de las islas de Ibiza y Formentera.

Fidel se congratuló de haber encontrado al hombre que necesitaba. Pero al militar español no se le podía poner a hacer alpinismo en el Popocatepetl o a bogar en una barquichuela de lago para ejercitar los bíceps. Bayo entrenaba soldados, no excursionistas ni marineros vascos aficionados a las traineras. Se hizo pues necesario encontrar un lugar adecuado para proceder con profesionalidad en los entrenamientos. Alberto Bayo dio con un rancho no muy lejos de la capital pero idóneo para el adiestramiento guerrillero. Se llamaba Rancho de Santa Rosa. El alquiler del mismo costó 300 000 pesos de la época, que salieron de la gira de Fidel por Estados Unidos. El grupo se trasladó de inmediato a la nueva propiedad para dar comienzo a las que se preveían durísimas pruebas para poner sus cuerpos y sus mentes a punto. Y lo cierto es que urgía. A la vuelta de Estados Unidos Fidel había proclamado que en 1956 serían libres o mártires, y apenas tenían doce meses para que la profecía de su carismático líder se hiciese o no realidad.

Fidel nombró a Bayo responsable de instrucción militar de la recién inaugurada colonia de revolucionarios. Ernesto se incorporó entusiasta como jefe de personal. El militar español dividió la educación de sus pupilos en dos ramas. Por un lado la teórica, en la que les ilustró con los grandes guerrilleros que la Hispanidad había dado al mundo. Desde Juan Martín El Empecinado, que a principios del siglo XIX se batió

el cobre en las serranías españolas contra el invasor francés, hasta Augusto César Sandino, que había revolucionado Nicaragua unas décadas antes. Desconocemos si en la nómina de guerrilleros ilustres incluyó Bayo la aportación del lusitano Viriato, que en el siglo II antes de Cristo guerreó valientemente contra las legiones romanas que habían llegado desde Italia a civilizar a los celtíberos que poblaban la península ibérica. Si fue así, a los futuros tripulantes del Granma no les faltó nada en el plano teórico para sentirse parte viva de la Historia hispana y americana.

De rigor es reconocer que el vocablo «Guerrilla» constituye una de las grandes aportaciones de la lengua castellana al mundo. Muchos idiomas la han tomado prestada, entre ellas el inglés, aunque pronunciado de tal manera que hace casi irreconocible su origen.

Las enseñanzas de Alberto Bayo también tuvieron su vertiente práctica, complemento indispensable de cualquier soldado con la cabeza bien amueblada. En la finca Santa Rosa se ejercitaron con bombas de mano, granadas, lucha cuerpo a cuerpo, tiro con carabina, etc. Para Ernesto aquello era un mundo nuevo. En su vida se había visto con un arma en la mano. Conocía los palos de golf, los cabos de las velas de los yates que fabricaba su padre en San Isidro, los balones de rugby, el puño acelerador de una motocicleta, pero nunca había sentido la rugosa caricia de las cachas de un revólver en la palma de su mano. Ernesto, que de natural era hombre de acción, se maravilló ante semejantes prodigios. Un golpe de gatillo y todo se acababa en un instante. Lanzar una bomba, agacharse y contemplar el destrozo. Simplemente formidable.

Ya en Guatemala se había dejado los ojos en las noches en que la aviación rebelde bombardeaba la ciudad. Confesó incluso en una carta lo espectacular y sobrecogedor de un caza bombardero cayendo en picado, y el magnetismo que producía el resplandor de la deflagración al llegar al suelo.

Los duros entrenamientos en Santa Rosa se vieron interrumpidos por el alumbramiento de su primer hijo. Se trataba de una niña. Había sacado gran parte de los rasgos quechuas de su madre, por lo que a Guevara no se le ocurrió otra cosa que decir a su esposa que había parido a Mao Zedong. No podía haber dicho que su hija se parecía a la emperatriz del Japón, o a una bailarina balinesa. Si era de rasgos achinados tenía que parecerse a Mao Zedong, que ya por entonces era un repulsivo carcamal que se acostaba con jovencitas. Delicado no fue, desde luego. Es de esperar que Hilda le correspondiese con una sonrisa complaciente y algo resignada. Más si cabe que, según visitó a su parturienta esposa en el hospital, regresó de inmediato a su entrenamiento guerrillero.

Un alto destino le llamaba, aunque fuera a costa de abandonar a su mujer e hija para refugiarse junto a unos exiliados de una isla lejana y desconocida, en un rancho de un país extranjero a pegar tiros. Ni el peor villano motero de la road movie más canalla se hubiese comportado de manera más irresponsable. A cambio, amaba apasionadamente a la humanidad. A un revolucionario no se le puede pedir más.

Había por entonces abandonado todos los empleos que durante 1955 consiguió en la capital federal. El laboratorio de alergias era demasiado aburrido y no le retribuían lo suficiente. La fotografía era una esclavitud imperdonable para un guerrillero cuyo único objetivo era la liberación de los oprimidos, y el cómodo trabajito en la agencia Prensa Latina se había esfumado con la caída de Juan Domingo Perón y la quiebra de la agencia, que no era más que una filial de la agencia oficial del régimen. Dicen que durante una temporada estuvo vendiendo libros, aunque no debió dejar excesiva huella en él, porque casi ni aparece citada esta ocupación en sus biografías. El entrenamiento en Santa Rosa quitaba todo su tiempo. A Hilda Beatriz, que es como llamó a la niña, bien podía cuidarla su madre que para algo la había parido.

Su admiración por Fidel crecía a cada día que pasaba. En Santa Rosa, preso de un éxtasis revolucionario, le dio por componer un poemilla a su jefe, lo tituló «Canto a Fidel» y he aquí lo más granado del mismo:

Vámonos

ardiente profeta de la aurora,  
por recónditos senderos inalámbricos  
a liberar el verde caimán que tanto amas.

[...]

Cuando tu voz derrame hacia los cuatro vientos  
reforma agraria, justicia, pan, libertad,  
allí, a tu lado, con idénticos acentos,  
nos tendrás.

[...]

El día que la fiera se lama el flanco herido  
donde el dardo nacionalizador le dé,  
allí, a tu lado, con el corazón altivo,  
nos tendrás.

Un ataque de risa le daría a cualquier persona en sus cabales sino fuese porque está dedicado al mayor tirano que ha conocido Cuba en su Historia. El único profeta de la aurora que han visto de cerca las decenas de miles de fusilados por el régimen castrista ha sido un certero balazo. Muchos deberían tomar nota de dos cosas. De lo malo que es el poema y del indeseable a quien va dedicado.

## **Yo no te abandono**

Pero todo paraíso tiene su manzana, y la de la finca de Santa Rosa fue que de tanta granada y de tanto ejercicio de tiro estaban haciendo demasiado ruido. Los

agentes de Batista empezaron a tomar en serio el arrojido suicida de los hombres de Castro. Los servicios de inteligencia de La Habana localizaron a Fidel Castro y, a través de la Dirección Federal de Seguridad, lo detuvieron el 20 de junio de 1956 en una calle de México DF. Castro fue llevado a dependencias policiales donde Fernando Gutiérrez Barrios le interrogó por el paradero del resto de sus hombres.

No fue torturado, ni sometido a una larga y exhaustiva sesión de preguntas con una lámpara sobre la cara al estilo de la Stasi alemana. Tampoco hizo falta. Fidel, sopesando con celeridad las posibilidades de librarse de un guantazo, cantó de plano y acompañó a sus captores hasta el rancho Santa Rosa donde se desarticuló todo el comando. No, si Castro no era tonto. Antes de que viniese otro a sustituirle como caudillo en la guerrilla de hojalata que estaba montando en México prefería denunciar a todos sus subordinados para que corriesen su misma suerte y, ya de paso, se llevasen ellos los más que previsibles golpes de la policía.

El Che que, además, era jefe sanitario del grupo, fue detenido también. Pero fue Fidel, el profeta de la aurora, el que sin pestañear entregó a los hombres que él mismo estaba entrenando para liberar a Cuba. La guevarología habitual ha querido ver en la detención de los revolucionarios de Santa Rosa la larga mano de la CIA o del FBI. La verdad es que suena muy bien. Imaginarse a una suerte de James Bond trabajando en México siguiendo los pasos de un misterioso revolucionario cubano. Pero no hubo nada de ello. Las relaciones que tenía Fidel en Estados Unidos eran buenas. El antiguo presidente cubano, Carlos Prío Socarrás, vivía en Miami y apoyaba movimientos como el patrocinado por Castro. La Casa Blanca, por su parte, sabía a la perfección que el régimen de Batista se descomponía y solo aguardaba a ver quien le daba el golpe de mano decisivo.

La policía mexicana detuvo a todo el personal de Santa Rosa, menos a Raúl Castro, que se las ingenió para escaparse. No olvidemos que el rancho era de unas dimensiones considerables: dieciséis kilómetros de largo por nueve de ancho, por lo que alguno que fuese más avisado se tenía que salvar. Una vez en la comisaría se procedió a los interrogatorios. Los cubanos se retrajeron más a la hora de hablar, el Che, sin embargo, con una valentía rayana en la inconsciencia dijo a los agentes todo lo que le preguntaron. Y eso que su situación andaba lejos de ser la óptima, pero como hasta la fecha se había salvado de todas en las que se había metido quizá pensó que en México iba a funcionar del mismo modo.

Por un lado, era un emigrante argentino ilegal. Por otro, era de ideología marxista-leninista, y, por último, sobre él recaía la sospecha de ser agente de Moscú. Lo primero era obvio. Su visado había vencido. Lo máximo que podía caerle por aquello era la deportación a la Argentina. En cuanto a lo de la ideología, presumió delante de los policías de su fe marxista, y en esto hay que reconocer su valentía, pues fue el único de todo el grupo que lo hizo. Respecto a su condición de espía soviético, la sospecha venía porque los investigadores le habían encontrado en la cartera la tarjeta de un diplomático ruso, Nikolai Leonov. Las relaciones de Ernesto

con el representante de la URSS se habían limitado a un par de citas y, en una de ellas Leonov, le dio un par de libros y una tarjeta de visita para que, si lo creía necesario, se pusiese en contacto con él. A esas alturas, el Che era ya un marxista incipiente, que son los peores porque, como acaban de conocer la buena nueva, la defienden con mucho más ahínco y convicción. En una entrevista que Jorge Castañeda hizo Nikolai Leonov éste le reveló:

(El Che) sabía cómo era la Unión Soviética, cómo era la formación de la sociedad aquí, cómo funcionaba la economía, es decir, tenía fundamentos básicos de lo que era la Unión Soviética. En aquel entonces todos tenían la misma visión, de admiración. Él era admirador de eso.

Evidentemente Ernesto Guevara no era espía ruso, pero ya le hubiera gustado serlo. Un espía pésimo, eso sí. Carecía de las aptitudes para semejante trabajo. Menudo espía hubiese sido. A la primera detención habría empezado a largar antes siquiera de que le mirasen a los ojos, del mismo modo que había hecho en la comisaría mexicana tras su detención. En contraste con él. Alberto Bayo, el militar español tuerto, no abrió la boca. Ante los policías mexicanos se mantuvo en un silencio sepulcral, tal y como se presume en un hombre de armas leal a la causa que dice defender. Algo tendría que ver su condición de español. De todos es conocida la naturaleza tozuda, terca y poco razonable de los hijos de la Piel de Toro, que, por lo general, prefieren ser desollados vivos antes de dar su brazo a torcer.

La estancia en el calabozo fue más breve que lo que los integrantes del comando se imaginaban. De hecho, el propio Che Guevara en su obra «Pasajes de la Guerra Revolucionaria» apenas le dedica un párrafo insignificante. Si le hubiesen torturado, vejado o dejado de alimentar ese párrafo se hubiera convertido en capítulo, acaso en libro, quizá en enciclopedia de la represión mexicana. Conociendo al personaje nada hace dudar. Los policías mexicanos, además, no tenían razones para castigar con especial saña al argentino, pues colaboró todo lo que hizo falta y un poco más.

De Fidel tampoco tenían los funcionarios mexicanos queja alguna. Muy al contrario de lo esperable en el cabecilla de un comando clandestino, había delatado el lugar de entrenamiento y entregado sin rubor a todo su grupo. El joven oficial del Departamento de Seguridad Gutiérrez Barrios, cuyo primer interrogatorio ya lo vimos, hasta hizo buenas migas con Castro. Tan buenas que en aquella cárcel mexicana se inició una amistad que se extendió durante décadas. Si, Fernando Gutiérrez Barrios, el carcelero mexicano al presunto servicio de la CIA, de Batista y de todos los hombres malos del mundo, se hizo amigo de Fidel en aquellos días, y lo peor, lo continuó siendo hasta su muerte en el año 2000. ¿Por qué la guevarología y, su prima hermana, la castrología, escamotean este dato mientras se regodean en la patraña de la CIA?

Que Gutiérrez Barrios y Castro terminasen congeniando es algo que Ernesto no terminó de entender. Él, mucho más primario que el agente mexicano, hubiese zanjado el asunto de un modo más, digamos, directo y expeditivo:

Sin embargo, en esos días dos cuerpos policíacos mexicanos, ambos pagados por Batista, estaban a la caza de Fidel Castro, y uno de ellos tuvo la buenaventura económica de detenerle, cometiendo el absurdo error — también económico— de no matarlo, después de hacerlo prisionero.

Sencillo silogismo. Si dos no están de acuerdo, uno, el más fuerte, el que va armado, liquida al otro y punto. Pronto tendría este Guevara primaveral y ofuscado numerosas oportunidades de aplicarlo al por mayor en Cuba.

Pasó Ernesto junto a Fidel, Bayo y los otros unos días entre rejas. Recibían visitas de familiares, comían, bebían, perdían el tiempo mirando al techo y, entre asueto y asueto, charlaban y planeaban como salir de allí de la forma más airosa posible. Lo cierto es que fueron la reclusión fue tan corta que no les dio tiempo a elaborar muchos planes de fuga. No sabemos a quien se le ocurrió pero, como medio para ablandar a las autoridades mexicanas, se plantearon hacer una huelga de hambre. Huelga decir que, por supuesto, no la hicieron. No fue necesario. Los mexicanos, en vista de lo que tenían metido en el calabozo, empezaron a soltar gradualmente a los presos cubanos. Hay una foto que se hizo posteriormente muy célebre de aquella brevísima estancia en prisión. Se ve a Fidel muy bien vestido, abotonándose la chaqueta y luciendo un bigotito fino muy a la moda en aquellos años. Junto a él, Ernesto, imberbe, a pecho descubierto y con el cinturón desabrochado. Amenazadores no parecían. Quizá por eso mismo los soltaron.

Fidel salió antes y dejó a Ernesto y a Calixto García en la celda mientras hacía gestiones para liberarlos. El Che, en un arranque de solidaridad muy oportuno en un marxista confeso, le dijo a Fidel que prescindiese de él, que no se preocupase por su destino, que ya vería el modo de apuntarse a lo de Cuba en otro momento. Fidel, que no andaba para prescindir de nadie, le replicó el ya famoso «Yo no te abandono». Y no era cosa de abandonar un fanático convencido, a un leninista con el seso completamente sorbido. Ernesto era necesario, como lo eran, valga recordarlo, todos y cada uno de los cubanos atrapados por la policía en el rancho Santa Rosa. Y no porque fuesen mejores o peores, sino porque no había otros.

A principios de julio estaban todos de vuelta en la calle. El rancho de Santa Rosa se lo habían clausurado, por lo que Fidel se afanó en buscar un nuevo emplazamiento para seguir con los entrenamientos. No tardó en encontrarlo. Se trataba de una nueva finca rústica en Abasolo, en el estado de Tamaulipas, donde días antes ya habían estado Fidel y Faustino Pérez dándose un garbeo. A los fidelistas no sólo les faltaba un lugar donde terminar de entrenarse para su asalto a los cielos, estaban también muy necesitados de fondos. Todo lo que había sacado Castro en la gira americana de 1955 se había esfumado en el anterior campamento y en dar de comer a toda la tropa, por lo que era cuestión de vida o muerte encontrar un nuevo padrino dispuesto a financiar la aventura. Pero los grupos que estaban contra la dictadura de Batista eran muchos y no había ni espacio ni dinero para todos.

En 1955, en las reuniones que había montado en Miami y Nueva York, en esta última en el Palm Garden Hall, no había hecho ni una mención lejana a su marxismo



ni al plan de expropiaciones forzosas —eufemísticamente conocido como Reforma Agraria— que llevaba bajo el brazo. La estratagema de «seguidor de nuestro apóstol Martí» había funcionado, por lo que lo suyo era volver sobre ella. En Miami residía, como ya he comentado antes, el ex presidente cubano Carlos Prío Socarrás. A pesar de que Fidel le había atacado con vesania y no simpatizaba en absoluto ni con su figura política, ni con su persona se vio obligado a recurrir a él. Consiguió en octubre concertar una reunión con Prío en McAllen, Texas, antiguo puesto fronterizo a corta distancia de Brownsville convertido hoy en una activa ciudad junto al río Grande.

Prío, a quien debía sobrarle el dinero, regaló a Castro 50 000 dólares de la época para que llevase a cabo su plan. Por si salía. Hay autores, como Volker Skierka, que hablan de 100 000 dólares, que es un dineral hoy y en 1955 lo era aun más. Con el dinerito fresco Fidel cruzó de nuevo a México y se dirigió al sur del país para encontrarse con los suyos. A la finca de Abasolo, el rancho María de los Ángeles, iban llegando más y más partidarios del plan de Castro, que ahora contaba con el apoyo manifiesto del ex presidente Prío Socarrás. A los moncadistas que habían estado presos se les sumó toda una pléyade de revolucionarios en ciernes entre los que destacaban Efigenio Ameijeiras y Camilo Cienfuegos, que llegaría a ser fiel lugarteniente del líder máximo y uno de los mejores amigos de Ernesto.

A la salida del calabozo Guevara tuvo que enfrentarse con apuros económicos y familiares. Y es que se le juntaba todo en aquellos días de heroísmo carcelero. Estaba preparándose para la revolución con mayúsculas, había conocido la cárcel —o algo parecido a una cárcel— por vez primera, se había enamorado de su jefe, del ardiente profeta de la aurora, y, para colmo, tenía que atender a una mujer que no le gustaba y a una hija que se parecía a Mao Zedong. Hilda debió verlo tan claro que, en octubre, cogió sus bártulos y su niñita y se largó para Perú. Ernesto, tan cursi y rebuscado como siempre, lo veía de este modo:

Mi vida matrimonial está totalmente rota y se rompe definitivamente el mes que viene, pues mi mujer se va a Perú... Hay cierto dejo amarguito en la ruptura, pues fue una leal compañera y su conducta revolucionaria fue irreprochable... pero nuestra discordia espiritual era muy grande.

¿Conducta revolucionaria?, ¿discordia espiritual? Si no fuese el Che Guevara es que escribió esto diríamos que se trata de un vividor, un caradura, pero como lo escribió él, pues nada, es un tipo estupendo y un idealista. Desconocemos aún la revolución a la que se refería el Che más allá de los ejercicios de tiro en el rancho Santa Rosa. Lo de la discordia espiritual bien podría resumirse en un sencillo «Mira, no me gustas». Llama la atención el artificio que el guerrillero heroico le imprime a un asunto tan cotidiano como la diferencia de pareceres.

Los preparativos para liberar a Cuba se aceleraban. El inconveniente principal era que Cuba era y sigue siendo una isla. Desde las costas de Florida hay apenas 90 millas pero Fidel y su improvisada tropa de revolucionarios se encontraban en México, y no precisamente en el punto más cercano de las costas cubanas. La

juventud, sin embargo, da alas y esperanzas a los que parece que lo tienen todo perdido, por lo que el plan de se mantuvo. Éste consistía en, con el dinero obtenido en Estados Unidos, comprar un barco y realizar la travesía navegando desde el México.

Antes de que se pusieran las cosas más feas en México Fidel debía apresurarse, además estaban en octubre, y él mismo ya se había encargado personalmente de prometer un año antes ante su público congregado en el Palm Garden Hall de Nueva York que, en 1956, serían libres o mártires. Encargó a Rafael del Pino que fuese a los Estados Unidos a comprar un barco que había visto en un catálogo. Costaba 20 000 dólares y se trataba de una lancha torpedera bautizada como PT. Del Pino obedeció a su jefe y se desplazó hasta los Estados Unidos para proceder a la compra de la embarcación. Negoció con los dueños y, tras haber abonado una entrada de 10 000 dólares, se apercibió el afligido emisario de Castro que, para sacar el barco de las aguas territoriales norteamericanas, había que obtener un permiso de la Secretaría de Defensa.

La operación se frustró. Y todo por tontos y poco previsores. Del Pino volvió a México con la cara hecha un poema y las manos vacías. Ante tal cúmulo de despropósitos, más propios de un panda de gánsteres inútiles que de los liberadores de Cuba, cambió de parecer y empezó a buscar un barco cerca de donde se encontraba. En Tuxpan encontró un yate que a él, curtido lobo de mar, le pareció adecuado por precio y capacidad para realizar con garantías la expedición. Su propietario era un ciudadano estadounidense afincado en México DF llamado Robert B. Erickson.

Con el yate tuvieron, asimismo, que comprar un chalet que pertenecía a Erickson y que a Fidel le pareció muy apropiado para utilizarlo como almacén de armas. Al yate lo habían bautizado con el nombre de Granma, que es un diminutivo del inglés Grand Mother y significa algo así como abuelita. Se trataba de un yate de recreo ya algo antiguo, botado en 1939, y con evidentes limitaciones para el fin con el que Castro la había comprado. No era una lancha rápida, ni un veterano barco de pesca, el Granma había servido durante sus diecisiete años de vida como embarcación de placer para dar paseos por la costa, por lo que no disponía ni de la estabilidad, ni de la capacidad, ni del alcance suficiente como para culminar con garantías la expedición planeada por los aguerridos guerrilleros del Movimiento 26 de julio. Cuando dicen que llegar a Cuba en el Granma fue un gesta lo dicen con razón y se quedan cortos, porque más que gesta fue milagro.

Entretanto, la actividad en el Rancho María de los Ángeles era frenética. Los revolucionarios veían cercana la partida hacia su querida isla y, lo mejor de todo, Fidel estaba pleno de optimismo por la marcha de los acontecimientos. Pero justo en ese momento, cuando todo iba de maravilla, Fidel se enamoró de una muchacha de 18 años que vivía en casa de su amiga Teté Casuso. Frecuentó la casa durante algunos días intentando en vano enrolar en el Granma a Isabel Custodio, que es como se llamaba la adolescente, hasta que se dio por vencido. Cuando los guerrilleros se

encontraban ya en Cuba Isabel se casó con un hombre de negocios mexicano y Fidel, tras enterarse de ello por Teté Casuso, respondió arrogante que la revolución era una novia maravillosamente bella. Y maravillosamente sangrienta le faltó añadir.

Para colmo de males, las autoridades mexicanas seguían de nuevo la pista a los revoltosos cubanos. La policía confiscó las armas que habían dejado en casa de Teté Casuso y dio un ultimátum a Castro para abandonar el país. No querían más problemas ni que la relación con el Gobierno de Batista terminase de envenenarse del todo. Pocos días después, en la madrugada del 25 de noviembre de 1956, el Granma dejó el puerto de Pozo Rico, cerca de Tuxpan, con destino a Cuba. Iban a bordo 82 héroes de la Revolución.

# CAPÍTULO TERCERO

## Nacido para matar

La situación era incómoda para todos y para Eutimio, así que yo terminé el problema disparándole un tiro, con una pistola del calibre 32.

## El naufragio del Granma

Recapacitemos. Imagínese usted que tiene 28 años, una boca a la que dar de comer, una familia más o menos normal esperándole en casa y una carrera profesional por desarrollar. Con todo eso, decide usted que lo realmente importante es hacinarse en un barquito minúsculo, con 80 personas armadas a bordo para atravesar el mar Caribe en dirección a una isla que usted no conoce y donde no se le ha perdido nada, en la que, según llegue, se van a liar a tiros contra usted. Un disparate, ¿verdad? Pues bien, eso es exactamente lo que hizo Ernesto Guevara de la Serna el 25 de noviembre de 1956. Y lo peor de todo es que un comportamiento tan suicida y anormal a nadie le parezca extraño.

A Ernesto Guevara tampoco, por eso se embarcó en esta expedición. Aunque se ha repetido mil veces que lo hizo como médico de a bordo, esto no es del todo cierto. De los 82 tripulantes que salieron de Tuxpan había dos galenos. Uno era Guevara, en calidad de teniente, el otro era Faustino Pérez, cubano y que se embarcó como capitán. Luego por rango de prelación el cargo recaería en el capitán Pérez y no en el teniente Guevara.

El ya Comandante en Jefe Fidel Castro había previsto una travesía de cinco días, y así se lo comunicó a Frank País, que esperaba en Santiago de Cuba para iniciar la revuelta urbana. Pero el Granma iba sobrecargado, se estropeó un motor y los tripulantes no eran exactamente lobos de mar, por lo que muy poco faltó para que la expedición se fuese al garete.

Ernesto, no demasiado ducho en asuntos náuticos, se acomodó en la proa de la nave, que es donde más se mueve cuando hay mala mar, con unos feroces ataques de asma. Muy mal tuvo que pasarlo y de ello dan fe los múltiples testimonios de los tripulantes que salieron con vida de la guerra en Sierra Maestra. Pero aguantó estoicamente. No deja de ser llamativo que tuviese que ser uno de los dos médicos de a bordo el más afectado por la travesía. Faustino Pérez debió hartarse a trabajar. Aunque, claro, hasta es posible que los revolucionarios, por el mero hecho de serlo, no sufran mareos y otras indisposiciones propias de las travesías marítimas.

El viaje del Granma tiene, además, un simbolismo un tanto profético, pero no el que le quiso dar después el régimen castrista sino uno mucho más triste y prosaico. Debido a las prisas por salir de México, ni Fidel ni nadie había planificado la cantidad de comida que necesitarían los expedicionarios en sus cinco días de viaje, que luego serían siete. El primer día, como todos estaban mareados, no echaron en falta el almuerzo, pero a partir del segundo, el estado de la bodega era tan desolador que a Castro no le quedó otra que racionar las escasas provisiones que habían embarcado en Tuxpan. No deja de ser caprichoso, pero el medio siglo de racionamiento que más adelante padecería toda Cuba empezó en el mismo Granma.

El racionamiento y otras tragedias cotidianas de los cubanos, como que nada funcione o lo haga a medias. Uno de los motores del barco empezó a fallar y se

atascó, la bomba de achique, por su parte, se averió también y el agua de mar fluía a borbotones por el inodoro. Al quinto día de travesía la situación era desesperada. Raúl Castro confesaba a su diario que «una colilla de cigarro tenía un valor incalculable», lo cual nos dice mucho de cómo las leyes del mercado funcionaban inexorables a bordo del yate más famoso de la historia del comunismo.

Pero, si el barco estaba en tan malas condiciones de navegación, escaso de provisiones y con una marinería inexperta a bordo, ¿por qué, en lugar de aligerar la marcha para arribar cuanto antes, tardó tanto en llegar a Cuba? Por culpa de Fidel Castro, que se demostró como un rematado inepto organizando la expedición. Se equivocó en el puerto de salida, en la elección del barco y no hizo bien los cálculos del viaje. La derrota se fue improvisando durante días, tuvieron que rodear la península del Yucatán y mantenerse lo suficientemente lejos de la costa para no ser interceptados por patrulleras que, tanto ayer como hoy, suelen dar el alto a embarcaciones tripuladas por 80 tipos armados hasta los dientes.

El lugar elegido para desembarcar fue otro error. La costa cubana de Pinar del Río está mucho más cerca de México, a menos de 200 kilómetros desde la costa norte del Estado de Quintana Roo. Entonces, ¿por qué Fidel decidió desembarcar en la otra punta de una isla tan larga como Cuba? Aquí entró en juego el ridículo providencialismo que siempre caracterizó a Fidel Castro. Como, a pesar de ser un simple abogado metido a guerrillero se creía parte de la Historia, quiso desembarcar en la provincia de Oriente, que es donde lo había hecho 61 años antes José Martí, de quien se consideraba continuador.

Después de mil vicisitudes, el 2 de diciembre por la noche avistaron las costas cubanas. Estaban en un manglar junto a la playa de los Colorados, cerca de la población de Niquero. Pero llegaban tarde, la rebelión de Frank País ya había sido reprimida por la policía de Batista y nadie les estaba esperando. Todo hacía presagiar un desastre inminente. El depósito de combustible que alimentaba al único motor que permanecía funcionando se agotó.

Los militares, que estaban advertidos del desembarco, merodeaban por la costa en busca del yate. Una lancha del ejército avistó el lugar donde había encallado el Granma y comenzó a disparar ráfagas de ametralladora contra los expedicionarios. Una auténtica locura. Más que un desembarco, tal y como diría Juan Manuel Vázquez años después, lo del Granma fue un naufragio.

Por suerte era de noche, lo que les permitió avanzar entre los manglares de la costa y refugiarse entre la maleza. Ya estaban en Cuba. Todo en su contra. El yate varado en un manglar, el ejército pisándoles los talones y con el grupo machacado por el racionamiento, los vómitos y el inclemente sol del Caribe. Pocas veces una gloriosa revolución ha tenido comienzos tan desventurados.

Según alcanzaron la costa se echaron al monte más cercano por donde vagaron durante días evitando los pueblos y los cuarteles de la Guardia Rural. Finalmente, el día 5 de diciembre levantaron un campamento en Alegría del Pío. Estaban agotados

de la marcha. Ernesto Guevara lo expresaba con las siguientes palabras:

Ya no quedaba de nuestros equipos de guerra nada más que el fusil, la canana y algunas balas mojadas. Nuestro arsenal médico había desaparecido, nuestras mochilas se habían quedado en los pantanos, en su gran mayoría.

## **Echémonos al monte**

En Alegría del Pío sufrieron el primer ataque de envergadura de los muchos que tendrían que enfrentar durante los dos años siguientes. En aquel momento Ernesto se encontró ante uno de sus grandes dilemas existenciales: matar o curar. No podían hacer frente a los soldados con garantías de sobrevivir al encuentro, así que ante la acometida de las tropas los guerrilleros salieron en desbandada. Un compañero dejó una caja de balas en el suelo, el Che, que era uno de los médicos de la expedición se encontró entonces con que:

Quizás esta fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran de mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila, para cruzar el claro que me separaba de las cañas.

Ahora viene la pregunta que todo lector desconfiado se hará de inmediato. Si su arsenal médico había desaparecido. ¿De dónde había salido esa mochila llena de medicamentos?, ¿de debajo de la tierra? Parece ser que los que hoy se entregan con delectación al disfrute de «Pasajes de la Guerra Revolucionaria» están tan imbuidos de la mística guerrillera que no reparan en estos pequeños saltos de eje en la obra magna del guevarismo y, por extensión, de la guevarología.

Quedémonos con que, efectivamente, agarró la caja de balas para emprender la huida y hagamos una reflexión. Ernesto Guevara no era médico, al menos no ha quedado claro que dispusiese del título tal y como demostró Enrique Ros. Pero tampoco era militar. En Argentina el servicio militar era obligatorio. Pero debido a que estaba cursando estudios universitarios obtuvo una prórroga, que venció cuando hubo terminado éstos. Sin embargo, el futuro «soldado revolucionario» no hizo intención alguna para ingresar en las Fuerzas Armadas Argentinas. Más bien al contrario. Alegó asma para evitar el servicio. Pero, por si el médico no terminaba de creérselo, se duchó con agua helada antes de efectuar el examen para desencadenar un ataque y despejar las dudas de los siempre susceptibles médicos castrenses. La treta le funcionó porque no hizo el servicio militar.

Trucos como este se han venido haciendo en todos los países desde que el reclutamiento forzoso es obligatorio. El que escribe se libró de servir nueve meses en los años 90 en el ejército español gracias a una oportuna alergia al polen. Ni me avergüenzo ni me enorgullezco. Lo hacíamos todos los que podíamos. Pero sería

incapaz de empuñar siquiera una pistola, que, por descontado, no se utilizar. No digamos ya de enrolarme en una banda de guerrilleros. Lo que Ernesto Guevara se encontró en aquellos primeros días de Sierra Maestra no fue ante la disyuntiva de ejercer como médico o como soldado, sino ante el dilema de continuar siendo un curandero o formar parte definitiva de una partida de bandidos que se habían convencido a sí mismos de que iban a liberar a Cuba. Eligió lo segundo y eso le ha llevado a ser un héroe.

El episodio de Alegría del Pío le supuso al Che su primera herida de guerra. En la refriega un disparo le alcanzó, y aunque él en los primeros momentos ya se dio por muerto, apenas se trató de una herida superficial en el cuello. Tras ello, los componentes, que eran aun 82, se separaron en distintos grupos con objeto de merodear por el monte y buscar apoyos entre los campesinos blancos pobres, que en Cuba se les llama guajiros.

La emboscada del ejército tuvo efectos devastadores en la tropa revolucionaria. Varios grupos se quedaron aislados y no les quedó otra que ir a la deriva por la selva sin comida, sin agua y sin armas. El grupo del Che lo formaban Juan Almeida, Rafael Chao y Reinaldo Benítez. Unos días más tarde, cuando andaban por la costa buscando algo con lo que llenar el estómago, se encontraron, en una caseta de pescadores, a Camilo Cienfuegos, Pacho González y Pedro Hurtado. El desorden era absoluto. El responsable de la operación, que no era otro que Fidel Castro, estaba desaparecido, hasta el punto de que las autoridades de La Habana lo daban por muerto.

Los demás deambulaban atemorizados de la costa a la montaña y de la montaña a la costa. Algunos de ellos se encontraban heridos. Ernesto Guevara tenía, como ya vimos, una herida en el cuello, pero no era ni de lejos el peor parado. Raúl Suárez por ejemplo tenía la mano destrozada por la metralla. Su estado era tan grave que Faustino Pérez, médico principal de la expedición, pidió que sus camaradas lo acompañasen hasta algún puesto costero para que fuese atendido debidamente. Pero estos puestos estaban vigilados por el ejército. Suárez fue ejecutado junto al resto de sus compañeros.

Después de dar mil vueltas el 13 de diciembre se encontraron con un guajiro, Alfredo Gómez, que prestó ayuda al agonizante grupo del Che Guevara. Unos días después, y ya enterados de que el líder de la insurrección permanecía con vida, se reunieron con él y con los pocos supervivientes de la «batalla» de Alegría del Pío. Un panorama descorazonador. De los 82 expedicionarios que habían dejado México la última semana de noviembre, a 21 de diciembre sólo quedaban 12 con vida.

Y eso no era todo. En el Granma habían embarcado el siguiente arsenal:

- 35 fusiles de mira telescópica
- 55 carabinas mexicanas
- 3 pistolas ametralladoras Thompson



- 40 pistolas ametralladoras ligeras
- 2 lanzagranadas
- Varias cajas de munición.

De toda esta relación a día 21 de diciembre solo les quedaban 9 fusiles. Ni siquiera tocaban a uno por cabeza.

A pesar de todo, Fidel no se daba por vencido. Se la jugaba en lo personal, en lo político y, lo más grave de todo, al menos para él, en lo histórico. Pero 12 hombres no son demasiados, así que hizo de tripas corazón y mandó replegarse a la menguada tropa hacia lo más profundo de Sierra Maestra. Allí les sería más difícil a los guardias rurales dar con ellos, evitando de este modo las escaramuzas que estaban diezmando la expedición. En esta decisión debió pesar el hecho de que, en aquel momento, Fidel y su flamante Movimiento 26 de Julio compuesto por 12 «soldados revolucionarios» apenas tenía apoyo popular. Pero también una suerte de instinto de supervivencia del que se tira al monte para guarecerse. La misma táctica siguieron los guerrilleros españoles que durante la Guerra de la Independencia hostigaban a los regulares franceses. Caían por sorpresa sobre las columnas galas y, acto seguido, se escabullían como cabras montesas por los riscos de las serranías ibéricas. Algo tan antiguo como el mundo, aunque Fidel Castro y, especialmente, el Che Guevara, se lo hayan querido apropiar como un genuino modo de hacer la guerra patentado en aquellos días de Sierra Maestra.

La tropa buscó una guarida apropiada en lo alto de la montaña y estableció una precaria cadena de suministros con la civilización, es decir, con Santiago, que era la ciudad más cercana. Allí, en lo alto de la sierra pasaron la Navidad y despidieron el año 1956. Nótese que, pese a la publicidad que se ha dado al célebre «En 1956 seremos libres o mártires», en 1956 los guerrilleros de Fidel no fueron ni una ni otra cosa. Respecto a Cuba, siguió siendo una dictadura en 1956, en 1957, en 1958, en 1959... y en 2017. Cuando la causa revolucionaria triunfó los únicos que conquistaron la libertad fueron los propios revolucionarios. Pero eso ya lo veremos más adelante.

Con el nuevo año fueron llegando también voluntarios a los improvisados campamentos de Castro en la sierra. A lo largo del mes de enero acontecieron, además, los dos primeros hechos de armas propiamente dichos de la revolución. Los celebérrimos —especialmente para los sufridos escolares cubanos— combates de La Plata y del Arroyo del Infierno. En honor a la verdad, ambos encontronazos con el ejército no pasaron de refriegas sin la menor importancia. En el de La Plata, un riachuelo que baja de las montañas, los rebeldes se apoderaron de un cuartelillo de la Guardia Rural aprovechando la noche. Mataron algunos guardias y se hicieron con las armas que encontraron en las dependencias militares. El móvil era más la rapiña que otra cosa, aunque ahora quieran verlo como un gran acto revolucionario, donde se ventilaban importantísimos asuntos para el pueblo cubano y la humanidad.

Algunos guajiros que no tenían donde caerse muertos iban alistándose a la tropa rebelde o mostraban su intención de ayudar y facilitar las cosas a los guerrilleros. Uno de ellos fue Eutimio Guerra, un labrador que se había puesto de su lado desde los primeros días en la sierra. En *Pasajes de la Guerra Revolucionaria* Guevara le dedicó un capítulo con el sugerente título de «Fin de un traidor». El fin se lo puso, obviamente, él con una pistola del calibre 32. En el diario de Guevara citado por John Lee Anderson Guevara lo expone de esta manera.

La situación era incómoda para todos y para Eutimio, así que yo terminé el problema disparándole un tiro, con una pistola del calibre 32, en la parte derecha de su cerebro. Con un orificio de salida en el temporal derecho. Se convulsionó por un rato y luego murió. Cuando traté de quitarle sus pertenencias, no podía desprenderle el reloj que lo tenía unido a su cinto con una cadena y me dijo, como en una voz lejana: «Arráncala, muchacho, ya que importa...» Eso hice. Sus pertenencias eran, ahora mías.

Los revolucionarios esperaron a que se marchase un corresponsal del New York Times para liquidar al traidor. El periodista norteamericano había visitado el campamento de Castro en la sierra para realizar un reportaje sobre la guerrilla cubana. A Fidel y su causa le vino que ni pintado. Herbert Matthews, que es como se llamaba el reportero, dibujó un cuadro romántico de los guerrilleros de Sierra Maestra que hizo las delicias de sus lectores y puso de uñas al dictador habanero. Fidel Castro nunca terminó de agradecer lo que Matthews hizo por su revolución. Al hilo de las visitas de periodistas occidentales a Sierra Maestra, el historiador Paul Johnson llegó a afirmar que lo de la guerrilla era pura propaganda para un mundo ávido de novedades. Para Johnson la causa principal de la caída de Batista no fue, ni mucho menos, la guerrilla, sino oposición creciente en las ciudades. Y no anda lejos de la verdad.

## **La sierra es nuestra**

En febrero de 1957 la guerrilla estaba ya consolidada en la sierra. Nueva York, que es lo mismo que decir el mundo, sabía gracias a la entrevista de Matthews de la existencia de Castro y los suyos. A partir de aquí todo lo que saliese de ese remoto confín de Cuba concitaría interés mundial materializado en titulares a toda página y reportajes entusiastas.

En la alquería de «Los Chorros» el líder convocó una reunión del Movimiento 26 de julio. A ella acudieron no sólo los que estaban con las armas en la mano, sino parte de los que desde las ciudades componían el heterogéneo movimiento que luchaba contra la dictadura de Batista. Se juntaron en aquella ocasión Castro, su hermano Raúl, Ernesto Guevara, Faustino Pérez, que iba y venía de la sierra, y unos cuantos recién llegados. Frank País, jefe del Movimiento en Santiago, Haydee Santamaría y su novio Armando Hart, Vilma Espín —que llegaría a ser novia de Raúl— y Celia

Sánchez, futura compañera sentimental de Fidel Castro. Si no fuese por que iban armados y sin afeitar, la reunión bien parecía una excursión de veinteañeros frizando la treintena de acampada en la montaña. De aquella reunión salió el primer Manifiesto de Sierra Maestra. El objeto del mismo era dar naturaleza a la guerrilla y dejar bien claro que Fidel era el amo y tenía intención de seguir siéndolo.

Como era de prever entre jóvenes violentos y fanatizados, las diferencias en el Movimiento 26 de julio no tardaron en aflorar. Castro lo quería todo para sí. Pero en Santiago o en La Habana no lo veían del mismo modo. Fidel no era el único que estaba luchando por el fin de la dictadura y así se lo hicieron saber. En marzo, un levantamiento frustrado había costado la vida a José Antonio Echevarría, líder del Directorio Revolucionario, y en Miami distintas fuerzas de oposición coordinadas por Prío Socarrás —el que pagó el Granma— se organizaban para el más que previsible cambio de Gobierno. Fidel fue realista, y en un segundo manifiesto desde la sierra en el mes de julio prometió que, una vez derrocado Batista, se convocarían elecciones libres y se retornaría a la Constitución de 1940. Sesenta años después muchos demócratas cubanos siguen esperando a que el castrismo cumpla con lo que su fundador prometió tan alegremente en aquel manifiesto serrano.

Manifiestos aparte, el hecho es que los primeros meses de 1957 fueron muy duros para la recién nacida guerrilla. Las hazañas bélicas apenas pasaban de simples reyertas con la Guardia Rural y las condiciones de vida de los revolucionarios eran miserables. La Sierra Maestra, a pesar de ser conocida en el mundo entero por lo machacante que es la propaganda castrista, no es una gran cordillera. Geográficamente no pasa de un accidente serrano al sur de la isla. En ella, es cierto, se concentran las mayores elevaciones montañosas de toda Cuba, pero aun así no dejan ser modestos picos que tienen su techo en el Turquino, que no llega por muy poco a los 2000 metros de altura.

De punta a punta la sierra tiene poco más de 200 kilómetros de largo y con dificultades alcanza los 60 kilómetros de anchura en su parte más ancha. Una minucia en comparación con cordilleras de verdad como los Pirineos o los Alpes, y, no digamos ya con las dos grandes cadenas montañosas de América: las Rocosas al norte y los Andes al sur. En esta cordillerita de juguete, en este entorno montañoso en miniatura es donde Castro y su legión de fieles emplazaron su guarida durante tres años. Los recursos naturales en la sierra eran escasos. Es por ello que la tropa fidelista las pasó, al menos durante sus inicios, verdaderamente mal para aprovisionarse de pertrechos, medicinas y alimentos.

Muchos campesinos que simpatizaban con la causa, o que simplemente aborrecían a Batista, ayudaron a los guerrilleros y les sirvieron de guías por los vericuetos de la sierra. Otras veces, en los asaltos a los cuarteles de la Guardia Rural, los guerrilleros aprovechaban y asaltaban también la despensa y el polvorín. Sin temor a equivocarse, puede afirmarse que, durante mucho tiempo, la ahora gloriosa revolución cubana sobrevivió de la mendicidad y el pillaje. En la sierra los

guerrilleros ensayaron otras fórmulas de abastecimiento que, organizaciones terroristas como la española ETA, han hecho famosas. Me refiero, claro está, al Impuesto Revolucionario. Era un tributo no sujeto al derecho tributario que consistía en apoderarse por las buenas de una vaca, unas gallinas o lo que el revolucionario creyese necesario. Al campesino no le quedaban muchas alternativas ante el eficaz poder de convicción de un pistolón en la frente.

La organización interna del improvisado ejército popular fue cambiando conforme la fortuna y los resultados en el campo de batalla se pusieron del lado de Castro. En los inicios, en la primavera de 1957 este ejército que, al menos en la imaginación de Guevara, representaba a los más de 6 millones de cubanos, contaba con unos 80 efectivos. Eso sí, muy bien organizados. Ernesto lo resume así en sus memorias de Sierra Maestra:

La vanguardia, dirigida por Camilo (Cienfuegos), tenía cuatro hombres. El pelotón siguiente lo llevaba Raúl Castro y tenía tres tenientes con una escuadra cada uno. [...] Después venía el Estado Mayor o Comandancia, que estaba integrada por Fidel, Comandante en Jefe; Ciro Redondo; Manuel Fajardo, hoy comandante del ejército; el guajiro Crespo, comandante; Universo Sánchez, hoy comandante y yo, como médico.

Desde el manifiesto de febrero hasta casi entrado el verano la vida en la sierra debió ser para todos sus integrantes algo realmente soporífero. Ni un mal combate, hambrientos, harapientos y con la moral por los suelos. Los guerrilleros huían del ejército de Batista como alma que lleva el diablo. A lo sumo ajusticiaban de tanto en tanto algún chivato con ardor guerrero y mística revolucionaria para disfrazar el crimen con ropajes honorables. No estaban preparados y Fidel, siempre muy celoso de su integridad personal, no quería arriesgarse en un enfrentamiento abierto con los profesionales del ramo, es decir, con los militares.

Al caudillo se le daba mejor la propaganda, especialmente en los Estados Unidos, las arengas a la tropa y el culto a la personalidad. Así sería hasta su muerte seis décadas más tarde. En mayo el yate Corintia, patrocinado por Prío Socarrás y capitaneado por Calixto Sánchez, fue apresado por el ejército. Los soldados de Batista se ensañaron con sus tripulantes. Querían dar una lección ejemplarizante a los que tenía encaramados en lo alto la sierra. Para Castro, sin embargo, el apresamiento del Corintia fue una bendición por partida doble. Por un lado le quitaban un competidor de encima que, más tarde o más temprano, exigiría su trozo de pastel. Por otro, le hizo despertar del letargo y puso de nuevo a su mesnada en movimiento.

La ocasión la pintaban calva a finales del mes de mayo. En El Uvero había una pequeña guarnición del ejército muy mal defendida, víctima fácil para que los forajidos de la sierra cayeran sobre ella. El combate fue corto pero intenso. Tres horas de asalto que se saldó con una victoria clara y definitiva de los guerrilleros. El Uvero confirmó renovados bríos a los componentes de la tropa irregular comandada por Castro. Ernesto lo vería más tarde como el momento en que la guerrilla alcanzó la edad adulta:

(El Uvero) fue además la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla. A partir de ese combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nuestras esperanzas de triunfo aumentaron también.

Los meses posteriores a ese Lepanto revolucionario que, al menos a ojos de Ernesto, fue la batallita de El Uvero, estuvieron dedicados casi en exclusiva a cuidar de los heridos causados durante la escaramuza. Guevara, como médico de tropa, tuvo que hacerse cargo de sus compañeros con lo poco que tenía. Apenas unos vendajes chafados por la humedad, unos pocos calmantes y muy buena voluntad. Lo hizo, lógicamente, contra su voluntad y porque no había más médicos que el del cuartel que acababan de asaltar:

[...] mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad; sin embargo, cuando fui a entregarle los heridos al médico militar, me preguntó cuántos años tenía y acto seguido, cuándo me había recibido.

En esta primera fase de la guerrilla, en la que le tocó ejercer de médico mucho más de lo que le hubiese gustado, demostró que, hubiese o no acabado la carrera, como médico era un desastre sin paliativos. Y no lo digo yo, lo decía su compañero René Rodríguez:

El Che como revolucionario es una maravilla, como médico es un asesino.

La batallita de El Uvero había situado de nuevo a la guerrilla en el mapa y eso Fidel tenía que aprovecharlo. Envió recado a Santiago para que Frank País y otras personalidades se acercasen hasta la sierra. Allí, como ya hemos visto anteriormente, sostuvieron una acalorada reunión a la que, por cierto, el Che no estuvo invitado. Le faltaba todavía un año y muchos méritos de sangre para que los cubanos lo tuviesen como un igual. En junio, además, empieza en Cuba la estación lluviosa por lo que, a las penalidades propias de la guerrilla, se sumaron las persistentes lluvias tropicales.

Los guajiros, en algunos casos realmente empobrecidos, de la provincia de Oriente empezaron a tomar en consideración a sus nuevos e imprevisibles vecinos. Muchos se alistaron voluntariamente en la tropa, otros lo hicieron y al poco lo dejaron, pues había que estar muy iluminado y trastornado para pensar en aquel entonces, en el verano de 1957, que los desaliñados hombres de Castro tenían alguna posibilidad fáctica de derrocar al régimen de Batista. Los guerrilleros eran pocos y los mejores iban con una lenta pero sostenida cadencia cayendo en combate. El Uvero se había llevado la vida por ejemplo de Julito Díaz, un valiente revolucionario que se granjeó incluso los mejores comentarios del siempre exigente Ernesto.

## **Ernesto, ponle comandante**

Tras el manifiesto de julio Fidel vio llegado el momento de reorganizar la tropa. Nueva estructura y nuevos cuadros que acometiesen los objetivos trazados para el otoño. Ernesto Guevara de la Serna seguía siendo —aún en julio— un simple teniente médico, pero, gracias a su arrojo y a que se le iban muriendo los del Granma, Castro terminó por fijarse en él. Con pocos días de diferencia el Che transitó de los grados de teniente a comandante pasando brevemente por el de capitán. Nunca una carrera militar fue tan rápida como la de este aventurero argentino. La historia de cómo Fidel le nombró comandante tiene su atractivo y los escolares de la Cuba socialista se la saben de memoria.

Es, más o menos, esta:

Se encontraba Fidel redactando un comunicado a Frank País y, al enumerar los firmantes del mismo, le dijo con pose de emperador romano:

—Ernesto, ponle Comandante...

¡Venga Ernesto!, porque hoy es hoy, por ser vos quien sois y porque hoy estoy de buen humor. Los que siempre pensaron que eso de las guerrillas latinoamericanas no era más que un montón de amigos sanguinarios vivaqueando por la selva, tienen en este episodio heroico y cargado de emotividad un buen argumento a su favor.

Con el nombramiento vino aparejado un reloj y una estrellita dorada que, desde ese mismo instante, Ernesto lució orgulloso en su boina. Sin saberlo, estaba anticipando una moda que, desde entonces, siguen muchos jóvenes de medio mundo. Además de los presentes materiales, que ya se sabe nada importan en la vida de un revolucionario, Ernesto recibió el mando de una columna. Bajo tan pomposo nombre se escondía un hatajo de hombres, mal armados y andrajosos, que, desde ese momento, se convertirían en la unidad táctica del ejército popular.

La primera misión para la columna del Che tuvo lugar unos meses más tarde, en octubre. Se trata de la celebrada batalla del Hombrito. En realidad fue una simple emboscada sobre una columna de verdad, de las del ejército regular. Ocultos tras la espesura esperaron a que se acercaran los soldados de Batista, entonces, cuando los tuvieron a tiro, dos grupos atacaron por los flancos mientras Guevara daba la orden de ataque con su rifle. No fue lo que se dice una victoria redonda, pero para estos guerrilleros cualquier cosa lo era. Si conseguían llevarse por delante un soldado y robar dos fusiles eso significaba que se habían impuesto sobradamente a las tropas de la dictadura. Si simplemente lograban salir con vida del aprieto también era una victoria, pues no habían registrado bajas. Ante parámetros tan flexibles es normal que la historia de la guerrilla en Sierra Maestra se cuente por grandes triunfos.

Lo que sí que les dio la emboscada del Hombrito fue vía libre para menudear a su gusto por una vasta área de varios cientos de kilómetros cuadrados. Esta del Hombrito fue la primera «zona libre» de la revolución. Aquí Ernesto acuarteló a su columna por vez primera.

Se estaba granjeando entre los combatientes cierta fama, más que merecida por

otro lado, de radical y de comunista convencido. Estas posturas le habían ocasionado alguna que otra diferencia con la línea fidelista que, por puro oportunismo, hacía concesiones —sólo de palabra, obviamente— a los opositores de Miami y de las grandes ciudades, del dichoso llano que a Fidel ponía de los nervios sólo mencionar.

En la zona liberada del Hombrito Ernesto no se limitó a armar tres tiendas de campaña y construir una parrilla para los asados. Desarrolló toda una actividad que demuestra lo organizado y buen planificador era, al menos para los demás. Estableció una escuela, donde los soldados analfabetos y los guajiros que así lo deseasen pudiesen recibir sus primeras letras. Aparte de la escuela dispuso una enfermería para atender a los heridos en condiciones. No se podía esperar menos de un antiguo estudiante de Medicina.

Mandó acondicionar un horno de pan y organizó alguna industria como un taller de zapatos, destinado a cuidar del calzado de la tropa. También se preocupó de la propaganda, tanto o más importante que la industria para aquellos valerosos guerrilleros perdidamente seducidos por el brillo de las portadas. Creó dos medios de comunicación: el periódico El Cubano Libre y la emisora Radio Rebelde. Aportaciones ambas encomiables y más con el ir y venir constante propio de una guerra de guerrillas.

Todo lo que Guevara hizo en el Hombrito pasaría a formar parte de su leyenda como revolucionario completo, aquel que no olvida de que el fusil debe ir siempre acompañado del libro. La vertiente práctica y la teórica. Casi como los antiguos conquistadores españoles, que llevaban consigo una espada de templado acero toledano y un buen ejemplar de la Biblia impreso en Salamanca. Ya sé que los paralelismos son odiosos, pero ante tales analogías no queda más remedio que recurrir a ellos.

En aquellos días otoñales del Hombrito hubo varias visitas de periodistas extranjeros. El servicio que el corresponsal del New York Times había prestado a la revolución había sido tan bueno y oportuno que ningún guerrillero cerró las puertas desde entonces a los representantes de los odiados medios de comunicación burgueses. Por los primeros campamentos estables de la sierra empezaron a desfilar periodistas cargados de buenas intenciones y un punto fascinados por los desarrapados barbudos de Sierra Maestra.

Recibieron a un nuevo enviado del rotativo neoyorquino, esta vez en la persona de Homer Bigart, y a algunos periodistas hispanos. Entre ellos destaca la visita que hizo el uruguayo Carlos María Gutiérrez, el argentino Jorge Ricardo Masetti o, ya en marzo de 1958, los cubanos Agustín Alles Soberón y Eduardo Hernández, fotoreportero más conocido como el Guayo. En estas entrevistas aparece de nuevo una de las facetas inmortales y perennes del guerrillero heroico: la de mentiroso compulsivo.

Veamos. En la entrevista con los periodistas cubanos empezó afirmando lo siguiente:

... al recibirme (graduarme) de médico en la Universidad de Buenos Aires, fui llamado a las filas del Ejército con el grado de teniente médico... hice mi carrera bajo el gobierno de Perón. Fui opositor pasivo de su régimen. En su primera elección, milité en la Unión Democrática. Después me fui de la Argentina. Fui a Guatemala.

De toda la respuesta lo único cierto es que curso sus estudios bajo el Gobierno de Perón. Dato difícilmente alterable tratándose a la sazón de un joven de 29 años. El resto es mentira. No se tituló jamás, o al menos no consta en lugar alguno que lo haya hecho. Jamás realizó el servicio militar en Argentina, ni como teniente médico ni como cabo de segunda. Muy al contrario, tomó gustoso una ducha de agua helada para asegurarse un oportuno ataque de asma. Fue un opositor al régimen tan pasivo que nadie se enteró, ni siquiera él mismo. No hay noticias de que militase en partido alguno y, por último, cuando se fue de la Argentina no lo hizo para ir a Guatemala, sino para viajar a Venezuela a ocupar el puesto que le estaba buscando su amigo Alberto Granado. Pero el festival de mentiras guevarianas continúa:

Me gustó el experimento del gobierno de Árbenz y me quedé allí. Traté de conseguir un trabajo en Guatemala pero me exigían la reválida del título y seis meses de trabajo en un hospital. No pude cumplir todos los requisitos.

En rigor, no pudo cumplir ninguno. Y fue a Guatemala en «aventura en cuestión monetaria» no por el «experimento» que Árbenz estaba realizando con su país.

Los periodistas de la revista Bohemia, para la que trabajaban Alles y el Guayo, siguieron con sus preguntas. En una de ellas le inquirieron por su ya famosa ideología comunista, a lo que Guevara replicó sin que le temblase el cigarro puro:

En lo absoluto. No tenemos vinculación con el comunismo. Soy militar nada más.

Ni una cosa ni la otra. Más que vinculación tenía una relación íntima con los fundamentos del comunismo. ¡Y presumía de ello delante de sus compañeros! Y lo de ser militar, a lo sumo llegaba a guerrillero serrano de pistolón al cinto y canana cruzada por encima del pecho.

La entrevista de los cubanos dio mucho más de sí. Respecto al futuro de Cuba apuntó:

Nuestro movimiento sostiene el criterio de que el gobierno provisional debe ser lo más breve posible. El tiempo estrictamente necesario para normalizar el país... y convocar a elecciones para todos los cargos del estado, las provincias y los municipios. [...] Debemos hacer todo lo posible porque ese periodo de provisionalidad no rebase de dos años de duración.

De lo cual pueden inferirse dos cosas. Una, que el Gobierno actual de Cuba después de sesenta años es un simple Gobierno interino que está todavía preparando las elecciones. O dos, que los años contados en lengua revolucionaria son extremadamente largos. Escoja la que más le guste. Lo único que, a estas alturas, podemos tener por cierto es que, en Cuba, se han consumido varias generaciones en



lo que los guerrilleros de Sierra Maestra se deciden por delimitar cuánto son dos años y cuál es el periodo óptimo de provisionalidad de un Gobierno.

Ante tal despropósito, ante semejante andanada de mentiras no cabe más que concluir que la farsa, la tramoya y el apaño propagandístico fueron en su vida y tras su muerte una constante en la vida de Ernesto Guevara de la Serna. Quizá la única falsedad que podríamos considerar justificada es la última, la referente a los planes sobre el mañana de la República de Cuba. A fin de cuentas, distaban tanto los que trazaban los revolucionarios y los que esperaba la gente común, que lo normal es que los primeros se disfrazasen de demócratas convencidos.

El resto abona las tesis expuestas anteriormente en este libro. Ernesto Guevara no necesitaba mentir a los periodistas cubanos. No precisaba construirse una biografía que nunca existió. Primero, porque a los periodistas tanto les hubiese dado que Guevara hubiese sido una cosa o la otra. Y segundo, porque lo que se ventilaba en aquella entrevista era el papel que él desempeñaba en la guerra desatada en la sierra, no los delirios de grandeza de un veinteañero argentino metido a guerrillero. Ernesto, sin embargo, mintió como un bellaco, gratuitamente y sin permitir que un gramo de rubor aflorase por encima de su descuidada pero escasa rala.

En la entrevista que concedió a Jorge Ricardo Massetti, compatriota suyo, éste hizo dos observaciones un tanto curiosas. Escribió más tarde que el Che se le antojaba un muchacho argentino cualquiera de clase media. Y lo era. También dejó para el recuerdo la impresión que el guerrillero le causó: una caricatura rejuvenecida de Cantinflas. Por suerte el reportero argentino dijo esto en 1958, un año después tal aseveración envenenada de humor le hubiese costado la vida o, en el mejor de los casos y por aquello de ser paisanos, un disgusto de los gordos.

Durante esos días también llegó hasta los campamentos de la sierra Enrique Meneses, un fotógrafo español que trabajaba para el semanario Paris-Match. Meneses, a diferencia de sus colegas —llegaban, hacían su trabajo y regresaban—, decidió quedarse cuatro meses a vivir con los insurrectos. Así nació el mejor reportaje fotográfico de la guerrilla de Sierra Maestra, de cuyas fotos se surtieron las revistas más vendidas del mundo. La alemana Stern, la italiana Epoca o la norteamericana Time publicaron profusamente uno o varios de los dos mil negativos que Meneses envió a Europa. El icono de los barbudos fue obra suya. La gesta fotográfica le costó la cárcel. Una vez hubo concluido, ya en La Habana, la policía le encerró por orden de Batista. Tras varios días angustiosos en los que pensaba que iban a fusilarle, el embajador español consiguió su liberación y fue repatriado a España.

A finales de 1957 los guerrilleros celebraron con alborozo su primer aniversario en la isla. El invierno, además, se estaba portando bien con ellos. Lo único reseñable, para mal, fue el inoportuno fallecimiento en combate de Ciro Redondo, lugarteniente del Che Guevara en la columna que le habían asignado. El resto del tiempo estuvo compuesto por largos periodos de calma salpicados por algún que otro incidente de

poca importancia. En el mes de diciembre, en el combate de Los Altos del Conrado, Ernesto cosechó su segunda herida de guerra, en un tobillo. Además, le dio tiempo de reencontrarse con las cosas de Cupido.

En las Vegas de Jibacoa se cruzó delante del argentino una muchacha mulata llamada Zoila que, según dicen, le gustó mucho. Como era uno de los guerrilleros que se rifaban las mujeres no le costó demasiado esfuerzo seducirla. Anduvieron una temporada juntos y dejó en el paladar de la cubana un grato recuerdo. Es de reseñar que Ernesto mantuvo siempre bien aleccionada a la tropa en el particular de las mujeres. No toleraba ni un abuso con ellas, en una mezcla de buena educación traída de la niñez y no disimulada galantería. Las mujeres rara vez se han llevado bien con contingentes de hombres en armas. Relajan a los combatientes y les llevan a tomar decisiones que poco favorecen el imprescindible ambiente castrense que debe reinar entre la tropa. En eso, y si queremos ser fieles a la verdad hemos de reconocerlo, siempre se comportó como un auténtico caballero digno del San Isidro Club de Buenos Aires.

En cierta ocasión se dio el caso de un antiguo guerrillero que se dedicaba a hacerse pasar por Guevara para abusar de las jovencitas con la excusa de presuntas revisiones médicas. Algo realmente cómico que al infeliz le costó la vida:

El último de los fusilados fue un personaje pintoresco llamado El Maestro que fuera mi compañero en algunos momentos difíciles en que me tocó vagar enfermo y con su única compañía por esas lomas, pero que luego se había separado de la guerrilla con el pretexto de una enfermedad y se había dedicado también a una vida inmoral, culminando sus hazañas haciéndose pasar por mí, en función de médico tratando de abusar de una muchachita campesina que estaba requiriendo los servicios facultativos para algún mal que la aquejaba.

En febrero de 1958 se reemprendió la ofensiva gubernamental. El Estado Mayor de Batista, viendo la ineficacia de los asaltos en la montaña en los que sus tropas eran fácilmente acometidas por los guerrilleros, optó por la vía aérea. Dieron comienzo entonces los bombardeos. La aviación del dictador no escatimó en medios, según Guevara a arrojar incluso sobre la sierra hasta bombas cargadas con Napalm para hostigar a los guerrilleros deforestando sus escondrijos.

## **La guerrilla victoriosa**

A principios de marzo Batista suspendió los derechos fundamentales nuevamente. Fidel en su refugio de la sierra creyó llegado el momento del golpe de mano definitivo a través de una huelga general. La trama civil del Movimiento 26 de julio se encargó de difundir la convocatoria por toda la isla para el 9 de abril.

Grandes esperanzas estaban depositadas en aquella fecha. Si la llamada a la huelga tenía éxito y como consecuencia la república se descomponía, Castro y los suyos podrían bajar de la sierra para hacerse cargo del desorden. Esa debió ser la

pueril idea del Comandante en Jefe. La castrología habitual se han encargado posteriormente de quitar hierro al asunto y dejar claro que Fidel nunca creyó en esa huelga. Pero sí que creyó, la que no creyó en él fue la huelga. La convocatoria apenas tuvo seguimiento en la parte occidental del país, la más poblada y rica.

Un día más tarde las culpas del fracaso viajaron desde los llanos hasta la sierra y viceversa. Fidel entró en cólera arguyendo que la oposición no se la había jugado adecuadamente en aquella ocasión, que había faltado compromiso y que era imprescindible contar con un líder reconocible que, no hace falta recordarlo, habría ineluctablemente de ser él. En resumen, Castro aprovechó el fiasco para ajustar cuentas con el resto del movimiento. Pero de nada serviría la llamada de atención del líder si ésta no iba acompañada de una victoria concluyente sobre el ejército. Pronto tendría la oportunidad de demostrarlo.

La huelga frustrada del 9 de abril supo muy dulce en La Habana de Batista. El dictador, que llevaba año y medio lidiando con los revoltosos en la remota Sierra Maestra, vio la posibilidad de cortar de un tajo la rebelión. Pero los norteamericanos se estaban empezando a hartar del dictador habanero —y bananero, que de las dos cosas adolecía el hombre—, y en marzo retiraron el apoyo que hasta ese momento le había venido prestando la CIA. Planificó entonces una macro ofensiva sobre la sierra que, en un principio, sería definitiva para acabar con la facción armada del Movimiento 26 de julio.

Batista reunió la notable cifra de 10 000 efectivos organizados en 14 batallones y los envió al Oriente. El ejército inició su marcha el 20 de mayo. Apenas unos días antes, a principios de mes, Ernesto había sido invitado por vez primera a una de las reuniones del Movimiento. Era algo histórico, porque hasta entonces, a efectos políticos no pasaba de soldado raso por lo sabía de la cúpula de la organización lo que los hermanos Castro tenían a bien contarle. Influyó en el ascenso el hecho de que Fidel, su gran padrino y protector, se hubiese hecho ya con todos los resortes del Movimiento y quisiese colocar a sus hombres entre los que mandaban.

Los 10 000 de Batista iban, además, bien pertrechados y con el apoyo aéreo y artillero que le es propio a un ejército regular. Aquí nace una de las leyendas más fecundas de la revolución cubana. La de los 10 000 contra 321. En parte es cierto, porque la relación de fuerzas venía a ser, aproximadamente, esa misma. Lo que la castrología suele obviar es que, de esos 10 000 soldados, una tercera parte eran reclutas novatos que contaban con poco más que una rápida instrucción en el cuartel de turno y ninguna motivación. Entre los más expertos tampoco brillaba la vocación guerrera ni el odio hacia los rebeldes. Al contrario, éstos eran muy populares entre amplias capas de la población cubana, especialmente entre la clase media urbana. De hecho, el manifiesto de Sierra Maestra de julio de 1957 había sido publicado en su integridad por una revista de la capital, la popularísima revista Bohemia. Está por ver que la oposición cubana de nuestros días publique un manifiesto en el diario Granma. No lo han hecho ni lo harán mientras el régimen perdure.

Los efectivos del Gobierno, aparte de poco metidos en el papel de Caín que los guerrilleros representaban a la perfección, carecían de experiencia en el combate de montaña. No tenía Cuba por aquel entonces unidades especiales ni cuerpos del ejército dedicados a labores militares tan específicas. El apoyo aéreo era real pero poco efectivo. De nada sirve un caza sino hay otro caza enfrente que se mida con él. Y lo mismo puede decirse de un bombardero. Sin ciudad ni objetivo claro donde soltar las bombas la utilidad del bombardeo se reduce a cero, o casi, porque un avión si sirve para disparar algunas ráfagas de metrallera sobre unos guerrilleros despistados que han salido de su refugio en la maleza. Pero para poco más. No veo necesario recordar que en 1958 no existían las bombas inteligentes ni los drones.

Batista también puso a la Armada al servicio de la ofensiva. Pero poco puede hacer una fragata, por muchos cañones que pueblen sus cubiertas, contra un grupo informe de guerrilleros emboscados a varios kilómetros de la costa. Los rebeldes, que eran pocos, exhibieron una encomiable flexibilidad que venían ensayando desde hacía meses. Practicaron emboscadas a los grupos expedicionarios, pusieron minas a diestro y siniestro, saltaron sobre convoyes mal protegidos... Una pesadilla que no tardó en hacerse inaguantable para los soldados.

A pesar de todo, la guerrilla lo pasó realmente mal. Al mes de iniciada la ofensiva, los comandos se hallaban completamente sobrepasados por las circunstancias. No habían visto tantos militares juntos desde el desembarco en la playa de los Colorados. Pero la situación era de vida o muerte. No en vano, el nombre con el que Batista había bautizado a la operación era el de «Fin de Fidel». Más claro no se lo podían dejar al Comandante en Jefe.

En agosto, después de dos meses de auténtico infierno para los insurrectos, la tortilla dio la vuelta. Los 10 000 efectivos enviados desde La Habana no conseguían el objetivo marcado en un principio. Más bien al contrario. Abundaban las deserciones de soldados y reclutas que no veían mucho sentido a la absurda guerra civil desatada en Oriente. Los mandos del ejército se veían incapaces de penetrar en la sierra con garantía de atrapar alguna cabeza de renombre. El 6 de agosto el general Cantillo informó al palacio presidencial en La Habana de que era inútil proseguir con la ofensiva.

Quizá en el ánimo del general, responsable de las operaciones en la zona, habitaba cierta y fundada sospecha de que el régimen naufragaba sin remedio. Perdidos los sostenes internacionales, con la oposición en bloque apoyando a los rebeldes y la soldadesca desalentada por los continuos fracasos, lo más sensato era prepararse para un futuro de mudanzas en lo político. Cuba no era precisamente un modelo de estabilidad, así que lo lógico era que los más avisados previesen los cambios que se avecinaban. No es casualidad que fuese el general Cantillo el que negociase con Castro los días previos a la entrada de éste en la Habana, ni que fuese, al menos durante unas horas, el responsable del mando supremo militar tras la huida de Batista.

Los resultados de la campaña no pudieron ser mejores para Fidel y sus intereses. En plena contienda y con gran parte del mundo de su lado, los principales partidos y grupos de oposición cubanos firmaron en Caracas el llamado Manifiesto del Frente Cívico Revolucionario. El documento fue retransmitido con satisfacción por las ondas a través de Radio Rebelde. En él se erigía a Fidel como líder máximo de la revolución y se anticipaba el futuro democrático de Cuba. Lo primero lo fue hasta su muerte en 2016. Lo segundo todavía están los cubanos esperándolo.

Unas semanas después de la lectura del manifiesto, Radio Rebelde volvió a dirigirse a su cada vez más numerosa y entregada audiencia. En esta ocasión se trataba de un parte de guerra que declaraba el fin de la ofensiva gubernamental y la victoria de los revolucionarios:

Tras 76 días de combates ininterrumpidos en el primer frente de la Sierra Maestra, el ejército rebelde ha derrotado claramente y destruido la crema de las fuerzas de combate de la tiranía.

Casi mil soldados de Batista habían perdido la vida en los encuentros con los guerrilleros y más de 400 se encontraban presos en las montañas. Junto a esto, los rebeldes se habían hecho con una cantidad notable de armas, municiones y pertrechos. Años más tarde, Ernesto Guevara recordaría el botín de guerra de este modo:

Dejó en nuestras manos 600 armas, entre las que contaban un tanque, 12 morteros, 12 ametralladoras de trípode, veintitantos fusiles ametralladoras y un sinnúmero de armas automáticas; además, enorme cantidad de parque y equipo de toda clase. [...] El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota de esta postrera ofensiva sobre Sierra Maestra.

El desbarajuste en las filas batistianas no podía desaprovecharse. Había que dar un golpe de efecto antes de que las lumbreras militares del régimen cambiaran de planes y de estrategia. Fidel se planteó, por primera vez desde que llegase a Cuba en diciembre de 1956, saltar sobre el llano. Su idea, su plan maestro, era el siguiente. Una columna se dirigiría al otro extremo de la isla, a Pinar del Río, donde había una pequeña serranía, la del Rosario, para en los primeros momentos mantenerse oculta y a la espera. Otra más numerosa y preparada encaminaría sus pasos hacia la provincia de Las Villas, en el mismo centro de Cuba. La primera de las columnas fue encargada a Camilo Cienfuegos, al que se dotó de 81 guerrilleros. La segunda fue encomendada a Ernesto Guevara que, con 150 hombres, tenía que llegar hasta la sierra de Escambray y zafarse allí, como lo había hecho en Sierra Maestra, de las fuerzas gubernamentales.

El plan de Castro no era malo del todo. Y más si se tiene en cuenta que en el occidente del país operaban dos guerrillas autónomas fuera del control de Castro, el Directorio Revolucionario y el Frente Nacional de Escambray. Cuba es un país eminentemente llano. Sus interminables y fértiles planicies tan sólo se ven interrumpidas por cuatro accidentes orográficos de relativa importancia. La Sierra

Maestra, donde los guerrilleros se encontraban desde los primeros días, la Sierra de Cristal, vecina a ésta, controlada por Raúl Castro, la Sierra del Rosario en el extremo occidental y, por último, la Sierra de Escambray, cercana a la ciudad de Santa Clara y a un paso de La Habana. Controlar las cuatro cordilleras era de vital importancia para un movimiento guerrillero que había encontrado su caldo de cultivo entre los riscos de la montaña y la maleza de los valles.

Camilo Cienfuegos partió con la columna 2, rebautizada como Columna Antonio Maceo en honor del patriota cubano que en el siglo XIX había luchado contra los españoles. La tropa del Che, por su parte, preparó su salida hacia Las Villas. La idea era que, tanto Camilo como Ernesto, avanzasen separados y que evitasen a toda costa enfrentamientos en campo abierto con el ejército. Entre ambas no llegaban a los 250 hombres, por lo que las posibilidades de salir indemnes de un encuentro con soldados eran prácticamente nulas.

Camilo demostró en estos días de marcha ininterrumpida hacia el norte que estaba a la altura de las circunstancias, Guevara no. El 9 de septiembre Ernesto se enzarzó sin necesidad en la finca La Federal de la provincia de Camagüey con tropas del Gobierno. El atrevimiento le costó a su columna dos valiosas vidas. Camilo, junto al que acampaba en más de una ocasión, le recordaba la consigna de no trabar contacto con elementos del ejército, pero al Che, que era soberbio y pendenciero, le resbalaba. En alguna ocasión se permitió incluso la insensatez de abrir fuego contra los gubernamentales, porque él lo valía y porque, a fin de cuentas, todas las bravuconadas le habían salido gratis.

Pero ¿cómo pudieron dos columnas informales de guerrilleros cruzar la isla de Cuba casi sin bajas en plena dictadura de Batista? Evidentemente, gracias al apoyo de los partidarios del Movimiento 26 de julio en el llano. Esos mismos que Fidel Castro despreciaba con vehemencia por sentirlos alejados de la verdadera lucha. Durante los 45 días que tardó la columna 8, la del Che, en llegar a Las Villas el Comandante Guevara pidió repetidas veces ayuda a las células locales del Movimiento en la provincia de Camagüey. Sin la ayuda de éstas es muy probable que su columna, apodada Ciro Redondo en honor al compañero caído en combate, hubiese sido aniquilada sin contemplaciones por el ejército.

En el llano, todas las ventajas con las que contaban los guerrilleros en la sierra desaparecían. No había huida rápida, el efecto sorpresa era muy difícil de conseguir y, para colmo de males, los guerrilleros no conocían el terreno y, bajo ningún concepto, podían arriesgarse a marchar a pie o a caballo por las carreteras. La marcha, que sería años después calificada en la revista Verde Olivo como gloriosa, en realidad fue penosa, larga y agotadora. Las tropas del Gobierno creyeron incluso haber acabado con la vida del Che, y así lo transmitieron a sus mandos en La Habana.

En Las Villas la columna del Che se encontró de nuevo al resguardo de las montañas. La sierra de Escambray no es tan abrupta ni está tan despoblada como la Maestra, pero sus valles y senderos servían para más o menos lo mismo. Nada más

llegar a la sierra Ernesto, libre ya de las ataduras del hiperliderazgo fidelista, se centró en aplicar uno de los sueños de su vida; la reforma agraria.

Esta reforma, a ojos de Guevara, consistía, básicamente, en arrancar por la fuerza las propiedades a los latifundistas y repartirla entre los que la trabajaban, o los que él consideraba que la trabajaban. En suma, una aspiración más antigua que hacer novillos —y de eso el Che sabía un rato—, pero llena de vericuetos legales que, por descontado, Ernesto desconocía. Su proceder fue mucho más directo:

Nuestro primer acto fue dictar un bando revolucionario estableciendo la Reforma Agraria, en el que se disponía... que los dueños de las pequeñas parcelas de tierra dejaran de pagar su renta hasta que la Revolución decidiera en cada caso.

No está de más recordar que lo que la Revolución decidió finalmente fue dejar sin tierra a todo el mundo y convertir al Estado en el mayor latifundista de la isla. Pero eso es harina de otro costal que abriremos más adelante.

El responsable del Movimiento 26 de julio en la provincia de Las Villas era un judío de ascendencia polaca llamado Enrique Oltusky. Entre él y Guevara se encendió la chispa y empezaron a intercambiar ideas, especialmente en torno a la manida Reforma Agraria. Jorge G. Castañeda reproduce un diálogo entre estos dos paladines de la libertad que no tiene desperdicio:

Oltusky: Toda la tierra ociosa debía darse a los guajiros y gravar fuertemente a los latifundistas para poderle comprar sus tierras con su propio dinero. Entonces la tierra se vendería a los guajiros a lo que costara, con facilidades de pago y con crédito para producir.

Che: ¡Pero eso es una tesis reaccionaria! ¿Cómo le vamos a cobrar la tierra al que la trabaja? Eres igual que toda la demás gente del llano.

Oltusky: ¡Coño!, ¿y qué quieres?, ¿regalársela? ¿Para que la dejen destruir como en México? El hombre debe sentir que lo que tiene le ha costado su propio esfuerzo.

Che (gritando, con las venas del cuello hinchadas): ¡Carajo, mira que eres!

¿Tesis reaccionaria la de Oltusky? Muchos progresistas actuales que llevan con orgullo camisetas e insignias en la solapa con la efigie del Che serían, a juicio de su santo patrón, simples reaccionarios igualitos que la gente del llano.

La llegada a Las Villas supuso no sólo el avance de la vanguardia armada del Movimiento 26 de julio hacía el oeste. En la provincia central operaban varios movimientos de oposición al régimen de Batista que se habían echado al monte para combatir y hostigar a la dictadura al modo que Castro lo hacía en Sierra Maestra. Era, por lo tanto, de vital importancia neutralizar las dos principales organizaciones que estaban haciendo la competencia, para Fidel siempre desleal, a los guerrilleros heroicos del oriente cubano.

El antiguo Directorio Estudiantil que, años antes, se había intentado hacer

violentamente con el poder en La Habana mediante el golpe de Estado de Echeverría, se había transformado en un grupo guerrillero llamado Segundo Frente de Escambray. Los líderes de esta organización eran Jesús Carrera y Eloy Gutiérrez Menoyo. Las diferencias entre éstos y el Che Guevara no tardaron en aflorar. Ernesto no podía soportar que nadie le hiciese sombra, y mucho menos que nadie unos que él consideraba advenedizos y vendidos al poder burgués.

Con Jesús Carrera no tardó en enfrentarse. En una ocasión, aprovechando que Carrera se encontraba ausente, no dudó Guevara en arengar desde un jeep a la tropa del Frente de Escambray. Al enterarse Carrera de la felonía perpetrada por el argentino —sin su consentimiento, naturalmente— le recriminó su actitud recordándole que, a sus hombres, sólo les arengaba él. Algo imperdonable. Guevara se tomaría la venganza más tarde, ya en Gobierno, cuando ordenó que la tropa revolucionaria pasase por las armas a aquel cubano impertinente que le había faltado al respeto en la sierra.

Pero en esos días Ernesto aun no era tan poderoso, por lo que no le quedó más remedio que llegar a un acuerdo más o menos amistoso con los otros grupos alzados. En diciembre los dirigentes del Directorio y los de 26 de julio se avinieron a poner el pacto por escrito. En él no se contemplaba ningún actor más aparte de los firmantes, pero Guevara estaba encariñándose por días con las cabezas pensantes del Partido Socialista Popular, que era el partido de los comunistas cubanos. Los lideraba Carlos Rafael Rodríguez, un político muy enredador que había hecho carrera con Batista y que la haría con Castro en el futuro. Un Talleyrand de la Revolución cubana con el rostro de mármol y el estómago a prueba de bombas.

Rodríguez fue a entrevistarse con Fidel a Sierra Maestra y ambos se entendieron a la perfección. En ello algo tendría que ver el poco afecto que los dos le profesaban a la libertad individual y a la democracia representativa, pero lo que debió terminar de unirlos fue, sin duda, una gran sintonía personal. Las buenas obras de Rodríguez en Sierra Maestra sellaron una alianza de facto entre los del 26 de julio y el Partido Socialista Popular. Es cierto que Guevara no había militado jamás en partido comunista alguno, ni en Argentina, ni en Guatemala, ni en México ni en ninguno de los países por los que había vagado desde su salida de la estación de Retiro varios años antes, pero no pertenecer a un partido no significa que no se profese una ideología.

El historiador Hugh Thomas dijo en su momento, hace ya bastante tiempo, que el Che durante la revolución no era comunista, sin embargo todo, desde las cartas hasta los testimonios de los que le conocieron, pasando por la nómina de lecturas y su simplona interpretación de la realidad, conduce a pensar que efectivamente lo era. Un presunto luchador por la libertad, un enemigo de la tiranía con el fusil al hombro no promulga una reforma agraria según ocupa un territorio, a no ser que se trate, claro está, de un comunista. Es así le pese a quien le pese.

La fe casi mística que Guevara tenía en la confiscación de la propiedad, el poco



respeto que daba a las opiniones ajenas y su misma manera de actuar, tanto en Sierra Maestra como en Las Villas, dan a entender más que bajo el privilegiado magín del Che lo único que había era una indigesta empanada con el marxismo básico y el leninismo para dummies como ingredientes principales. Ernesto, a pesar de todo, tenía su propia e intransferible idea del comunismo, o mejor, de los partidos comunistas:

Los comunistas son capaces de crear cuadros que se dejen despedazar en la oscuridad de un calabozo, sin decir una palabra, pero no de formar cuadros que tomen por asalto un nido de ametralladora.

Lo diría, claro está, pensando en la única vez que a él lo habían detenido. En la comisaría mexicana donde largó todo lo que pidieron los policías sin rechistar. Con todo, la relación con los miembros del PSP fue gratificante y muy constructiva para ambas partes. Por ejemplo, Félix Torres, un concejal del PSP en el municipio de Ciego de Ávila, pasó de politiquillo local de bajos vuelos a Comandante revolucionario en un abrir y cerrar de ojos gracias a sus privilegiadas relaciones con Guevara.

La vida en la Sierra del Escambray, peleas intestinas aparte, era bastante más regalada de lo que había sido en Sierra Maestra. Por un lado, la causa revolucionaria estaba ya, en octubre de 1958, muy extendida y gozaba de gran predicamento popular. Por otro, de las ciudades cercanas, especialmente de la populosa Santa Clara, recibían los guerrilleros cuanto necesitaban. Y por último, la cantidad de efectivos con los que contaba la guerrilla y su preparación era muy diferente a la que habían tenido los pioneros en los meses posteriores al desembarco del Granma.

Al igual que habían hecho en el este de la isla, los guerrilleros trataron por todos los medios de asentarse en campamentos estables. La presión del ejército era nula, por lo que los distintos grupos se movían a sus anchas por todo el macizo montañoso y sus alrededores. Lo mismo bajaban a un pueblo a por provisiones, que enviaban a un herido a una ciudad cercana para que fuese atendido en un hospital. En uno de los campamentos de la guerrilla se produjo uno de los acontecimientos más gratos y que seguramente con mejor recuerdo se llevó Guevara a la tumba en 1967.

A principios del mes de noviembre, cuando la tropa del Che se encontraba en El Pedrero, una pequeña delegación del Movimiento 26 de julio en Santa Clara se acercó hasta el campamento. La comisión la formaban, entre otros, Serafín Ruiz de Zárate y una joven comprometida con el movimiento llamada Aleida March de la Torre. Ernesto se enamoró perdidamente de ella. Aleida era el arquetipo de burguesa cubana de la época. Tez blanca y delicada, rasgos finos y educación universitaria. A la jovencita no le faltaba ni el apellido catalán para dar por rematada su ascendencia española.

En cierto modo Aleida venía a ser una Chichina Ferreira reencontrada miles de kilómetros al norte. Con ella acababan los exotismos femeninos para Ernesto. Hilda seguía lejos con su carita de quechua y su hija que se parecía a Mao Zedong. La

mulata Zoila se había quedado en Sierra Maestra, quizá esperando que su melenudo guerrillero volviese a por ella en un caballo blanco. Aleida devolvía a Guevara donde siempre había pertenecido, a la burguesía criolla y de antepasados españoles de la que tanto renegaba.

La comisión venida desde Santa Clara debía estar sólo unos días entre los guerrilleros para recibir instrucciones, pero Aleida decidió quedarse. Ernesto le buscó un puesto de secretaria personal y ella, encantada, comunicó a sus compañeros que no podía regresar a la ciudad, que el ejército había detectado sus manejos políticos y ya no se sentía segura. Por supuesto era falso, pero en las cosas del amor las mentirijillas están siempre permitidas.

Al comandante emboinado y con perenne cara de mala humor ya no le faltaba de nada. El Don Quijote argentino había por fin encontrado a su Dulcinea cubana. La pareja empezó de este modo a cohabitar y mantener una relación de hecho, no muy diferente de la que había mantenido años atrás con Hilda en Ciudad de Guatemala. Muy moderno y muy revolucionario, pero Guevara no era tan tolerante con el resto de sus hombres. Cuando logró conquistar la localidad de Sancti Spiritus, lo primero que hizo, aparte de la consabida confiscación de tierras, fue promulgar un edicto revolucionario en virtud del cual se prohibía a la población consumir bebidas alcohólicas y jugar a la lotería. Un edicto antivicio que constituye un bonito precedente de la sharia que décadas más tarde aplicarían con denuedo los islamistas radicales. Si los estudiantes de teología de Kabul no hubiesen sido tan analfabetos, casi con toda seguridad hubieran dedicado con gran profusión de barbas una calle en la capital al Guerrillero Heroico.

Como es de suponer, la gente de Sancti Spiritus, aficionada a empinar el codo con moderación y a jugar a la lotería, no tragó con semejante estupidez y el bienintencionado guerrillero tuvo que echarse para atrás. Los cubanos podían hasta pasar lo de las expropiaciones, pero eso de que un extranjero de lejanas tierras viniese a quitarles de la mano su tradicional ron de caña no podían permitirlo bajo ningún concepto.

El encuentro de Aleida y Ernesto coincidió con la descomposición final de la dictadura de Batista. El antiguo sargento taquígrafo, que estaba esquilmando las arcas públicas a conciencia, concluyó que lo mejor era celebrar unas elecciones para retirarse del poder sin hacer demasiado ruido. Convocó a los ciudadanos para el 3 de noviembre a unas elecciones que tenían como fin principal parir un nuevo Gobierno de transición que aglutinase a la parte moderada de la oposición. Fidel no podía dejar que la iniciativa del dictador saliese adelante. Si los batistianos llegaban a un feliz acuerdo con liberales, democristianos y socialdemócratas su causa serrana corría el riesgo de perder todo el atractivo para el grueso de la población.

Mirándolo con perspectiva, estas elecciones de noviembre de 1958 bien podrían haber sido el principio de una transición pacífica a la democracia en Cuba. Pero esos no eran, ni de lejos, los planes que Castro había trazado para el futuro de la isla.

Ordenó a sus comandantes en Las Villas iniciar junto a sus recién ganados aliados una ofensiva armada para impedir a toda costa que la consulta electoral llegase a buen puerto. Guevara y Camilo Cienfuegos se afanaron en seguir las órdenes de su jefe. En sus recuerdos de guerra Ernesto veía de este modo aquellos días revueltos:

Debíamos atacar a las poblaciones vecinas para impedir la realización de los comicios [...] Los días anteriores al 3 de noviembre, fecha de las elecciones, fueron de extraordinaria actividad: nuestras columnas se movilizaron en todas las direcciones impidiendo casi totalmente la afluencia a las urnas, de los votantes de esas zonas.

Parece claro que las garantías que ofrecían esas elecciones patrocinadas desde una dictadura no eran muy grandes, pero impedir por las armas el legítimo derecho al voto no parece una forma muy ortodoxa de luchar por la libertad de los ciudadanos. El seguimiento popular de los comicios fue muy escaso. Batista estaba en las últimas y ningún cubano con cuatro dedos de frente se fiaba ya de él. La abstención alcanzó la extraordinaria cifra del 80%. Un varapalo del que el régimen no se recuperaría.

La labor de guerrilla de estos dos últimos meses del año se centró, más que en enfrentamientos abiertos con las tropas del ejército, en sabotajes y ataques por sorpresa a cuartelillos indefensos que dejaban expedito el acceso a los pueblos. Cortaron las vías de comunicación entre el este y el oeste de la isla, reventaron puentes, inutilizaron carreteras en una guerra a tumba abierta y sin descanso. A mediados de mes tomaron la pequeña ciudad de Fomento, a ella le sucedería Cabaiguán y Placetas.

En todas ellas el combate fue mínimo, en alguna, como en el caso de Fomento, a la rendición le precedió una charla con su defensor que entregaba la plaza sin oponer resistencia. El Che no se lo podía creer. En unas semanas estaban avanzando más que en casi dos años en Sierra Maestra. La conquista, «liberación» la llamaba Guevara, de Placetas el día 23 de diciembre puso a los revolucionarios a un tiro de piedra de Santa Clara, capital de la provincia de Las Villas.

## **El héroe de Santa Clara**

La ciudad más importante del centro de Cuba —y sigue siendo— Santa Clara, una próspera y bulliciosa urbe de 150 000 habitantes. Fundada a finales del siglo XVII, en tiempos de Carlos II, por colonos españoles y rodeada de fértiles campos en los que se cultivaba azúcar, su situación siempre fue estratégica. Contar con ella significaba partir a la isla en dos, doblar el espinazo a la dictadura y poner cerco a La Habana. Sobre el Che recaía la responsabilidad de conquistarla. Para ello contaba con su columna traída desde Sierra Maestra, que se había fogueado bien en las semanas precedentes, y con efectivos nuevos enrolados en la provincia. En total superaba por poco los 300 hombres.

Pero una cosa es asaltar un tranquilo pueblo de provincias como Fomento, custodiado por unas decenas de soldados mal armados y peor pagados, y otra bien distinta es entrar en una ciudad grande, conectada a la red ferroviaria, protegida por una guarnición numerosa, bien dirigida por un alto mando y asistida por refuerzos desde La Habana. A Ernesto no le quedaban, sin embargo, muchas más alternativas. No podía echarse para atrás ya que sólo con grandes dificultades era capaz de mantener lo conquistado.

Guevara no lo sabía, pero si el Gobierno se lo hubiese propuesto, una simple contraofensiva habría machacado a los guerrilleros, que eran pocos y estaban cansados. Se trataba, pues, de tentar una vez más a la suerte. El 28 de diciembre comenzó el asalto. Al abrigo de la noche los guerrilleros se colaron en la ciudad. El plan consistía en levantar a la población contra los militares que la custodiaban y apoderarse por la fuerza de los edificios clave.

Lo primero resultó relativamente sencillo. El pueblo cubano, y el de Santa Clara no era una excepción, estaba bastante harto de Fulgencio Batista. Veía, además, en los guerrilleros de la sierra un soplo de aire fresco que poco a poco iba adueñándose del futuro. Nadie, en definitiva, estaba dispuesto a derramar una sola gota de sangre en nombre de la cuadrilla de ladrones que vivía a todo tren en La Habana. Dos mil soldados poco motivados frente a trescientos y pico combatientes revolucionarios. Combate desigual y, precisamente por eso, digno para coronar una gesta épica.

El Estado Mayor, alarmado por las fulgurantes conquistas de los revolucionarios en Las Villas, despachó un tren militar a Santa Clara para reforzar la guarnición. El convoy estaba compuesto por 19 vagones que cargaban material bélico muy variado. Transportaba, además, a unos 400 soldados reclutados en La Habana para la ocasión. Aquí nace el mito del Tren Blindado, que la guevarología ha repetido hasta la náusea. No era, como muchos pueden pensar por el calificativo, una composición blindada en el sentido estricto de la palabra. Es decir, no se trataba de esos trenes cubiertos por impenetrables planchas de acero de las películas de James Bond desde los que el villano planea rodeado de alta tecnología como dominar el mundo. No, nada de eso.

El célebre Tren Blindado de Santa Clara no era más que un tren militar que transportaba armas y soldados. Y lo peor de todo, ni demasiadas armas ni muchos soldados. Punto. Ernesto, que algo pícaro sí que era, vio desde el primer momento que en el convoy militar se encontraba la clave del asunto. Los soldados no querían salir de los cuarteles. Sus jefes tampoco tenían voluntad de hacerlo a menos que les enviaran más efectivos y material. Si los soldados no salían habría que sacarlos por la fuerza, pero para eso era necesario contar con las armas adecuadas y recibir refuerzos. El Tren Blindado podía suministrar ambas cosas. Y volvemos donde empezamos. El Tren Blindado era el meollo de todo aquello.

En un artículo publicado meses después en la revista brasileña *O Cruzeiro* Ernesto afirmó que el tren fue tomado gracias a dos líneas de ataque. Por un lado, unos guerrilleros lo cercaron arrojando cócteles molotov sobre los vagones. Y por

otro, un revolucionario encaramado a una excavadora se encargó de arrancar de cuajo las vías para evitar que el tren pudiese escapar. Esto, como puede figurarse el lector, sólo se lo cree Guevara y algún alucinado de la batalla de Santa Clara con alergia a la lógica.

La incredulidad no viene por desconfiar de la nunca demostrada capacidad militar del Guerrillero Heroico. Viene por el uso del raciocinio más elemental. Si 400 soldados armados hasta los dientes se amedrentan por unas decenas escasas de guerrilleros barbudos, pertrechados a lo sumo por unos cócteles molotov y mucho ardor guerrero, es que, o los soldados eran de plástico, o simplemente que no querían combatir. Como no consta en lugar alguno que las tropas de Batista en Santa Clara dispusiesen de maniqués al efecto, lo más sensato es inclinarse por la segunda de las opciones. En una frase. El temido ejército de Fulgencio Batista estaba haciendo dejación de sus obligaciones.

Sea como fuere, parece que la captura del Tren Blindado tiene más de leyenda que de realidad. Vayamos a otros testimonios diferentes al de Guevara. Uno de los combatientes en aquellos días era Eloy Gutiérrez Menoyo, revolucionario adscrito al Segundo Frente de Escambray. Gutiérrez Menoyo, que nunca se tragó la versión canónica, es decir, la guevarista, recordó más adelante que él mismo había parlamentado con el coronel Rossel, oficial batistiano a cuyo mando se encontraba el convoy. Gutiérrez Menoyo ofreció a Rossel clemencia a cambio del tren. Acto seguido, Ernesto Guevara se dirigió al hermano del coronel Rossel y, nadie sabe cómo, éste último convenció su hermano para que fuese el representante del Movimiento 26 de julio el beneficiario de la rendición.

¿Qué ofreció Guevara al atribulado cubano para que procediese tan presto a la entrega del tren? Nadie lo sabe. Gutiérrez Menoyo diría años más tarde que Guevara siempre lo ocultó. Y razones no le faltaban, pues hacerse con aquel tren cargado de armamento fue la llave que le permitió abrir definitivamente las puertas de la ciudad para su causa y, por ende, ganar la guerra.

La mayor parte de fuentes apuntan a que Guevara ofreció dinero al coronel Rossel para que entregase el tren, en concreto 350 000 dólares. Los castristas desorejados que hoy, aparte de comer y beber a diario, escriben biografías del Che, califican esta transacción de imposible, pues Guevara no tenía un céntimo ni nada de valor con lo que efectuar tan oneroso pago. Y es cierto, pero a medias, porque la batalla de Santa Clara tuvo lugar el 29 de diciembre de 1958. Exactamente tres días después el Che Guevara y su gente disponían ya del poder absoluto en Cuba. Y en este poder absoluto se incluye naturalmente el poder, también absoluto, sobre las arcas del estado. Guevara se limitó a hacer una simple promesa de pago que, conforme al cariz que habían tomado los acontecimientos, tenía visos de convertirse en realidad.

Para rematar el cuadro, el régimen que instauraron los revolucionarios de la sierra no fue precisamente una democracia con garantías para el ciudadano y controles sobre los que mandan, sino una dictadura férrea, de esas que no se llevan bien con las

buenas costumbres para con las cuentas públicas. Por lo que de abonarse la entrega del tren se haría con posterioridad, a modo de agradecimiento a un oficial de la dictadura. El hecho es que Rossel no terminó en la fortaleza de La Cabaña ante un pelotón de fusilamiento como el resto de los oficiales, sino en el exilio disfrutando de su bien ganado retiro. Que cada lector saque su propia conclusión.

La captura del tren reportó a los rebeldes no solo un fabuloso golpe psicológico, sino también una cantidad y calidad de pertrechos que les puso a la cabeza de todos los grupos opositores. En total 6 bazucas, 5 morteros, 14 ametralladoras, un cañón de 20 milímetros, 600 fusiles automáticos y un millón de balas. Un verdadero regalo de Navidad. Isidoro Calzada, aún extasiado por el botín 40 años después, habla incluso de que Ernesto se encargó personalmente de enviar un lanzagranadas anticarro a Camilo Cienfuegos, que se encontraba sitiando el cuartel de Yaguajay. Todo un detalle.

Con el tren en sus manos, los únicos puntos calientes de la ciudad que quedaban bajo control de la dictadura eran la comisaría de Policía y el cuartel Leoncio Vidal, sede del Regimiento número 3. El día 30 los hombres de Guevara rindieron la comisaría tras muchos esfuerzos, lo que viene a confirmar las dudas sobre la conquista exprés del Tren Blindado. No viene mal recordar que la comisaría la defendían el mismo número de efectivos que el tren, pero los primeros estaban bastante peor armados. El día 31 cayó el cuartel Leoncio Vidal. Custodiaban este último unos 1300 soldados, pero a mitad del sitio el Gobierno se vino abajo como un castillo de naipes.

Antes de que terminase la fiesta de Nochevieja de aquel año 1958 Fulgencio Batista se dirigió al aeropuerto acompañado por una pequeña comitiva de fieles y en un DC-4 abandonó el país. No es muy difícil ponerse en la piel de los soldados y la oficialidad del cuartel Leoncio Vidal el 1 de enero. Abandonados hasta por su propio Gobierno y con los revolucionarios a las puertas, el cuartel al final se rindió porque ya, a esas alturas, no tenían nada que defender.

La batalla de Santa Clara está impresa con letras de oro macizo en la historia de la Cuba revolucionaria y en la biografía de Ernesto que, desde ese momento, pasó a ser conocido como el Héroe de Santa Clara. Héroe sin más méritos que arrojar sobre una ciudad cuyos defensores dejaron esos días de trabajar refugiándose en los cuarteles. Curiosa noción de la heroicidad la que tiene la mitología revolucionaria.

En nuestros días, ya bien entrado el siglo XXI, la ciudad de Santa Clara es una ciudad donde llevan pasando hambre seis décadas, un templo a la causa de Fidel Castro y un mausoleo del ridículo a las hazañas bélicas de Ernesto Che Guevara. En 1986 se inauguró un conjunto, medio escultórico medio histórico que roza con lo kitsch en el que el protagonista es el famoso Tren Blindado. Cinco vagones del famoso convoy dispuestos de un modo artístico y trascendental. A uno de ellos los responsables del engendro le abrieron la puerta y situaron en su interior una pieza de artillería. ¡Cómo si el tren hubiese llegado en algún momento a defenderse!

Paseando por la ciudad, donde se pasa tanta penuria como en La Habana pero menos son los turistas que vienen a aplacarla, el viajero puede encontrar, ubicada en un recoleto parque, la excavadora que se encargó de levantar las vías por las que más tarde descarriló el tren. Toda la mística revolucionaria condensada en un armatoste de acero cuyo concurso en la victoria final parece más que dudoso. Surrealismo macabro, triunfalismo idiota y un pésimo gusto artístico. Eso es lo que ha dejado el castrismo como conmemoración de la batalla clave en su ascenso al poder. Absoluto, naturalmente.

Santa Clara, terminaría convirtiéndose con los años en la última morada terrenal para el Che. O al menos eso es lo que creen los cubanos porque hay dudas muy serias de que los restos que reposan en el Memorial Comandante Che Guevara sean los del guerrillero. Sobre esto volveremos más adelante porque en diciembre de 1958 lo último que podía imaginar el victorioso Ernesto es que alguna vez iba a morir.

Tras la fuga de Batista, en La Habana se constituyó un Gobierno provisional. La presidencia de la república quedó en manos del juez Carlos Manuel Piedra, el miembro decano del Tribunal Supremo de Justicia. Al frente del mando militar estaba el General Cantillo, que ordenó sin demasiado convencimiento a todas sus guarniciones resistir a los rebeldes, tanto en Santa Clara como en Santiago. Fidel se las prometía muy felices, pero la situación estaba lejos de ser como él la hubiese deseado. Entre su cuartel general de Palma Soriano, en las inmediaciones de Santiago, y La Habana se interponían algo más que los mil kilómetros que las separan.

Antes de irse Batista, en la misma pista del aeropuerto, dejó el Gobierno a un general que, poco antes, había llegado a un amistoso acuerdo con Castro. Tal era la motivación del Estado Mayor batistiano, que cuando se estaba disparando los primeros tiros en Santa Clara sus principales capítostes pactaban en secreto con el enemigo. Quien ignore este gran detalle ignora la naturaleza última del triunfo de la Revolución Cubana.

Fidel por ahí no podía pasar. El poder era suyo y de nadie más. Tenía a sus dos mejores comandantes destacados en Las Villas y Santiago de Cuba se encontraba virtualmente en sus manos. Cantillo poco podía ofrecer. Para el pueblo, que estaba entusiasmado con la figura de los revolucionarios, Cantillo era poco menos que la continuación de Batista. Pero el único enemigo de Castro y su insaciable sed de poder no era sólo el binomio Cantillo-Piedra. Los revolucionarios del Directorio y del Segundo Frente de Escambray seguían allí y se disponían a tomar La Habana en cuanto tuviesen oportunidad de hacerlo.

Antes de que se le anticipasen y le birlasen el pastel, dio orden desde Palma Soriano a Guevara y a Cienfuegos de avanzar sobre la capital. Las instrucciones eran estrictas. Camilo marcharía primero y ocuparía el cuartel de Columbia y la ciudad. Ernesto quedaría en un segundo plano y no haría entrada triunfal. Se dirigiría a la fortaleza de La Cabaña para esperar nuevas órdenes. Por si la cosa se ponía fea y sus

comandantes no conseguían hacerse con La Habana o llegaban tarde, Castro se ocupó personalmente de hacer de Santiago capital de la nación. Desconocemos aun la legitimidad con la que emitió el edicto de cambio de capitalidad, pero en aquellas primeras horas de 1959 todo estaba permitido. Por si no funcionaba lo del cambio de capital se permitió desde Radio Rebelde arengar al pueblo convocando una Huelga General. A la vista está que el líder no las tenía todas consigo en aquel histórico trance.

Ernesto obedeció escrupulosamente las órdenes y se dirigió junto a su victorioso embrión del ejército popular a tomar posesión de la fortaleza de La Cabaña. Los historiadores llevan casi medio siglo preguntándose porque Fidel envió a Guevara a La Cabaña, un puesto de segunda, mientras que a Camilo Cienfuegos, que era lugarteniente del Che y se encontraba más lejos de la capital, le encomendó la toma de Columbia y el paseo triunfal por La Habana. Es simple. Ernesto era argentino, es decir, extranjero y no era muy estético tomar la capital con un extranjero comandando las tropas. Aunque, en honor a la verdad, este detalle no le importó mucho cuando le ordenó saltar fusil en ristre sobre Santa Clara.

Lo más probable es que Castro ya tuviese en mente desde Palma Soriano la campaña de represión brutal e imprescindible para soldarse al poder. Para ello nadie mejor que el Che Guevara. Ernesto era resolutivo, gustaba de implicarse personalmente en todo y no le había temblado jamás el pulso a la hora de dictar una ejecución. En la sierra se había hecho famoso por su frialdad y determinación. Dogmático e intolerante, era ya a sus recién estrenados 30 años un fanático enfermizo de los que ponían el ideal por encima de cualquier otra consideración. Se sentía el faro de la revolución, la llama inextinguible de los ideales, el cruzado de la causa castrista. Sus conocimientos sobre marxismo-leninismo, su experiencia como combatiente en la sierra y la gloria en Santa Clara se le habían subido a la cabeza. Era el hombre indicado para inaugurar y protagonizar uno de los episodios más vergonzosos y criminales de la Historia de Cuba desde que el primer español puso el pie en sus playas.



# CAPÍTULO CUARTO

Aquí el que manda soy yo

No tengo casa, ni mujer, ni hijos, ni padres, ni hermanos; mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo.

## La matanza de La Cabaña

«¡Esto es digno de la Roma antigua!» dijo el comandante del ejército regular Jesús Sosa Blanco cuando ante una vociferante multitud de 18 000 personas con el pulgar hacia abajo confirmó su condena a muerte. Esa era la justicia social que traía bajo el brazo la revolución. Todos igualados sí, pero en el paredón. La represión que desató la llegada al poder de Fidel Castro y sus barbudos no tiene parangón con casi ninguna de las dictaduras que han poblado la violenta historia de las repúblicas hispanoamericanas. Los números de la barbarie castrista harían palidecer al más avezado de los progresistas europeos o norteamericanos. Quizá por eso procuran evitar hablar de ellos.

Nuestro hombre, ya formalmente investido con el título de Héroe de Santa Clara, no se situó al margen de la vendetta revolucionaria. La propició y se erigió en uno de sus verdugos más significados. La posición que le había adjudicado Castro al final de la contienda se lo ponía, además, en bandeja.

Fue el primero en llegar al matadero. De madrugada, a bordo de un Chevrolet de color verde y acompañado de su inseparable Aleida llegó Ernesto a la fortaleza de La Cabaña. Estaba agotado, con el brazo en cabestrillo y con la cabeza plagada de ideas confusas, fruto seguramente del modo en que se habían acelerado los acontecimientos en menos de un mes. Lo primero que hizo fue entrevistarse con el coronel que estaba al cargo de la fortaleza para recibir de sus manos el mando. Acto seguido se trasladó a la comandancia para fijar en ella su despacho y residencia.

La fortaleza de San Carlos de la Cabaña es una formidable ciudadela construida en el 1774 para defender La Habana de los continuos intentos ingleses por conquistar Cuba, la niña bonita de la corona española. Durante los siglos XIX y XX había albergado dependencias militares, tanto en tiempos de la colonia como tras la independencia. Con Batista se convirtió en el segundo cuartel militar por importancia tras el Regimiento de Columbia, que era el centro de operaciones de Camilo Cienfuegos.

La Cabaña era un lugar discreto, en La Habana pero a la vez fuera de ella, suficientemente alejado del bullicio de la capital y con las instalaciones adecuadas para celebrar juicios y efectuar ejecuciones. Los juicios terminarían siendo sumarios y las ejecuciones extremadamente sangrientas. Nadie escucharía ni los gritos, ni los lamentos, ni los disparos. De frente canal del entrada de la bahía servía como barrera acústica, de espaldas se abría el campo.

Nada más sentarse en su nuevo despacho, una estancia abuhardillada y decorada sucintamente con mobiliario de estilo castellano, lo primero que hizo fue llamar a la prensa para que nadie dudase del trascendental puesto que le había adjudicado la revolución. El guerrillero que no quería nada para sí, que sólo se preocupaba de los intereses del pueblo, siempre fue muy amigo de las cámaras de televisión, los

micrófonos de la radio y los objetivos de los periodistas gráficos. No es casual que la de Ernesto Guevara es quizá una de las caras más fotografiadas del siglo xx a pesar de que solo desempeñó dos cargos públicos de segunda fila en un pequeño país durante un breve periodo de 6 años.

En La Cabaña funcionaba, por orden expresa de Batista, el Buró de Represión de Actividades Comunistas. Lo regentaba un funcionario —según cuentan muy honrado—, llamado José Castaño. Fue de los primeros en caer. Y digo caer en sentido estricto. Los juicios se celebraban por las noches y, tras una rápida deliberación, se conducía a los detenidos al foso de la fortaleza. Allí, ante la resignada mirada de un capellán castrense, se los fusilaba atados a un palo de un metro y medio de altura. Todavía hoy, en ese mismo lugar de infamia, se conservan los agujeros en los muros de balas que nunca llegaron a su objetivo. Las noches en La Cabaña eran largas. A uno de sus lugartenientes, el abogado Miguel Ángel Duque Estrada, Guevara no olvidó remarcarle:

Hay que trabajar de noche [...] el hombre ofrece menos resistencia de noche que de día. En la calma nocturna la resistencia moral se debilita. Haz los interrogatorios de noche.

Si alguno de los letrados ponía algún inconveniente de tipo procesal Ernesto Guevara tenía claro cuál debía ser el procedimiento óptimo:

No hace falta hacer muchas averiguaciones para fusilar a uno. Lo que hay que saber es si es necesario fusilarlo. Nada más.

Los consejos jurídicos que el Comandante Guevara regaló al joven abogado cubano no se quedaron ahí:

Debe dársele al reo la posibilidad de hacer sus descargos antes de fusilarlo. Y esto quiere decir, entiéndeme bien, que debe siempre fusilarse al reo, sin importar cuáles hayan sido sus descargos. No hay que equivocarse en esto. Nuestra misión no consiste en dar garantías procesales a nadie, sino en hacer la revolución, y debemos empezar por las garantías procesales mismas.

Y, efectivamente, la misión de Guevara en La Cabaña no consistió en dar garantías, ni procesales ni de ningún tipo. Los interrogatorios eran pura burla y la tortura, de la que Guevara era consumado maestro desde sus tiempos en Sierra Maestra, formaba parte del recetario con el que el Comandante hacía la revolución a su manera. Para ablandar a los presos importó una vieja técnica que le había reportado jugosos réditos en la sierra, la de los fusilamientos simulados. Juzgaban al reo en un juicio falso, después, en plena madrugada, lo conducían al foso donde la sangre de los anteriores fusilamientos aun relucía a la luz de la luna. Cuando el reo se había encomendado a Dios, a la virgen María y al santo de su devoción, cuando el infortunado había perdido ya toda esperanza y contaba por segundos el tiempo que le quedaba de vida, el pelotón no disparaba. No cuesta demasiado imaginarse la desesperación y el sufrimiento psicológico del condenado. Con prácticas como esta el

llamado Tribunal Revolucionario de La Cabaña obtuvo inculpaciones voluntarias más propias de una banda de mafiosos sicilianos que de un tribunal militar.

Las ejecuciones eran diarias. Por el despacho de Guevara pasaban los expedientes uno a uno de las causas que se celebraban con rapidez en el improvisado juzgado de la Comandancia. Todas y cada una de ellas fueron firmadas sin el más leve titubeo. Todos eran culpables, todos merecían la muerte. Todos, absolutamente todos. A modo de recuerdo macabro, el actual Gobierno cubano, que es, con ligeras variaciones, el mismo que entonces, ha hecho de la fortaleza un museo dedicado al Che. Se conserva su despacho tal y como él lo dejó. Con una pequeña diferencia, los asesores artísticos de Fidel Castro colocaron una inmensa foto mural de Guevara fumándose un puro en la pared contigua a la mesa donde firmaba las sentencias de muerte. Infalible receta para dejar de fumar.

El abogado cubano José Vilasuso, posteriormente exiliado, contó años más tarde con detalle como vivió aquellos meses de ignominia formando parte del cuerpo instructor de expedientes. Sus memorias son concluyentes:

En enero de 1959 trabajé a las órdenes del conocido dirigente de la Comisión Depuradora, Columna Ciro Redondo, fortaleza de La Cabaña. Recién graduado de abogado y con el entusiasmo propio de quien ve a su generación subir al poder. Formé parte del cuerpo instructor de expediente por delitos cometidos durante el gobierno anterior, asesinatos, malversaciones, torturas, delaciones etc.

De acuerdo a la ley de la sierra, se juzgaban hechos sin consideración de principios jurídicos generales. El derecho de Habeas Corpus había sido suprimido. Las declaraciones del oficial investigador constituían pruebas irrefutables.

Guevara era visible con su boina negra, tabaco ladeado, rostro cantinflesco y brazo en cabestrillo. [...] su consigna era de dominio público. «No demoren las causas, esto es una revolución, no usen métodos legales burgueses, las pruebas son secundarias. Hay que proceder por convicción. Es una pandilla de criminales asesinos».

De lunes a sábado se fusilaban entre uno y siete prisioneros por jornada; fluctuando el número conforme a las protestas diplomáticas e internacionales. [...] Cada integrante del pelotón cobraba quince pesos por ejecución y era considerado combatiente. A los oficiales les correspondían veinticinco.

Los juicios de La Cabaña se prolongaron varios meses. Al final, y tras las continuas denuncias por parte de la prensa extranjera, Castro se vio impelido a tomar una determinación. El 21 de enero convocó a una multitud frente al Palacio Presidencial y allí, como un Nerón barbudo, sudado y delirante, pidió a la masa votar a mano alzada por la continuación de los juicios revolucionarios. Un millón de manos se levantaron vociferando un sí oceánico y criminal. Por aclamación, tal y como elegían a sus monarcas los antiguos godos después de haber dado pasaporte al rey

muerto.

En ese mismo discurso, Fidel llegó a comparar los procesos de La Cabaña con los juicios de Nuremberg. Cualquier parecido entre la dictadura de Batista y la barbarie nazi es, por descontado, casualidad. Un par de datos quizá ayuden al lector a efectuar la comparación por sí mismo. El Gobierno nacionalsocialista alemán liquidó sólo por el mero hecho de serlo a seis millones de judíos y provocó la mayor guerra que ha conocido la humanidad hasta la fecha. A la dictadura de Fulgencio Batista pueden achacársele, a lo sumo, 2000 víctimas en siete años de Gobierno, incluidas, naturalmente, las correspondientes a levantamientos armados como el del Cuartel de Moncada.

Muchas, sin duda, pero no comparables con las que provocó de manera directa y premeditada el régimen nazi. Tras la guerra mundial y la rendición de Alemania, los aliados celebraron un macro juicio en la ciudad bávara de Nuremberg en el que se depuraron las responsabilidades de los jefes nazis. Con todas las garantías que ofrecía entonces el derecho internacional se dictaron nueve penas de muerte, las correspondientes a Herman Goering, Wilhem Keitel, Ernst Kaltenbrunner, Alfred Rosenberg, Hans Frank, Fritz Sauckel, Alfred Jodl, Arthur Seyss-Inquart y Martin Bormann. Solo se ejecutaron ocho por la fuga de Bormann.

En la fortaleza de San Carlos de la Cabaña Ernesto Che Guevara, el estudiante de medicina argentino metido a comandante guerrillero, firmó impasible 1892 condenas a muerte. La nómina de las mismas sería tan dilatada que requeriría todo este capítulo para reproducirla completa. De cualquier modo se puede encontrar en Internet por si el lector quisiese consultarla.

La manera en la que algunos biógrafos del Che ven la matanza de La Cabaña es, cuando menos, asombrosa. Jorge Castañeda califica las ejecuciones como justas. Isidoro Calzada, en su habitual prosa épico-festiva, bautiza estos meses de oprobio, crimen y sinrazón como un duro periodo de justicia. Y tan duro. Desconozco si Calzada consideraba que las ejecuciones sumarias de Augusto Pinochet en el Estadio Nacional de Santiago de Chile sean otro de esos momentos estelares de la durísima justicia del pueblo. No lo creo.

Durante aquellos días de sangre, lamentos y balazos en la madrugada, Ernesto compaginaba las visitas al foso para ver con sus propios ojos los últimos estertores de los enemigos de la revolución con una agitada vida social en la capital. El 9 de enero llegaron a La Habana los padres del guerrillero. Hacía seis años que no los veía, pero la idea del reencuentro no vino de él. Camilo Cienfuegos, que estaba organizando la repatriación de algunos exiliados cubanos, reparó en el hecho de que a su amigo del alma le haría ilusión volver a ver a sus padres. Envió un avión a Buenos Aires y Ernesto se enteró de la visita de sus progenitores cuando éstos se encontraban aterrizando en Cuba. Fue a recogerlos al aeropuerto y se fundió en un sentido abrazo con Celia, su madre. Con Guevara Lynch parece que fue más tibio. Ya se sabe que madre no hay más que una.

Los pioneros de Caraguatay, los señoritos del barrio de San Isidro, se transfiguraron, sufrieron junto a su hijo una repentina conversión a la causa revolucionaria. Eso sí, desde el Havana Hilton y viviendo a cuerpo de rey. Una cosa no tiene, necesariamente, que quitar la otra. Guevara Lynch llegaría con los años a rentabilizar notablemente ser el padre del Che a través de entrevistas y algún que otro panfleto guevarológico. A la inesperada visita de sus padres le sucedió, muy cercana en el tiempo, la llegada a La Habana de su todavía esposa Hilda Gadea, que habíamos dejado en México compuesta, con hija y sin marido marchándose de vuelta a Lima. Como entre sus costumbres nunca figuró la de la poligamia, se hizo cargo de la situación y mantuvo una —es de suponer que acalorada— conversación con Hilda para explicarle que su corazón había tomado un nuevo rumbo.

Un nuevo rumbo junto a una mujer más joven, más guapa, blanca y de clase alta. El mazazo para la peruana debió ser importante porque al desengaño hubo que sumar la ingratitud. Hilda era la responsable de la ideologización de Guevara. Hasta que ambos se encontraron en Guatemala por la cabeza del argentino no pasaba ni la revolución, ni el «¿Qué hacer?» de Lenin, ni las expediciones a países exóticos buscando la liberación del género humano. La primera víctima de la revolución cubana no fue, como muchos dicen, Huber Matos, sino Hilda Gadea, que fue llegar a Cuba y llevarse un palo en la nuca.

Pero Ernesto no quería ser un mal ex y colocó a Hilda en la agencia Prensa Latina, una hechura castrista de agencia de noticias muy al uso de las nuevas tradiciones traídas desde la sierra. Quedó, además, al cuidado de la niña, de Hilda Beatriz, Hildita, de aquel bebé clavado a Mao Zedong que Ernesto no veía casi desde su nacimiento. Las relaciones de Hildita con su madrastra Aleida nunca fueron buenas. Las de Hilda y la nueva esposa fueron imposibles.

Hilda se las arreglaba para visitar a Ernesto con frecuencia y pasar largos ratos con él con la excusa de la niña. Aleida tomó nota y, como toda mujer celosa, puso fin de inmediato a las visitas. Ordenó que unos mandados llevasen a la niña hasta el despacho de Ernesto todos los días para que estuviese con su padre. Si, el despacho era el de La Cabaña, el mismo de las sentencias de muerte. Digna de ver sería la escena de Hildita jugando en el suelo mientras su padre se dedicaba a ratificar con su firma la carnicería que iba a celebrarse esa misma noche a la luz de la Luna.

Los problemas familiares no impidieron al guerrillero llevar una ajetreada agenda de compromisos un tercio políticos, un tercio culturales, un tercio para llenar su desmedido ego. El 13 de enero inauguró la academia militar-cultural. El día 14 el Colegio Médico Nacional de Cuba le declaró Médico Cubano Honorario. Por fin recibía un título, aunque fuese meramente honorífico. Muchos años después, en 2003, el Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana le concedió el título de Doctor Honoris Causa con carácter post mortem. Este último y el de 1959 son los únicos que sus admiradores pueden exhibir sin miedo a ser rebatidos. Para ambos no fue necesario examen alguno.

La salud de Guevara sin embargo, y a pesar de las toneladas de cariño y afecto que recibió en los dos primeros meses de 1959, se resintió gravemente. El estrés, las ejecuciones nocturnas en el foso de La Cabaña y las emociones por la llegada de sus padres y su hija se cobraron su previsible tributo. Ernesto cogió una grave infección en los pulmones fruto de su persistente asma, agravado por el tabaco, la actividad constante y el clima húmedo de la capital cubana.

Para reponerse, se tomó unos días en la localidad de Tarará, a pocos kilómetros de La Habana. Allí, junto a Aleida y bajo una estricta revisión médica, fue recuperándose. Como residencia eligió la casa de un antiguo jerarca de tiempos de la dictadura. Un magnífico chalet donde reparar sus baqueteados pulmones y empezar la labor intelectual que había aplazado por culpa de los fusilamientos.

La estancia en Tarará no sirvió sólo para que Guevara se repusiese de su afección pulmonar mientras reflexionaba sobre la brevedad de la vida. La villa que él y su casi esposa Aleida March tomaron por residencia se convirtió en un centro privilegiado de reuniones al más alto nivel. Fidel y Raúl Castro se dejaron caer por allí con relativa frecuencia. Camilo Cienfuegos, Efigenio Amejeiras, Ramiro Valdez y otros grandes demócratas cubanos visitaron también al Che en su forzada convalecencia. El mayor legado que aquellas reuniones en Tarará ha dejado para la historia de Cuba fue la organización de la policía secreta, es decir, de la policía política, que sigue atormentando a los cubanos medio siglo después.

En principio se le denominó «Departamento de Información e Investigaciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias», pero como era largo y poco reconocible en 1961 se abrevió en el más conciso «Departamento de Seguridad del Estado», cuya sola mención hiela la sangre en las venas a cualquier cubano. El nombre lo tomaron prestado de la República Democrática Alemana, que tenía un organismo con rango de ministerio llamado «Staatssicherheit», más conocido por su contracción Stasi.

Un régimen como el que estaban instaurando sólo podría mantenerse en el futuro gracias a mano dura y buenos informes. En esto a Guevara hay que reconocerle una gran capacidad de previsión. Para el grato pero sacrificado oficio de defender la revolución Raúl Castro pasó a hacerse cargo del Ejército, Valdez, antiguo militante comunista del PSP, fue nombrado responsable del G-2 y Amejeiras de la policía. En un Estado totalitario como el que estaban fundando lo suyo era abarcar todas las instituciones represivas con la idea de convencer al adversario de que era inútil rebelarse contra la Revolución.

Desde Tarará entre un ataque de asma y otro Ernesto también encontró tiempo para interesarse por la revolución mundial. O al menos por las intentonas revolucionarias en países culturalmente afines a Cuba. En la primavera de 1959 una centena escasa de guerrilleros panameños organizó un golpe desde Cuba para implantar una revolución a la cubana en su patria natal. Naturalmente fracasó. Un par de meses más tarde doscientos y pico dominicanos capitaneados por un antiguo combatiente de Sierra Maestra hicieron lo propio para derrocar a Leónidas Trujillo.

La cosa volvió a torcerse y el contingente expedicionario terminó fusilado. El autócrata dominicano no se andaba con chiquitas y ordenó a su ejército que pasase a todos por las armas.

La Habana, y su sucursal intelectual en Tarará, se habían convertido en pocos meses en un auténtico laboratorio de guerrillas e insurrecciones. El escritor haitiano René Depestre se dejó caer también por la ciudad de los milagros para solicitar ayuda. Ernesto lo recibió al poco en su fortaleza de La Cabaña para analizar las posibilidades de éxito de una invasión a Haití. Guevara, que desconocía por completo Haití y a los haitianos, se convenció de que era posible acabar con la dictadura de François Duvalier y sustituirla por un Gobierno afín a La Habana. El régimen duvalierista era una dictadura nueva, casi tanto como la de Castro. En octubre de 1957 Duvalier ganó unas más que dudosas elecciones, a partir de ahí, Papa Doc, tal y como era conocido en la isla, instituyó una férrea dictadura valiéndose de una sanguinaria milicia informal, los «Tonton-Macoutes», que no escatimaban violencia con los opositores.

El plan de Guevara consistía en entrenar a los haitianos en Cuba y hacer coincidir la invasión de Haití con la de la República Dominicana. Ambos países comparten isla, La Española, que, además, es la segunda por tamaño del Caribe después de Cuba, de la que le separa un estrecho canal marino de solo 80 kilómetros. De manera que la segunda fracasó estrepitosamente no se plantearon desde La Habana llevar a cabo la primera. Los planes en la isla de La Española no habían salido tal y como Ernesto había previsto. Pero esto no fue óbice para que el guerrillero heroico siguiese en sus trece de exportar la gloriosa revolución cubana más allá de sus fronteras. A principios de junio un grupo de guerrilleros cubanos aterrizaron en Nicaragua. El ejército se ocupó de repeler la invasión y hacer que los revolucionarios volviesen por donde habían venido. A toda prisa la tropa patrocinada desde La Habana cruzó la frontera hondureña, pero allí les estaban esperando los militares. Ejecutaron a una parte de los expedicionarios liquidando de un plumazo foco guerrillero.

Esta cadena de fracasos no hicieron la más mínima mella en la moral de Guevara que, inasequible al desaliento, fue ordenando sus ideas para reflexionar y componer la que quizá sea su obra más leída, releída y consultada; el manualillo del guerrillero «La Guerra de Guerrillas». Ernesto estaba convencido de que la experiencia cubana era exportable a otros países y otras latitudes con garantías plenas de éxito. Los sucesivos chascos de la primera mitad de 1959 no le inclinaron sin embargo a pensar lo contrario. En el primer capítulo de esta Biblia del revolucionario afirma con vehemencia:

1. La fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
2. No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.
3. En la América subdesarrollada el terreno de lucha armada debe ser



fundamentalmente el campo.

Ernesto Guevara ignoraba algunos hechos capitales que habían coadyuvado al triunfo rebelde en Cuba. Las fuerzas populares efectivamente pueden ganar una guerra contra el ejército, pero solo cuando éste último no tenga intención de combatir y se refugie en los cuarteles. Las condiciones para la revolución no deja claras cuáles son, sin embargo presume que una cuadrilla de guerrilleros puede crearlas a su antojo. Y, por último, el terreno de la lucha será el campo, pero si en las ciudades no hay un caldo de cultivo propicio ésta no sirve absolutamente para nada.

El Movimiento 26 de julio no sólo consistía, como más adelante ha intentado hacer creer Fidel Castro, en unos guerrilleros brincando entre los riscos de Sierra Maestra. La trama civil del movimiento en Santiago, en La Habana o en Santa Clara era tanto o más importante que las esporádicas acciones armadas de los guerrilleros. La sociedad cubana por añadidura estaba muy sensibilizada en contra de Batista y menudeaban los grupos de oposición que combatían, cada uno a su modo, a la desprestigiada dictadura.

En Tarará, en aquellas discusiones informales entre los prohombres del nuevo régimen, se trató con detenimiento el espinoso asunto de la reforma agraria. La traída y llevada reforma consistía a grandes rasgos en expropiar forzosamente a los legítimos propietarios de la tierra, para luego distribuirla conforme al esquema que diseñase un señor en un ministerio.

En Cuba desde tiempos de la colonia existía el latifundio. Quizá fuese una herencia de los más de cuatro siglos de presencia española o quizá se debiese al hecho que el cultivo principal, el azúcar, exige grandes plantaciones para ser rentable. Sea como fuere, lo que parece indudable es que a Ernesto, Fidel y los triunfadores de Santa Clara esta situación les parecía muy injusta. Los moderados pedían una reforma ligera encaminada a acabar con el latifundio y poner en manos de los pequeños agricultores —previo pago— las parcelas de tierra. Éstos se organizarían más adelante en cooperativas para dar salida a la producción.

Los planes de Ernesto y del ala dura del incipiente castrismo iban más allá. La tierra, como todo en la nueva Cuba, pertenecía al Estado. La Ley de Reforma Agraria que se aprobó en mayo de 1959 se pergeñó en su casa. Para gestionarla se creó un organismo: el INRA o Instituto Nacional para la Reforma Agraria. Presidirlo era la ilusión de Ernesto pero Fidel prefirió asumir él mismo la presidencia.

La Reforma Agraria trajo aparejada una crisis política sin precedentes. El triunfo revolucionario de los primeros días de enero no fue, como se ha contado después, una victoria avasalladora de Castro y sus muchachos. Fidel tuvo que echar mano de parte de la antigua oposición a Batista. Como presidente de la República Castro había nombrado a un juez, a Manuel Urrutia Lleó, un hombre de talante moderado y perfecto para enmascarar las verdaderas intenciones del Comandante en Jefe. Junto a Urrutia en los primeros gabinetes ministeriales varios fueron los reformistas que

ocuparon carteras de relevancia.

La presidencia del gobierno cayó, por ejemplo, en José Miró Cardona, un eminente catedrático de Derecho de la Universidad de La Habana que se había significado como opositor a Batista. Miró Cardona duró muy poco tiempo. En febrero dimitió tras promulgar Castro la Ley Fundamental en sustitución de la Constitución de 1940. Fue relegado temporalmente como embajador en Madrid para evitar que hiciese ruido. Más tarde eligió el exilio. Moriría en Puerto Rico quince años más tarde.

Tras la aprobación de la Reforma Agraria y el giro radical del verano de 1959 Urrutia renunció a su cargo y se refugió en la embajada de Venezuela. Meses más tarde otros políticos de primera fila irían rompiendo con la deriva comunista que adquiriría el nuevo régimen. Poco después, Rufo López Fresquet, el que fuera ministro de economía desde enero de 1959, marchó al exilio en Estados Unidos. En 1960, año y pico después de la entrada de los barbudos en La Habana, se produjo la primera oleada de emigración masiva. Unos 50 000 cubanos, pertenecientes en su mayoría a la burguesía liberal de la isla, partieron al destierro. Este fue el germen de la numerosa colonia cubana en Miami de nuestros días.

## De profesión viajante

Ernesto sin embargo no tendría oportunidad de vivir en persona el revuelto verano de 1959. Simplemente molestaba. Un personaje como Guevara no podía más que incordiar en los designios que Fidel había trazado para el inmediato futuro de Cuba. Coincidiendo con aquellas reuniones incendiarias en Tarará y con la fundación de los instrumentos represivos del Estado, Fidel Castro programó un viaje por los Estados Unidos para tranquilizar a la opinión pública del gigante del norte. Entre el quince y el veintiséis de abril realizó una tournée por varias ciudades afirmando entre otras cosas que:

He dicho de forma clara y definitiva que no somos comunistas. [...] Las puertas siguen abiertas a las inversiones privadas que contribuyan al desarrollo industrial de Cuba. [...] El progreso sería totalmente imposible para nosotros si no nos entendemos con Estados Unidos.

Es difícil concentrar tanta mentira en tan pocas palabras. Porque no eran comunistas pero avanzaban con presteza hacia el comunismo. Porque consideraban que el mejor modo de atraer inversión extranjera era expropiar a los inversores. Y porque la mejor manera de entenderse con un vecino es situar plataformas de lanzamiento de misiles nucleares a noventa millas de sus costas. Muchos norteamericanos a pesar de todo creyeron al líder revolucionario.

El día dos de junio Ernesto se casó finalmente con Aleida. Previamente, una semana antes, se había ocupado de obtener el divorcio de Hilda Gadea. La boda se

celebró en la casa de uno de los escoltas del Che. Después celebraron un banquete en la comandancia de la fortaleza de La Cabaña. Fidel, como había hecho en su anterior enlace en México, no asistió. A cambio contó con la inestimable presencia de su amigo Camilo Cienfuegos, de Raúl Castro y su inseparable Vilma Espín, de Efigenio Amejeiras y de Herman Mark, el matarife que daba el tiro de gracia a los ejecutados en el foso de la fortaleza.

Aleida se vistió de riguroso blanco que contrastaba con el gallardo verde olivo del uniforme de su esposo. El día de su boda el uniforme estaba limpio y planchado. Es de suponer que su propietario también pasaría por la bañera. Todo un detalle para la atribulada novia que, además, se quedó sin luna de miel. Una de las leyendas sobre el Che que más se ajusta a la realidad es su poco aprecio por la higiene. Acostumbraba a ir siempre desaliñado y sucio. Esto, que en la Sierra tenía una explicación, se mantuvo durante toda su vida pública y nunca renegó de ello. El pelo descuidado, el uniforme lleno de manchas y la camisa abierta hasta el esternón forman parte de la iconografía inmortal del Che. Pero recuerde un detalle importante: las fotos no huelen.

Tras la boda Ernesto fue percatándose de que en la Revolución no había sitio para él. Su radicalismo comunista no casaba bien con la apariencia que Fidel quería dar en el extranjero. La prensa internacional estaba cada vez más indignada con los juicios sumarios y los fusilamientos del argentino en La Cabaña. No era buena publicidad y, además, tal y como pintaban las cosas no era muy apropiado mantener un halcón de la ortodoxia marxista cerca de las esferas del poder.

El día cinco de junio Castro decidió que Ernesto realizase un gran viaje por el tercer mundo para difundir un mensaje de concordia desde La Habana. Isidoro Calzada en su meliflua prosa de adulador califica este viaje como «Delegación de Buena Voluntad». Me pregunto si en la historia de la diplomacia se ha dado alguna vez una delegación de mala voluntad o de voluntad aviesa y retorcida.

Con buena o con mala voluntad, tanto da, lo que Guevara hizo durante tres largos meses fue darse unas vacaciones por todo lo alto a cargo del erario cubano. No ostentaba cargo oficial alguno ni representaba una misión comercial, ni pretendía abrir negociaciones de ningún tipo. El viaje de Ernesto por África y Asia en el verano de 1959 fue una formidable manera de mantener al guerrillero alejado de Cuba en el momento fundador del castrismo tal y como lo conocemos hoy día.

Salió de La Habana el doce de junio con destino a Madrid. La España de Franco no tenía motivo alguno para recibir con honores a un ilustre comunista como el Che Guevara, sin embargo el Generalísimo envió al ministro de Exteriores, Fernando María Castiella, a dar la bienvenida al cubano-argentino al aeropuerto de Barajas. Parte de la infancia de Ernesto se había alimentado con la mitología de la guerra civil y no es difícil suponer que en esta su primera visita a la tierra de sus antepasados reflexionase sobre la tragedia española. No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que no hizo declaración alguna al respecto. Se tomó algunas fotografías en la capital

española, entre ellas una en la Ciudad Universitaria con el Arco del Triunfo al fondo. Bien podría haber elegido cualquier otro arco de la capital de España, pero no, escogió justamente ese, el más reciente de todos, levantado por Franco para celebrar su victoria en la Guerra Civil. El recorrido madrileño lo completó de noche en un tablao flamenco y de día en una corrida de toros como los turistas norteamericanos de todos los tiempos.

En Madrid empezó su viaje. Desde Barajas voló a El Cairo. Allí, aparte de hacer turismo por las pirámides de Guiza, se reunió con Gamal Abdel Nasser. El mandatario egipcio lo recibió por todo lo alto. La prensa cubana, sin embargo, ignoró el acontecimiento. Aprovechó la estancia en el país del Nilo para encontrarse también con Anwar El Sadat y se preocupó de conocer el alcance de las reformas de los dirigentes nacionalistas egipcios.

El propio Nasser recuerda en sus memorias que Guevara le preguntó cuánta gente había abandonado el país a raíz de su llegada al poder. Nasser respondió que muy poca, apenas unos cuantos egipcios de ascendencia europea afectados por las nacionalizaciones. Esto a Ernesto en lugar de tranquilizarle y hacerle ver que la revolución era compatible con la paz social le pareció sorprendente. A su juicio las revoluciones tenían que medirse por la cantidad de gente que no cabía en la nueva sociedad.

Peculiar modo de ver el mundo el de Guevara. En su miopía totalitaria Ernesto no entendió nunca que todos los seres humanos nacemos iguales. Como los nazis con la raza, Guevara veía en la clase social, o peor aun, en las ideas políticas un elemento que distinguía a los que debían sobrevivir y a los que no. Por fortuna Nasser no hizo mucho caso de los desvaríos del Che y le quitó importancia a la conversación.

De El Cairo la comitiva cubana se dirigió a la India. A su llegada le sucedieron casi dos semanas dedicadas en exclusiva al turismo. La belleza del Taj Mahal, la antigua opulencia de la ciudad de Agra, el esplendor colonial de Bombay... Al final Jawaharlal Nehru se dignó a recibir al insigne representante de la revolución cubana. Resultados prácticos: ninguno. La visita de Guevara a la India pasó también desapercibida para los rotativos cubanos.

De la India los expedicionarios de «Buena Voluntad» volaron hasta Japón. A finales de los años cincuenta el Imperio del Sol Naciente estaba experimentando un crecimiento económico formidable. Las manufacturas niponas orientadas a la exportación conquistaban entonces los mercados occidentales. El nivel de vida de los japoneses subía cada año y poco a poco la economía japonesa iba situándose en el lugar de privilegio que ocupa hoy en día. A los infortunados nipones, que habían salido de la guerra mundial envueltos en la penuria y el oprobio, no les hizo falta una revolución socialista para salir de pobres. Su éxito radicaba en una democracia liberal estable, instituciones estables, mercados abiertos, un marco legal que garantizase los contratos y cierto afán de superación. Así de sencillo.

Por desgracia Ernesto Guevara no aprendió del ejemplo japonés. Muy al

contrario, insistió que el futuro de Cuba pasaba inexorablemente por la industrialización a machamartillo. No se apercibió de que en Japón la Honda, la Mitsubishi o la Toshiba eran empresas de capital privado que sobrevivían en los vericuetos del mercado global. Pensó que la firme determinación por parte de un ministerio bastaba para convertir a un país azucarero en una potencia siderúrgica. Cuba está todavía hoy lo está pagando.

El viaje a Japón consistió en añadir más fotos a su ya abultado álbum. Desde Tokio voló a Yakarta, capital de Indonesia. En 1959 Indonesia era un país recién nacido. La dirigía con mano de hierro Ahmed Sukarno, un tipo carismático y autoritario que había sido el artífice de su independencia diez años antes. Ernesto se quedó fascinado con Sukarno. En los albores de la década de 1960 Sukarno se encontraba en la cúspide de su gloria. Era junto con Nasser el mandatario tercermundista más famoso del planeta. Condujo al país al desastre a través de una infinidad de lemas contradictorios y encaminados a mantener la fidelidad de la masa. El historiador Paul Johnson lo definió de un modo magistral:

... (Sukarno) carecía de habilidades administrativas, pero tenía el don de la palabra. Cuando afrontaba un problema, lo resolvía con una frase. Después, convertía la frase en un acrónimo, y las multitudes de analfabetos bien ejercitados lo entonaban.

Para Guevara sin embargo, que lo conoció personalmente, todo lo que el líder indonesio le sugirió fue un sorprendente y bendito parecido a Fidel Castro.

¿No será Fidel Castro un hombre de carne y hueso, un Sukarno, un Nehru, un Nasser?

La caída de Sukarno se saldó con casi medio millón de muertos en el golpe de Suharto de 1965. Nasser dejó a Egipto sumido en la miseria tras tres lustros de socialismo árabe. No podía comparar Guevara a su admirado Castro con estadistas de la talla del británico Churchill o el alemán Adenauer, nada de eso, Fidel tenía que parecerse a los déspotas demagogos y populistas que sucedieron a la descolonización. Faltaría más.

Tras la tonificante experiencia en Yakarta la comitiva se desplazó hasta Colombo, capital de Ceilán, hoy Sri Lanka. Más turismo y en la prensa cubana ni un breve comentario. Desde allí a Karachi y más de lo mismo. Mucho calor, algún ataque de asma y curiosidad por todo lo que se ponía ante sus ojos. En la capital de Pakistán dio por concluido su periplo asiático y puso rumbo hacia Europa. En Belgrado se encontró con Josip Broz Tito, el dirigente yugoslavo que había inaugurado un socialismo muy personalista en los Balcanes. La herencia de Tito, que no deja de tener su mérito, fue dinamitada años después de su muerte en una sangrienta contienda que enfrentó a todos contra todos. A Guevara Tito se le antojó como una figura capital y un genuino benefactor de la humanidad. De Belgrado, donde su presencia volvió a pasar inadvertida para el cubano de a pie, el Che y sus voluntariosos compañeros de viaje pasaron a Marruecos, de ahí a España de nuevo y

desde la tierra de Cervantes de vuelta a Cuba. Era ocho de septiembre de 1959 y Cuba se encontraba a las puertas de la verdadera revolución.

Los días posteriores a la llegada los dedicó a reencontrarse con los suyos, especialmente con Aleida, que se había quedado en Cuba mientras su marido hacía turismo por medio mundo. Lo normal hubiera sido que su esposa, y más estando recién casados, hubiese formado parte de la delegación pero Ernesto se negó. A pesar de que no se iba a tratar ningún tema de importancia en el viaje y que éste iba a tener una duración considerable prefirió dejar a su joven y guapa esposa en La Habana. Se desconoce si por puro ascetismo espiritual, si por librarse una temporada de ella o simplemente porque consideraba que era su deber. En una carta a su madre escrita en un avión de Air India durante su estancia en aquel país le confesó:

Además, sin Aleida a quien no pude traer por un complicado esquema mental de esos que tengo yo.

Lo que no se prestaba a complicados esquemas mentales era su deber histórico que ya en 1959 tenía meridianamente claro:

No tengo casa, ni mujer, ni hijos, ni padres, ni hermanos; mis amigos son amigos mientras piensen políticamente como yo.

Esta es una de las sentencias estelares del guerrillero heroico. Sus amigos eran sus amigos si estaban de acuerdo con él. Impagable afirmación manuscrita de uno de los iconos imperecederos de la tolerancia, el diálogo y el entendimiento entre los seres humanos. Si muchos de los que hoy se confiesan admiradores del Che Guevara leyesen sus escritos en lugar de mirar embobados la foto de Korda se llevarían más de una sorpresa inesperada.

## **El Banco Nacional de Cuba**

Entre las ejecuciones de la Cabaña, el productivo reposo en Tarará y la improductiva vuelta al mundo al Che se le fue el año 1959. La revolución que había traído no se acordaba de él para lo importante, para mandar y disponer, que era lo que Guevara quería hacer desde que se embarcase en el Granma tres años antes.

Pero dios, es decir, Fidel, aprieta pero no ahoga. El cargo público que se había mostrado tan esquivo en los meses anteriores por fin llegó. El veintiséis de noviembre le llegó el nombramiento como presidente del Banco Nacional de Cuba. A cualquier persona en sus cabales la presidencia de un banco central se le antoja como un cargo aburrido, puramente técnico y destinado a un especialista en la materia. Pues bien, en la naciente revolución cubana todo era distinto. En el socialismo bullanguero y tropical que auspiciaba Fidel Castro todo tenía cabida. Los conocimientos financieros de Ernesto eran nulos, su preparación económica escasa, y el interés que había

demostrado en el pasado por la política monetaria iba a la par con sus nociones de finanzas.

Hay una anécdota muy instructiva al hilo de su nombramiento. Cuentan que, en una reunión informal con sus incondicionales, Fidel se dirigió a ellos preguntando quién era economista. Guevara levantó la mano y le adjudicaron el Banco Nacional. Más tarde el Che reconoció que había entendido mal la pregunta, que tomó lo de economista por comunista, y claro, él sí que era comunista. Esta anécdota es apócrifa y forma parte del acervo mítico de la revolución cubana, pero no por ello deja de tener su gracia.

Ernesto Guevara recibió tan importante cargo por la simple y llana razón de que Castro no tenía otro a quien endilgárselo. La tarea para la que Fidel se preparaba requería de un indocumentado al frente del banco emisor, de la fábrica de pesos, y nadie mejor que Guevara que, si bien era un analfabeto en materia económica, servía con lealtad perruna al líder máximo. Realmente, del triunvirato revolucionario cuajado a la sombra de Fidel —el Che, Camilo Cienfuegos y Raúl Castro— sólo el primero podía hacerse cargo del banco central. Camilo murió en un accidente de aviación del que hablaré más adelante y Raúl se había quedado con el ejército. Ernesto, aunque parezca mentira, era de los pocos en quien Fidel podía confiar. Además, recluido en una empresa tan poco propicia al brillo político, se quitaba un rival de en medio. Despojados de cargos militares y alejados de las armas y los cuarteles los ímpetus del argentino quedaban más que neutralizados.

Como presidente del Banco Nacional Ernesto pasará año y pico. Sus hábitos como presidente de la institución seguían este patrón. Llegaba a su despacho pasadas las doce de la mañana, vestido de verde olivo con botas de campaña y la camisa bien abierta para dar testimonio de su arrebatadora masculinidad. Trabajaba hasta entrada la madrugada. Bueno, trabajaba es un decir, echaba horas en el despacho. Allí solía reunirse con amigos y colaboradores para debatir sobre infinidad de temas. Según muchos de sus biógrafos acostumbraba a poner los pies en la mesa en presencia de invitados y, si una visita no le caía muy bien, la hacía esperar una eternidad para demostrar quien era el que mandaba allí. Prolongación por otra parte del que mandaba en Cuba, que también iba ataviado de verde olivo.

Un símbolo de aquella época al frente del banco son los pesos firmados por Ernesto Guevara como Presidente de la entidad. Los firmaba como Che lo que ocasionó no pocas quejas entre lo más sensato de la sociedad cubana. Algo así como si el gobernador del Banco Central Europeo, el italiano Mario Draghi, firmase los billetes de euro con su apodo que, desconozco cuál es, pero bien podría ser Mariotto. Y ante ello todos los ciudadanos de la Unión Europea aplaudiésemos enfervorizados el extravío. Payasadas de semejante pelaje han pasado a la historia como irreverencias de eterno universitario. De eterno universitario tonto y poco respetuoso se entiende.

Al frente del Banco emisor cubano Ernesto no hizo mucho pero lo que hizo lo

hizo mal. Una de sus primeras decisiones al frente de la institución fue bajar los sueldos a toda la plantilla. Tal decisión ocasionó que una parte considerable de los empleados decidiesen marcharse. A Ernesto le dio igual, a su subdirector le aseguró que los sustituiría por cortadores de caña o estibadores del puerto de La Habana. Ignorancia rayana con la locura. El que fue subdirector del Banco, Ernesto Betancourt aseguró al autor a través de correo electrónico desde el exilio que:

Encontré en el Ché una ignorancia absoluta de los principios más elementales de economía, combinado con una autosuficiencia increíble.

Betancourt compartió oficina con Ernesto Guevara apenas unas semanas, las justas antes de su renuncia a causa del caso de Huber Matos. Pero fue tiempo suficiente para hacerse una idea de quien era el barbudo desaliñado que ocupaba el primer despacho del banco. Puede pensarse que Betancourt era un antiguo funcionario de Batista que había sobrevivido al cambio de régimen, nada de eso. Ernesto Betancourt fue el representante del Movimiento 26 de julio en Washington DC. Con la caída de Batista regresó a Cuba y estuvo a cargo del control de cambios, del Fondo de Estabilización de la Moneda y del Banco de Comercio Exterior, que era una entidad subsidiaria del Banco Nacional. Todo un probo funcionario de la Cuba inmediatamente posterior al fin de la dictadura.

La experiencia de Betancourt junto a Guevara en el Banco Nacional es significativa de lo que supuso para la Institución el paso del feliz guerrillero de Sierra Maestra. En cierta ocasión trataban entre los directivos la conveniencia de designar a un ingeniero para revisar una obras, a los ruegos de Betancourt el Che respondió airado:

... demoramos dos horas en una sesión del directorio en la que el Ché se oponía a la designación de un ingeniero para inspeccionar obras financiadas por el BANDES, un banco de desarrollo dependiente del Banco Nacional, con el argumento de que era un desperdicio de talento que un ingeniero tuviera que revisar la labor de otro. Si el ingeniero que hizo la obra es un buen revolucionario, decía, nadie tiene que revisar lo que haya hecho. Traté de explicarle que aún en la URSS había comisiones de control y que, dada la naturaleza humana, esa era una función esencial en toda labor administrativa, pero su ignorancia de lo más elemental de cómo funcionan las cosas en el mundo real, acompañado de su arrogancia intelectual, hacían imposible el diálogo.

Esa era la idea del Che de lo que debía ser un buen profesional. Si un ingeniero, un arquitecto o un biólogo no eran buenos revolucionarios no valían de nada sus cualidades y sus aptitudes. Es decir que no solo no cultivaba la amistad de quien no pensase como él, sino que todo el que, a su juicio, no fuese buen revolucionario no cumplía el requisito básico para desempeñar su profesión. Pero el colmo de la ineptitud y la incompetencia al frente de sus obligaciones como presidente del Banco Nacional vino en un asunto relacionado con el Fondo Monetario Internacional. Dejemos que Betancourt, protagonista del acontecimiento, nos lo cuente:

Mi oficina estaba a dos puertas de la del Che. Me recibió prontamente, con los melendos de su escolta con metralletas en la parte de atrás de la oficina, como era su costumbre, y procedí a explicarle el motivo de



mi indagación. Me escuchó atento, como siempre hacía, y cuando terminé mi explicación me dijo que las instrucciones eran votar negativo para «demostrar nuestro repudio a ese instrumento del imperialismo que nada había hecho por Cuba». Además, me dijo que Cuba se iba a retirar del FMI. Cuando le aclaré que teníamos un préstamo del FMI de 25 millones de dólares que habría que pagar en ese caso y que nuestras reservas estaban muy bajas, se sorprendió. Después de algunas aclaraciones llegó a la conclusión de que había confundido al FMI con el Banco Mundial, entidad que nunca había hecho préstamos a Cuba. Pero eso no lo detuvo en lo más mínimo, me dijo: «Bueno, en todo caso, nosotros vamos a romper con todos estos órganos del imperialismo porque vamos a vincularnos a la Unión Soviética, que está veinticinco años por delante de los Estados Unidos en tecnología». Ante semejante estupidez, decidí era inútil seguir argumentando.

Un presidente de un Banco Nacional que confundía el Fondo Monetario Internacional con el Banco Mundial. Pero, a pesar de ello, quizá porque la ignorancia es muy atrevida, consideraba a ambos órganos del imperialismo con los que Cuba tenía que romper de una vez. Lo de Guevara al frente de tan importante institución era impresentable, pero nadie podía permitirse el lujo de rechistar. Los que sabían algo, los cuerdos en aquella casa de locos, fueron marchándose; primero por la absurda e injustificada bajada de sueldos, y después por el giro soviético que iría dando el régimen de Castro a lo largo de 1960 y 1961.

Para cubrir los puestos vacantes se rodeó de un grupo de economistas chilenos y argentinos de tendencia marxista. Uno de ellos, Néstor Lavergne, aseguró no hace mucho que Ernesto se preocupó durante los meses al frente del Banco Nacional de seguir un curso de economía. El curso consistió esencialmente en el estudio a conciencia de «El Capital» de Karl Marx. Finanzas, ¿para qué?, Pensaría nuestro Ernesto embutido en el segundo y pesadísimo tomo de la obra cumbre del padre del socialismo.

Marx en su faceta de economista nunca llegó a entender la naturaleza del dinero ni de los mercados financieros. Una lástima que Ernesto Guevara de la Serna desperdiciase su preciadísimo tiempo con ese océano de letras que es «El Capital» teniendo a mano obras que le hubiesen venido que ni al pelo. Con que hubiese dedicado un par de horas al día durante una semana a los austriacos Eugen Böhm Bawerk y Ludwig von Mises la revolución cubana hubiera adquirido un sesgo radicalmente distinto. Al menos en lo económico.

El tedioso trabajo bancario dejaba tiempo a Guevara para dedicarse a otras labores más edificantes para su espíritu de guerrillero combativo. Durante todo el año de 1960 batió el récord cubano en conferencias, artículos en la revista Verde Olivo y recepción de títulos honorarios. Entre el 24 de marzo y el 24 de junio de aquel año firmó la nada despreciable cifra de trece artículos en profundidad para su publicación preferida. A uno por número. Muchos de esos artículos pueblan hoy las librerías de medio mundo esperando ser descubiertos por los nuevos lectores que se acercan a la figura del comandante victorioso.

Guevara hablaba sobre cualquier cosa, opinaba acerca de los temas más peregrinos, pontificaba desde su verde olivácea tribuna con desenvoltura y arrojo. Entre las perlas de su producción periodística encontramos algunas que no tienen desperdicio, como la sentida elegía que dedicó a su amigo El Patojo, aquel con el que

había ejercido de fotógrafo informal en México DF años antes. En otro, publicado en febrero de 1961, repasaba la guerra de liberación y arremetía con saña contra sus antiguos compañeros del Segundo Frente de Escambray. De los que se habían tenido que marchar de Cuba decía textualmente:

Nuestra conciencia se ha limpiado porque se han ido todos juntos, los que Dios hizo, hacia Miami. Muchas gracias «comevacas» del Segundo Frente.

Pinitos literarios al margen, lo que debió por aquellas fechas afectar de un modo determinante a Ernesto fue el inesperado fallecimiento de su amigo Camilo Cienfuegos. Tal y como vimos páginas atrás, Fidel aprovechó el verano de 1959 para ajustar cuentas dentro de la isla e ir configurando su régimen en torno a un personalismo atroz. Ernesto había permanecido durante todo ese tiempo de viaje por el mundo y poca o ninguna fue su influencia sobre aquel verano tan revuelto.

La dimisión del presidente Urrutia y la entrada en vigor de la Reforma Agraria trajeron negros nubarrones sobre el país que no tardaron en descargar una tormenta política de dimensiones bíblicas. Huber Matos, un significado dirigente de la lucha contra Batista, se había negado a aceptar las expropiaciones forzosas que preveía el nuevo texto legal para el agro cubano. Matos tampoco aceptaba la cada vez más preponderante estela de Raúl Castro, que extendía ya sus tentáculos por las Fuerzas Armadas. De todos era conocida la filiación comunista de Raúl y esto ni a Matos ni a muchos de los rebeldes que habían hecho la guerra en la sierra les parecía ajustado al objetivo de la revolución, que no era otro que devolver la democracia a Cuba.

Atrincherado en la lejana provincia de Camaguey Huber Matos plantó cara a Fidel y a éste no le quedó más remedio que enviar a su mejor y más carismático comandante, Camilo Cienfuegos, para que Matos depusiese su actitud. A finales de octubre de 1959 Cienfuegos tomó una avioneta en La Habana. Horas después llegó a Camaguey, habló con Matos en un tono conciliador y ese mismo día tomó el camino de vuelta. Al poco de despegar la avioneta Cessna 310 bimotor desapareció. Nunca fue encontrada. A bordo se encontraban el Comandante Cienfuegos y el piloto capitán Fariñas.

Desde entonces mucho se ha especulado sobre la misteriosa muerte de Camilo, muy apreciado por el pueblo y único, a juicio de muchos especialistas, capaz de hacer sombra a Fidel. No es por apuntarse a teoría alguna de la conspiración, pero hay algunas coincidencias que dan que pensar. El parte oficial cubano del Gobierno revolucionario indicó que la desaparición de la avioneta se debió al mal tiempo que había en la zona, sin embargo, si se consultan informes meteorológicos históricos es fácil descubrir que en aquella tarde sobre Cuba no existía temporal alguno, todo lo contrario: tiempo despejado, estable y vientos moderados.

Para enmarañar más el asunto días después el ayudante personal de Camilo, Cristino Naranjo, fue asesinado en extrañas circunstancias en el campamento Columbia de La Habana. Por si esto fuera poco, el último que tuvo contacto con la

aeronave de Cienfuegos, el controlador de vuelo del aeródromo de Camaguey, se suicidó de un disparo en la sien poco después del accidente. Demasiadas casualidades para un simple accidente de aviación.

Tras la trágica muerte de Cienfuegos Huber Matos fue arrestado y llevado inmediatamente a La Habana. Allí se le impuso un auténtico proceso a la moscovita en el que Fidel intervino en persona. Como los argumentos que esgrimía el antiguo comandante de la columna número 9 que había marchado sobre Santiago antes de la victoria eran del todo razonables Fidel montó en cólera. Se plantó ante el tribunal y sin complejos le dio a elegir entre Matos o él. Los magistrados como era de esperar se decantaron por el Comandante en Jefe. Huber Matos fue condenado a veinte años de cárcel y cumplió hasta el último día. Así era y es la justicia revolucionaria.

El trabajo en el Banco Nacional era ciertamente soporífero para Ernesto. Llegar a las doce la mañana, poner los pies en la mesa y fumarse un puro mientras charlaba con algún conmitón de la sierra no bastaba para henchir sus anhelos de revolucionario. Como demostración viva de ese viejo axioma que dice que el aburrimiento es la mayor fuente de males del mundo, en noviembre de 1959 dio comienzo una de las peores prácticas que ha consolidado la revolución cubana: la del trabajo voluntario.

Acababa de morir Camilo Cienfuegos. Para honrar su memoria, Fidel y Raúl decidieron construir una escuela que llevase su nombre. Ernesto recogió la idea con gran entusiasmo. Cada domingo volaba hasta la otra punta de la isla, donde estaba levantándose la Ciudad Escolar Camilo Cienfuegos, y arribaba el hombro como uno más en las labores de albañilería de la obra. Junto a él se reclutó a una tropa de voluntarios de varias fábricas de calzado de la localidad de Manzanillo y unos cuantos supervivientes del ejército de Batista.

En esto último la revolución cubana se aproximó hasta en las fechas con la dictadura del general Franco en España. En la sierra de Guadarrama, no muy lejos de Madrid, el Generalísimo mandó edificar un magnífico templo rematado por un ciclópeo crucifijo que se inauguró ese mismo año de 1959 con el nombre de Valle de los Caídos. La mano de obra se la obtuvo de los restos del ejército republicano vencido. Los que trabajaron en el Valle de los Caídos, eso sí, cobraron un jornal.

Castro utilizó a las «ratas batistianas» para bregar también con cal y cemento aunque sin ver un peso. La construcción de la escuela llegó a buen fin unos meses después, pero dejó una triste herencia para la sociedad cubana. Desde aquel momento el mal llamado «trabajo voluntario» supuso una auténtica pesadilla para muchos cubanos. Ernesto lo amaba. Para él y su desvarío mental, ya muy avanzado por entonces, era un modo de desarrollar la conciencia de los trabajadores y de conquistar el socialismo.

Durante los fines de semana, momento estelar de esta suerte de esclavitud, multitudes de cubanos que durante la semana laboral se dedicaban a otros menesteres se encaminaban a los puertos, a los telares de las fábricas o a las plantaciones de

azúcar. Su labor era dedicar la jornada del sábado y el domingo a cargar sacos en un muelle, a cortar caña o a trabajar con las hiladoras de la industria textil. Hay gran cantidad de fotografías de Ernesto Guevara aportando su granito de arena a ese esfuerzo colectivo y no remunerado. En una de ellas, en la que el gobernador del banco central posaba con un saco al hombro, contó el fotógrafo más adelante que Guevara le dijo textualmente que una vez tomase la instantánea dejase la cámara y se uniese a los demás en el tajo.

Este tipo de anécdotas son las que han hecho de Guevara ese personaje tan popular y carismático entre los jóvenes izquierdistas de las últimas cuatro décadas. Sin embargo no hay que rebuscar mucho en la historia del siglo xx para encontrarse con otra figura histórica que adoraba este tipo de encuentros con la masa trabajadora. Este no es otro que Benito Mussolini. En los años treinta, durante la famosa Batalla del Grano, en la que el Duce trató, sin éxito por cierto, de conseguir que Italia fuese autosuficiente en cereal, gustaba Don Benito de retratarse arremangado encima de un tractor.

El trabajo voluntario, aparte de un disparate en tanto que suponía una reedición del esclavismo ya abolido, fue un desastre en lo económico. Muchos cubanos no terminaron nunca de entender por qué se alargaba de aquel modo su jornada laboral ni por qué, a cambio de aquel trabajo, no recibían remuneración alguna. Las zafras de azúcar no mejoraron con la incorporación de todos aquellos voluntarios forzosos, más bien al contrario, a mediados de los sesenta Cuba producía menos azúcar que antes de la revolución. En la zafra de 1970 se recurrió en masa al guevariano trabajo voluntario para llegar a los diez millones de toneladas de producción y esa cifra no se alcanzó ni empleando en la caña hasta los contables de los bancos. Un despropósito más a añadir a los muchos de ese reino del sinsentido que siempre fue la Cuba de Fidel Castro.

Los que hubiesen deseado dedicarse al trabajo voluntario eran entonces el creciente número de disidentes que mes a mes iba cosechando la revolución. Conforme en 1960 el régimen da el giro definitivo hacia el comunismo casi cualquier voz discordante con el Gobierno comenzó a ser puesta ante pelotones de fusilamiento o a buen recaudo en prisiones o, y esto fue una novedad auspiciada por Ernesto, en campos de trabajos forzados hechos a imagen y semejanza de los gulags soviéticos o los laogai chinos.

Todos los que el nuevo régimen considerase como sujetos peligrosos para la sociedad fueron reclusos en una constelación de campos de internamiento que, en pocos años, se extendió por toda la isla. El primero de ellos fue el de Guanahacabibes. Ernesto se confesó desde los primeros momentos un apasionado defensor de los nuevos métodos represivos. En una de las reuniones del Ministerio de Industrias Guevara hablaba en estos términos del primer gulag cubano:

A Guanahacabibes se manda a la gente que no debe ir a la cárcel, la gente que ha cometido faltas a la moral revolucionaria de mayor o menor grado con sanciones simultáneas de privación del puesto y en otros

casos no de esas sanciones sino como un tipo de reeducación mediante el trabajo. Es trabajo duro, no trabajo bestial, más bien las condiciones del trabajo son duras.

Faltar a la moral revolucionaria era, por ejemplo, ser homosexual. El argentino de sonrisa melancólica, tal y como por entonces le definió Raúl Castro, no se llevó nunca bien con los homosexuales. Ya en la sierra había gritado a los cuatro vientos que no quería «putos» en su columna. Al llegar al poder y al calorcito de la revolución pudo dar rienda suelta a una homofobia que pondría los pelos de punta al más curtido luchador por los derechos de los gays en nuestros pecadores días.

Años después, en 1964, la recién creada Unidad Militar de Ayuda a la Producción tomó como uno de sus cometidos primordiales la reeducación de los homosexuales. En la Cuba castrista tales comportamientos no tenían cabida. Muchos fueron despedidos de sus trabajos, especialmente los que estaban relacionados con el mundo de la cultura, el cine y el espectáculo. Otros fueron reprendidos y ridiculizados públicamente delante de sus compañeros de trabajo. En los campos se les forzaba a reconocer sus «vicios» para evitar la prisión. En los campos donde fueron internados muchos de los homosexuales disidentes con el nuevo régimen los guardias se encargaron de colocar una visible «P» en sus uniformes. La «P» significaba pimpollo o puto, según gustos. Otras señas individuales que, con el tiempo, se hicieron incompatibles con la revolución fueron, por ejemplo, padecer el sida o ser católico. El que llegaría en los años noventa a ser arzobispo de La Habana, Jaime Ortega, pasó por los campos de concentración de la Unidad Militar de Ayuda a la Producción para reeducarse en la verdadera fe liberadora, en la única en la que creía Ernesto Guevara: el socialismo.

## **Unión Soviética *mon amour***

Los méritos sobrados que estaba haciendo Cuba en casi todos los ámbitos llamaron de inmediato la atención de los vetustos líderes del Kremlin. Pero, en octubre de 1959, la Unión Soviética no disponía de embajada en La Habana. Así que Alexander Alexeiev, un funcionario del KGB, se dejó caer de incógnito por la capital de Cuba. A los pocos días Ernesto le recibió en su despacho y le prometió que arreglaría un encuentro informal con Fidel Castro. Al Comandante en Jefe la idea le pareció estupenda y muy ajustada a sus previsiones sobre el futuro de Cuba que pasaban más por Moscú que por Washington, más por el mausoleo de Stalin que por el Memorial de Jefferson.

Alexeiev y Castro se entendieron a la perfección y quedaron en celebrar una reunión a más alto nivel. Esta no se haría esperar. Unos meses después, en enero de 1960, aprovechando una feria industrial de la Unión Soviética en La Habana se desplazó hasta ella su viceprimer ministro, Anastas Mikoyan. En principio el alto mandatario soviético sólo acudió a La Habana a inaugurar la feria pero en su agenda

llevaba una cita de mucha mayor importancia: reunirse en secreto con Fidel.

Eligieron para el encuentro una casita de pesca que Fidel tenía en la Laguna del Tesoro, muy cerca de la más tarde popular Bahía de Cochinos. Los rusos habían llegado cargados de buenas intenciones y con ganas de tantear hasta dónde estaba dispuesto a llegar Castro. Su hombre sin embargo era Ernesto. Como muestra de respeto le habían traído un regalo muy especial: un buen par de pistolas de precisión que hicieron las delicias del argentino. A Raúl Castro le tocó un bonito juego de ajedrez. Los soviéticos se habían informado previamente de cuáles eran los gustos de los dos cubanos pro comunistas y, efectivamente, eran esos mismos. A uno le gustaba jugar al ajedrez y a nuestro héroe disparar. Sigo preguntándome por qué con esas aficiones declaradas su imagen continua siendo uno de los emblemas de los pacifistas de todo occidente.

En la reunión de Laguna del Tesoro Fidel y Guevara consiguieron sacar al desconfiado Mikoyan cien millones de dólares de anticipo para emprender el giro decisivo. No era mucho, pero el soviético aseguró que si las cosas iban en Cuba por el camino adecuado la ayuda de Moscú crecería de modo considerable. La reunión de Fidel con Mikoyan se mantuvo en un relativo secreto, pero las relaciones de éste último con otros miembros del régimen no se ocultaron en ningún momento.

En un discurso a los trabajadores de la industria textil el siete de febrero Ernesto se disculpaba por no poder asistir a todo el acto debido a que [...] tengo un compromiso previo con el señor Anastas Mikoyan, en cuya casa tendré el honor de almorzar hoy en compañía de algunos Ministros del Gobierno.

Desde su puesto de director del Banco Nacional de Cuba tenía Ernesto que tramitar una de las rutinas financieras de las que dependía la buena salud del entramado económico nacional. Cuba carecía de yacimientos petrolíferos, por lo que se veía en la necesidad de importar todo el crudo que consumía. Las encargadas de hacerlo eran las compañías petroleras norteamericanas que, tras traerlo de Venezuela y distribuirlo en Cuba en pesos, procedían a efectuar el cambio en el Banco Nacional para atender a los pagos en dólares a los proveedores venezolanos.

Esto a Guevara le parecía intolerable de modo que dejó correr los meses sin efectuar los pagos a las compañías que mantenían el mercado cubano debidamente surtido de petróleo y sus derivados. Los presidentes de Texaco y Esso empezaron a impacientarse por la tardanza en las liquidaciones por lo que exigieron a Guevara una solución. Ernesto se lo pensó unos días y contestó al representante de las petroleras que bien, que estaba dispuesto a pagar, pero a cambio de que las refinerías comprasen y procesasen petróleo soviético.

Los norteamericanos, es decir, las empresas, se negaron en redondo a aceptar las órdenes despóticas de un Gobierno que, además, era extranjero. Una compañía privada es, o al menos debe ser, soberana para aprovisionarse de materia prima allá donde considere adecuado debieron pensar los ingenuos presidentes de Texaco y Esso. Castro amenazó en su estilo habitual de matón barriobajero y dio un ultimátum

a los petroleros norteamericanos para que cambiasen de opinión. No lo hicieron y Fidel expropió el 29 de junio de 1960 todas las refinerías de la isla, es decir, nacionalizó el refinado de petróleo.

La situación se había caldeado mucho durante los meses precedentes, especialmente desde la aplicación de la Reforma Agraria y la confiscación de las grandes fincas de las multinacionales gringas como United Fruit o King Ranch. La paciencia de Washington se agotó en ese momento. Como medida de castigo la Casa Blanca canceló la cuota de azúcar que anualmente adquiría en Cuba. Una medida del todo justificada dado el trato que estaban recibiendo los inversores y el capital norteamericano en la isla.

La situación bien podríamos traerla al presente. Imaginemos por un momento que el Gobierno de México decide de manera unilateral confiscar por la fuerza el patrimonio en aquel país de compañías españolas como Telefónica, Santander o BBVA. La reacción de Madrid habría de pasar necesariamente por algún tipo de sanción para al menos dar la cara ante los afligidos inversores nacionales.

En esta crisis del verano de 1960 es donde nace el conflicto entre Cuba y los Estados Unidos. Y, como vemos, no fue provocado por los segundos que esperaron hasta que la situación se había tornado insostenible para intervenir. No hace falta remarcar que las expropiaciones vinieron acompañadas en 1960 de la implantación fáctica de la dictadura. Acto seguido se cerraron los periódicos, se yuguló la libertad de expresión y asociación, se crearon los Comités de Defensa de la Revolución, los tristemente célebres CDR, y se purgó a fondo la universidad para someterla a una rígida disciplina castrista. La libertad económica, y lo vemos una vez más, va irremisiblemente unida a la libertad política. Si una desaparece la otra también.

El fin de la cuota americana de azúcar vino de perlas a los dirigentes cubanos. Ya podían llamar a Moscú lloriqueando con el cuento de que los yanquis malos habían dejado de comprarles azúcar. Jruschov no se lo podía creer. En un abrir y cerrar de ojos, sin necesidad de disparar una sola bala ni de malquistarse con nadie, había conseguido hacerse con un país entero a poco más de cien kilómetros de las costas de Florida. Al día siguiente el premier soviético anunció que se haría cargo de la cuota americana íntegra. El verde caimán al que Ernesto hacía referencia en el Canto a Fidel que había compuesto en México años atrás había degenerado en una lagartija roja.

Pasado el verano las posiciones estaban ya más que definidas. Sólo faltaba ir cerrando acuerdos, pero para ello algún capitoste de La Habana tenía que visitar los países del socialismo real que se encontraban al otro lado del telón de acero. El elegido fue, como no, Ernesto Guevara de la Serna, el comunista por excelencia del Gobierno cubano, su embajador de «buena voluntad», su rutilante estrella porteña que copaba las portadas de las revistas internacionales.

A finales de octubre dejó el banco y tomó un avión que lo llevaría en una primera escala a Praga, en Checoslovaquia. La estancia en la capital checa fue muy fructífera,

sacó al Gobierno checo un crédito de veinte millones de dólares y varios acuerdos menores para la instalación en Cuba de industrias checoslovacas. Con una sonrisa y un purito para celebrarlo se dirigió a la patria del socialismo. Aterrizó en Moscú el 22 de octubre de 1960 ya en pleno otoño europeo y con los termómetros por los suelos.

En Moscú los soviéticos le trataron a cuerpo de rey y se encargaron que en sus dos semanas largas de estancia no le faltase de nada. Le llevaron de turismo por la capital, visitó el metro, la casa y el mausoleo de Lenin, un Sovjuz y varias fábricas. La anécdota vino cuando el ingenuo guerrillero quiso hacer una ofrenda floral en la tumba de Stalin. El embajador cubano le recomendó encarecidamente que no lo hiciese porque la figura del padrecito estaba siendo fuertemente cuestionada por el PCUS, máxime cuando era el propio Jruschov quien estaba a la cabeza de la revisión del estalinismo dentro de la URSS. Eso a Guevara le dio igual, insistió en dejar flores al Padrecito de los Pueblos y se las dejó.

Un año más tarde el Gobierno soviético dismanteló el mausoleo de Stalin por considerarlo inapropiado. Como puede verse, muy oportuno el Che. La estancia en Moscú coincidió con la celebración del Congreso de los ochenta y un partidos comunistas de todo el mundo. Fue un congreso muy agitado pues por aquel entonces rusos y chinos se tiraban los trastos a la cabeza. Ernesto no fue invitado al mismo aunque durante su celebración se permitió decir que comulgaba punto por punto con el comunicado final. Quizá es que no tuvo la ocasión de hablar con el albanés Enver Hoxha que abandonó la reunión de muy malas maneras dando un sonoro portazo.

El cometido principal del viaje era, no obstante, garantizar la compra de la cosecha de azúcar de 1961. Jruschov había sido demasiado generoso meses antes asegurando que su país se haría cargo de los tres millones de toneladas de azúcar que absorbía el mercado estadounidense. Era demasiado para la URSS que, por otra parte, ya era el principal productor mundial de azúcar. El premier soviético consideró que lo propio era que todos los países del bloque contribuyesen al esfuerzo. Al final entre soviéticos, chinos, alemanes, vietnamitas y hasta mongoles llegaron a un acuerdo para quedarse con el azúcar que los Estados Unidos habían decidido dejar de comprar.

El episodio que llenó a Ernesto de mayor orgullo patrio y personal fue el de figurar junto a las autoridades en la tribuna de la plaza roja moscovita el día del desfile conmemorativo de la revolución de Octubre. Junto a él se alinearon en aquella ocasión tal plantel de dictadores que sólo enumerarlos pone los pelos de punta a cualquiera. El soviético Nikita Jruschov, el polaco Vladislav Gomulka, el vietnamita Ho Chi Minh y el chino Liu Shaoqi, que terminaría sus días perseguido por la Guardia Roja acusado de contrarrevolucionario. Ese era el ambiente donde se encontraba a gusto nuestro aguerrido guerrillero. Entre déspotas de todas partes del mundo. Más tarde recordaría ese momento estelar con estas palabras:

Además tuvieron la gentileza —algo que yo, personalmente, no olvidaré nunca— de invitarme, como Jefe de la Delegación Cubana, a estar en el Presidium del desfile el 7 de noviembre, un lugar donde solamente



estaban presentes los Jefes de Estado de los países socialistas y los miembros del Presidium del Soviet Supremo. [...] Quizá ese sea uno de los momentos más emocionantes de nuestro viaje.

Entre las arduas negociaciones del azúcar y la asistencia al desfile junto a los Señores del Gulag Ernesto debió terminar agotado. Por suerte sus anfitriones tenían un programa de entretenimientos turísticos reservado para él y su comitiva. Tras las importantísimas reuniones en Moscú se dirigió, o mejor dicho, le dirigieron a Leningrado para visitar el Aurora y el museo del Hermitage. De allí a Stalingrado para visitar el solar de la batalla al que la URSS debía su supervivencia. Todo muy turístico, todo muy apañado para que Ernesto al volver a Cuba hablase de los países socialistas, y en particular de la Unión Soviética, como una tierra de promisión espejo en la que habrían de mirarse. En la comparecencia televisiva que sucedió al final de su viaje hablaba en estos términos del olimpo socialista:

Y, además, la fuerza, la tasa de desarrollo económico tan grande, la pujanza que demuestran, el desarrollo de todas las fuerzas del pueblo, nos hacen a nosotros estar convencidos de que el porvenir es definitivamente de todos los países que luchan, como ellos, por la paz del mundo y por la justicia, distribuida entre todos los seres humanos.

Tuvo suerte Guevara en que en 1989 no se le viniese el Muro de Berlín encima. No se yo si hubiese sido capaz de superarlo.

Al periplo por la tierra de los zares rojos le siguió un viaje a China. En Pekín le estaban esperando con la escopeta cargada y muy buenos modales. La escopeta por haber apoyado, al menos de boquilla, el comunicado del congreso de partidos comunistas en Moscú. Y los modales por el compromiso firme de Zhou Enlai de comprar un millón de toneladas de azúcar. Ernesto se congratulaba de saber que los chinos consumían muy poca azúcar y eso, en su ignorancia supina, le llevó a pensar que la China sería el gran cliente de Cuba para la cuestión del azúcar.

Desconocía el despistado argentino que en la China Popular no es que no se consumiese azúcar, es que no se consumía de nada. El país estaba todavía inmerso en los trágicos efectos del Gran Salto Adelante, la mayor hambruna de la historia de la humanidad, alentada y patrocinada por su líder máximo Mao Zedong. Mientras Ernesto Guevara trasteaba con Mao Zedong, Zhou Enlai y otros dirigentes del partido comunista en China morían literalmente de hambre más de cuarenta millones de personas. Los campesinos vagaban famélicos por todo el país expuestos a caer muertos en cualquier cuneta o a perecer víctimas de las metralletas de los soldados encargados de mantener una paz social imposible, pero que una represión brutal hizo efectiva. En algunas provincias como la de Henan se dieron numerosos casos de canibalismo a través de permutas en las que se comerciaba con niños para comérselos. Ernesto, zascandileando de recepción en recepción no se apercibió de la tragedia del pueblo chino, muy al contrario, al volver a Cuba se permitió transmitir a los cubanos esta idílica a la vez que falsa imagen de China:

... no se ve absolutamente ninguno de los síntomas de miseria que se ven en otros países del Asia que hemos

tenido oportunidad de recorrer; incluso mucho más desarrollados, como el mismo Japón. Y se ve a todo el mundo comiendo, todo el mundo vestido —vestido uniformemente, es cierto, pero todo el mundo correctamente vestido—, todo el mundo con trabajo y un espíritu extraordinario.

Si no fuese porque detrás de esta vacua y alucinada palabrería había cuarenta y tres millones de tumbas, es decir, una cifra parecida a la de toda la población argentina en la actualidad, las observaciones del Che Guevara no moverían más que a una desdeñosa sonrisa.

Estando en la prodigiosa —en famélicos lo era— China comunista nació la primera hija de Ernesto con Aleida. La madre la parió a solas en La Habana y convino en llamarla Aleida, como su madre. Ernesto no anticipó su regreso, ni siquiera lo interrumpió unos días para estar junto a su esposa en aquellos momentos. Recibió la noticia, sonrió y se preparó para el siguiente salto en su viaje. Desde Pekín se dirigió a Pionyang, capital de Corea del Norte. Este país le agradó en extremo muy a pesar de ser una de las más férreas y genocidas dictaduras de cuántas ha parido el socialismo. Para el Che Kim Il Sung no era un infame autócrata que tenía a veinte millones de norcoreanos encerrados en su país a cal y canto, sino un «dirigente extraordinario» artífice de una increíble prosperidad.

En el mes de diciembre y con el deber cumplido en los avanzadísimos y famélicos países del Asia comunista la comitiva del Che voló de regreso a Europa. Hizo una breve parada en Berlín, en la parte oriental naturalmente, y mantuvo sus últimas reuniones para encontrar compradores del dichoso azúcar cubano. Los alemanes se comprometieron a adquirir una parte de la dulce mercancía que les ofrecía Ernesto a buen precio de revolucionario. Por buen precio se entiende pagar mucho más de lo que costaba el azúcar en el mercado internacional. En Alemania del este, exactamente en Leipzig, conoció a Tamara Bunke Bider, una joven argentina de origen alemán muy agraciada y que, según parece, a Ernesto le gustó bastante.

El gusto se ve que fue correspondido. La germano-argentina definiría al Che del siguiente modo:

[...] Del Che me saltaron a la vista, lo primero, tres cosas: tomaba océanos de mate, olía a testosterona y era arrebatadoramente buen mozo, interesante y hasta bello. Al verlo comprendí porque tantas mujeres eran cautivadas por él al verlo... [...]

No hay en el breve retrato que le hace alemana lugar a equívocos. Tamara terminaría sus días junto al Che en la guerrilla de Bolivia, pero bajo otro nombre: Tania, que es como esta mujer ha pasado a la historia. La estancia en la ciudad que estaba a punto de levantar el muro de la vergüenza, el mismo que mantendría treinta años a los alemanes separados, fue corta pero placentera. Los alemanes orientales eran un modelo de eficiencia y buena gestión en el bloque comunista. La meta de cualquiera de las naciones satélites de Moscú era parecerse a Alemania, es decir, proporcionar a sus ciudadanos un automóvil Trabant y vacaciones en el mar Negro cada cinco años. Todo, naturalmente, bajo la atenta mirada de los agentes de la Stasi.

En muy poco se quedaba el paraíso socialista a fuerza de rascar levemente sobre la superficie de las heroicas repúblicas populares.

El regreso a Cuba se produjo a finales de aquel portentoso 1960. Días más tarde compareció ante los cubanos por televisión para dar parte de su larguísimo periplo por los países donde el ser humano se había reencontrado consigo mismo. Días antes, y para emular los magníficos desfiles que el premier soviético daba en la Plaza Roja, Fidel Castro convocó a la multitud para que presenciase el recién adquirido poderío bélico de la rozagante revolución cubana. Aparte de una la colección de barbas de rigor en aquel desfile se vio artillería pesada de la buena, de la que se hacía al otro lado del Telón de Acero, para que el vecino del norte tuviese claro quien mandaba en Cuba.

Por si el saliente Eisenhower no se daba por aludido Castro se encargó de hacérselo saber a través de un comunicado consular en que exigía que el personal de la embajada norteamericana quedase reducido a dieciocho miembros contando, claro está, el de embajador. Eisenhower, que dejaba la presidencia en manos del joven John Fitzgerald Kennedy ese mismo mes, actuó con presteza. Rompió inmediatamente las relaciones diplomáticas con la Cuba de Fidel y retiró a su embajador de La Habana. Ike no sabía cuán grande iba a ser el error. Eso mismo es lo que Castro buscaba con ansiedad. Una excusa para materializar el conflicto. Desde ese momento quedaría para la historia que fueron los estadounidenses quienes retiraron su cuerpo diplomático de Cuba. Razones, como hemos visto, sobran a la Casa Blanca para tomar semejante medida.

Ernesto no tuvo gran cosa que ver en el abandono del embajador norteamericano, pero el hecho mismo de ver como se alejaba de la isla le alegró en lo más profundo. Los primeros meses de 1961 fueron más de lo mismo. Despacho en el banco, cigarros con los amigos en torno a una buena charla y la preparación de su obra cumbre, de la biblia del guevarismo. En aquellas primeras semanas de año Ernesto dio los últimos retoques a «La Guerra de Guerrillas» y lo dejó listo para la eternidad.

El libro en cuestión, que ha tenido infinidad de ediciones en varias lenguas, no pasa de manualillo para llevar en la mochila. Fino, muy fino y con capítulos muy cortos para ser engullidos con facilidad por los lectores ávidos de enseñanzas revolucionarias. Así es «La Guerra de Guerrillas», un libro tan delgado como las ideas que contiene. Nada del otro mundo de no ser por la cantidad de vidas de jóvenes hispanoamericanos que se ha llevado por delante.

Desde su publicación a principios de la década de los sesenta hasta la actualidad se cuentan por miles los que, tras quedar tocados por su lectura, se echaron al monte a conquistar la utopía. Eso, podría argumentarse, Ernesto no lo sabía y por lo tanto no podemos hacerle responsable de la ulterior sangría que ha ocasionado su manual del buen guerrillero. Pero Adolf Hitler cuando dictó «Mein Kampf» en la prisión no podía tampoco ni imaginar que su delirante texto se convertiría en libro sagrado de todos los alemanes en el decurso de unos pocos años. Eso, obviamente, no le exculpa.

«La Guerra de Guerrillas» supone la plasmación en papel de la experiencia guerrillera del Che en Cuba. Especula sobre la figura del guerrillero modelo, sobre las tácticas y estrategias de la guerrilla perfecta, e incluso se aventura a organizar la vida de los rebeldes. Entre sus páginas pueden encontrarse perlas como las dedicadas al papel de la mujer en la guerrilla. En esto se mostró muy abierto al tolerar que las féminas integrasen la vanguardia armada para, acto seguido, devolverlas a su sitio como fabulosas cocineras o tiernas enfermeras:

La cocinera puede mejorar mucho la alimentación y, además de esto, es más fácil mantenerla en su tarea doméstica, pues uno de los problemas que se confrontan en las guerrillas es que todos los trabajos de índole civil son despreciados por los mismos que los hacen. [...] En la sanidad, la mujer presta un papel importante como enfermera, incluso médico, con ternura infinitamente superior a la del rudo compañero de armas.

Olvidó el bienintencionado comandante una labor también apropiada para las mujeres insurgentes. La de secretaria de los comandantes. Aleida March, se quedó en el Escambray con él a título de eso mismo y a ambos les fue de perlas. Respecto a los matrimonios Guevara no se quedaba corto sino que anticipaba la moderna corriente de las parejas de hecho.

... debe permitirse, con el simple requisito de la Ley de la Guerrilla, que las personas sin compromisos, que se quieran mutuamente, contraigan nupcias en la sierra y hagan vida marital.

La obra fue dedicada con sincero sentimiento a Camilo Cienfuegos, el malogrado amigo de Ernesto que dejó su vida en las alturas, pero no faltan detalles y guiños cómplices al verdadero líder, a Fidel Castro.

Fidel Castro resume en sí las altas condiciones del combatiente y el estadista, y a su visión se debe nuestro viaje, nuestra lucha y nuestro triunfo.

## **De su ascenso y caída como ministro de Industrias**

La vida del Che en Cuba volvía a ser tan aburrida como antes del viaje. Definitivamente no había nacido para banquero, no era hombre de covachuela administrativa. Había en la república gente más preparada que él y, por si esto fuera poco, un alto destino le tenía reservado el camarada Fidel. Nada menos que un ministerio, la cumbre misma del poder. Ciertamente es que el ministerio tuvieron que inventárselo. Fue algo hecho a la medida del Che, quizá porque ya no sabían qué hacer con él y como banquero no servía. La cartera de Industrias no existió en Cuba hasta febrero de 1961, cuando Castro se la sacó de la manga transformando la sección industrial del INRA en todo un ministerio.

La nueva senda por la que iba a discurrir la economía cubana se merecía una cartera exclusiva con dedicación a tiempo completo. Los planes para industrializar el país eran ambiciosos. En opinión de Ernesto Cuba podía en pocos años llegar a ser

toda una potencia industrial que no dependiese del azúcar. Su obsesión pasaba por la metalurgia, muy en la línea de otros ilustres comunistas como Mao Zedong, que veían en la producción de acero la quintaesencia del desarrollo. Deseaba hacer una completa revolución económica en la mayor isla del Caribe. Esa revolución vendría indefectiblemente acompañada del Estado y de las bondades de la planificación y en un lapso de tiempo irrisorio sacaría a Cuba del atraso secular en el que, primero los españoles y después los yanquis, la habían sumido.

Todo muy bonito hasta que se miran los números. La Cuba de 1959 no era un país atrasado. Veamos algunos datos que a más de uno le harán reflexionar.

En el Atlas de Economía Mundial de Ginsburg publicado en aquella época Cuba aparecía en el lugar número veintidós en cuanto prosperidad de un total de 122 países. La renta per cápita del cubano medio era en 1959 similar a la del italiano medio pero con una pequeña diferencia: en 1959 había doce mil solicitudes de ciudadanos italianos que querían emigrar a Cuba mientras que no consta que existiese ningún cubano que quisiese hacer el viaje a la inversa.

Pero por si esto no bastase buceemos más a fondo. El cubano era en 1959 el tercer consumidor de carne de América. Los cubanos disfrutaban, además de un receptor de radio por cada cinco habitantes —una barbaridad para la época— y de 28 televisores por cada mil habitantes, cifra nada despreciable teniendo en cuenta que la televisión comercial se inauguró en Cuba en 1950, seis años antes que en España. Cuba era el tercer país de América en cantidad de automóviles, unos 270 000, y era el país americano con mayor densidad de líneas férreas, incluso mayor que los Estados Unidos.

Los cubanos eran además los hispanoamericanos que más electricidad consumían, prueba inequívoca del bienestar general en el que vivía la isla. Respecto a la industria, ese presunto vacío que pretendía Guevara llenar con su agresiva política estatal, Cuba tenía en 1958 siete plantas envasadoras de leche, noventa fábricas textiles, veintiséis factorías de queso, una planta de fabricación de cables eléctricos de cobre, cinco elaboradoras industriales de cerveza, once plantas curtidoras de pieles y tres fábricas de cemento. La industria conservera no le iba a la zaga. Cuba disponía al triunfar la revolución de diez plantas que enlataban pescado y 160 fábricas de conservas tales como tomates, frutas, carne, etc.

Muchos podrán decir que bien, que estos datos son ciertos, pero que el cubano no disponía de sanidad ni de acceso a la educación. Nada más lejos de la realidad. Los grandes logros de la revolución, es decir, la sanidad y la educación no son tales. En 1958 había en Cuba ocho universidades públicas, tres privadas y multitud de escuelas profesionales repartidas por el país. Por si el lector sigue desconfiando ahí va un dato definitivo: en 1958 Cuba contaba con cincuenta y ocho periódicos diarios y 126 revistas semanales, entre ellas la famosa revista Bohemia, la más veterana de América. ¿Cómo puede un país presuntamente lleno de analfabetos mantener tantas publicaciones saliendo regularmente?

En lo que respecta a la sanidad, en 1958 había en Cuba un médico por cada 980 habitantes y un dentista por cada 2900 habitantes. Es decir, mayor proporción que en los mismísimos Estados Unidos de América. Todos estos datos son perfectamente verificables en anuarios de la época y contrastables con los pocos cubanos que aun quedan vivos y que recuerdan la Cuba anterior al castrismo.

La Cuba de entonces, de 1958, no era ni mucho menos un paraíso en la tierra pero sí que constituía la República más prometedora al sur del Río Grande. Si Castro y sus guerrilleros no hubiesen hurtado a los cubanos la posibilidad de pasar de una dictadura a una democracia estable y representativa, hoy Cuba sería con casi toda probabilidad uno de los países más prósperos del mundo.

Esta fue el país que se encontró Castro y este fue el panorama económico al que Ernesto tuvo que enfrentarse nada más tomar posesión de la cartera de Industrias. Del mismo modo que gracias a Fidel Cuba pasó de tener cincuenta y ocho periódicos a uno, el Granma, Guevara se encargó de que la industria cubana no sólo no creciese sino que la que había sucumbiera al despropósito revolucionario.

La rutina en el Ministerio de Industrias vino a ser la misma —o muy parecida— a la del Banco Nacional. Con una pequeña y agradable diferencia. El cargo le permitía enredar más. A juicio del que durante tres años fue viceministro de Industrias, Orlando Borrego, la jornada de Ernesto era cualquier cosa menos tediosa. En una entrevista concedida a uno de los más conspicuos panegiristas del Che en el año 2002 Borrego hablaba en estos términos de las costumbres laborales en el ministerio donde Guevara sentaba sus reales:

... su jornada de trabajo culminaba con frecuencia a las tres de la madrugada. [...] Esa jornada de trabajo se repetía de lunes a viernes; el sábado se trabajaba todo el día y, sistemáticamente, los domingos realizábamos trabajo físico en la agricultura o en algunas industrias.

Una entrega total y absoluta al trabajo según puede deducirse de la orgullosa declaración de Orlando que, como buen revolucionario, secundaba con entusiasmo a su jefe. Y es que, en la agenda de Ernesto Guevara, muy por encima de industrializar Cuba o elevar el nivel de vida de sus ciudadanos, estaba la obsesión de crear un hombre nuevo, un ser humano hecho para servir al Estado. Convencido íntimamente de que solo con la voluntad el socialismo podía cambiar el mundo, ¿por qué no ir un poco más allá y cambiar de paso al hombre?

A China tal experimento le costó decenas de millones de muertos. Con el Che Guevara como padre espiritual de la Revolución Cuba hubiera ido por el mismo camino. El objetivo predilecto de sus ensoñaciones era la infancia, la «arcilla maleable de la sociedad» que dijo en alguna ocasión, sobre la que podía aplicarse íntegro y sin mácula el ideario guevarista del nuevo hombre. No es casual que todavía en nuestros días a los jovencitos cubanos, los llamados Pioneros, el régimen les hace repetir la consigna «Seremos como el Che» en recuerdo de aquellos años de entrega voluntaria a la causa del Leviatán estatal.

## Odio eterno a los Estados Unidos

La situación internacional se complicó poco tiempo después de que Ernesto pusiese sus botas encima de la mesa del despacho del ministerio. A finales de enero había tomado posesión de la presidencia de los Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy, un joven de Nueva Inglaterra, hijo de una acaudalada familia vencedor inesperado de las elecciones de 1960, en las que se midió contra el vicepresidente Richard Nixon. Era el primer católico en ocupar el despacho oval, además era guapo, moderno y el preferido de la sección de sociedad de los diarios. Como parte de la herencia recibida de la administración republicana Kennedy recibió el ya entonces famoso «Problema Cubano».

Las relaciones, aunque no rotas del todo, estaban ya muy deterioradas. Estados Unidos ya no tenía embajador en La Habana. Cuba, por su parte, se aproximaba a la Unión Soviética. La CIA, que se acababa de instalar en su nueva sede de Langley (Virginia), ideó un plan maestro para terminar con la vida de Castro y poner así punto final al problema. Los espías norteamericanos bautizaron el plan con el nombre clave de «Plan Mangosta», en sentido homenaje a los animalitos que los indios utilizan en los manglares para combatir a las cobras.

El plan no funcionó. La chapuza de los agentes de la CIA se han conocido con posterioridad, conforme se han ido desclasificando documentos. No escatimaron en medios ni en ideas descabelladas: trataron de envenenar los puros habanos —que Castro se fumaba a pares en aquella época— y hasta tuvieron la feliz idea, nunca llevada a cabo, de drogar a Fidel para que acto seguido saliese por televisión desvariando y que de este modo el pueblo le perdiese el respeto.

Dejando a un lado el pelicularo Plan Mangosta, cuya intención era acabar con la vida del Comandante en Jefe, a los lumbreras del Pentágono se les ocurrió auspiciar una expedición militar que desestabilizase el régimen y provocase su caída. Pero como los Estados Unidos no estaban en guerra con Cuba y no podían invadirla a placer sin exponerse a un serio conflicto diplomático, pensaron que lo mejor era reclutar cubanos en el exilio, entrenarlos, armarlos y facilitarles el transporte hasta Cuba, donde ya se las apañarían ellos para montar una guerrilla.

A lo largo de 1960 los disidentes fueron en aumento, tanto en el exterior —concentrados en la ciudad de Miami— como en el interior de la isla. En Cuba reaparecieron guerrillas en la sierra del Escambray. Entre los nuevos guerrilleros había cubanos de todas las sensibilidades políticas a los que unía la convicción de que Fidel Castro era un traidor. En lugar de traer la democracia prometida, había implantando una dictadura encarnada en él mismo y en sus conmlitones de la sierra.

Fidel, conocedor del peligro que algo así entrañaba, encargó a su hermano Raúl que reprimiese de manera ejemplarizante los focos aparecidos en el Escambray. No hubo piedad para los rebeldes. Y ahí va un ejemplo. El que fue ministro de agricultura con Castro en 1959, Humberto Sori Marín, trató de crear un foco de

insurrección armada en la sierra. Al poco fue apresado y fusilado de inmediato. Junto a él caerían prácticamente todos.

Estos focos guerrilleros del Escambray hicieron creer a los norteamericanos que un desembarco bien organizado y aprovisionado tendría posibilidades de éxito. La CIA reclutó y entrenó a un puñado de cubanos exiliados para que formasen parte del contingente de choque, de la cabeza de playa que serviría de espoleta. Castro se olía algo en La Habana. Estaba bien informado por los agentes que había infiltrado en el Escambray y en el exilio de Miami. No tenía ni idea de dónde iba a producirse el desembarco, ni con cuántos efectivos habría de combatir su ejército, pero tenía bien claro que ese misma primavera de 1961 se lo iba a jugar todo en alguna playa de la isla.

Astuto y prevenido como siempre fue, a mediados de mes decretó la movilización general. El país quedaría dividido en tres regiones militares para la defensa: Raúl Castro en Oriente, Juan Almeida en el centro y Ernesto Guevara en Pinar del Río, en el extremo occidental de la isla. A su vez puso en pie de guerra a las fuerzas armadas revolucionarias y reclutó a cientos de miles de milicianos para que complementasen la labor del ejército regular.

Tras unos días de angustiosa espera al final se produjo la esperada invasión. Los estrategas norteamericanos eligieron la Bahía de Cochinos, una ensenada larga y estrecha en la costa sur de la isla, lejos de zonas habitadas pero con la carretera principal a mano. Allí desembarcaría la llamada Brigada 2506. El plan era tomar las playas y penetrar hacia el interior y hacerse fuertes tras la Ciénaga de Zapata, que les protegería de la más que previsible embestida de las fuerzas castristas. Una vez ganada la cabeza de playa un Gobierno provisional formado por exiliados de Miami solicitaría formalmente la ayuda de los Estados Unidos que correrían solícitos a prestársela.

A partir de aquí todo fue un despropósito detrás de otro. Los 1500 expedicionarios partieron en barco desde Puerto Cabezas, en Nicaragua, y llegaron a la isla en la madrugada del 17 de abril vieron desamparados por los que habían patrocinado la expedición. Kennedy se había echado para atrás. La exigua pero efectiva aviación cubana se cebó con los expedicionarios. En el plan de la CIA figuraba un ataque aéreo sobre los aeródromos militares de Castro para inutilizar su aviación, pero el presidente no dio la orden de ataque.

Los 1500 brigadistas quedaron a expensas del ejército y los milicianos de Fidel. Un completo desastre y uno de los descalabros más notables de la historia de la Agencia de Inteligencia militar estadounidense, de la temida y vilipendiada CIA. La cadena de errores fue continua. Se escogió un lugar pésimo para desembarcar, no se acabó con la fuerza aérea de Castro y, una vez los brigadistas se habían internado en la playa, no se les dio cobertura alguna. Muchos han querido buscar en Kennedy al responsable del desaguisado. Y parte de razón no les falta. Arthur Schlesinger, que fue asesor del presidente en esa época, apuntaba en un artículo publicado en 2001 en



un diario español:

(Kennedy) Quiso bajar el nivel de ruido del proyecto de la CIA para esconder la mano de los Estados Unidos y reducir la invasión a algo que los exiliados podían haber emprendido por su cuenta. [...] Kennedy también estipuló que no iba a consentir el uso de fuerzas norteamericanas si la invasión fracasaba.

Los miembros de la Brigada 2506 que no fueron abatidos durante la refriega engrosaron la nutrida lista de detenidos. Exactamente 1189. Fidel no los fusiló, hizo algo más propio de un personaje de su talla moral: los vendió a los Estados Unidos por cincuenta y dos millones de dólares. Aquí la administración norteamericana pudo enmendar en parte la felonía y pagó religiosamente.

El episodio bélico de Bahía de Cochinos, o Playa Girón tal y como se conoce en Cuba, es junto al desembarco del Granma y la batalla de Santa Clara uno de los magnos y celebradísimos acontecimientos de la Cuba revolucionaria. Se han escrito infinidad de libros y artículos, se han dado conferencias, se ha repetido en mítines, asambleas y congresos... Playa Girón es para el gobierno de Fidel lo que Stalingrado fue para el de Stalin. Lo que los entusiastas de la gesta bélica por antonomasia del castrismo suelen olvidar es que si Castro y los expedicionarios del Granma se hubiesen encontrado en diciembre de 1956 con semejante dispositivo en la playa de Oriente donde desembarcaron otra suerte muy distinta habrían corrido.

El papel de Ernesto en Playa Girón fue nulo. Como responsable de la región de Pinar del Río organizó las milicias por si los yanquis asomaban por allí y se concentró en preparar un buen discurso, que siempre fue su verdadera especialidad. El día quince de abril, poco antes de la incursión de la Brigada 2506, arengó a su tropa en un tono encendido en que llamó a Kennedy de todo menos guapo.

Estamos frente al eco trágico de la guerra, los nuevos fascistas los nuevos nazis del mundo, desencadenan otra vez agresiones contra países indefensos...[...]...pero no tienen ni siquiera la trágica grandeza de aquellos generales alemanes que hundieron en el holocausto más grande que conoce la humanidad a toda Europa y que se hundieron ellos, en un final apocalíptico. Esos nuevos nazis cobardes, felones y mentirosos, dicen hace tres días por boca del más cobarde, el más felonio, el más mentiroso de todos ellos...[...] Ese es el señor Kennedy que dice que es católico, esa es la bestia analfabeta que dice que va a liberar al mundo del oprobio comunista.

## **Industrializando la ruina**

La nueva administración demócrata ni se inmutó tras el fiasco de Bahía Cochinos, y tanto porque se hubiese olvidado del problema que suponía tener a un centenar de kilómetros de la Florida a los amigos de la URSS, sino porque Kennedy prefirió cambiar de estrategia. Nada de confrontaciones como en los tiempos de Eisenhower, nada de milicias pagadas y armadas por la CIA. Eso, a juicio del joven presidente, era una fuente de problemas y de dolores de cabeza en el Consejo de Seguridad de la ONU.

El plan maestro de Kennedy consistió en la llamada Alianza para el Progreso. En

ella el su Gobierno pretendía invitar a sus vecinos del sur a un proyecto común para evitar nuevas infiltraciones soviéticas en las Américas. Con esa idea llamó a que se reuniese la Organización de Estados Americanos (OEA). La cumbre se celebró en la localidad uruguaya de Punta del Este. No podía permitir el Gobierno norteamericano que el ejemplo cubano cundiese y toda América central y del sur. Eso que ahora, cuarenta y tantos años después, es de una evidencia palmaria entonces no lo era tanto. Cuba era todavía miembro de la OEA. Dejaría de serlo unos meses después tras una moción auspiciada por Estados Unidos. Pero en agosto del 61 el Gobierno revolucionario podía expresarse en aquel foro. Fidel escogió de entre sus acólitos a Ernesto para que se desempeñase como delegado de Cuba. Se trataba de llegar, posar y dar un discurso. Justo lo que mejor se le daba al argentino.

La delegación cubana con Ernesto al frente llegó a Montevideo la primera semana de agosto. La agenda del comandante era muy apretada. Volver al cono sur era regresar a su hogar. Desde que años antes, muchos años antes, abandonase Ecuador para dirigirse a Panamá, Guevara no había vuelto a poner el pie en suelo sudamericano. A la capital de Uruguay acudió en su búsqueda Celia de la Serna y algunos amigos y familiares que hacía casi dos lustros que no veía. En Montevideo le esperaban, aparte de sus familiares más cercanos, muchos admiradores llegados desde Argentina.

En 1961 el Che Guevara era toda una celebridad en el subcontinente y especialmente en su país natal, donde una parte de la juventud empezaba a tenerle como modelo a seguir. Pero no sólo jóvenes idealistas tenían en Guevara un referente. El revolucionario melencólico y su inconfundible boina atraía a toda una legión de periodistas, diplomáticos y líderes políticos de varias naciones.

A Uruguay se desplazó, entre otros, el chileno Salvador Allende, ya cincuentón pero fascinado con la revolución cubana. El experimento chileno de inmersión pacífica en el comunismo no tardaría en llevarse a cabo, apenas una década después, con las funestas consecuencias por todos conocidas. El ocho de agosto, metido ya de lleno en el ajetreo de la cumbre, Ernesto pronunció un discurso frente al plenario del Consejo Interamericano Económico y Social. Con tantos parabienes como había recibido estaba pletórico y dio rienda suelta a toda la palabrería revolucionaria ante el público que atento le escuchaba. Este discurso se hizo famoso entonces. Hoy sin embargo muchos de sus seguidores tratan discretamente de silenciar para que ningún ojo crítico repare en la ensalada de sandeces que salió de la boca de Guevara en aquella ocasión.

Veamos algunas:

La tasa de crecimiento que se da como una cosa bellísima para toda América es 2,5% de crecimiento neto. [...] Nosotros hablamos de 10% de desarrollo sin miedo ninguno, 10% de desarrollo es la tasa que prevé Cuba para los años venideros. ¿Qué indica esto, señores delegados? Que si cada uno va por el camino que va, cuando toda América, que actualmente tiene aproximadamente un per cápita de 330 dólares y vea crecer su producto neto en 2,5% anual allá por el año 1980, tendrá quinientos dólares per cápita. [...] ¿Qué piensa tener Cuba en el año 1980? Pues un ingreso neto per cápita de unos tres mil dólares, más que los Estados Unidos

actualmente. Y si no nos creen, perfecto; aquí estamos para la competencia. Que se nos deje en paz, que nos dejen desarrollar y que dentro de veinte años vengamos todos de nuevo.

No se ría por favor. No se ría porque detrás del extravío guevarista hay millones de cubanos pasando hambre durante varias generaciones.

Pero la Conferencia de Uruguay no solo se iba a hablar de Cuba y sus progresos revolucionarios. Los delegados se traían entre manos la futura integración económica de todo el continente americano. Loable intención nunca llevada a cabo que Ernesto denunció desde la tribuna de oradores:

Nosotros denunciarnos los peligros de la integración económica de la América Latina, porque conocemos los ejemplos de Europa, y además, América Latina ha conocido en su propia sangre lo que costó para ella la integración económica de Europa.

Misterio. ¿Se refería Guevara a la fundación de la Comunidad Económica Europea en Roma apenas unos años antes? El hecho es que gracias a los buenos oficios del libre cambio Europa occidental ha conocido unos niveles de libertad y prosperidad nunca conocidos antes. Los europeos del siglo XXI gozan de una renta por habitante que figura entre las más altas del mundo. Además, disponen de una divisa común, el euro, un parlamento elegido por sufragio universal en Estrasburgo, fronteras inexistentes para personas, capitales y bienes y un proyecto de colaboración en paz que ha alejado el fantasma de la guerra.

Aunque quizá Guevara no se refería a la CEE —hoy Unión Europea—, sino al proceso expansivo de la economía europea que siguió al viaje de Colón. En el siglo XVI América se integró al mercado mundial. Ciertamente que ello supuso la desaparición de culturas antiguas, pero cuando los romanos llegaron a España en la península ibérica dejaron de hablarse las lenguas celtíberas y se tomó el latín como lengua común. Latín que hoy seguimos hablando y escribiendo en su forma castellana. Los españoles de hoy día no echamos culpamos al alcalde de Roma ni a la civilización clásica de nuestros males, más bien al contrario, agradecemos que hace más de dos mil años un puñado de legionarios incorporara esta tierra al orbe romano. Lo tomemos por donde lo tomemos el discurso de Guevara hace aguas.

Lo que parece indudable es que en 1961 la Cuba revolucionaria utilizaba el éxito económico como arma principal de persuasión. Lejos quedaban las privaciones y la ruina que aflige a los cubanos del presente. En una entrevista que Aleida Guevara March, la hija mayor de Ernesto, concedió al argentino Néstor Kohan al interrogar por los valores de la revolución Kohan hablaba en estos términos:

Calidad de vida no es consumir más, ni tener más dinero, sino que calidad de vida es dignidad, patriotismo, autoestima.

No veo yo mucha dignidad en el joven habanero que tiene que jugarse la vida en una balsa para huir de la isla. Ni mucha autoestima la de la cubana de diecisiete años

que se prostituye en el Malecón con turistas extranjeros que le doblan la edad. Claro que Aleida Guevara, como hija de su padre, jamás se ha visto en ninguna de las dos situaciones referidas anteriormente y todo en su vida ha sido dignidad, patriotismo y autoestima.

El discurso de Punta del Este, que fue largo y enjundioso, casi tanto como los del padrino Fidel, buscaba reconciliarse —a su modo— con los Estados Unidos. Ernesto habló en tono apaciguador y hasta insinuó que era hora de arreglar lo deshecho en Playa Girón. Con esa idea prometió que Cuba jamás intervendría en ningún otro país de América para provocar la revolución.

Lo que si damos es garantía de que no se moverá un fusil de Cuba, de que no se moverá una sola arma de Cuba para ir a luchar a ningún otro país de América.

Mentira monumental. No sólo se han movido fusiles, aviones y miles de soldados desde Cuba para promocionar la revolución por todo el orbe con posterioridad a esta conferencia, sino que desde años antes el propio Guevara venía auspiciando movimientos rebeldes en la República Dominicana, Panamá y Haití. Los internacionalistas cubanos fueron siempre la más voluntariosa fuerza de intervención rápida del totalitarismo comunista. Y sino que se lo pregunten a los angoleños, a los congoleños, a los colombianos, a los etíopes, a los venezolanos, a los nicaragüenses... Durante medio siglo no hubo rincón del planeta que se librara de los largos tentáculos de La Habana. El propio Che moriría años más tarde en Bolivia empuñando un fusil, el mismo, suponemos, que había prometido no mover durante la Conferencia de Punta del Este.

Después de intervenir en la sesión plenaria del Consejo Interamericano, Ernesto planeó su viaje de vuelta a Cuba. Pero éste no iba a ser directo. Pactó una entrevista en secreto con Arturo Frondizi, presidente de Argentina. Llegó a Buenos Aires el dieciocho de agosto, tomó un automóvil hasta la Quinta de Olivos, residencia oficial del presidente, se entrevistó con él y, tras pasar por casa de su tía María Luisa, regresó a Montevideo. Aquella fugaz visita a su Argentina natal, de solo tres horas en pleno invierno austral sería la última. Nunca más el Che Guevara volvería a pisar suelo argentino. Había dejado su país en 1953, en agosto de 1961 Argentina y Ernesto eran ya extraños el uno para el otro, completos desconocidos.

La entrevista de Frondizi terminaría trascendiendo. Se sabe, por ejemplo, que Frondizi transmitió a Guevara su preocupación por la deriva comunista del régimen cubano y, sobre todo, por la posibilidad de que Cuba ingresara en el Pacto de Varsovia. El Che le tranquilizó asegurándole que eso nunca ocurriría. Y así fue. El Pacto de Varsovia era una alianza militar de ámbito europeo nacida para contrarrestar a la OTAN. Ni China, ni Vietnam, ni Corea del Norte ni ningún país comunista no europeo formó jamás parte de ese pacto. Meses después Argentina rompería relaciones con la Cuba de Castro y en marzo de 1962 el propio Frondizi cayó tras un golpe de Estado.

De Montevideo viajó a Brasil. En su recién inaugurada capital le esperaba el presidente Janio Quadros que condecoró a Ernesto con la Gran Orden del Cruzeiro del Sur. No sin quejas, el gobernador del Estado de Guanabara consideró que galardonar al guerrillero era del todo intolerable. Días después Quadros, en un enrarecido ambiente político, presentó su dimisión. Todo un récord, de dos presidentes que había visitado Ernesto los dos corrieron la misma suerte en muy corto periodo tiempo. Bien podría el revolucionario haber alargado su viaje hasta España y rendir visita al general Franco. Con un poco de suerte en fecha tan temprana como 1961 hubiese finalizado la dictadura.

De Brasil viajó directamente a La Habana. En Cuba le esperaba su ministerio, el lugar donde materializar esa fantasía económica que orgulloso había presentado a los delegados latinoamericanos en Punta del Este. En sus manos se concentraba un conglomerado público que abarcaba nada menos que 287 empresas, la industria azucarera, las compañías suministradoras de telefonía y electricidad, la minería y una miríada de factorías de todo tipo, desde las constructoras hasta las envasadoras de refrescos.

La economía cubana tenía un nombre: Ernesto Guevara de la Serna. Y un plan: el plan cuatrienal presentado a bombo y platillo en 1961 y que tenía por objeto convertir a Cuba en una de las grandes economías del planeta. Planteamiento semejante había tenido el Partido Comunista de la URSS tres décadas antes. En 1925 el congreso del PCUS lanzó un ambicioso programa de industrialización, forzosa por supuesto. Todo, los programas soviético y cubano separados por treinta y cinco años de historia, se sustentaba sobre unos de los axiomas más célebres del marxismo-leninismo: aquel que afirma que el socialismo se levanta sobre una sociedad industrial con su proletariado de base. Ernesto, que conocía al dedillo las teorías de Lenin, por lo que no es extraño que casi en cada discurso que daba en aquella época hiciese una y otra vez referencia a la necesaria industrialización de Cuba:

En materia industrial, transformación de Cuba en el país más industrial de América Latina en relación con su población, como lo indican los datos siguientes: a) Primer lugar en América Latina en la producción per cápita de acero, cemento, energía eléctrica y, exceptuando Venezuela, refinación de petróleo; primer lugar en América Latina en tractores, rayón, calzado, tejidos; segundo lugar en el mundo en producción de níquel metálico.

El primer plan cuatrienal preveía un crecimiento del 15% anual para la economía. Los planes eran grandilocuentes y jactanciosos. Todo pintaba del color de rosa. La varita mágica de la planificación podía elevar el nivel de vida de los cubanos, distribuir equitativamente la riqueza y proporcionar a la república un lugar de prestigio internacional. Todo en uno, todo a la vez. Para costear semejante programa de industrialización el Gobierno cubano requería fondos, mucho dinero del que, naturalmente, no disponía. El comodín que los líderes de la revolución creían tener seguro era el de la ayuda soviética. ¿Acaso Mikoyan no les había adelantado cien millones de dólares con sólo apretar un poquito?, ¿acaso el Pacto de Varsovia en

pleno no se había comprometido a absorber toda la producción cubana de azúcar casi sin rechistar?

Fidel y, en particular, el ministerio regentado por Guevara, pensaron que la Unión Soviética era una suerte de rey mago llegado de oriente y dispuesto a satisfacer todos sus deseos. Si hacía falta una refinería de petróleo se pedía y a otra cosa, si el ministro consideraba que Cuba estaba muy necesitada de nuevas centrales eléctricas se cursaba la petición a Moscú y, sentaditos a la sombra, esperaban a que los técnicos rusos se presentasen en el aeropuerto de Rancho Boyeros para iniciar la tarea.

Para predicar con el ejemplo Ernesto tenía una agenda completísima de trabajo. Reuniones interminables en la sede del ministerio combinadas con visitas continuas a las fábricas. Se presentaba por sorpresa en cualquier centro de producción y ponía todo patas arriba si era necesario. En 1963 tras una visita de rutina a una planta de motocicletas en Santiago observó que los empleados utilizaban el producto final, es decir, las motos para usos privados. Ofuscado por tal comportamiento volvió a La Habana y desde su despacho dirigió a todos los empleados una sentida carta de amonestación:

Los obreros responsables de la producción de cualquier artículo no tienen derecho sobre ellos. Ni los panaderos tienen derecho a más pan, ni los obreros del cemento a más sacos de cemento; ustedes tampoco a motocicletas.

Ni el patrón más exigente lo hubiese dejado más claro. Lo que los apesadumbrados operarios no se habían dado cuenta aun es que las motos eran del Estado y sería éste y nadie más quien asignase el usufructo de cualquiera de ellas. En la carta se despide con un escueto «Patria o Muerte. Venceremos» que dan que pensar. ¿A qué viene en una carta de todo un ministro a los empleados de una fábrica eso de Patria o Muerte? Es como si el ministro de Industria español dirige una misiva a los empleados de una empresa pública, Correos por ejemplo, y se despide con un «Viva el Rey, Constitución o Muerte». Seguramente pensarían que el ministro se ha vuelto loco. Y con razón. Lo de «Venceremos» bien podría haberlo sustituido por un «Hemos Vencido» para ajustarse más a la doliente realidad del obrero cubano.

Uno de los derechos fundamentales de cualquier trabajador en cualquier país es el de la huelga. Si las condiciones de trabajo así lo justifican nadie puede negar a los trabajadores de cualquier el derecho a no presentarse en su puesto a modo de protesta. Viene siendo así desde el siglo XIX y es de presumir que la Cuba revolucionaria, una república de trabajadores este derecho se mantendría y se vería potenciado desde las más altas instancias del Estado. Pues no. En Cuba el derecho de huelga fue suprimido con la llegada al poder de los guerrilleros. Y así sigue. En una alocución por televisión en junio de 1961 Ernesto Guevara dejaba claro que podían esperar los trabajadores del nuevo régimen:

Los trabajadores cubanos tienen que irse acostumbrando a vivir en un régimen de colectivismo y de ninguna manera pueden ir a la huelga.

A muchos de los revoltosos que menudean por las manifestaciones y las huelgas en occidente enarbolando banderas con la efigie del Che Guevara no vendría mal que alguien les recordase este detalle.

La planificación de la economía siguió a pasos agigantados durante los años en los que Guevara rigió los destinos del Ministerio de Industrias. El país fue empobreciéndose con la misma rapidez. La principal riqueza de la isla —el azúcar— fue a menos. En la zafra de 1961 se cosecharon casi siete millones de toneladas de azúcar, en 1962 la cifra descendió hasta algo menos de cinco millones. Al año siguiente el descalabro fue monumental. La zafra de 1963 fue desastrosa. Tan sólo 3.800 000 toneladas métricas de azúcar de caña. Una ruina a la que muy pronto le buscaron explicación en una inoportuna sequía. La sequía existió pero no fue la responsable de la catástrofe azucarera. En el pasado otras sequías, un fenómeno climático transitorio y ocasional, no habían ocasionado una reducción del 45% en la cosecha en solo dos años.

La culpable era la política, más en concreto la política auspiciada por el ministro Guevara. La obsesión por industrializar Cuba a cualquier precio y la insistencia en buscar cultivos alternativos al azúcar fueron las verdaderas causantes de la magra cosecha azucarera de 1963. Ernesto se empeñó en que Cuba dependía demasiado del azúcar y dio inicio a una política de diversificación agrícola que se demostró letal para el campo. Antiguas fincas en las que venía cultivándose caña desde tiempos inmemoriales se roturaron de nuevo para ensayar nuevos cultivos como el arroz o el tabaco.

Pero esto no era todo. La injerencia en el factor trabajo, es decir, en la mano de obra desorganizó la faenas agrícolas de tal modo que más de la mitad de la cosecha de frutas se quedó en la rama. Todo estaba estatalizado. Desde la recogida hasta el transporte pasando por la distribución. Un país que no conocía el hambre, que se codeaba en 1959 con los más desarrollados de América tuvo que recurrir en marzo de 1962 al racionamiento. Si, a las cartillas de racionamiento. Igualito que en Europa en los años posteriores a la Guerra Mundial.

Entretanto, mientras los cubanos tenían que atenerse a las estrecheces de una cartilla para adquirir productos básicos como la leche o los huevos, Ernesto dio comienzo a unas complejas prospecciones en Sierra Maestra para explotar los yacimientos de níquel. Quería el guerrillero hacer de Cuba una potencia siderúrgica. Parece de locos pero así fue hace poco más de medio siglo. En una charla en la Universidad de La Habana se lo dejaba meridiano a los estudiantes que se reunieron a la convocatoria:

Nosotros, de un plumazo liberamos nuestro petróleo, se convirtió en cubano; dimos el paso fundamental para liberar nuestra minería, y convertirla en cubana; iniciamos un proceso de desarrollo que abarca seis ramas importantísimas y básicas de la producción, como son: la Química Pesada, la Química Orgánica a partir de los hidrocarburos de la caña de azúcar, la Minería, los Combustibles, la Metalurgia en general y particularmente la siderurgia.

Los cubanos podían presumir de tener toda una industria siderúrgica nacional sobre el papel, pero a la vez carecían de lo más elemental. Por ejemplo, de pasta dentífrica. En el mes de agosto de 1961 en la Reunión Nacional de Producción se lamentaba Ernesto de lo deficiente que estaba siendo el abastecimiento de ciertos productos. Entre ellos la pasta de dientes, tan necesaria por las mañanas después del desayuno:

Entonces llegó la materia prima, un sulfato bicálcico fuera de las especificaciones necesarias, para hacer la pasta de dientes... Los compañeros técnicos de esas empresas han hecho una pasta de dientes... tan buena como la anterior, limpia igual, pero después de un tiempo de guardarla se pone dura.

Cuando al mercado se le hurta la posibilidad de asignar recursos pasan estas cosas. Hubiera hecho bien Ernesto en informarse bien en su primer periplo por los países del socialismo real en lugar de montar un numerito con el embajador para dejar flores a Stalin en su mausoleo moscovita.

Uno de los grandes problemas a los que se enfrentó, amén de los consabidos por la planificación, fue la falta de mano de obra cualificada. Entre 1960 y 1962 más de doscientos mil cubanos altamente cualificados abandonaron el país. Y no era para menos. Ante un Gobierno cuya divisa principal era la coacción sistemática la única defensa del ciudadano es votar con los pies, es decir, irse. Y eso hicieron decenas de miles de profesionales de todas las ramas. Médicos, ingenieros, arquitectos, obreros especializados, una sangría humana de proporciones descomunales. La revolución habría de hacerse sin cuadros. El propio Ernesto se quejaba amargamente ocasión del triste destino de sus reformas sin los técnicos adecuados.

... nos falta el brazo ejecutor que es el técnico —y conste que no digo ni siquiera el técnico revolucionario, que sería el ideal—, simplemente el técnico, de cualquier categoría y estructura mental que tenga, por muchas trabas ideológicas, por muchas rémoras del pasado que pudiera tener. Ni siquiera ese técnico a secas que sería como una tierna losa en el camino de la Revolución, ni siquiera eso tenemos.

Para el responsable del Banco Nacional de Cuba, que es el cargo oficial que desempeñaba Guevara cuando ofreció esta charla a los alumnos de la Universidad de La Habana, un simple técnico que pensase por su cuenta padecía de «rémoras del pasado» y «trabas ideológicas». Que cada lector saque sus propias conclusiones.

El problema de la falta de técnicos era acuciante. Los soviéticos y otros países de la Europa del este enviaron asesores a Cuba para que, mientras Fidel y sus guerrilleros construían el socialismo en Cuba, al menos no se les viniese el tejado encima. Junto a ellos los Gobiernos de los países hermanos no repararon en gastos para dotar a Cuba de materias primas y la maquinaria imprescindible. Pero fue inútil. Los bienes industriales producidos en el bloque comunista eran de una calidad pésima. No hay más que comparar un automóvil Trabant y un BMW para darse cuenta de ello. Ambos estaban diseñados y fabricados por alemanes a apenas unos kilómetros de distancia, pero entre los dos había un abismo difícilmente sorteable en cuanto a avances técnicos y calidad del producto final.



Los envíos desde Europa se retrasaban o traían piezas defectuosas que de poco o nada servían a la hora de ser ensambladas en la recién instaladas fábricas cubanas. Un ejemplo viviente de este desbarajuste industrial es el parque automovilístico que hoy en día exhiben las ciudades cubanas. Una gran parte del mismo está formado por coches de fabricación norteamericana de los años cincuenta. Y siguen circulando. La mayor parte de los Lada soviéticos hace tiempo que dejaron de prestar sus servicios por las calles y carreteras de la isla.

El hecho es que ciertas tecnologías estaban mucho más avanzadas en la Cuba de 1959 que en la todopoderosa Unión Soviética. Por ejemplo la televisión. Cuba había sido en 1958 el segundo país del mundo, después de los Estados Unidos, en transmitir la señal televisiva en color por el canal 12. Con el triunfo de la revolución la emisiones se cortaron y los equipos fueron llevados a la URSS para que los ingenieros soviéticos estudiaran la innovadora tecnología norteamericana. La televisión cubana reemprendió las emisiones en color a finales de 1975, cuando todo el mundo libre disfrutaba de esta técnica y en los comercios de Occidente los receptores a color eran el producto estrella.

Los resultados del ambicioso programa promovido desde el Ministerio de Industrias no tardaron en recogerse. Los dos primeros años de revolución, entre 1959 y 1961, fueron de una relativa y ficticia prosperidad. El gobierno revolucionario dilapidó los recursos del país inaugurando proyectos de envergadura destinados a proporcionar sanidad y educación gratuita a todos los ciudadanos. El consumo durante este bienio se disparó. Los cubanos disponían de una renta artificialmente hinchada que no tardó en pasar su inevitable factura.

Al tiempo que sucedía esto la producción agraria se desplomó. Entre 1961 y 1963 el producto agrícola cayó un 23% debido en gran parte a las deprimentes cosechas azucareras. El Producto Interior Bruto de la isla, lejos de crecer un 10% anual como había anunciado triunfante el Che en su comparecencia ante el Consejo Interamericano, decreció en 1963 un 1,5%.

Afortunadamente Ernesto se dio por aludido. Supo hacer autocrítica de la propia gestión al frente del ministerio y reconocer errores de bulto que había cometido en el plan cuatrienal. Esto dice mucho a favor suyo, especialmente cuando lo habitual entre los dirigentes comunistas es echar la culpa al empedrado por no saber bailar. Pero su análisis a posteriori no fue al centro del problema, esto es, a la planificación centralizada. Podría haber repensado toda la estrategia económica y haber dicho «Señores, esto no funciona, lo mejor será que devolvamos los medios de producción a sus legítimos propietarios y dejemos que sea el mercado el que asigne los recursos conforme a la regla de la oferta y la demanda».

Pero no lo hizo. Empezó a buscar explicaciones a cada cual más peregrinas eludiendo la cuestión principal. La eludía porque la ignoraba. Ignoraba que en una economía socialista el cálculo económico desaparece y la ruina está asegurada. El cálculo económico consiste en el uso racional de los recursos y el capital.

Exactamente lo que Guevara ignoró al frente de su ministerio. El austriaco Ludwig von Mises lo había dejado meridianamente claro en los años treinta en su obra *Socialismo*, pero como Ernesto se dedicó a perder el tiempo con *El Capital* en lugar de dotarse de una verdadera formación económica los cubanos hubieron de pagarlo con la cartilla de racionamiento en la mano.

La escasez, como la demagogia y el fanatismo, sobrevivieron al Che Guevara. Un cubano medio de, por ejemplo 1997, trigésimo aniversario de la muerte del guerrillero heroico, disponía después de aguantar una respetable cola en la tienda de abastos de la siguiente cuota alimenticia:

- Cinco libras de arroz y una de frijoles al mes
- Cuatro onzas de carne dos veces al año
- Cuatro onzas a la semana de pasta de soja o pasta de harina de trigo
- Cuatro huevos al mes

Y eso es todo. Por suerte para los desdichados habitantes de la isla el mercado negro subsiste a pesar de la infinidad de controles que el régimen siempre le impuso. Gracias a él los cubanos no se han muerto de hambre. Y esto en un país que nunca tuvo necesidad de importar alimentos. El clima es excepcional, en la isla crece de todo y a buen ritmo. Para los españoles fue una bendición durante siglos recalar en la prodigiosa perla del Caribe: frutas tropicales, ron de caña, palmeras tapizando las playas... Sin evocar tiempos pretéritos de navíos a vela que surcaban el Atlántico rumbo a Sevilla, en 1958 el censo ganadero de Cuba arrojaba un total de cinco millones y medio de reses. La Cuba de entonces tenía rondaba los seis millones de habitantes. Casi a una vaca por persona. En esto no hay embargo norteamericano que valga pues los cubanos nunca precisaron antes del experimento socialista de comprar comida más allá de sus costas.

La triste herencia de la política guevarista se hace aun más lacerante si nos remontamos cuatro décadas en el tiempo y tomamos cualquiera de sus discursos de época, que fueron muchos y en casi todos decía lo mismo, hábito que el Comandante en Jefe mantuvo hasta que la enfermedad le venció. En uno celebrado en la inauguración de una planta de sulfometales arengaba a la masa recordando que con su revolución se ventilaba nada menos que el porvenir de los hijos de Cuba, los mismos que terminaron trabajando para los hoteleros españoles en Varadero recibiendo su sueldo en pesos sin valor:

Nosotros somos el presente que estamos construyendo el porvenir para nuestros hijos, y siempre debemos ver hacia delante, hacia el porvenir, y destruir hasta el más mínimo resto del pasado.

El porvenir en Cuba se escribió a partir de aquel momento en una falta de todo, desde el derecho a opinar al simple acto de llevarse un pedazo de pan a la boca. El porvenir del que hablaba Guevara en aquella planta industrial fue estomagante, cruel

y cargado de ironía.

## **Bombas contra el imperio**

La frustrada invasión en la Bahía de Cochinos en abril de 1961 fue la antesala de la verdadera crisis cubana. El mundo estaba dividido en dos bloques antagónicos, por lo que esta crisis en el espacio de muy pocos días se convirtió en mundial. Escaló hasta convertirse en la mayor crisis de toda la Guerra Fría. Trece días que conmocionaron al mundo y que arrancaron en Cuba.

Las cuatro décadas de Guerra Fría que padeció el mundo tras la rendición de Japón se basaron esencialmente en el statu quo emanado de los acuerdos de Potsdam. Si uno no movía ficha el otro tampoco lo haría. Todas las guerras y conflictos en los que los Estados Unidos se vio envuelto desde 1950 hasta la retirada de Vietnam fueron estrictamente defensivas en aras de mantener su área de influencia. En Corea los norteamericanos promovieron una alianza para repeler a los norcoreanos que habían invadido la parte sur de la península. En Vietnam se produjo idéntica situación. En conflictos localizados como los de Oriente Medio o América Latina, Estados Unidos osciló entre la inhibición y la intervención moderada a través de sus servicios de inteligencia. Jamás, en ninguno de los cuarenta años de tensión, distensión y vuelta a empezar el Gobierno norteamericano metió sus narices en el área de influencia soviética.

Y ocasiones no le faltaron. En 1956 los húngaros se levantaron pidiendo democracia y Washington calló. En 1968 Checoslovaquia le tomó el relevo y la postura del presidente Johnson fue la misma: silencio y a mirar hacia otro lado. La Unión Soviética no actuó del mismo modo. Desde el mismo momento en que quedó constituido el bloque del este en torno al Pacto de Varsovia pocos fueron los países del Tercer Mundo que se libraron de la intervención directa del Kremlin. Tras el fracasado bloqueo soviético de Berlín Occidental, el Kremlin se olvidó de Europa y puso sus ojos en el tercer mundo. Apoyaron a los norcoreanos, a los norvietnamitas y a una pléyade de guerrillas africanas. La guerra de Afganistán, ya en los años ochenta, fue el capítulo crepuscular de un totalitarismo como el soviético que no entendía más lenguaje que el de la expansión.

En diciembre de 1961 Fidel Castro declaró ante el mundo por televisión algo que ya todos sabían, esto es, que era comunista, marxista-leninista para más señas, y que seguiría profesando tal ideología hasta el día de su muerte. La última carta que faltaba dejar sobre la mesa ya estaba en juego. A los Estados Unidos y al mundo libre, al de las democracias, les había salido un incómodo forúnculo en el trasero. Incómodo y peligroso, a poco más de cien kilómetros de las costas de Norteamérica. Algo así como si en los años sesenta Rumania se hubiese pasado con armas y bagajes al bloque occidental dejando a los soviéticos con un palmo de narices. Huelga recordar

que Moscú jamás hubiese permitido semejante eventualidad porque pertenecer al club de países socialistas era como ingresar en una secta o en una banda terrorista. El que entraba no podía salir. Era un viaje de ida. Los húngaros y checos comprobaron en sus propias carnes las trágicas consecuencias que les ocasionó pedir el billete de vuelta.

A principios de la década de los sesenta la obsesión de los dirigentes del Kremlin era lograr la paridad nuclear con los norteamericanos. Ponerse en igualdad de condiciones por si estallaba el conflicto. Washington no sólo había desarrollado la primera bomba atómica, sino que llevaba varias cabezas de ventaja a los rusos en desarrollo y número de misiles balísticos. Habían trasladado parte del arsenal a Turquía y a Alemania Occidental para reaccionar con rapidez en caso de que estallase el conflicto. Esto a la gerontocracia soviética le alteraba la tensión arterial. La lógica del comunismo era extenderse pero ante semejante rival era poco menos que imposible lograr ese objetivo.

Los países de Europa occidental además marchaban muy bien económicamente, eran los años del «wirtschaftswunder» alemán, del milagro italiano, del crecimiento continuo, de aquella prosperidad para todos que preconizase años antes el injustamente olvidado Ludwig Erhard. Ante tal panorama las opciones de hacerse con la parte atlántica del continente se complicaban. Los partidos comunistas, vanguardia natural de la revolución, eran, con la única excepción del italiano, minoritarios y se llevaban bien con las democracias liberales. La vieja táctica del golpe desde dentro que tan buenos réditos había dado al otro lado del Elba se esfumaba dramáticamente.

En estas Nikita Jruschov vio la posibilidad de meter el miedo en el cuerpo al recién elegido presidente Kennedy. Si colocaba plataformas de lanzamiento de misiles en Cuba el equilibrio de poderes tendería a igualarse y a los gringos no les quedaría más remedio que aceptarlo. Con el tiempo se vería que esta fue una maniobra absurda y que terminaría siendo el desencadenante de la caída en desgracia del propio Jruschov.

En junio de 1962 un tal Petrov, ingeniero soviético a cargo del programa nuclear, se entrevistó con Fidel para proponerle la idea de instalar misiles en la isla. Fidel aceptó a la primera. Con el apoyo nuclear soviético garantizaba no sólo su política de enemistad a ultranza con los Estados Unidos, sino que se afianzaba definitivamente en el poder. Las armas rusas bien podrían convertirse en su mejor guardia pretoriana. En numerosas ocasiones tanto Castro como el Che y otros líderes cubanos habían hecho referencia al paraguas nuclear que Cuba poseía gracias a la alianza con la Unión Soviética. Y como muestra, más de un año antes, con motivo de la expedición en Bahía Cochinos Guevara expresaba lo siguiente en un discurso:

Pero relacionado con Cuba son fuertes en armas y también lo saben; saben que no pueden atacar directamente, saben que además de astronautas, hay cohetes con carga atómica que se pueden poner en cualquier lado.

Muy en su línea, Guevara mezclaba a partes iguales entusiasmo y desinformación. En abril de 1961, fecha en que pronunció este discurso, los soviéticos estaban lejos de poner misiles nucleares en cualquier lado. La superioridad norteamericana era absoluta y los rusos lo sabían, pero no Guevara, que se dejaba llevar fácilmente por la pasión ideológica. Por fortuna los norteamericanos siempre llevaron la delantera en la cuestión nuclear, de no ser así hoy el mundo sería un inmenso gulag.

Con la anuencia del Comandante en Jefe Raúl Castro se desplazó a Moscú para ultimar los detalles de la operación. En la Unión Soviética le recibió el mariscal Malinovski, que se encargó personalmente de dar al cubano el trabajo hecho. En total se enviarían a Cuba cuarenta y dos misiles y una tropa formada por 42 000 efectivos. Todo en el más absoluto secreto. Los norteamericanos tenían destacada una parte importante de su ejército en Europa pero era del dominio público. Una década antes, cuando Eisenhower negoció con el general Franco la instalación de bases en España, a nadie se le ocultó la intención última de los norteamericanos. Raúl Castro revisó el convenio y solicitó a su hermano que enviase una delegación a Moscú para entrevistarse con Jruschov y cerrar el asunto.

Fidel escogió de entre sus hombres de confianza a Emilio Aragónés y a Ernesto Guevara. Ambos tomaron el avión de Moscú en agosto. Pero el premier soviético no les estaba esperando. Se había ido de vacaciones a la costa del mar Negro. Esa era la importancia que tenía la Cuba socialista para los capos de Moscú. A falta de Jruschov los atribulados antillanos se dirigieron a uno de los jefes del régimen, Leonidas Breznev, que estaba llamado todavía sin saberlo a ser el sucesor del gran jefe. Breznev se deshizo con cajas destempladas de los emisarios de Castro y los envió a Yalta, localidad balneario de la costa ucraniana donde Nikita Jruschov apuraba sus vacaciones estivales. El ruso los recibió de buen grado y ante la idea de Ernesto de convertir el convenio en una alianza militar mucho más ambiciosa, Jruschov replicó que no era necesario, que si los norteamericanos se enteraban de los manejos y en consecuencia se molestaban enviaría de inmediato la flota del Báltico al Caribe para apaciguar los ánimos.

Guevara volvió a La Habana en septiembre persuadido del buen hacer de sus padrinos y de lo inevitable que era convertir a Cuba en una inmensa plataforma de misiles nucleares. El verde caimán del que hablaba Ernesto refiriéndose a Cuba años antes era ya una lagartija roja y además radioactiva.

Muy a pesar del sigilo con el que se estaba llevando a cabo la operación, los norteamericanos se dieron por enterados de la trama. Ciertamente que no sabían a ciencia cierta lo que soviéticos y cubanos se traían entre manos, pero algo sospechaban. La Casa Blanca ordenó que se intensificaran los vuelos de espionaje sobre la isla. Estas misiones eran efectuadas por unas aeronaves especiales, las Lockheed U-2, que volaban a gran altitud. Iban equipadas con una novedosa cámara de alta resolución que permitía tomar fotos detalladas de la superficie.

El día catorce de octubre, tras un concienzudo análisis de las fotografías, los servicios secretos concluyeron que los soviéticos estaban ultimando la construcción de sus instalaciones militares en Cuba. Era una desagradable sorpresa. La operación se había mantenido en el máximo secreto desde que Guevara visitase Yalta a finales de agosto. Entretanto, a los rusos les había dado tiempo de desplazar hasta la isla caribeña nada menos que [...] cuarenta y cinco cabezas nucleares, treinta y seis cabezas para misiles de crucero, doce cabezas para los cohetes Luna incluidos posteriormente en el programa y seis bombas atómicas para los aviones Iliushin 28, de acuerdo con lo previsto. [...]

Junto al arsenal 40 000 soldados soviéticos que llegados de incógnito a Cuba. Muchos creen que, desde la crisis de Bahía Cochinos, los Estados Unidos no quitaban ojo de Cuba y estaban en permanente estado de alerta para asfixiarla a la primera de cambio. Nada más lejos de la realidad. Tal era su despreocupación que la URSS le coló delante de sus narices todo un arsenal nuclear y 42 000 hombres armados en poco más de un mes. Desde el verano habían arribado a los puertos cubanos 114 barcos cargados de armas, pertrechos y hombres. A primeros de octubre el presidente títere de Cuba, un tal Osvaldo Dorticós que venía a ser algo así como la grabadora de Fidel vestida de traje y corbata, visitó la Asamblea General de las Naciones Unidas y aseguró que Cuba estaba en condiciones de defenderse ante cualquier ataque. Como vemos, Fidel Castro tampoco dejaba de presumir públicamente de su recién adquirida armadura nuclear muy a pesar del carácter secreto de la operación.

El Consejo Nacional de Seguridad examinó con detenimiento el trabajo llevado a cabo por la Fuerza Aérea y ordenó incrementar los vuelos de reconocimiento para obtener más pruebas con las que plantarse ante los soviéticos. Sobre la mesa del despacho oval se amontonaban varios planes de acción. Uno: bombardear inmediatamente las instalaciones antes de que éstas estuviesen operativas. Dos: combinar un ataque aéreo sobre Cuba con una invasión militar que depusiese a Castro. Tres: un bloqueo naval de la isla que cerrase el paso a los mercantes soviéticos que cruzaban el Atlántico. Y cuatro: abrir negociaciones con Moscú para que retirase de grado las plataformas y las cabezas nucleares.

Los generales del Pentágono eran partidarios de la primera o la segunda, es decir, acabar con el problema de raíz. Esto, sin embargo, podría ocasionar que se desatasen hostilidades en Alemania. Y ganar Cuba para perder Berlín no era solución para el presidente Kennedy. La última de las opciones, la cuarta, no merecía siquiera la consideración del gabinete. Nadie en Washington creía a los soviéticos. Llevaba el embajador ruso y el propio Jruschov varias semanas mintiendo como un bellaco ante las más que razonables dudas del Pentágono. Nada hacía pensar que las intenciones del premier soviético fueran dignas de crédito. Por eliminación quedó la tercera vía, la del bloqueo. Si fallaba, si los navíos soviéticos decidían saltarse a la torera los controles de la armada estadounidense siempre quedaba recurrir al bombardeo o directamente a la invasión de la isla.

El presidente Kennedy compareció por televisión para informar a sus conciudadanos y al mundo de la gravedad de la situación. Era una estrategia opuesta a la seguida por soviéticos y cubanos que habían mantenido en secreto toda la operación. Kennedy mundializaba de este modo el conflicto. El veinticuatro de octubre se inició el bloqueo naval, al que se denominó cuarentena de la isla de Cuba. Todo el ejército norteamericano entró en estado Defcon-2, el previo a la guerra. El Estado Mayor dispuso a todos los bombarderos B-52, a la sazón más de quinientos, en estado de máxima alerta con las bodegas cargadas y preparados para el despegue inmediato. Por si eso no bastaba otras noventa fortalezas volantes iniciaron un viaje circular por encima del Atlántico para entrar en combate a la primera orden de la Casa Blanca. Todas las bases en el extranjero fueron puestas en alerta y los misiles balísticos de carga nuclear Atlas, Titan y Minuteman fueron activados para proceder a su lanzamiento. De auténtico infarto. A las pocas horas de iniciada la cuarentena los cargueros soviéticos cambiaron el rumbo dando marcha atrás. El mundo se había salvado in extremis.

Pero en La Habana no se querían dar por enterados. Fidel insistía en su peculiar teoría de la invasión inminente. Castro, que mostró siempre unas inigualables dotes para la oratoria, nunca se caracterizó por su ojo clínico en política internacional. En plena crisis de los misiles, cuando Kennedy había descartado cualquier acción ofensiva contra Cuba, siguió insistiendo una y otra vez en la idea que los norteamericanos iban a invadir su coto privado. Y así se lo hizo saber a Jruschov. En una carta dirigida al premier soviético decía textualmente:

Si ellos llegan a realizar un hecho tan brutal y violador de la ley y la moral universal, como invadir Cuba, ese sería el momento de eliminar para siempre semejante peligro, en acto de la más legítima defensa, por dura y terrible que fuese la solución, porque no habría otra.

Es decir, que antes de que los yanquis llevasen a cabo «su plan» había que desencadenar un conflicto termonuclear de espantosas consecuencias para todo el género humano. Así era Fidel Castro. Con tal de salvar su ranchito poco le importaba si la humanidad se despeñaba por el precipicio de una guerra atómica.

Por suerte para los que entonces poblaban el planeta y para los que vinimos en las décadas siguientes Jruschov se tomó en serio la amenaza norteamericana y se avino a negociar. No sin antes sufrir un susto de última hora. La defensa de Cuba había quedado dividida como en la crisis de Bahía Cochinos en varias áreas de mando al frente de las cuáles se situaron comandantes de probada fidelidad al régimen. En la zona de Pinar del Río volvió Guevara a fungir como responsable de defensa en espera de que los norteamericanos se decidiesen a invadir la isla.

En ese delirio, en ese sentirse los amos del universo, que se apoderó de la política cubana no se le ocurrió otra cosa a sus máximos dirigentes que ordenar el ataque indiscriminado de cualquier aeronave enemiga, es decir, norteamericana, que sobrevolase cielo cubano. Y así ocurrió que el día veintisiete, cuando Jruschov y

Kennedy estaban acercando posiciones para llegar al fin de la crisis, un avión de reconocimiento fue derribado cerca de Banes, en el oriente cubano.

El postrer alarde de Castro no deshizo las negociaciones entre Washington y Moscú. El día veintiocho se dio por concluida la crisis a dos bandas. Nadie se acordó de Fidel Castro, ni del Che Guevara ni de ninguno de los más conspicuos representantes del Gobierno cubano. El líder máximo se enteró por la radio de los acuerdos soviético-americanos y montó en cólera. Él, que había jugado durante unos días a estrategia de altos vuelos, no recibió notificación —ni oficial ni oficiosa— de sus queridos camaradas soviéticos.

Ante el desplante a Castro le salieron verdaderas culebras por la boca, «¡Pendejo!, ¡Cabrón!, ¡Hijo de puta!» fueron algunas de las lindezas que Fidel dedicó no a Kennedy, sino a su admirado Nikita Jruschov. Los días posteriores al fin de la crisis no fueron menos humillantes para el barbudo de La Habana y su cohorte. Extendió un pliego de reclamaciones ante los Estados Unidos entre las que se incluía la devolución de la base de Guantánamo. En Washington ni se lo tomaron en cuenta.

Las Naciones Unidas enviaron a Sithu U Thant, su secretario general, para que supervisase personalmente el desmantelamiento completo de las instalaciones soviéticas incluido en los acuerdos Kennedy-Jruschov. Castro recibió la llegada de tan ilustre visitante motejándolo de lacayo del imperialismo. Acto seguido se negó en redondo a que los inspectores de la ONU entrasen en territorio cubano. Quizá pensaba que si mostraba una posición de fuerza iban a tomarle en serio en las cancillerías donde se despachaban los asuntos de interés global, pero ni con esas. Soviéticos y norteamericanos convinieron, ante la testarudez del líder cubano, en llevar a cabo las inspecciones en alta mar según los buques abandonaban los puertos cubanos. Ante tal cúmulo de desaires por parte de su aliado, a Castro solo le quedó el recurso al pataleo. Hizo lo único que sabía hacer, utilizar su poder omnímodo en la isla para poner a los cubanos en contra de la URSS. Por La Habana empezaron a popularizarse coplas como aquella que decía «Nikita, mariquita, lo que se da no se quita».

Tal y como había sucedido en Playa Girón, el papel de Ernesto Guevara fue insignificante. De hecho, en los días álgidos de la crisis, entre el dieciséis y el veintiocho de octubre, el Che ni siquiera se entrevistó con Fidel. Su papel en la epopeya de los misiles se había limitado a la fugaz visita a la Unión Soviética en el verano de 1962. Tras el acuerdo de Kennedy y Jruschov Ernesto quedó muy desengañado y vio como sus esperanzas de asestar el certero golpe al imperialismo se diluían en la real politik de la Guerra Fría. En el diario británico Daily Worker Guevara afirmaba sin empacho unos días después de concluida la crisis:

Si los cohetes hubieran permanecido en Cuba, los hubiéramos utilizado todos, dirigiéndolos contra el corazón de Estados Unidos, incluyendo Nueva York, en nuestra defensa contra la agresión. Pero como no los tenemos, lucharemos con lo que tenemos.



Este tipo de manifestaciones del Che a favor de la guerra abierta, o mejor dicho, del holocausto nuclear sin ambages no han pasado a la biografía del guerrillero heroico por no se sabe bien que extrañas razones. Lo que parece fuera de toda duda es que a finales de 1962 Ernesto andaba bastante traumatizado por el desenlace del triste episodio de los misiles. En la misma entrevista el comandante concluía:

Algunos en Europa dicen que se ha ganado una gran victoria. Pero nosotros decimos que si bien la guerra se ha evitado, eso no significa que se ha asegurado la paz. Y preguntamos si a cambio de una ganancia menor sólo hemos prolongado la agonía. Hasta ahora, lo único que ha sucedido es que se ha evitado el enfrentamiento.

Palabrería hueca muy al estilo Fidel Castro. Todo un clásico de la revolución cubana. Hablar mucho y no decir nada o, lo que es peor, contradecirse abiertamente en el mismo párrafo. Porque, repasando el texto, si se ha evitado la guerra, ¿cómo es posible que no se haya asegurado la paz? Pregunta del millón que quizá desde la Cátedra Ernesto Guevara de la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo nos la puedan responder.

Lo que si parece claro es que durante la crisis de octubre, durante los días aciagos que pusieron al mundo al borde del colapso nuclear, los únicos que estaban por la labor de apretar el botón del desastre eran los miembros del Gobierno de Castro.

## **La hora del desencanto**

La crisis de octubre dejó un poso amargo en castrismo. La Unión Soviética no se había inmolado por ellos y eso para Fidel y sus hombres era algo intolerable. Las relaciones con Moscú se enfriaron durante el invierno de 1962. Los cubanos se sentían traicionados por la falta de determinación de sus aliados y, especialmente, por el pragmatismo con el que habían zanjado la crisis.

Jruschov había hecho el ridículo. No había sabido mantener la apuesta. Así, del mismo modo que la experiencia de playa Girón había arrastrado el prestigio de Kennedy por los suelos, la crisis de los misiles elevó su ascendente internacional hasta límites insospechados. Su firmeza frente al órdago ruso transportó al joven Kennedy hasta el Olimpo de los elegidos, a ser el paladín de la paz en tiempos tan difíciles como los que acababan de vivir.

Eso para Castro era muy difícil de sobrellevar. Durante meses dio rienda suelta a las críticas abiertas a la Unión Soviética y no escatimó insultos y vilipendios para el premier Jruschov. Guevara no era ajeno a ese ambiente. Como estandarte de la línea dura del régimen se sentía si cabe aun más traicionado que sus conmlitones. Su ignorancia en cuestiones de geoestrategia y política internacional le habían hecho creer seriamente que Cuba podía hacer estallar una guerra mundial.

En su obnubilación guerrillera desconocía que el equilibrio nuclear estaba a favor

de los norteamericanos, que en una hipotética contienda la URSS tenía todas las de perder. A principios de los años sesenta la superioridad se occidental era total en el aspecto militar. El bloque occidental era además mucho más rico y estaba más poblado. Cuba podría constituir una esperanzadora tendencia, un exotismo tropical que presagiase un futuro más halagüeño para su causa, pero no era ni de lejos un interés tan cardinal como para que el Kremlin se enredase en una conflagración nuclear que tenía perdida de antemano.

Cabría preguntarse por qué ni Guevara, ni Castro ni ninguno de los cabecillas de la revolución cubana supieron verlo. Sencillo, jamás tuvieron asesores en el sentido estricto del término. Se rodeaban de aduladores que les reían las gracias y aplaudían sus ocurrencias. Nada extraño, es lo que venían haciendo desde los años de Sierra Maestra. Por eso se dieron contra la pared.

Las esperanzas y anhelos de Ernesto empezaron entonces, en aquel invierno de 1962, a desligarse de Moscú. Empezó a ver como la redención de la humanidad no pasaba por la Plaza Roja. Su visión era más romántica y arrebatadora: guerrilla, acción, pueblos en armas rebelándose contra la oligarquía e instaurando revoluciones populares. El nuevo socialismo habría ineluctablemente de llegar a través de experiencias liberadoras como la cubana. En «La Guerra de Guerrillas» ya había teorizado sobre el tema, en los numerosos artículos que escribía para la revista «Verde Olivo» hacía referencia una y otra vez al milagro cubano.

Luego la cuestión era simple, si lo que funcionaba era lo suyo, ¿por qué no exportarlo de una vez por todas a todo el orbe?, ¿por qué no convertirse en el adalid de los desheredados de la tierra con un fusil al hombro?

Los primeros meses de 1963 fueron muy duros para Cuba en el plano económico. Comenzaban a sentirse las funestas consecuencias de las colectivizaciones llevadas a cabo en el bienio anterior. La política de industrialización forzosa de la isla se estaba revelando como un calamitoso y costosísimo error. Todo era carestía, racionamiento, recursos mal asignados, mercados negros, falta de provisiones, en definitiva, el rosario de consecuencias negativas que al corto plazo trae la planificación socialista. Es cierto que Lenin y Stalin habían conseguido industrializar Rusia a golpe de plan, pero con un coste en vidas humanas que Cuba, con sus poco más de seis millones de habitantes, no podía permitirse.

Además, faltaban las materias primas que en Rusia abundaban pero no en Cuba. Por más que lo deseen sus gobernantes esta pequeña isla no puede ser autosuficiente en una economía moderna. Carece de petróleo, de yacimientos de hierro y de otros metales no menos importantes para la industria como el estaño, el zinc o la bauxita. Podían importarse, pero las reservas de divisas del Banco Nacional de Cuba, el mismo que había dirigido Ernesto años antes, estaban exhaustas. No había un solo dólar en las arcas del Estado. Y sin dólares la economía no funciona. Ni en la Cuba socialista ni en ningún otro lugar del mundo. Por mucho voluntarismo que Ernesto le pusiese en las jornadas de trabajo voluntario, donde nada hay nada puede obtenerse.

De poco valía el entusiasmo desmedido en los muelles del puerto levantando sacos si el país a duras penas podía alimentar a todos sus habitantes.

Fidel no era ajeno a los crecientes problemas económicos. Había dos posibles soluciones. Una desandar lo andado, intentar el acercamiento a los Estados Unidos para que levantase el embargo comercial. La otra cuadrarse en posición de saludo ante la Unión Soviética para que sostuviese a la revolución. La primera fue desechada de inmediato. Abrir la economía suponía ciertas concesiones que Fidel no estaba dispuesto a admitir. Para que los norteamericanos anulasen el embargo era imprescindible reconocer de nuevo la propiedad privada. Si los cubanos podían ser propietarios significaba que podían enriquecerse y esto es la mayor pesadilla para un régimen comunista. Un ciudadano que dispone de propiedades es un peligro para su tiranía. El paraíso socialista sólo es posible con una ciudadanía inerte y desarmada que lo espere todo del Estado.

Luego solo quedaba volver a Moscú con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas. El premier Jruschov se había hasta tomado la molestia de invitar a Castro a conocer de cerca la patria del socialismo. Castro se hizo de desear durante una temporada y al final aceptó. Pelillos a la mar. Que meses antes había tachado de «culero» al premier soviético nada importaba, que una de las diversiones populares más extendidas en La Habana era entretenerse con coplas sobre la falta de hombría de los soviéticos era pura anécdota. A finales de abril de 1963 Fidel Castro emprendió viaje a la URSS, la primera de una larga lista de peregrinaciones a la casa del amo que realizaría hasta que la Unión Soviética se derrumbó en 1991.

Guevara se quedaba en Cuba. Con su radicalismo y ese misticismo revolucionario tan suyo lo único que conseguiría era dar al traste con la reconciliación. El viaje de Fidel no era turístico. Durante los casi dos meses de periplo por las repúblicas soviéticas el líder cubano negoció importantes acuerdos en los que se despacharon asuntos de importancia para el todavía ministro de Industrias. Nadie consultó a Ernesto ni por teléfono. En su oficina de la Plaza de la Revolución el Che iba enterándose de la firma de unos acuerdos en los que el no había dicho ni una palabra. El divorcio entre Castro y el Che, entre el Comandante Guevara y la revolución cubana estaba a punto de formalizarse.

El regreso de Castro se produjo ya entrado el verano. Los efectos del viaje eran demoledores para la obra de Ernesto al frente de su ministerio. Castro certificaba el fin de la fantasía industrial de su ministro del ramo. Moscú se había mostrado atenta con Fidel, con su revolución y dispuesta a contribuir en el mantenimiento del régimen, pero solo a cambio de que Cuba aceptase integrarse en la división del trabajo que imperaba dentro del campo socialista. En ésta peculiar planificación internacional de la producción que se llevaba —o al menos intentaba llevar—, a cabo desde organismos como el CAME a Cuba le tocaba, como no podía ser de otra manera, producir azúcar para sus socios.

Todo el castillo que Ernesto había venido construyendo desde 1960 se venía

abajo. Casi en cada discurso, en cada artículo recordaba una y otra vez que el gran problema de Cuba era la monoproducción de azúcar, la dependencia fatal que la economía cubana tenía del dulce elemento. Según la teoría guevarista Cuba poseía una economía de tipo colonial y estaba condenada por el imperialismo a producir azúcar en cantidades industriales. Los españoles habían hecho de la isla un gran ingenio azucarero y la república independiente no había corregido el rumbo. Iba a ser él el que reorientase la historia económica de Cuba en torno a un ambicioso proyecto de industrialización. Pues bien, en apenas dos meses todo se vino abajo. Cuba iba a producir azúcar, cuanto más mejor, para sus socios del campo socialista.

Días después del regreso del líder Guevara dejó La Habana para dirigirse a Argel. En julio los argelinos celebraban el primer aniversario del acuerdo de Evián que había puesto fin a la colonia francesa. A la independencia le sucedió el Gobierno de tendencia socialista de Ahmed Ben Bella, que ya desde tiempos de la guerra contra los franceses recibía ayuda cubana. En diciembre de 1961 Castro envió un barco cargado de armas a Marruecos para surtir a las guerrillas argelinas. Ben Bella no olvidaba los buenos oficios de su amigo antillano y recibió a la delegación cubana colmándola de honores.

En Argelia Ernesto dio alguna charla, participó en un seminario de planificación y recorrió el país de norte a sur. La relación con el dirigente argelino era francamente buena. Ernesto y Ben Bella conectaron a la primera, tanto que el guerrillero argentino se interesó por los problemas fronterizos que a la sazón Argelia padecía con su vecino marroquí. La independencia de Marruecos era también relativamente reciente. Se había producido en 1956 gracias a un acuerdo a tres partes entre las potencias coloniales, Francia y España, y el rey alauita.

Con la recién lograda soberanía plena de los argelinos los conflictos no se hicieron esperar. Las escaramuzas dieron comienzo en septiembre en la zona de Hassi Beida y pronto se extendieron a los arenales de Tinduf. Castro se conmovió ante las cuitas de su aliado magrebí y no dudó en enviar un contingente de soldados y armas para echar una mano a Ben Bella. El dispositivo cubano incluyó más de 2000 hombres al mando del antiguo comandante de Sierra Maestra Efigenio Ameijeiras, cincuenta carros T-55 y varios cazas de fabricación soviética MiG-17. Mientras los cubanos tenían que apañarse con una cartilla de racionamiento, su Gobierno no escatimaba en medios para intervenir en una refriega fronteriza en el lejano desierto del Sahara. A eso Fidel Castro lo bautizó como Internacionalismo. Esta del otoño de 1963 fue la primera de un abanico de intervenciones de Castro en África. La de Argelia, además, hasta le salió bien. Ante el empuje de los carros cubanos y el buen hacer de sus oficiales, los marroquíes se vieron impelidos a solicitar un armisticio. Una victoria concluyente que daría alas a los delirios castristas en el continente negro.

Pero en La Habana la aventura africana todavía se veía con cierto recelo. No sabían nada de África, además estaba lejos y sus descomunales proporciones

invitaban a la prudencia. A Fidel y a Ernesto lo que les excitaba de verdad era Hispanoamérica. Exportar la revolución a países hermanos, hijos del tronco común español, que hablasen el mismo idioma y sintiesen la política de modo semejante.

Para Ernesto, que aunque tenía desde 1959 la nacionalidad cubana nunca dejó de ser argentino, los proyectos pasaban inevitablemente por su patria natal. Las circunstancias invitaban a intentarlo. En enero de 1962 la República de Cuba fue expulsada de la OEA, el foro que desde 1948 reunía a todos los Estados americanos. La política argentina era un vaivén continuo de golpes y contragolpes, quizá ya suficientemente maduro para albergar en su seno una guerrilla revolucionaria.

Desde años antes se venía adiestrando en Cuba a argentinos que llegaban a La Habana con el caramelo de la revolución en los labios. El héroe de casi todos era su compatriota Ernesto Guevara. Un hombre hecho a sí mismo que, tras recorrer el continente de sur a norte, había triunfado junto a los barbudos en la legendaria revolución cubana. Ernesto eligió a su viejo amigo y compañero Jorge Ricardo Masetti para encabezar la guerrilla argentina. Masetti había años atrás realizado una entrevista en profundidad un entrevista al guerrillero en la Sierra Maestra y tras el triunfo de la Revolución se había quedado a residir en Cuba. A mediados de 1963, coincidiendo con el viaje de Ernesto a la Argelia de Ben Bella, el primer contingente revolucionario se desplazó desde La Habana a Bolivia haciéndose pasar por una delegación comercial argelina. Desde Bolivia cruzaron a Argentina por la provincia de Salta. Nunca más volverían.

Masetti se estrelló contra la realidad y lo pagó con su vida. Siempre quedará la duda razonable si el Che pretendía en algún momento llegar a integrarse en la guerrilla. Por los indicios parece ser que sí. Por un lado Ernesto nunca renegó de la posibilidad de llegar a triunfar en Argentina como lo había hecho en Cuba, por otro el nombre de guerra del que se dotó Masetti al entrar en Argentina da mucho que pensar: Jorge Ricardo se hizo llamar «Comandante Segundo» de lo que se deduce que el «Comandante Primero» estaba aún por llegar.

Castañeda argumenta muy acertadamente las razones por las que cree que Guevara no sólo estaba detrás de Masetti en la preparación de la guerrilla, sino que también era el gran tapado de la misma. Según el biógrafo mexicano Ernesto [...] poseía el propósito categórico de enrolarse en la guerrilla argentina entre finales de 1963 y principios del año siguiente [...] sino es muy difícil explicarse el cúmulo de casualidades que se dieron en torno a este foco guerrillero que acabó trágicamente.

Masetti y sus hombres se infiltraron en Argentina formando el llamado «Ejército Guerrillero del Pueblo» (EGP). Iban a poner en práctica la teoría del foquismo alumbrada por el Che. Una vez aparecido el foco los campesinos le apoyarían. De ahí en adelante todo sería cuestión de hostigar a las fuerzas de orden público y al ejército hasta la victoria final. La teoría estaba errada. Los integrantes del EGP tuvieron ocasión de comprobarlo en sus propias carnes. Tan pronto como anunciaron su presencia en la selva de Orán a través de un comunicado de prensa que los argentinos

ignoraron con olímpico desdén, la Gendarmería Nacional los puso en el objetivo. La guerrilla apenas subsistió unos meses. La mayor parte de sus integrantes murieron de hambre en la selva, incluido el propio Masetti, otros fueron abatidos por los gendarmes, algunos incluso se despeñaron y murieron después como consecuencia de las heridas.

Del rotundo fracaso que había cosechado la guerrilla argentina no sacó Ernesto ni una sola enseñanza. No revisó sus axiomas teóricos a pesar de que se estaban demostrando como falsos allá donde se ponían en práctica. Más bien al contrario. La querrela ideológica entre chinos y soviéticos hizo que las posturas del Che se radicalizasen aún más hacia la acción y la lucha directa. La coexistencia pacífica entre el este y el oeste que por aquellos años preconizaban el Kremlin era vista por Ernesto a finales de 1964 del siguiente modo:

Como marxistas, hemos mantenido que la coexistencia pacífica entre naciones no engloba la coexistencia entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos.

El giro de la política cubana hacia una dependencia absoluta de la URSS lo veía Guevara desde su despacho en el ministerio de Industrias con preocupación y desencanto. Y no era solo que Castro se hubiese abonado a la tesis soviética de división internacionalista del trabajo que condenaba a Cuba a la monoproducción azucarera. Las ideas de Guevara iban mucho más lejos. Se sentía defraudado por la Unión Soviética en tanto que esta no estaba dispuesta a apoyar su revolución mundial mediante la guerra de guerrillas.

La crisis de los misiles era el primer capítulo de una letanía que no tardaría en ir adquiriendo más cuerpo. Durante todo 1963 y 1964 conforme Cuba iba cerrando filas en torno a Moscú, Ernesto se revolvía como gato panza arriba enfrascado en sus teorías sobre la ley del valor y el socialismo, sobre la acción directa como único medio para derribar el imperialismo y sobre la cuestión de los estímulos en la producción planificada. A su vuelta de Argelia su opinión respecto a los países socialista de la órbita moscovita iba de mal en peor. Consideraba que la crisis económica crónica que padecían se debía a no haber aplicado el programa marxista-leninista en toda su amplitud. En una reunión en el ministerio decía ante sus consejeros:

Entonces tenemos que ya hay una serie de países que están todos cambiando el rumbo, ¿frente a qué? Frente a una realidad que no se puede desconocer, y es que, a pesar de que no se diga, el bloque occidental de países está avanzando a ritmos superiores al bloque de la democracia popular.

Se refería evidentemente a los países europeos al otro lado del telón. Según él, tanto Polonia como Alemania oriental o Checoslovaquia estaban viajando hacia el capitalismo. Ya les hubiese gustado a los polacos, a los checos o a los alemanes. Lo que sucedía al otro lado del telón era que en ciertos países estaban adoptando criterios racionales en la producción, porque el marxismo espartano que predicaba Guevara

conducía de modo inexorable a la ruina más absoluta en un plazo de tiempo récord. En otra de sus charlas maestras sobre lo divino y lo humano que daba en el ministerio para suplicio de los que tenían que aguantarlas, hacía este análisis de las causas del problema agrario soviético:

Los problemas agrícolas que la Unión Soviética tiene hoy, de algún lado vienen... Algo anda mal... A mí se me ocurre, también instintivamente, que eso tiene que ver con la organización de los koljoses y los sovjoses, la descentralización, o el estímulo material, la autogestión financiera, además algunos problemas, naturalmente, como tienen ellos las tierras particulares para los koljosianos; en fin, el poco cuidado que se le ha dado al desarrollo de los estímulos morales sobre todo en el campo...[...] Cada día hay más indicios de que el Sistema que parte de la base de países socialistas ya debe cambiar.

Instintivamente. En efecto, Ernesto Guevara analizaba los problemas instintivamente, y así le fue a la economía cubana durante su paso por el ministerio de Industrias. La monomanía del ministro era conseguir que los obreros de cualquier ramo se motivasen mediante lo que el llamaba «estímulos morales». Esos estímulos traducidos al español común eran la satisfacción de estar construyendo el socialismo, sentir un orgasmo revolucionario con los interminables discursos de Castro o doblar el espinazo de gratis durante todo el fin de semana para llegar a los objetivos de producción marcados por un señor que fumaba Cohibas vestido de verde olivo. Eso, en definitiva, era el estímulo moral.

Lo contrario eran los «Estímulos materiales», es decir, cobrar por trabajar o recibir algún tipo de remuneración en especie. Para la estrecha y fanática visión del Che el gran problema del socialismo soviético estribaba en que a los trabajadores no se les sabía motivar. A un operario de un alto horno no había que incentivarle con unas vacaciones en la costa búlgara, sino con una insignia dorada para la solapa y un buen discurso sobre el «hombre nuevo» y el brillante amanecer de la sociedad perfecta. Más o menos como en las sectas. El verdadero socialismo, el fetén, el que llevaba al futuro, era aquel en el que la moneda y los intercambios monetarios desaparecían. Todo pasaría a ser uno. Daba igual que una fábrica de zapatos fuese ruinoso e ineficiente, lo importante es que se autogestionase, es decir, que no presentase cuentas y que entregase los zapatos a un organismo centralizado tuviesen o no salida en el mercado.

Bastan un par de horas para sumergirse en sus escritos y apercibirse de que, en el fondo, a Ernesto Guevara no le gustaba la economía. Primero porque no entendía como funcionaba y segundo porque no disponía de la capacidad suficiente como para percatarse de que dos y dos son cuatro en el mundo socialista, en el capitalista y en las lunas de Júpiter. Reconoció públicamente en varias ocasiones que la política económica practicada en Cuba desde los inicios de la revolución había fracasado. Sin embargo, y para asombro de los que nos acercamos a su obra medio siglo años después, Guevara no buscó el origen en la planificación, sino en los defectos de la misma. Algo por otra parte muy habitual en los socialistas de todos los tiempos. Una vez han parido el engendro la culpa es de cualquiera menos de los padres del mismo.

A lo largo de 1964 el desencanto de Ernesto con la línea moscovita fue creciendo casi a la misma velocidad que iba perdiendo importancia dentro del ya personalísimo régimen de Castro. A principios de 1964, en el mes de enero, Fidel viajó de nuevo a la URSS. El motivo de esta segunda visita en menos de un año era la confirmación de lo pactado meses antes, es decir, la consagración de Cuba como productor azucarero y la integración definitiva de la república en la miríada de democracias populares acaudillada por la Unión Soviética.

En el Kremlin sin embargo no pintaban demasiado bien las cosas. La era jruschoviana tocaba a su fin. Entre bambalinas y con intriga palaciega incluida algunos jefes del régimen le habían hecho la cama al mandarín. La razón última de todo era la querrela chino-soviética que por entonces estaba en su apogeo. Muy a pesar de los esfuerzos del PCUS y de su máximo dirigente los chinos no terminaban de pasar por el aro que había dispuesto Moscú al efecto. La diatriba entre chinos y soviéticos, que partió en dos el movimiento comunista internacional, vino a durar hasta la muerte de Mao Zedong aunque después de los desmanes de la Revolución Cultural se atemperó. Pero nunca volvería a ser como en la década milagrosa de los años cincuenta.

Los chinos acusaban a la URSS de intentar someter el movimiento revolucionario a los dictados e intereses de los jefes del Kremlin. Pero no se quedaban ahí, para los discípulos de Mao Zedong la Unión Soviética había dejado de lado su misión de foco irradiador de la revolución mundial. Por resumirlo en unas pocas líneas, para los ideólogos chinos de los años sesenta la URSS había entrado en una pendiente que la conducía sin remedio al capitalismo. Empezaron poniendo en cuestión a Stalin en el célebre XX Congreso de PCUS, continuaron cediendo ante los imperialistas en la crisis del Caribe y era previsible que el partido degenerase hasta llegar al fascismo.

Por el contrario, desde Pekín se proponía una línea más expeditiva y pura, acorde a las doctrinas de Marx y Lenin y, por supuesto, intransigente en grado extremo con los imperialistas. Tal ideario se plasmó en lo que se dio a llamar Marxismo-leninismo-pensamiento Mao Zedong, una empanada teórica que encandiló a buena parte de la juventud occidental y que todavía hoy sigue teniendo algunos seguidores despistados. Los postulados chinos se ajustaban como un guante a la visión fantasiosa y violenta que el Che Guevara tenía sobre el devenir del Tercer Mundo. Si Mao era el profeta del nuevo socialismo, el Che bien podía convertirse en su espada. La deriva intelectual de Ernesto a lo largo de 1963 así lo confirma. Desengañado con la Unión Soviética tras la crisis de los misiles y ahído de críticas por la pésima gestión que había rendido al frente de su ministerio, sólo le quedó una huida hacia delante que, en apenas tres años, le llevaría a la muerte.

A los rusos no les hacía ninguna gracia que les llevaran la contraria, y mucho menos en aquellos años de cruda disputa ideológica. El bloque socialista al completo se tambaleó por la riña entre Moscú y Pekín, por lo que todas y cada una de las repúblicas donde imperaba el socialismo real tuvieron de escoger bando. La Unión



Soviética se valió de su estatus de gran potencia y del especial ascendente que tenía sobre las naciones europeas ocupadas por el ejército rojo. En el viejo continente, con las excepciones de Rumania y Albania, todos los países cerraron filas en torno a Moscú. Rumania, más de boquilla que otra cosa porque en la práctica trató de mantenerse equidistante entre ambos. Albania, cual Quijote del socialismo, se alineó sin fisuras con la China Popular en una de las alianzas más extrañas de cuantas se han dado en toda la historia de la diplomacia. El hermético y tiránico régimen de Enver Hoxha llegó a romper relaciones diplomáticas con la URSS para entregarse en cuerpo y alma a Mao. Los albaneses de hoy día todavía están pagando, y lo que les queda, la factura de cuarenta años de comunismo ciego y desorejado. Cuba fue puesta en el tirador y Fidel Castro no falló en el blanco. Puestos a bailar, lo hizo con la más guapa y la más bonita, y en aquella reyerta la más agraciadas era la Unión Soviética.

Ernesto, cada vez más crítico con los soviéticos, veía como paulatinamente iba apartándolo de las grandes decisiones. Castro lo mantuvo en el cargo de ministro pero sin dejar que gobernase demasiado. La primera de sus medidas fue descafeinar el ministerio. En julio se creó una cartera específica para el azúcar desligándolo así del Ministerio de Industrias. A su frente situó a Orlando Borrego, un colaborador habitual de Guevara. Quedarse sin el azúcar era como quedarse con las manos vacías. El resto de proyectos de industrialización habían quedado o parados o ralentizados al máximo. No había con qué financiarlos y, además, en el Kremlin habían sido explícitos al respecto: Cuba seguiría siendo un país azucarero. De hecho, más azucarero que nunca. Para la industria ya estaba Polonia, Checoslovaquia o la RDA. En el bloque socialista la planificación se llevaba a cabo a todos los niveles, incluido el supraestatal.

La prioridad absoluta para el Gobierno era la zafra, cuántas más toneladas mejor para la economía de la isla y para la recién estrenada política de Castro. La industria convencional, la misma por la que el Che había suspirado durante años hacía aguas por los cuatro costados. Los envíos de maquinaria, equipos y componentes prometidos por los rusos no llegaban, o si lo hacían era tarde y mal, con piezas defectuosas, insuficientes o de una calidad deplorable. Las pocas fábricas que se habían puesto en funcionamiento eran ineficaces y no producían nada. El ministro estaba desolado. Ni con toda la voluntad revolucionaria del mundo podía sacar aquello adelante. Para 1964 el desabastecimiento era ya moneda corriente en Cuba. Antes de la Revolución, cuando los mercados eran libres, nadie tenía problema en abastecerse de casi nada. Ni a las empresas les faltaban insumos para su funcionamiento ni a los cubanos una cuchilla para afeitarse por las mañanas. Se ve que Guevara no hizo una reflexión tan elemental, y si la hizo, ni la dejó por escrito ni se la confesó a nadie.

El papel que Castro había reservado para el Che no sólo se limitaba a ser una comparsa con boina y uniforme en los desfiles, el líder sabía del predicamento mediático de su ministro, especialmente en Occidente. Para 1964 le reservó una

nutrida agenda de viajes por el extranjero para representar a la revolución. En el mes de marzo Guevara dejó La Habana para participar en la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo que se celebró en Ginebra. La delegación cubana se alojó en una casita junto al lago Lemán. Durante toda la estancia en Suiza dicen que a Ernesto podía vérselo caminando a solas a orillas del lago ensimismado en sus pensamientos. Es posible pero difícil de creer. El dispositivo de seguridad que acompañaba, y acompaña, a los líderes cubanos es espectacular. El exilio de Miami pagaba la cabeza de Ernesto Guevara con la nada desdeñable cifra de veinte mil dólares... ¡cómo para andar dando paseos a solas por una pequeña ciudad europea!

En Ginebra, dentro de la agenda de intervenciones de la Conferencia, Ernesto dio un discurso. Desde el Consejo Interamericano de Punta del Este no se había vuelto a dejar ver por un gran foro internacional, así que aprovechó la circunstancia y echó el resto frente a los delegados. Nada nuevo salvo que en 1964 ya no podía ir con lo del vertiginoso crecimiento económico de Cuba. Todo el mundo sabía ya de los problemas económicos que atravesaba la isla, estrecheces, por lo demás, atribuibles por entero a la desastrosa gestión del lustro precedente.

La intervención del Che en la Conferencia se centró en torno a lo injusto que era el mundo, que si los explotados, que si los explotadores, que los términos de intercambio no eran los adecuados, que si los pueblos estaban deseando liberarse, etc. Más o menos el discurso que ese subproducto del marxismo conocido como izquierda tercermundista viene repitiendo desde hace cinco décadas. Tras la perorata en el Palacio de las Naciones hizo una corta escapada a Argel para visitar a su amigo Ahmed Ben Bella y participar en el primer Congreso del Frente de Liberación Nacional.

En África empezaba a sentirse Ernesto como en su propia casa. El continente era un hervidero político en los primeros sesenta. Todo estaba por hacer, las jóvenes naciones africanas que acababan de acceder a la independencia estaban listas para probar nuevas experiencias liberadoras. Para esos menesteres nadie como el guerrillero heroico, siempre sediento de excitantes y románticas aventuras. La vuelta a Cuba la hizo vía París donde se encontró con el economista francés Charles Bettelheim, ya felizmente olvidado. Juntos, según cuentan, tomaron un café en el barrio latino. Entrañable.

La vida en La Habana era muy aburrida. Y eso a pesar de que en el lapso de unos meses fue padre de dos hermosos retoños. Uno legítimo, Celia Guevara March, nacida en el verano de 1963, y otro ilegítimo Omar Pérez, nacido en marzo de 1964 de una relación extramatrimonial con una bella habanera llamada Lilia Rosa López. El destino de ambos fue divergente. Mientras Celia junto a su madre y hermanos se convirtió en una buena revolucionaria digna de la mejor tradición castrista, el desdichado Omar, que no pudo ni gozar del privilegio de llevar el apellido paterno, llegó a estar recluido en un campo de trabajo, novedosa institución de reforma de las conciencias que había inaugurado su padre.

Resulta cuando menos curioso comprobar cuán diferente fue la vida que llevaron los vástagos del Che dependiendo de quien fuese su madre. Omar, que se dedicó a la poesía, purgó sus penas en un correccional. Hilda, Hildita, la que se parecía a Mao Zedong, llevó una vida miserable vilipendiada y apartada por su madrastra hasta su muerte en 1995. El hijo de Hildita, Canek Sánchez Guevara, abandonó Cuba en 1996 y se convirtió en un activo opositor al castrismo. Murió en México en 2015 a los 41 años tras una operación cardiaca renegando de la vida y obra su abuelo.

A los hijos de Aleida March, sin embargo, la fortuna les sonrió desde el principio y se convirtieron en un modelo a seguir. La mayor, Aleida, da conferencias, escribe artículos y recibe galardones en nombre de su padre. Fue internacionalista en Nicaragua y hoy todavía se la puede ver concediendo entrevistas e inaugurando monumentos al Che en los más peregrinos rincones del planeta. Es más, la primogénita del Che, que llamaba tío a Fidel Castro, se ha convertido en una conspicua militante antiglobalización, de esas que menudean por la prensa occidental vaticinando con precisión el final inminente del neoliberalismo. En una entrevista concedida a Néstor Kohan afirmaba:

En ese sentido está bien claro que solamente unidos, nosotros, podemos elevar el nivel de vida de nuestros pueblos y hacer cambios importantes en nuestros pueblos. Si no hay unidad, no hay fuerza. Y eso lo ha demostrado la historia.

Lo único que ha demostrado la historia es que los regímenes en los que no sube bajo ninguna circunstancia el nivel de vida son los regímenes comunistas y liberticidas como el de su tío Fidel. Quizá la voluntariosa Aleida Guevara no se haya percatado de la jugada, pero allá en la isla donde nació la gente se tira al mar encima de un neumático para poder ofrecer algo de dignidad a sus hijos.

Aleida, que, a diferencia de su padre, si se graduó como médico, es una de las embajadoras del castrismo más conocida en el extranjero. Lleva años prodigándose en conferencias, simposios y estudios de televisión. Lo hace a la fuerza. A la buena mujer no le queda más remedio. En una entrevista radiofónica aseguraba que no podía explicarse que haya [...] gente que puede vivir fuera de Cuba, porque para mí es muy difícil. Yo tengo que salir continuamente y ya cuando llevo 15 días fuera me entra un gorrión extraordinario. A veces los cubanos no nos damos cuenta del tesoro enorme que tenemos [...]

A Aleida Guevara le debemos también una modesta pero fundamental contribución a la politología contemporánea en formato documental con dos títulos fundamentales para la guevarología de ayer, de hoy y de siempre: «Ausencia presente», dedicado a su padre, y «Chávez, Venezuela y la nueva América Latina», ambos de 2007, es decir, de cuando todavía el régimen venezolano podía financiar estas cosas.

Dejando a un lado los alumbramientos de esposa y amante parece innegable es que la vida Ernesto en Cuba a su vuelta de Ginebra no era especialmente excitante.

Los nuevos acuerdos firmados a sus espaldas por Fidel le dejaban poco espacio de maniobra. Como muestra tenemos los numerosos discursos y artículos que firmó durante aquellos meses. En mayo se desplazó hasta Las Villas para inaugurar una planta mecánica, días después soltó un discurso en el ministerio que, por su interés público, fue transcrito años más tarde en el diario Granma para solaz de sus lectores. Un día más tarde viajó hasta la Isla de Pinos, en la costa sur, para inaugurar otra planta, ésta de caolín. El caolín es un silicato de aluminio hidratado con múltiples propiedades entre las que se encuentra la fabricación de pesticidas para controlar las plagas agrícolas. La siderurgia, como vemos, tendría que esperar.

Ese mismo mes de mayo le reservó una nueva oportunidad de encuentro con los empleados de la industria en la inauguración de una fábrica de bujías en Sagua la Grande, factoría construida con capital y técnicos checoslovacos, todo un ejemplo vivo de internacionalismo proletario del bueno. En el discurso, que es lo que de verdad se le daba bien a Ernesto, recordó a sus futuros trabajadores que la planta:

... ha sido hecha, si no naturalmente con toda la eficiencia necesaria, con todo nuestro amor, para darles a los obreros un centro de trabajo donde todo invite a trabajar y a defenderlo, donde el trabajo sea cada vez más una agradable necesidad, un deber social que se cumple con alegría.

Sustituyamos la eficiencia por amor y ya si se fabrican tres bujías o cien tanto da, lo importante es convencerse que el trabajo es una agradable necesidad. Una frase semejante en boca de Henry Ford, Bill Gates, Amancio Ortega o cualquier magnate de la industria capitalista y es fácil figurarse lo que tanto Ernesto Guevara como sus muchos epígonos opinarían al respecto. Pero en estos discursos a los que Ernesto se entregaba con fruición de colegial es donde daba lo mejor de sí mismo. En el que dedicó a los operarios de la planta de caolín hizo una curiosa apología de la nueva sociedad que estaba construyendo la revolución cubana:

La sociedad en la cual todos podrán disponer de una cantidad infinita de bienes de consumo; la sociedad en la cual el trabajo tendrá características distintas, y cada vez será más agradable, estará más alejado de los sufrimientos físicos que todavía hoy debe tener el obrero en determinados trabajos.

¿Cantidad infinita de bienes de consumo? ¿Trabajo agradable alejado de los sufrimientos físicos? Francamente desconozco en que planeta vivía el Che en 1964, pero ese discurso se lo estaba dando a unos individuos que para ir a comprar necesitaban una cartilla de racionamiento. Lo del trabajo agradable mejor ni tocarlo a la vista del lamentable espectáculo que ofrece el Malecón de La Habana desde hace medio siglo.

En el verano de 1964, como ya apuntaba anteriormente, Fidel privó a su otrora comandante predilecto de las competencias sobre el azúcar. El ministerio de Ernesto se quedaba en el esqueleto. Pero ya poco le importaba, tenía la mente en otro lugar. Poco a poco iba descubriendo su verdadera vocación, y ésta quedaba muy lejos de los trámites administrativos de la Cuba socialista. Entre traer el socialismo y construirlo Ernesto había brillado tan sólo en la primera de las facetas. En la segunda se estaba

demostrando como un absoluto inepto, tanto en la etapa al frente del Banco Nacional como en los años de ministro de Industrias.

En el mes de julio se celebró en la capital una mini conferencia afroasiática de esas que tanto se estilaban en aquella época. ¿Qué diablos vendrían a hacer en Cuba, país caribeño, los dirigentes y delegaciones de países africanos y asiáticos? Imaginemos que al presidente de la Comisión Europea le da por convocar una cumbre comunitaria en Bangladesh. Nos sorprendería, ¿verdad? Misterioso pero no tanto. La política de Castro iba enfocándose hacia el Tercer Mundo. Por indicaciones de Moscú y también por íntimas convicciones creyó haber encontrado su lugar en el mundo entre las naciones africanas y asiáticas recién descolonizadas.

Es evidente que cualquier parecido entre Cuba y el Congo Belga es pura coincidencia, Pero a los jefes castristas no se lo parecía así. Ciñéndose a la lectura, marxista naturalmente, que los cubanos hicieron del proceso descolonizador de los sesenta, los países de África estaban a las puertas de revoluciones redentoras en las que el imperialismo iba a morder el polvo. Los conflictos como el de Vietnam se multiplicarían como los panes y los peces en lo que sería la tumba final del capitalismo. El Che Guevara no era ajeno a todo este ajetreo global. En un discurso, como no, pronunciado en el ministerio de industrias decía lo siguiente en aquel mismo verano:

Y hoy las tropas norteamericanas deben ir al Congo. ¿A qué? A meterse en otro Vietnam; a sufrir, irremisiblemente, otra derrota, no importa cuánto tiempo pase, pero la derrota llegará.

Ni veo necesario recordar que el Congo se convirtió en otro Vietnam si, pero para el Che Guevara. Y en cuanto a las tropas norteamericanas a las que hacía referencia el ministro no se dejaron ni ver por el país centroafricano. Muy al contrario, fueron los propios congoleños apoyados por belgas y norteamericanos, los que libraron el conflicto que empezó y terminó siendo de índole civil.

En el mes de noviembre Fidel llamó a Ernesto para encargarle un nuevo viaje de representación. A la URSS y con motivo de la conmemoración anual de la Revolución de Octubre. No era cualquier cosa aquel viaje. Días antes, el 14 de octubre, habían desalojado definitivamente a Jruschov del Kremlin. Su lugar lo había ocupado una troika compuesta por Leonidas Breznev, Alexei Kosyguin y Nicolai Podgorni en la que pronto descollaría el primero y se haría con el poder incontestable hasta su muerte tres lustros más tarde. No se despacharía en Moscú nada relevante pero era importante acudir con la artillería pesada.

En tiempos del bloque soviético era costumbre que con motivo del aniversario de la revolución rusa líderes de todo el mundo socialista se desplazasen a Moscú para rendir pleitesía a los amos. No es con intención de hacer un paralelismo, pero aun estoy por ver el día que el Rey de España y los presidentes de Italia, Alemania o Francia viajan a Washington a fotografiarse junto al presidente yanqui en las celebraciones del Cuatro de julio. El imperio americano no es tal, o al menos no lo en

las formas. Los actos en conmemoración de los acontecimientos de octubre de 1917 fueron meramente protocolarios, Ernesto, vestido de riguroso verde olivo, saludó cortésmente a los nuevos señores del socialismo soviético y con las mismas regresó a La Habana.

No habría de pasar mucho tiempo antes de que al afligido —y aburrido—, ministro de Industrias le diesen nuevo destino. Acababa de convocarse la decimonovena Asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York. Por la ciudad del Hudson habían desfilado ya los dos grandes prohombres de la revolución cubana. Fidel lo había hecho antes y después de sus ascenso al poder, y lo seguiría haciendo de tanto en tanto para darse baños de internacionalismo con el escudo de la ONU de fondo. Dorticós visitó Nueva York poco antes de la crisis de octubre para advertir de lo bien defendida que se encontraba la isla y de lo poderosos que eran sus nuevos padrinos.

Ernesto llegó a la capital del mundo en la segunda semana de diciembre. Emprendía, aún sin saberlo, un viaje que vendría a cambiar de un modo irremediable su destino. El día once se dirigió a la Asamblea en pleno. Subió decidido a la tribuna de oradores y se dispuso para soltar el que probablemente sea su discurso internacional más recordado y celebrado. Releyéndolo hoy, cincuenta años más tarde, no deja de tener su gracia y cierto regusto antiguo. Para la gente de mi generación, la que vino al mundo en los años setenta y vio en plena pubertad como la tramoya del comunismo se pudría por dentro, volver los ojos a aquella época es muy instructivo. Ese mismo año entraron a formar parte del organismo tres nuevas naciones: Zambia, Malawi y Malta, que recibieron la calurosa bienvenida del ministro cubano. Acto seguido comenzó la perorata sobre la complicada situación de África, los malos que eran los imperialistas y la necesaria coexistencia pacífica entre las naciones de la tierra. Aquí a Ernesto empezaron a patinarle las neuronas. Primero la defendió ardorosamente con las siguientes palabras:

De todos los problemas candentes que deben tratarse en esta Asamblea, uno de los que para nosotros tiene particular significación y cuya definición creemos debe hacerse en forma que no deje dudas a nadie, es el de la coexistencia pacífica entre Estados de diferentes regímenes económico-sociales.

Poco después, apenas un párrafo, el dedicado a la guerra de Vietnam se enmendó la plana a sí mismo y dijo:

Como marxistas, hemos mantenido que la coexistencia pacífica entre naciones no engloba la coexistencia entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos.

En resumen, que la coexistencia debe promoverse entre países que adopten diferentes sistemas económicos pero he aquí el problema. Para los marxistas todo lo que no es socialismo es explotación lo cual invalida la primera proposición. Tal vez lo que Guevara defendía realmente era la coexistencia pacífica entre naciones socialistas. Quizá era un guiño a soviéticos y chinos para que no llegasen a las manos

en sus diferencias no tanto ideológicas como de praxis. Podría ser aunque es improbable. El Che sabía perfectamente lo que decía y como —ni entonces ni ahora— puede llegar uno a la ONU pidiendo a voz en cuello la guerra nuclear, pues se enredó en ese fregado cuya contradicción salta a la primera lectura.

Para demostrar que era un hombre versado en geopolítica que se pasaba el día meneando la zapatilla de avión en avión dio una charla magistral sobre la verdadera situación en los lugares más dispares del planeta. El Congo, Puerto Rico, el África portuguesa y varios países de América Latina. Su sapiencia era enciclopédica, así se lo hizo ver a los delegados de todo el mundo en un descortés abuso de la paciencia ajena. No trató la problemática interna en las relaciones de producción en el Principado de Sylvania simplemente porque tal principado no existía. De ser así todos y cada uno de los representantes de las naciones allí congregados se hubiesen enterado hasta del más mínimo detalle.

El plato fuerte lo dejó para el tema del armamento, que le tenía sin dormir desde que los rusos dejaran a su revolución en la estacada. En diciembre de 1964 la crisis de los misiles estaba aun muy reciente en la memoria de todos, por lo que se dejó la piel tratando el tema de las armas nucleares. En esto realizó el mismo ejercicio, idéntica prestidigitación verbal que con lo de la coexistencia pacífica. Muy moderado arguyó ante la Asamblea:

Nosotros consideramos que es necesaria esta conferencia con el objetivo de lograr la destrucción total de las armas termonucleares y, como primera medida, la prohibición total de las pruebas.

Enternecedora sentencia sino fuese porque tal aseveración venía de un individuo que apenas dos años antes había asegurado que si Cuba dispusiera de cohetes nucleares los hubiera lanzado inmediatamente contra los Estados Unidos, y, en especial, contra la ciudad en la que estaba pronunciando ese discurso. Para que los rusos, que estaban presentes observando complacidos como su vivaracho pupilo se retorció de gusto desvariando a placer, no pensasen que se había vuelto un blandengue entregado a los yanquis corrigió el rumbo con presteza:

Pretendieron los norteamericanos, además, que las Naciones Unidas inspeccionaran nuestro territorio, a lo que nos negamos enfáticamente, ya que Cuba no reconoce el derecho de los Estados Unidos, ni de nadie en el mundo, a determinar el tipo de armas que pueda tener dentro de sus fronteras. [...] Y Cuba reafirma, una vez más, el derecho a tener en su territorio las armas que le conviniere y su negativa a reconocer el derecho de ninguna potencia de la tierra, por potente que sea, a violar nuestro suelo, aguas jurisdiccionales incluidas.

De modo que había que ir hacia el desarme. Desarme total y absoluto patrocinado desde las Naciones Unidas. Pero en ese desarme no entraba Cuba, que poseía una especie de derecho divino para disponer de cuántas armas desease y del tipo que creyese oportuno Una de cal y otra de arena. Tirar la piedra, esconder la mano y volver a tirar la piedra. El estilo de la revolución cubana es inconfundible, un estilo propio de los charlatanes de feria, de esos que hacen gracia al principio pero que al

poco terminan repitiéndose y cansando con sus payasadas.

El discurso se prolongó más de la cuenta, pero es que Ernesto tenía muchas y muy importantes cosas que transmitir a ese mundo absorto que lo contemplaba en su triunfo. Para cerrar la arenga hizo una definición de Cuba que bien podría incluirse en una antología de la mentira:

Cuba, Señores delegados, libre y soberana, sin cadenas que la aten a nadie, sin inversiones extranjeras en su territorio, sin procónsules que orienten su política, puede hablar con la frente alta en esta Asamblea y demostrar la justeza de la frase con la que la bautizaran: «Territorio Libre de América».

Mentira por triplicado. País sin cadenas pero que no deja salir libremente a sus ciudadanos. Nación que no era objeto de inversiones extranjeras cuando llevaba cuatro años mendigando créditos y subvenciones por todos los países socialistas. Gobierno franco, sin procónsules que orientasen su política justo en un momento de obsequiosidad sin límites para con sus amos soviéticos. Libre y soberana. Supongo que se referiría a Fidel Castro y erró el género al pronunciarlo. Castro siempre fue libre y soberano de hacer lo que quiso dentro de la isla. Lo de Territorio Libre de América desconozco a quien se le ocurrió pero hizo fortuna la descripción y desde entonces se repite como una letanía muy machacona entre los defensores del castrismo.

Como había tocado tantos países y no precisamente de buen tono, los representantes de algunos de ellos se dieron por aludidos y replicaron agriamente al comandante. Ernesto ejerció su derecho y los despachó uno a uno. A fin de cuentas estos delegados podían considerarse afortunados. En Cuba llevar la contraria al ministro se pagaba con la vida, en las Naciones Unidas simplemente con media hora de réplica. De todas las que dio, plagadas, por otra parte, de los clásicos lugares de la revolución hay un momento que es sublime. Refiriéndose a las continuas bravatas que el representante de Panamá acusaba a los líderes cubanos:

No hemos echado nunca bravatas, porque no las echamos, señor representante de Panamá... [...] No echamos bravatas en Playa Girón; no echamos bravatas cuando la Crisis de Octubre, cuando todo el pueblo estuvo frente al hongo atómico con el cual los norteamericanos amenazaban nuestra isla, y todo el pueblo marchó a las trincheras, marchó a las fábricas, para aumentar la producción.

Si por bravata Ernesto Guevara no entendía llamar «hijo de puta» y «culero» al premier soviético. Si para el guerrillero heroico no era una bravata impedir el acceso a los inspectores de la ONU. Si una bravata, en definitiva, no es decir a un periodista que si Cuba tuviera cabezas nucleares las pondría sin dudar en el centro de Nueva York. Quizá la Real Academia de la lengua española deba reunirse de urgencia para reubicar semánticamente el término bravata en el diccionario.

La estancia en la ciudad de los rascacielos se prolongó durante una semana. En este tiempo Ernesto tuvo que soportar como cubanos exiliados se manifestaron contra su presencia en la ciudad. No estaba acostumbrado a ese tipo de recibimientos tan



hostiles. Desde que triunfase la revolución y el antaño mochilero argentino empezase a viajar en primera clase, casi todos sus desplazamientos los había hecho a naciones tercermundistas o del pesebre socialista. Ver que gente común se manifestaba libremente contra él sin que la policía la emprendiese a palos debió causarle una ingrata impresión. Tanta que el día catorce concedió una entrevista a tres para el programa televisado Face the Nation. Los afortunados en ponerse al otro lado del héroe de Santa Clara fueron Tad Szulc, del New York Times, Richard C. Hottelet y Paul Niven, ambos de la CBS. Los reporteros bombardearon a preguntas al Che durante todo el programa sobre actualidad, Cuba y las relaciones del régimen con los Estados Unidos. Ya al terminar, justo en el momento en que el presentador daba por concluido y espacio y pasaba a la publicidad Paul Niven lanzó una carga de profundidad de la que Ernesto no pudo salir por si mismo, le salvó la campana:

Paul Niven: Comandante, ¿puedo preguntarle qué porcentaje del pueblo de Cuba respalda la Revolución?

Ernesto Guevara: Bueno...

Paul Niven: Tenemos diez segundos.

Ernesto Guevara: Es muy difícil en diez segundos. En este momento no tenemos elecciones, pero una gran mayoría del pueblo cubano respalda a este gobierno.

Ni en diez segundos ni en diez años. Los capitostes de La Habana nunca han sabido a ciencia cierta cuánta gente apoya a su Gobierno revolucionario. Sencillamente porque nunca se preguntaron mediante unas elecciones libres y abiertas a todas las posiciones políticas.

El dieciocho de diciembre de 1964 Ernesto abandonó Nueva York. Sería la última vez que pisase el suelo de su enemigo. Los norteamericanos, los neoyorquinos en particular, no le habían dado el recibimiento que el esperaba. Su odio hacia los Estados Unidos era furibundo. A pesar de la cortesía con la que había tratado días antes a los periodistas de la cadena CBS no sentía más que desprecio y resentimiento hacía esa nación y sus habitantes. Sólo estuvo a lo largo de toda su vida dos veces en el mayor país de Norteamérica. La primera cuando era aun estudiante. Hizo, como ya he referido en páginas anteriores, una escala en Miami en su viaje de regreso a Buenos Aires. La segunda y última se produjo en la semana previa a Navidad de 1964, más de una década después.

En Estados Unidos se concentraba para el Che todo lo pérfido y depravado que reside en el alma humana. Tal simplificación en una persona medianamente inteligente como era Ernesto se debía única y exclusivamente a ignorancia y fanatismo. No conocía los documentos fundacionales de la Unión, y si los conocía no se tomó el trabajo de leerlos, y si se lo tomó no le cundió en absoluto. Repudiaba todos y cada uno de los puntos sobre los que había nacido la patria de Washington, Franklin y Jefferson. La idea de que todos los seres humanos somos creados iguales y

tenemos derecho a la búsqueda de la felicidad debía resbalarle como una gota de agua sobre un cristal. Para el cada día más resentido y rencoroso Ernesto la salvación de la humanidad dependía de la eliminación física de todo lo que oliese a norteamericano, de todo aquello que dio lugar a la sociedad más próspera, libre y desarrollada del planeta.

Y no es una opinión, en un discurso en Santiago de Cuba apenas un par de semanas antes de pronunciar su discurso en la ONU se refirió a los Estados Unidos en estos términos:

Debemos aprender esta lección, aprender la lección sobre el aborrecimiento absolutamente necesario del imperialismo, porque ante ese tipo de hiena no hay más solución que el aborrecimiento, no hay más salida que el exterminio [...] Debemos acatar esa lección de odio.

¿Joseph Goebbels ante un nutrido auditorio de las juventudes hitlerianas en Nuremberg? ¿Acaso Adolf Hitler arengando a la masa en Múnich contra el sionismo internacional? No, Ernesto Guevara de la Serna, el guerrillero más famoso de la historia de la humanidad, la quintaesencia y divisa de la tolerancia, la paz y la libertad en plena lección de odio ante unos simples y estupefactos obreros en Santiago de Cuba.

Al terminar su visita a Nueva York Ernesto no regresó de vuelta a Cuba. Muy a pesar de que tenía una numerosa prole esperándole y se acercaba la Navidad, la pasión mística de que había prendido en el argentino le hizo iniciar un largo viaje de más de tres meses. De los Estados Unidos voló directamente a Argel. Allí le esperaba con los brazos abiertos su amigo Ben Bella. Las escapadas a Argelia eran impagables. En una visita anterior había recibido una curiosa carta enviada desde Marruecos. Una española de nombre María Rosario Guevara sabiendo que su ídolo paraba por el país vecino le escribió interesándose por el lugar de España del que habían salido sus antepasados. Ernesto se tomó su tiempo y, una vez en La Habana, respondió con caballerosidad y gracejo a la admiradora del otro lado del Atlántico. Guevara confirmó a María Rosario que dudaba que fueran parientes y no pudo certificar el lugar exacto de España donde habían venido al mundo sus antepasados más remotos. Todo un detalle. Si la desventurada María Rosario se hubiese dirigido a Isidoro Calzada, biógrafo amén de genealogista privilegiado de los Guevara, todas sus dudas se hubieran visto disipadas en un santiamén. Desde que el Che se elevase a los altares de la religión socialista muchos se han interesado por encontrar parentesco con el guerrillero en una extraordinaria suerte de realeza revolucionaria.

En Argelia, aparte de los gratos momentos junto a Ben Bella, el Che organizó su tournée completa por el continente africano. Castro estaba interesado en conocer al detalle la problemática del continente y la opinión de sus líderes. Ben Bella tenía muy claro cuál era el papel que la historia le había adjudicado en la emancipación de África, y para Ernesto la aventura africana que empezaba a dibujarse en el horizonte era la fuga hacia adelante perfecta. Méritos había hecho y de fuerzas andaba sobrado.

Los años más vibrantes de la revolución cubana —y de la vida del Che—, fueron los comprendidos entre la gloriosa entrada de Fidel Castro en la Habana a primeros de enero de 1959 y el definitivo alineamiento con la Unión Soviética cinco años después. En este lustro prodigioso Ernesto Guevara perfiló su doble estampa de revolucionario y hombre de Estado. Desde que declarase vencida la ciudad de Santa Clara en diciembre de 1958 hasta las solitarias navidades de Argel de 1964 habían transcurrido seis intensos años. Se habían quemado todas las etapas del hombre y estaba encendiéndose la mecha del mito.

El balance no puede ser más desastroso. Como jefe de la fortaleza de la Cabaña se distinguió como un carnicero sin escrúpulos. Como presidente del Banco Nacional de Cuba fue una calamidad y, por último, en su papel de ministro sembró la economía cubana de minas que no tardaron en estallar bajo la suela de todos y cada uno de los habitantes de la isla. Paupérrima cosecha que no le invitó a reflexionar. Al contrario, pretendió enmendar sus desatinos en Cuba dando comienzo a una carrera frenética hacia el olimpo de los dioses de la revolución. Y doy fe que lo terminó consiguiendo.

# CAPÍTULO QUINTO

## Ocaso del hombre, amanecer del mito

«El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar».

## África en el objetivo

Ahmed Ben Bella, el amigo argelino del Che no era precisamente una monja ursulina. Coincidiendo con la guerra con Francia, Ben Bella se hizo con el poder. Pero no para instaurar una democracia representativa. Según se firmaron los acuerdos de Evian, que dieron lugar a la actual Argelia, la nación norteafricana devino una dictadura férrea y corrupta en manos de Ben Bella y su camarilla.

El nuevo hombre fuerte disolvió de inmediato todos los partidos políticos y organizaciones que habían contribuido a luchar contra los franceses. Suprimió la libertad de expresión y sometió a la prensa libre a un cerco del que le fue difícil, por no decir imposible, escapar. Entre los galardones que jalonan la biografía del político argelino figura con letras de oro el premio Lenin a la Paz, que los soviéticos le concedieron durante su breve mandato.

Ben Bella fue, además, el primero de una serie de nefastos mandatarios argelinos que llevaron al país magrebí, en sus cincuenta años de existencia, a una situación miserable, marcada por la violencia, la emigración, los brotes de fanatismo islámico y la coacción sistemática. Las atrocidades cometidas durante los años noventa por el FIS, el Frente Islámico de Salvación, sólo pueden explicarse a través del prisma socializante y colectivista que en mala hora inauguró Ahmed Ben Bella a principios de los años sesenta.

El que ignora al individuo como centro del quehacer político, el que ningunea al libre mercado como garante de la prosperidad, se ve abocado sin remedio al triste destino que Argelia y Cuba han compartido en los últimos decenios. En Argelia aún si cabe más sangriento. Ahí tenemos, en cualquier hemeroteca, las degollinas perpetradas por los islamistas argelinos hace muy pocos años. El Gobierno tercermundista, demagógico y dictatorial de Ben Bella está en el origen y es causa primera de todo ello.

La estancia de Ernesto en Argelia, donde recibió el nuevo año, fue muy fructífera. Ambos, Ben Bella y él, tenían una similar perspectiva de los problemas del África descolonizado. Bajo su peculiar punto de vista el continente negro era una olla en ebullición que había que aprovechar para la causa. En 1965 prácticamente todos los Estados africanos eran recién nacidos. Las únicas excepciones eran las colonias portuguesas, entre las que figuraban dos de cierta envergadura: Angola y Mozambique, algunos restos del antiguo Imperio Francés y la presencia española en Guinea Ecuatorial y el Sahara Occidental. El resto, o iban a la deriva desangradas en reyertas tribales, o habían sucumbido a las dictaduras personalistas de los próceres de la liberación.

En compañía de estos líderes del África recién emancipada es donde Ernesto se sentía como en su casa. Parecía no importarle que tanto Ben Bella como el guineano Sekou Touré o el ghanés Kwane Nkrumah fuesen unos déspotas que tenían tiranizados a sus respectivos pueblos. La visión del Che iba más allá de los políticos

que la coyuntura colonial había dejado en África. Para Guevara el continente estaba ávido de experiencias revolucionarias, de nuevas y redivivas Sierras Maestras en las que tomar la utopía por asalto.

Pero el hecho es que, a principios de 1965, el conocimiento que el ministro cubano de industrias tenía de la africana era poco menos que accidental, pero eso no fue inconveniente para que se metiese hasta el fondo en una aventura de la que casi no sale con vida. Guevara, como todos los marxistas de todas las épocas, creía disponer de una suerte de vademécum que le proporcionaba explicaciones para todo. Para comprobarlo no hay más que volver sobre los escritos y discursos del Che a cuenta de los problemas geoestratégicos del mundo. Interpretaba la realidad a su manera, equivocadamente por cierto, y lo peor es que pensaba, es más, estaba convencido que el suyo era un análisis científico sin posibilidad de error. Semejante temeridad y prepotencia le terminaría llevándole a la tumba en la lejana Bolivia pero eso, en aquellas navidades argelinas, aun quedaba lejos.

El día veintiséis de diciembre Ernesto se despidió de su amigo Ahmed para dirigirse a Bamako, capital de Malí. Entre ambos habían elaborado en los días precedentes un ambicioso programa de viaje para tantear a los principales capitostes de la nueva África. La primera etapa era Malí, un paupérrimo país recién nacido a caballo entre la cuenca del río Níger y los arenales del Sahara. Malí sigue hoy, en pleno siglo XXI, sumido en la pobreza más absoluta y en buena parte se debe al hecho de escoger el camino equivocado tras su independencia de Francia.

Los dirigentes malienses, sin embargo, no hicieron demasiado caso al enviado cubano —o quizá deberíamos decir argelino—, que llegaba a su primer destino ansioso de hacer alta política. En Bamako no se encontraba Modibo Keita, el presidente de la República, y los mandarines del régimen ni se dignaron a recibir al ministro que debió quedarse estupefacto ante la actitud desafiante de los africanos. Inexplicable. Mientras en Nueva York y en todo el mundo civilizado se rendían a sus pies, en ese remoto rincón de África sus jefezuelos ni se molestaban en interrumpir sus vacaciones navideñas para mantener una charla con el ya legendario guerrillero. Precisamente ellos, los más necesitados de su salvífica prédica.

Con el nuevo año, el mismo primero de enero, dejó Bamako para volar hasta la República Popular del Congo, el antiguo Congo Brazzaville. Los centroafricanos fueron más generosos con el Che, acordaron el envío de un grupo de cubanos para adiestrar tropas nativas y le presentaron al angoleño Agostinho Neto, revolucionario en ciernes que rebuscaba entre los africanos liberados apoyo para su insurrección contra los portugueses. La estancia en el Congo Brazzaville se demoró otra semana y de ahí partió para Guinea. En Conakry le esperaba uno de los mitos vivos de la emancipación africana: Sekou Touré.

Las relaciones entre Guinea y Cuba habían experimentado ciertas tensiones debido al alejamiento de Touré con respecto a Moscú. El guineano fue dando tumbos durante años. De un periodo alineado con la Unión Soviética pasó a otro de

aproximación a los Estados Unidos, y de ahí al acercamiento a las tesis chinas. Sólo en África podían darse casos de funambulismo político como el del Touré. Tumbos en el exterior se entiende. En casa reinaba la estabilidad personificada en un régimen dictatorial a mayor gloria suya durante 25 años, hasta su misma muerte mientras le operaban del corazón en un hospital norteamericano.

De Guinea dio el salto en frenético trasiego de aviones al siguiente destino de su particular tournée africana: Ghana. La nación del golfo de Guinea era aún una de las más prestigiosas de todo el continente y acaso del mundo subdesarrollado. Su presidente, el inefable y despótico Kwame Nkrumah, era modelo y referente de autócratas tercermundistas. Nkrumah no sólo destruyó económica, moral y políticamente a la balbuciente ex colonia británica, sino que se hizo llamar pomposamente por sus súbditos como Osagyefo (el redentor). Lo peor de todo es que terminó creyéndose. Se paseaba por las conferencias internacionales, desde Bandung a Addis Abeba, proclamando a los cuatro vientos una fe casi mística en la africanidad. En uno de sus delirios de grandeza llegó a decir que:

Todos los africanos saben que represento a África y que hablo en su nombre. Por lo tanto, un africano no puede tener una opinión que discrepe de la mía.

Por fortuna en su país no fue una sino muchas las voces que discreparon de su providencialismo bananero. Una de ellas terminó derrocándole con un golpe de Estado en febrero de 1966. Apenas trece meses después de la visita del Che. Uno más a su lista de dignatarios caídos tras recibir el revolucionario saludo de Ernesto. En Ghana se lo pasó en grande. Charló amigablemente con el dictador y tuvo la oportunidad de conocer a Laurent-Désiré Kabila, guerrillero congolés que meses más tarde le ocasionaría unos cuantos dolores de cabeza. De Acra partió rumbo a las pequeñas repúblicas de Togo y Benin. Tras entrevistarse con el presidente Sourou-Migan Apithy emprendió el camino de regreso a Argel. Había pasado menos de un mes y el Che había visitado siete países. Interminables horas de vuelo, nuevas caras, diferentes idiomas. Todo un continente y su realidad se abría como un abanico multicolor ante él.

El paso por Argel fue breve. Debía volver a Cuba a informar a Castro y estar de regreso en la capital argelina a finales de mes para asistir a una Conferencia Afroasiática de Solidaridad, la clásica pérdida de tiempo en la que solían pavonearse los líderes del Tercer Mundo. Pero no lo hizo, no regresó a casa sino que se dirigió a París. En la capital del Sena se encontró con dos cubanos: Osmany Cienfuegos, hermano de Camilo, y Emilio Aragonés. El trío voló hasta Pekín vía Pakistán. No era un viaje de placer. Durante unos años Castro, creyéndose más importante de lo que realmente era —una constante en el personaje—, se ofreció mediar entre la URSS y la China popular para que orillasen las diferencias que les separaban desde el XXII congreso del PCUS.

Mao Zedong se negó a recibirlos arguyendo con desdén que «... lo de Cuba era

una manifestación nacionalista pequeño burguesa» por lo que no le merecía el más mínimo interés. En su lugar Deng Xiao Ping abrió una absurda mesa de negociación donde los enviados de Fidel entonaron su mantra y los chinos el suyo. Un genuino diálogo de besugos que, como era de esperar, no condujo a parte alguna. El Che no obstante tenía su propia agenda. Para entonces estaba ya persuadido de que su destino pasaba irremediabilmente por África.

Sabía que el continente negro era una de las puntas de lanza de la política exterior del presidente Mao. Bueno era acercarse a los chinos al menos para garantizar el apoyo a cualquiera de las iniciativas que Ernesto tomase en tierras africanas. Pero negociar no se le daba bien. Tuvo que conformarse con un envío de armas a los chinos y poco más. La vuelta la realizó por El Cairo donde sostuvo una nueva reunión con Nasser. De Egipto voló a Dar es-Salam, capital de Tanzania, con objeto de inspeccionar el terreno y darse a conocer a Julius Nyerere, el presidente tanzano.

El viaje a Tanzania tenía otro cometido inconfesable en público. Quería visitar las bases militares de la guerrilla congoleña en la frontera del lago Tanganica. No tardaría mucho Ernesto en volver por aquellos pagos, aunque en muy diferente situación personal y política. A finales de febrero se encontraba de nuevo en Argel listo para dar el salto definitivo al vacío.

En la Conferencia Afroasiática de Solidaridad no se ventilaba nada de importancia, de hecho Ernesto asistió a ella como mero observador cubano. Sin embargo, el discurso que pronunció aquel veintisiete de febrero de 1965 marcaría su destino como casi ningún otro a lo largo de su dilatada y discursiva vida pública. Arremetió contra los soviéticos en tres tandas. Tres cargas de profundidad que sentenciaron su sino y le hicieron sobrepasar la línea de no retorno. Atacó el sistema de comercio en el bloque socialista, hizo una inaceptable equiparación entre la Unión Soviética y los países occidentales, y adujo que las armas en el campo socialista no podían ser una mercancía.

No debe hablarse más de desarrollar un comercio de beneficio mutuo basado en los precios que la Ley del Valor opone a los países atrasados... [...] Si establecemos este tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta medida, cómplices de la explotación imperial... [...] Las armas no pueden ser mercancía en nuestros mundos; deben entregarse sin costo alguno y en las cantidades necesarias y posibles a los pueblos que las demandan para disparar contra el enemigo común.

Parece claro que la fiebre fanática a Guevara se le había disparado tres o cuatro grados durante aquel discurso. No tiene desperdicio. Según él los países del bloque soviético se basaban en sus intercambios en la «Ley del Valor», entendida por Guevara como comprar algo y pagarlo. Las relaciones económicas en los países socialistas giraban en torno a monedas ficticias, no convertibles, casi como de Monopoly, que no valían nada, absolutamente nada en el mercado internacional de divisas. El respaldo del rublo o del marco de la RDA era nulo y su crédito internacional se reducía a cero. De ahí la hambruna de dólares, marcos de los buenos o libras esterlinas que siempre padeció la economía soviética para abastecerse fuera



de sus fronteras.

Lo de establecer complicidad entre Moscú y Occidente sonaba más a broma de mal gusto. Para los soviéticos y, especialmente, para los occidentales. No había mucha complicidad entre los berlineses del este y los del oeste, separados por un muro que acaban de levantar los jefes comunistas de la RDA con los que Guevara tenía una privilegiada relación. Por último, lo de las armas era un toque de atención al Kremlin por la mala jugada en la crisis de los misiles que Ernesto no había acabado de perdonar. Las armas, a juicio del Che, se fabricaban, por ejemplo, en Checoslovaquia y de ahí habrían de ser distribuidas gratis et amore a lo largo y ancho de todo el orbe para surtir a los guerrilleros que pugnaban contra la primera democracia del mundo y que constituía el enemigo común de los pueblos. Ernesto nunca superó la etapa heroica de Sierra Maestra en la que podía hacer y deshacer a su antojo en su campamento. Imaginó siempre que el mundo entero era como su campamento serrano. Así le fue.

En Argel había hecho estallar la bomba. El racimo de sandeces que pronunció en su discurso sabía que le iba a costar caro, pero no porque fuesen sandeces, sino porque él consideraba que estaba en lo cierto. Ernesto Guevara de la Serna pensaba estas cosas, estaba completamente convencido de ellas.

El día quince de marzo regresó a La Habana. En el aeropuerto le esperaban de muy mal humor Fidel Castro, su hermano Raúl y el presidente Dorticós. No hubo rueda de prensa, ni declaraciones, ni siquiera una reunión formal para dar puntual informe al Gobierno del largo periplo por el extranjero. Pasó tres días en casa reponiéndose con su bella esposa y aprovechando para conocer cara a cara a su hijo Ernesto, nacido un par de días antes de que él diese su famoso discurso. Al tercer día se dirigió al encuentro del Comandante en jefe para ajustar cuentas. Ambos se tenían ganas. Este episodio, el del encuentro de Fidel y el Che a la vuelta de Argelia, es uno de los más ocultos y misteriosos de la historia del castrismo. Según parece, se encerraron los durante cuarenta horas para ventilar diferencias. Dos días me parece mucho para una simple discusión, pero conociendo la locuacidad de ambos y el fanatismo compartido quizá hasta dejaron asuntos en el tintero. Y lo digo porque según algunas fuentes el Che se despidió de este modo de su interlocutor:

Bueno, a mí la única alternativa que me queda es irme de aquí para el carajo y, por favor, si me pueden dar alguna ayuda en lo que me propongo hacer, la quiero de inmediato y si no, me lo dicen también para ver quien me la puede brindar. Fidel le dijo: «No, no, en eso no hay problema».

No había problema porque Ernesto Guevara era ya un cadáver político. Si físicamente desaparecería dos años más tarde en la pequeña escuela boliviana de La Higuera, en lo político el discurso de Argel y su posterior enfrentamiento con Castro hicieron las veces de sentencia de muerte política sin apelación posible. Se ha hablado en múltiples ocasiones de si el Che tuvo o no posibilidad de quedarse en Cuba. Probablemente si. A Fidel un personaje con semejante gancho publicitario le

venía de perlas de cara a pasearlo como un mono de feria por los foros internacionales. Pero para ello Ernesto debía doblar el espinazo, pedir disculpas a los rusos y olvidarse de sus fantasías revolucionarias. No lo hizo porque realmente creía en su cometido. Creía estar en lo cierto y se veía interpretando un papel en la historia muy diferente del que la revolución cubana le había asignado.

Cuentan que diez años antes en México, ambos suscribieron un pacto, en virtud del cual Fidel nunca se interpondría cuando Ernesto decidiese dejar Cuba e incorporarse a una nueva aventura. Ese momento había llegado.

## **El Congo, la guerrilla del fin del mundo**

La ayuda que Guevara pidió a Fidel en la célebre discusión de las cuarenta horas no se hizo esperar. Casi sin darse un respiro comenzó la labor de reclutamiento de la tropa que le acompañaría a su primera guerrilla. Encomendó a Rafael del Pino la selección de un contingente exclusivamente negro en la base de Holguín. Sólo cubanos de raza negra, cuanto más negra mejor. Buscaba, obviamente, que pasasen desapercibidos en la jungla africana. En el Congo tendría que enfrentarse a tropas mercenarias sudafricanas que tan pronto como viesan un blanco en las filas rebeldes sabrían que los soviéticos andaban detrás.

Con la tropa reclutada y algo de entrenamiento básico se dispuso unos días más tarde a abandonar de nuevo la isla. El día dos de abril, tres semanas después de su llegada, partió rumbo a una ciudad desconocida. No informó a nadie, ni siquiera a su familia en Buenos Aires. Tan sólo Fidel y unos pocos elegidos en la cúpula del poder habanero sabían del destino último del Che. Al calor del secreto oficial nacería toda una intriga internacional que duraría meses.

¿Dónde estaba el Che Guevara? ¿Había muerto? ¿Se encontraba arrestado por sus diferencias con el líder máximo? La versión oficial era que el Che se había ido a la provincia de Oriente a cortar caña. Todos sabían que era gran aficionado a trabajar sin cobrar, los meses en el extranjero le habían ocasionado un retraso considerable en su cuenta particular de trabajo voluntario. Como coartada para unos días no estaba mal, pero la gente comenzó a sospechar. ¿Dónde estaba el Che Guevara? Fue la pregunta de moda durante semanas en toda Cuba y en la mayor parte de cancillerías extranjeras.

Unos decían que se había ido a luchar a la República Dominicana, otros que se encontraba en México, país que le había visto partir para la revolución. Algunos, los más dados a las teorías estrambóticas, aseguraban que se encontraba en un psiquiátrico. Sea como fuere, el hecho es que, en aquellos días en que medio mundo se preguntaba por el paradero del guerrillero argentino, Fidel ni se inmutó. Dejó correr la situación a su antojo. Aun defenestrado, Guevara seguía siéndole de utilidad.

Antes de partir dejó una carta de despedida a Fidel. No puso fecha para que el

líder la leyese cuando creyera conveniente. Probablemente la misiva date del primero de abril, un día antes de su partida. Castro la guardó en el cajón de su escritorio y no la hizo pública hasta bastantes meses después. La carta de despedida del Che es quizá el documento debido a Guevara que más veces ha sido reproducido en papel, en casetes, en discos compactos y en formato MP3 para regocijo de la parroquia de guevaristas poco amigos de la lectura, que, por desgracia, son legión. La carta no hay por donde tomarla. Pasa revista a toda la epopeya revolucionaria y alaba el papel de Castro al frente de Cuba:

Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros momentos de la Sierra Maestra, y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario.

De modo que la carnicería de La Cabaña o la ruina casi absoluta no eran faltas de gravedad. Edificante apreciación la del Che. La memoria de los revolucionarios, especialmente si son cubanos, es floja. Pero no se queda ahí, poco antes de despedirse continúa enalteciendo al Líder.

... que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti; que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo, al que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos.

Hay un aroma totalitario tal en esta carta que trae a la cabeza las confesiones de Kámenev y Zinóviev durante los juicios a los que fueron sometidos en las purgas de Stalin. Desconozco lo que pasó por la cabeza de Ernesto Guevara momentos antes de recibir el tiro de gracia en La Higuera, pero por su promesa previa parece que no dedicó ese último pensamiento a su esposa Aleida, a su madre Celia o a cualquiera de sus hijos, sino al faraón de La Habana. Un detalle fundamental que, inexplicablemente, pasa siempre desapercibido a los guevarófilos.

En su artículo *El Socialismo y el Hombre en Cuba*, escrito por esas fechas, decía que el guerrillero está guiado por un profundo sentimiento de amor. Un amor tan grande que en el momento de la muerte en lugar de llevar el pensamiento hacia la madre, la esposa o los hijos lo dirige a un tirano de una república bananera. Nunca llegaremos a saber a ciencia cierta si esta carta fue redactada en su totalidad por el Che. A fin de cuentas Castro la guardó durante meses y bien pudo haberla modelado a su antojo para darse más importancia. Hay incluso hasta quien asegura que Ernesto jamás escribió esta carta y fue una hechura de Fidel para darse importancia.

En la carta Guevara renunciaba a su cargo de ministro, a su grado de comandante e incluso a la nacionalidad cubana. De lo primero y lo segundo fue desposeído por turnos. No hubo destitución oficial en el ministerio de Industrias, de hecho, cuando fue leída la carta, el día cinco de octubre, la cartera estaba ocupada desde junio por Arturo Guzmán. El pueblo cubano, naturalmente, no fue informado del particular. El grado de comandante del ejército cubano no volvería a utilizarlo de manera oficial aunque durante dos años seguidos lideró movimientos armados en dos países

diferentes con apoyo de La Habana. Es decir, no era nacional cubano pero como si lo fuese.

Al Che le llevó más de dos semanas llegar hasta la capital de Tanzania. El objeto de tanta demora era burlar a los soviéticos y a la CIA. Los americanos estaban interesados en saber por donde paraba el guerrillero, pero no tanto como para seguirle por medio mundo. Los rusos ya lo sabían. Castro se lo había soplado al embajador Alexeiev. Parece claro que Ernesto, de avión en avión, volando por media Europa de Bruselas a París, de allí a Madrid para evitar ser descubierto por los soviéticos desconocía los apaños de su antiguo jefe.

El día diecinueve de abril llegó a Dar es Salam junto a sus dos comandantes de apoyo: José María Martínez Tamayo y Víctor Dreke. Éste último había organizado los entrenamientos desde el mes de febrero en Cuba, mucho antes de que Guevara decidiese organizar la expedición al Congo, y era el que mejor conocía a la tropa expatriada. Días más tarde fue llegando con cuenta gotas el resto del contingente cubano. Eran unos cien hombres. A su frente Ernesto Che Guevara, que tomaría el nombre clave de «Tatu», tres en idioma suahili. La aventura daba comienzo.

El plan de La Habana, tan fantasioso como todos, era incendiar el Congo con una guerra revolucionaria hecha a imagen y semejanza de la de Sierra Maestra. Aquel año los norteamericanos hicieron público su apoyo a la república vietnamita del sur, que, como en el caso de Corea unos años antes, había sido invadida por sus vecinos del norte. En América los avances de Castro eran evidentes. Gracias a una conferencia en La Habana había conseguido aglutinar de un plumazo a lo más florido del comunismo al sur del río Grande. Todo lo que se hiciese en el hemisferio sería cosa suya y él la dirigiría personalmente.

África era para el Che. Pero ¿por qué el Congo? La primera razón es que había una coartada para meterse allí. En aquellos momentos se encontraba descabezado, convulso y con un Gobierno sostenido a duras penas por los belgas. La segunda y fundamental es que este país está en el mismo corazón del continente, es accesible desde casi cualquier punto. Una vez tomado el Congo la revolución se extendería por todo África. Suena a chiste, pero en 1965 Fidel Castro estaba completamente convencido de que más pronto que tarde iba a liderar el Tercer Mundo. A la vista está que no lo consiguió. No por nada, simplemente porque la idea era descabellada, solo concebible en la agitada mente de alguien como Castro.

En Asia, como era de prever, los chinos no le dejaron meter el cazo. En África el Che y su orgullo se dieron de bruces contra la realidad de que el mundo es como es, y no como uno quiere verlo. Si Ernesto Guevara hubiese aprendido esta sencilla lección se hubiera ahorrado la muerte, que ya entonces le aguardaba a la vuelta de la esquina.

La campaña del Che en el Congo duró aproximadamente ocho meses y desde el principio al final fue un auténtico desastre. Los revolucionarios cubanos hicieron su entrada en el país por el lago Tanganica. Atrás, en la Tanzania del presidente Nyerere, dejaban la base de Ujiji, desde donde operaba Laurent-Désiré Kabila. La primera

campaña, la de primavera, fue calamitosa para los recién llegados. El Congo no era, como habían presumido los animosos revolucionarios cubanos, la Cuba de Batista, sino algo mucho más grande y infinitamente más complicado. La guerrilla no se enfrentaba contra un ejército desmoralizado y con pocas o ninguna gana de combatir.

El Gobierno de Moise Tshombe había requerido los servicios de un mercenario sudafricano, Mike Hoare, para organizar la lucha contrainsurgente. La milicia de Hoare, el llamado Quinto Comando, estaba formada por soldados congolese bien adiestrados y por una heterogénea masa de buscadores de fortuna de varios países europeos. Esta composición multinacional les permitió, por ejemplo, interceptar las comunicaciones de la guerrilla guevarista gracias al oficial de radio, que era un mercenario español.

Durante los meses de mayo y junio de 1965 Hoare, advertido de la presencia en el país de guerrilleros venidos de Cuba, emprendió un resuelto ataque destinado a hacer retroceder hacia el lago a los grupos rebeldes. Guevara pronto se aperció de que no tenía a un enemigo cualquiera enfrente. Instó a los jefes guerrilleros locales a buscar la unidad para hacer frente común contra el sudafricano. Fue un fracaso. La guerrilla congoleña era tan anárquica y desordenada como su propia patria. Por un lado estaban divididos en baronías tribales, por otro eran demasiados los frentes que tenían abiertos como para pretender unificar objetivos.

No ahorraría invectivas Guevara para sus nuevos compañeros de viaje. Y no era para menos. El presunto jefe del ejército popular congolés ni siquiera se dignaba a aparecer por el teatro de operaciones. Kabila vivía mejor en Tanzania realizando puntuales y esporádicas visitas al frente. En la guerra los voluntarios congoleños no se caracterizaban ni por su puntería ni por su arrojo. A la primera que se veían en peligro se batían en retirada de un modo desordenado y vergonzante. Por si lo anterior fuese poco, los hábitos privados de los guerrilleros africanos exasperaban a Ernesto. Se emborrachaban con frecuencia y el campamento solía estar lleno de mujeres que distraían a la tropa.

El muestrario de despropósitos no se quedaba ahí. Uno de los jefes de la guerrilla rebelde, Nicholas Olenga, acostumbraba a pasearse en un flamante Mercedes Benz de color blanco junto a la línea de frente por puro placer. Un tanto curiosa debía ser la estampa del guerrillero negro dentro del Mercedes blanco circulando por un camino embarrado del África profunda. A los africanos no había manera de meterlos en cintura. Ernesto ni siquiera se entendía con la mayor parte de ellos. Los cubanos se habían presentado en el centro de África sin conocer los dialectos tribales de la zona. Ninguno de ellos hablaba suahili, lengua de los combatientes simbas, y tan sólo Guevara era capaz de hacerse entender en francés con alguno de los jefes.

Los primeros meses fueron de total aburrimiento. Nadie sabía, ni siquiera el presidente de Tanzania, que el Che se encontraba guerreando en el Congo. Para proteger a los rebeldes, y ya de paso protegerse a sí mismo, Kabila recluyó a los cubanos en el campamento. Pero de poco sirvió. Pronto los hombres de Hoare, que no

eran precisamente aficionados, detectaron la presencia de los isleños y actuaron en consecuencia. A finales de junio se desataron las hostilidades entre los dos mercenarios blancos: el argentino y el sudafricano, el hispano y el anglosajón.

El duelo entre Hoare y Guevara vendría a ser algo así como un remedo ecuatorial y a destiempo de la rivalidad inmemorial entre españoles y británicos. Un puñado de cubanos al mando de Víctor Dreke intentó apoderarse de la posición de Front de Force infructuosamente. De nada sirvió el valor mostrada por la tropa isleña. El ejército nacional del Congo, asistido por oficiales belgas, y los hombres de Hoare resistieron el envite y regaron los alrededores de la aldea con la primera sangre cubana derramada en el Congo.

Ernesto no podía más, urgió a Kabila a reunirse con él. Desde que Ernesto llegase a África en el mes de abril Kabila había estado jugando al ratón y al gato con él. Lo había ninguneado de un modo vergonzoso, al menos para los admiradores del guerrillero. Kabila se hizo de rogar. En una carta enviada por el Che al caudillo rebelde le decía:

Le pido un favor; deme permiso para ir a Front de Force sin otro título que el de comisario político de mis camaradas, completamente a las órdenes del Camarada Mundandi.

Ernesto Guevara, el Che, el guerrillero más famoso de la historia a las órdenes de un tal Mundandi. La campaña del Congo ha sido tradicionalmente una de los episodios de la vida del Che más ocultados en sus biografías. Y a sus hagiógrafos razón no les falta. Nadie, a excepción de Fidel, había tratado con tal desprecio al guerrillero hasta que éste conoció a Kabila. El viejo refrán que dice «todo tonto encuentra siempre otro tonto que le admira» se ajusta como un guante a esta extraña relación entre Kabila y Guevara.

Por fin, y dejando a un lado los desplantes, ambos líderes guerrilleros se encontraron a mediados de julio para establecer una acción conjunta que resultaría estéril. Kabila no entendía el elaborado planteamiento bélico del Che y carecía de una estrategia definida. Mike Hoare sin embargo sí que la tenía. Sobre un mapa de la zona en conflicto localizó los asentamientos y plazas dominados por los rebeldes y trazó el plan maestro para ahogar la insurrección en el fondo del mismo lago Tanganica.

Los rebeldes se habían hecho fuertes en los pueblos de Baraka y Fizi por lo que los hombres del Quinto Comando pusieron sitio al primero de ellos. El Che se encontraba allí. Hoare pidió refuerzos a Leopoldville y una escuadrilla aérea. Paradojas del destino la dotación aérea enviada por el gobierno congolés estaba formada por cubanos. Antiguos integrantes de la Brigada 2506 convertidos en soldados de fortuna dispuestos a guerrear sin tregua contra el castrismo. De este modo tan caprichoso cubanos de ambos bandos volvieron a verse las caras en una remota tierra a miles de kilómetros de Cuba. La batalla de Baraka fue acaso la de mayor envergadura de toda la campaña congoleña y se saldó con una derrota sin paliativos de los guerrilleros. Hoare arremetió por tierra y por el lago, armando para

esto último una pequeña escuadra de lanchas artilladas. La resistencia de los cubanos fue meritoria. El propio Mike Hoare lo reconocería más tarde de este modo:

... el enemigo era muy diferente de todo lo que me había encontrado hasta ahora. Estaban equipados, empleaban tácticas militares y respondían a señales. Obviamente estaban dirigidos por oficiales entrenados. [...] con regularidad cronometrada estaban concebidos sus ataques frontales que eran notables por su ausencia de ruidos y disparos, usuales entre los simbas. Al quinto día, el patrón se alteró. Una oleada de rebeldes atacó desde el recinto de Contonco, gritando «Mai Mulele» ya avanzando por la carretera en una masa sólida [...] me di cuenta que tal reversión sólo podía significar una cosa: los cubanos se habían ido.

No andaba desencaminado. Los cubanos se replegaron hacía Fizi donde Ernesto situó su cuartel general. Pero no tardaría en caer esta posición. El Che, a la desesperada, salió del pueblo y miró el modo de tender una emboscada a los hombres de Hoare. Se había decantado por la táctica guerrillera al uso. Tampoco funcionó. Los cubanos estaban con la moral por los suelos. Recluido en su tienda, afectado por el asma y un cóctel fatal de dolencias tropicales, Ernesto veía como una parte importante de su tropa revolucionaria —muchos de ellos se habían alistado voluntarios para ir al Congo—, desfallecía y pedía volver a Cuba. ¿Qué diablos hacemos aquí? Se preguntaban. Guevara se había hartado a repetir en mil comparencias y discursos el apotegma guerrillero de que las revoluciones no se exportaban, que nacían en el seno de los pueblos. La guerrilla era el catalizador de ese ansia popular. Pero en el Congo nada de nada. Ni anhelos revolucionarios en el pueblo, ni intenciones liberadoras en la vanguardia guerrillera. La base de su teoría, expuesta en la Guerra de Guerrillas, se venía abajo, se deshacía como un azucarillo.

La situación estaba empezando a ser angustiosa. Sólo quedaba resistir y morir o largarse de aquel avispero. Para el Che, más dogmático e inflexible que nunca, sólo era digna de consideración la primera opción. Escaseaban las provisiones y los soldados cubanos apenas podían reponer su indumentaria. En cierta ocasión uno de los cubanos le solicitó que pidiese botas nuevas a los congolese. Ernesto no lo pensó un momento, miró con cierto desdén a su interlocutor y le espetó de muy malas maneras:

—Los negros andan descalzos, los cubanos también tienen que hacerlo.

Cuando menos delirante el escenario en el que iba a nacer el Vietnam africano.

Lo que no esperaba el Che es que la coyuntura internacional cambiase tan repentinamente. En el mes de julio su amigo Ben Bella había sido depuesto en Argel. Una intriga había acabado con su personalísima dictadura para dejar el poder en manos de Houari Boumédiène. El nuevo amo de Argelia era de la opinión que perder el tiempo y el dinero en el remoto lago Tanganica era absurdo, por lo que interrumpió de golpe todo el programa de ayudas a los rebeldes. Para la nomenclatura argelina era prioritario el mundo árabe y su guerra con Israel. Echar a los judíos al mar estaba muy por encima de construir el socialismo en el África negra.

En el Congo tampoco pintaban mejor las cosas. Al calor de una reunión rutinaria

de la Organización para Unidad Africana (OUA) Moise Tshombe cayó. El nuevo hombre fuerte, Kasa Vuvu, se comprometió en firme con la OUA en pacificar el país invitando a los cubanos a marcharse. Ciertamente que la guerrilla de Pierre Mulele continuaba, pero ésta se encontraba en el otro lado del inmenso Congo, muy lejos de las cada vez más inestables bases cubanas. No quedaba otra elección.

En La Habana lo sabían, Fidel había seguido con regularidad la campaña a través de emisarios que iban y venían desde Cuba a la región de los lagos. Sacar al Che del Congo se convirtió en prioridad, pero no era tan sencillo. Ernesto sabía desde octubre que Fidel había leído en público su carta de despedida. Juró en arameo al saberlo pues eso equivalía a quemar el único puente de salvación que le quedaba. ¿Con qué cara iba ahora a regresar a Cuba el Guerrillero Heroico? No era de recibo abandonar Cuba por la puerta grande para volver a entrar en ella por la de servicio. Ernesto no quería saber nada de ello. Los enviados de Castro, especialmente Aragonés y Fernández Mell, insistieron al comandante una y otra vez, pero era inútil. Guevara les hizo saber su intención de unirse a la guerrilla de Mulele atravesando el Congo a pie, y, si eso no era posible, quedarse junto al lago para resistir a sangre y fuego la inminente entrada de los soldados leales al Gobierno de Leopoldville.

Finalmente a Guevara no le quedó otra que aceptar. Los cubanos tomaron una lancha rápida y, con lo poco que les quedaba, partieron hacia la orilla segura del lago, la de Tanzania. El año 1965 se despedía y la aventura africana del Che terminaba, pero no como a él le hubiese gustado. El año que estuvo en ninguna parte tocaba a su fin.

El balance de la guerrilla en el corazón de África no podía ser peor. El propio Guevara lo definió sin ambages como un desastre sin atenuante posible para, acto seguido, arremeter contra todos y contra todo para explicarlo. Ni sus intuiciones habían funcionado, ni el conocimiento de África que creía tener era el adecuado, ni la lectura de la realidad que había hecho era la correcta.

Pensó que la antigua colonia belga iba a ser la mecha que encendiese todo el continente. Y se equivocó. Estaba persuadido de que los pueblos se liberan en cuanto ven a cuatro guerrilleros pegando tiros en el monte. Y se equivocó. Por último, creyó ver en el África post colonial una suerte de Camelot revolucionario que cambiaría en muy poco tiempo la faz del mundo. Y se equivocó. Toda su construcción teórica de la guerrilla mundial se vino abajo durante los meses que pasó en el Congo, pero como si nada, Guevara, inasequible al desaliento siguió perseverando en el error. Lo peor es que ya no tenía vuelta atrás.

## **Cuando el olvido te alcanza**

El clima de Dar es-Salam es cálido, de una humedad pesada que cala hasta en los huesos. Encerrado en la embajada cubana en Tanzania pasó Ernesto varias semanas



lamiéndose las heridas. No quiso recibir a nadie, ni hacer vida pública, ni siquiera se interesó por reverdecer viejas amistades africanas. El santuario donde permaneció recluido todo ese tiempo se transformó en su celda de castigo para purgar los pecados cometidos en el Congo. Apuntó con meticulosidad en su cuaderno de notas haciendo balance de la batalla congoleña:

He salido con más fe que nunca en la lucha guerrillera, pero hemos fracasado. Mi responsabilidad es grande; no olvidaré la derrota ni sus más preciosas enseñanzas.

La preciosa enseñanza consistía básicamente en ir de revés en revés y salir a los ocho meses con el rabo entre las piernas. Pero tan elemental apreciación no pasó por la cabeza del argentino. Identificó los errores y los concentró en otros, en los soldados cubanos que querían regresar a casa, en el poco compromiso de los aldeanos o, con mayor frecuencia, en los cuadros africanos con los que le había tocado compartir trinchera. Es indiscutible que los congoleños estaban lejos del soldado perfecto, pero el error de Guevara no fue tanto luchar a su lado, pues no le quedó más remedio, sino el hecho de ignorar asunto tan capital a la hora de integrarse en un ejército irregular. Sobreestimó a los africanos y su capacidad de combate y ahí el yerro fue suyo y de nadie más.

Sumido en sus solitarios pensamientos consumió dos largos meses. Hasta Dar es-Salam voló Aleida March con objeto de hacerle recapacitar para que volviese a Cuba con ella y sus hijos. Pero Ernesto no quería ni oír hablar de ello. La sola idea de regresar a la isla le ponía enfermo. Fidel había hecho polvo su retirada tras la lectura de esa carta que en mala hora había escrito. Sólo le quedaba una salida, ir a Argentina y organizar allí una guerrilla para conquistar el poder desde las sierras andinas o desde las junglas del norte. Argentina era su ilusión, su meta última. Ya lo había intentado años antes a través de la malograda guerrilla de Masetti y la idea no se le podía ir de la cabeza.

El problema es que su patria natal no estaba para revoluciones. Ni siquiera el Partido Comunista de Argentina simpatizaba con la lucha armada. Su líder, Víctor Codovilla, era reacio a las tesis del Che y no quería saber nada de levantamientos guerrilleros dentro del país. No había mucho más de dónde rascar, pero Dar es-Salam no era el lugar apropiado para que se entregase a sus reflexiones. Una pequeña ciudad africana (en aquel entonces tenía solo 150 000 habitantes, hoy casi cinco millones) en la que todos los blancos se conocían. El servicio secreto cubano buscó un mejor escondrijo para el guerrillero.

Lugares en los que el Che Guevara pudiese pasar desapercibido no eran, por desgracia, muchos, por lo que los agentes cubanos escogieron un frío país del este de Europa. A principios de marzo recogió las pocas cosas que llevaba consigo y se marchó a Checoslovaquia. En Praga los cubanos se encargaron de ocultar la presencia del ex ministro en un apartamento a las afueras de la capital. En el mes de marzo el invierno arrecia en Centroeuropa, los checos no son un prodigio de alegría y

jovialidad y, por si todo esto fuera poco, el secreto de la operación debía ser tal que los movimientos de Guevara quedaron constreñidos a las cercanías del apartamento.

Los meses en Praga son, a juicio de un ilustre biógrafo suyo, los peores de su vida. Aleida viajó de nuevo a su encuentro pero sus gestiones para traerlo de vuelta a la isla tampoco fructificaron esta vez. Y no lo hicieron posiblemente porque Ernesto ya tenía un recambio guerrillero en la cabeza. Desde los días de Tanzania venía pensando en Bolivia como un centro neurálgico perfecto para iniciar la insurrección armada en Argentina y en otras partes del subcontinente. Bolivia era, como el Congo en África, el centro del continente. Al menos sobre el mapa y el Che era muy de mirar mapas y hacer fabulosos pero irrealizables planes sobre ellos. La idea le pareció tan atractiva que envió a dos de sus fieles, Harry Villegas y Martínez Tamayo, que le habían acompañado en el Congo a inspeccionar in situ la situación en Bolivia.

En Praga volvió a cruzarse con Tamara Bunke, la revolucionaria germano-argentina criada en la RDA que conocía desde años atrás. Mucho se ha hablado sobre la relación sentimental que el Che y Tamara trabaron entonces. Tamara era una mujer joven, atractiva y muy ideologizada, la compañera perfecta para un hombre que vivía por y para la idea. Guevara vivía en Praga custodiado por Ulises Estrada, un agente cubano. Estrada fue durante un tiempo amante de Tamara y coincidiendo con la llegada de la alemana a Praga Ernesto ordenó a Ulises que regresase a Cuba. Era de raza negra y, a juicio del comandante, eso era demasiado llamativo en una circunstancia como la que ambos se encontraban, es decir, en secreto y a espaldas del Gobierno checo. Algo pesaría el hecho de que Estrada fuese negro no hay duda, pero que tuviese que volver a Cuba era la excusa perfecta para quitarse un competidor de en medio.

Algunos apuntan a que en la capital de Checa se produjo una agria disputa matrimonial entre Ernesto y Aleida a cuenta de la presencia de Tamara. Son rumores pero no dejan de tener su base. El matrimonio con Aleida no estaba roto, pero si seriamente dañado. En todo el año 1965 la pareja apenas había convivido tres semanas. En 1966 tampoco pasarían mucho tiempo juntos, el justo que le permitieron los entrenamientos antes de partir para Bolivia y las dos visitas que Aleida le rindió cuando se encontraba en Praga y Tanzania. El camino que había emprendido Guevara en diciembre de 1964, su huida hacia delante, no era en absoluto compatible con la vida familiar y eso pesaba. La otra parte de su familia, la que vivía en Argentina, era ya un recuerdo lejano e imperceptible en la distancia. Su madre, Celia de la Serna, había muerto mientras él se encontraba guerreando en África y las relaciones con sus hermanos y tíos no pasaban de ser puramente anecdóticas. Antes de partir hacia el Congo había dedicado una sentida carta a sus padres. Sería la última.

Puede ser que esta sea la definitiva. No lo busco pero está dentro del cálculo lógico de probabilidades. Si es así, va un último abrazo.

La estancia en Praga se prolongó hasta mediado el verano. En julio Fidel tenía

muy avanzado su plan para deshacerse de una vez por todas del fastidioso e iluminado argentino. En el menú guerrillero de Latinoamérica no había, todavía en 1966, mucho donde elegir. Descartada la opción argentina, apenas quedaban la de Venezuela y la de Perú. En Venezuela las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional, las FALN, creadas por el PCV en 1962, rechazaron la oferta de La Habana de incorporar a sus filas al guerrillero. Venezuela, gran productor de petróleo, era un aliado preferente de Estados Unidos por lo que la presencia de la CIA estaba asegurada. Es de suponer que si la inteligencia norteamericana encontraba al Che en los llanos venezolanos se les pondría todo muy cuesta arriba. Tener al Che al lado era más un inconveniente que una ventaja.

En Perú el movimiento guerrillero era débil y se encontraba en horas bajas. Sólo quedaba Bolivia. Fidel se encargó personalmente de hacer algunas gestiones con Mario Monje, secretario general del Partido Comunista de Bolivia (PCB). Los bolivianos no estaban ni de lejos interesados en iniciar un foco en su propio país, pero la larga mano de Castro se hizo sentir y Monje se avino a negociar. Fidel, para no traicionarse a sí mismo, no puso todas las cartas encima de la mesa. Dejó caer a Monje su intención de inaugurar un levantamiento armado en tierra boliviana pero sin dejar claro el objetivo último. Lo que parecía claro es que en este levantamiento iba a participar de manera activa Ernesto Guevara. Esto a Monje le tranquilizó.

Tres años antes La Habana había realizado una maniobra similar para introducir la guerrilla de Masetti en Argentina. Monje supuso, errando el tiro, que las intenciones de Castro iban por el mismo camino: Bolivia serviría de puente hacia Argentina porque, a fin de cuentas, Bolivia, un país inmenso pero poco poblado, nunca había constituido una prioridad en la agenda castrista. Los bolivianos tenían un gobierno relativamente progresista y ya desde 1952 se venía ejecutando una Reforma Agraria destinada a dotar de tierra a los campesinos. El país, en definitiva, no era un campo de cultivo propicio. Ya en 1963 el propio Fidel lo había definido de la siguiente manera:

Yo tengo mucha pena por ustedes, por Bolivia, porque es muy difícil hacer lucha guerrillera allí. Ustedes son un país mediterráneo, hubo la reforma agraria; entonces, su destino es ser solidarios con los movimientos revolucionarios de otros países porque uno de los últimos países en lograr su liberación será Bolivia. La lucha guerrillera no es posible.

Que Fidel Castro tuviese claro que la lucha armada no era factible en Bolivia no obstaba para servir como destino a Guevara. Así se lo hizo saber. Todavía en Praga, y con el caramelo de la revolución sudamericana en la boca, supo llevárselo de vuelta a Cuba. Los preparativos se hallaban sin embargo más avanzados de lo que ambos, el Che y Fidel, suponían. En La Paz se encontraban desde julio tres agentes cubanos y hombres de confianza de Ernesto tanteando al PCB y a los grupos maoístas. Las gestiones de Pombo y Martínez Tamayo se verían completadas más adelante por Regis Debray, un escritor francés alucinado entonces con la revolución cubana, que

se desplazó hasta Bolivia para hacer una investigación de campo encargada desde La Habana. La capital boliviana era durante aquel año de 1966 un hervidero de intrigas cubanas. Por un lado los enviados del Che, por otro los comunistas locales interesados en la intervención, y por último el advenedizo francés investigando por su cuenta.

Tan pronto como Ernesto puso sus pies de nuevo en tierra cubana inició las labores de desarrollo de la tropa que viajaría hasta Sudamérica. Se estableció en una casa de campo cerca de San Andrés de Caiguanabo. Procedió a la selección exhaustiva del personal militar. No quería equivocarse como había sucedido el año anterior en el Congo. Tan sólo un puñado de hombres. Todos jóvenes y con probada fidelidad a la revolución y a él mismo. En la misma finca donde Ernesto había fijado su residencia empezaron en agosto los entrenamientos. Prácticas de tiro, caminatas por el monte y un imprescindible cursillo acelerado de lengua quechua para integrarse mejor en el país que iban a invadir con un lanzagranadas al hombro.

La otra cara de la operación se estaba llevando a cabo en tierras bolivianas. Monje no paraba de La Habana a La Paz negociando y renegociando los términos de la intervención. Sin embargo, la situación se complicó inesperadamente. La aguja que Fidel quería enhebrar con los comunistas bolivianos no terminaba de pasar por el ojo. Monje se escamó sobremanera. Empezó a desconfiar de Castro por momentos. La idea del líder máximo no era utilizar su país como base para iniciar una rebelión en Argentina, sino quedarse y montar un foco guerrillero en su casa. Los jefes del partido en Bolivia no querían saber nada del tema. Rechazaron las peticiones de hombres que venían desde La Habana y se pusieron a la defensiva.

Pero a Castro no se le podía llevar la contraria de manera que Monje se las apañó para defenderse sin molestar. Los estrategas cubanos habían repensado la campaña conforme a la información recibida desde La Paz. Se trataba, en suma, de instalar el foco en la zona de Alto Beni, una región poblada y susceptible de ser buena base de operaciones. Monje lo sabía e inició su propia maniobra de diversión. Se las arregló para que la guerrilla diese comienzo al sureste del país, en Ñancahuazú, una árida comarca en la que no vivía ni un alma, pero relativamente próxima a las fronteras con Argentina y Paraguay. Así, cuando se vieses sobrepasados cruzarían alguna de ellas y asunto resuelto. La estratagema de Monje se revelaría letal.

En Cuba los preparativos se aceleraban. A comienzos de septiembre al Che empezaron a entrarle las prisas para lanzarse de una vez sobre su objetivo. A mediados de octubre se dieron por finalizados los entrenamientos y todo el contingente se dispuso a partir hacia su destino. Toda la operación guerrillera, como en el caso del Congo, debía estar revestida del máximo secreto. Cada uno de los componentes llegó a Bolivia dando impresionantes rodeos por medio mundo para despistar, pero no se sabe bien a quién, porque los rusos seguramente estaban al tanto de todo el dispositivo.

Ernesto se afeitó parte de la cabeza y se puso unas gruesas gafas de pasta que lo

avejentaban notablemente. Poco antes de partir tuvo su última charla con Fidel. Nadie sabe que es lo que hablaron los dos próceres de la revolución en su postrer encuentro. Algunos han dicho después que se fundieron en un emotivo abrazo y se despidieron. Aquel día terminó una relación que había durado once años. Más de una década plagada de encuentros y desencuentros, de guerra y revolución, de buenas intenciones y oprobiosa realidad. La revolución cubana, que sembró de ignominia y vergüenza la isla grande del Caribe, no sería la misma sin este binomio. El legado sentimental de la revolución lo debe casi todo a esa barba y esa boina, iconos inmortales de cincuenta años de angustia. Tras decir adiós a Fidel cenó por última vez con su esposa y sus hijos y emprendió el viaje.

Salió de Cuba el día veintitrés de octubre con dirección a Praga. Ya en Checoslovaquia tomó un tren hasta Viena, de allí a Fráncfort, París y Madrid. Cuenta Pacho O' Donnell que, durante la breve escala en Madrid, Ernesto se tomó el tiempo de acercarse hasta la residencia de Juan Domingo Perón en el selecto barrio de Puerta de Hierro. La confesión le vino dada al biógrafo argentino por Enrique Pavón, secretario de Perón en el exilio madrileño. Con o sin entrevista con el líder justicialista el hecho es que Guevara dio el salto de vuelta a América desde la capital de España, exactamente a la ciudad brasileña de Sao Paulo. En la primera semana de noviembre se encontró en la frontera de su último destino, en el límite territorial entre Brasil y Bolivia, el país que menos de un año más tarde le vería morir.

## **De Bolivia a la eternidad**

En el mes de julio Villegas (Pombo) y Coello (Tuma) habían comprado la finca de La Calamina en Ñancahuazú, un retirado rincón de la provincia de Vallegrande, en el confín occidental del departamento de Santa Cruz. Las órdenes para comprar la finca partieron directamente desde Cuba. Ernesto estaba, al tiempo que entrenaba a los mercenarios en San Andrés, al tanto de los avances de Pombo en Bolivia. La treta urdida por Monje había logrado su objetivo. No se debieron en La Habana de tomar el tiempo de estudiar a fondo un mapa del país andino para percatarse de lo inapropiado de la ubicación de la finca. Las prisas de Ernesto por salir de Cuba eran tales que cualquier cosa le venía bien. En su anterior aventura guerrillera el argentino tampoco había sido un prodigio de previsión. Llegó al Congo con lo puesto y sin saber donde se metía. En Ñancahuazú sucedería algo similar.

Tan pronto como franqueó la frontera boliviano-brasileña se dirigió a La Calamina para dar inicio a los preparativos previos a la insurrección. En La Paz nadie, absolutamente nadie, se imaginaba lo que se venía tramando entre La Habana y el PCB. En aquel entonces casi cualquier país de Hispanoamérica era susceptible de dar cobijo a una guerrilla, por pequeña que ésta fuese. Pues bien, entre las contadas excepciones estaba Bolivia. El presidente de la república, René Barrientos, gozaba de

un notable apoyo popular, especialmente entre las capas de la población más desfavorecidas. En las elecciones celebradas por esas mismas fechas, el partido de Barrientos, el Frente de la Revolución Boliviana, obtuvo una mayoría aplastante sobre el resto de fuerzas políticas. Mientras los comunistas de Monje apenas habían rebasado los 30 000 votos el frente presidencial cosechó casi 700 000. Pero Ernesto y su cuadrilla de observadores cubanos obviaron una verdad tan evidente.

El programa de Barrientos era muy avanzado en lo referente a medidas sociales. Profundizaba en la reforma agraria y preveía la nacionalización de las minas. En política exterior, no obstante, la línea seguida era la de la alianza con Estados Unidos muy al uso de las repúblicas sudamericanas de entonces. Los lumbreras que asesoraban a Castro no tuvieron en cuenta un análisis realista de la situación. La Bolivia de 1966 no era la Cuba de Batista. ¿O acaso si lo hicieron y prefirieron enviar a su guerrillero predilecto a un avispero del que tendría una salida cuando menos complicada? Nunca se sabrá. Si fue así Castro se llevó el secreto a la tumba.

La entrada en el país fue tranquila, sin sobresaltos. El Gobierno boliviano no temía una insurrección. El Partido Comunista era legal, podía presentarse a las elecciones y sus miembros expresarse libremente. En un principio, durante el mes de noviembre, no llegaba a la decena el número de guerrilleros cubanos y bolivianos cobijados en La Calamina junto al Che Guevara. A finales de mes fueron recibiendo nuevas e importantes incorporaciones. El Comité Central del PCB seguía oponiéndose a la presencia guerrillera y su líder, Mario Monje, no terminaba de comulgar con las ruedas de molino que le servía Fidel Castro desde Cuba.

Las lealtades de Monje —y del grueso del Partido Comunista de Bolivia—, pasaban más cerca de Moscú que de La Habana. La estrategia de los soviéticos en cuanto a la toma del poder era simple: los partidos comunistas que viviesen en democracias debían camuflarse en frentes populares estables y reconocidos para iniciar el asalto al poder. Lo de las guerrillas y la lucha armada de grupúsculos aislados encaramados a un risco serrano no terminaban de tragárselo en el Kremlin. La eficacia se estaba demostrando nula más allá de la solitaria experiencia de la Sierra Maestra. Por añadidura, los nuevos aires de coexistencia pacífica tras la crisis de los misiles no se llevaban muy bien con la estrategia castrista de incendiar el continente americano.

Monje, como buen seguidor de la línea moscovita, no veía con buenos ojos los planes de Fidel, menos aun cuando éstos pasaban por su Bolivia natal. Dentro del PCB había un sector mínimo de activistas realmente seducidos por el método cubano. Sobre ellos legitimó Castro su golpe —y el de su antiguo ministro— en el país andino. Aparte de esta minoría, en Bolivia había grupos de trotskistas y maoístas que bien podían servir como elementos de apoyo a la expedición. Uno de ellos era el del sindicalista minero Moisés Guevara. Había pertenecido al PCB hasta 1964, año en que se separó debido a diferencias de criterio. Moisés se alineó con las tesis chinas en contra del parecer general del partido boliviano, perrunamente fiel a Moscú. Nada

extraño, algo muy de la época.

El crecimiento del grupo de Guevara fue constante durante noviembre y diciembre. Monje, entretanto, ni se dignaba a hacer acto de presencia. Para evitar la previsible encerrona cubana se marchó del país. Se celebraba en Sofía un congreso de partidos comunistas al que acudió en condición de representante de la organización boliviana. A pesar del poco interés, interés negativo incluso, que estaba mostrando Monje los cubanos insistían en embarcarlo en la aventura. Al terminar del congreso Castró giró a Bulgaria una solicitud para que, de regreso a su país, Monje hiciese parada en Cuba.

El boliviano no podía decir que no, había que guardar las formas. Pero antes de dirigirse a La Habana hizo una escala de una semana en Moscú. Quizá fue entonces cuando los soviéticos se dieron por enterados que el Che Guevara, en nada estimado por ellos, se encontraba en Bolivia. Monje arribó a La Paz a finales de año. Ya no podía huir más del hecho consumado. El foco guevarista estaba allí, frente a sus narices, algo tenía que hacer, no podía seguir ignorándolo.

Lo primero que hizo el angustiado boliviano fue convocar una reunión urgente del partido para exponer con crudeza ante su buró político lo complicado de la situación. Los dirigentes del PCB se lo venían oliendo desde el verano pero nada podían hacer contra el gran hermano de La Habana. Instaron a Monje a reunirse con el Che Guevara en su campamento de Ñancahuazú. Así lo hizo. En plenas navidades de 1966 Mario Monje se encaminó atribulado al encuentro del héroe de Santa Clara. La encargada de llevar a Monje hasta el remoto rincón de la provincia de Santa Cruz donde la guerrilla había sentado sus reales fue Tamara Bunke, la alemana —y acaso amante de Ernesto— desplazada hasta Bolivia para ejercer de contacto entre la sierra y la ciudad. Una vez más repitiendo el cliché de la revolución cubana, una vez más creyéndose la tontería mil veces repetida de que los Andes eran la Sierra Maestra de América Latina.

Ernesto, que tenía ya el carácter sumamente endurecido, espero a Monje con la escopeta cargada. Metafóricamente se entiende. Para abrir boca y con idea de que el boliviano fuese entrando en calor le dijo lo siguiente:

En realidad te hemos engañado. Yo diría que Fidel no tiene la culpa, fue parte de mi maniobra ya que te hizo un pedido a iniciativa mía. Inicialmente tuve otros planes pero luego los cambié... Disculpa al compañero con quien hablaste, él es muy bueno, de absoluta confianza, no es político, por eso no supo ni pudo explicarte mis planes, se que fue muy descortés contigo.

La descortesía pasaría más por recibir a un presunto compañero de armas con un desafiante «En realidad te hemos engañado». Quizá sin saberlo el Che estaba fulminando su propia teoría guerrillera. La revoluciones, según él, no se exportaban pero ahí, en ese campamento se encontraba un buen puñado de mercenarios cubanos financiados y preparados desde Cuba. La trama urbana era imprescindible y entre ésta y los alzados en la sierra debería reinar una sintonía diáfana de fines. En cambio en

Bolivia lo primero que hace Ernesto es confesar a su interlocutor urbano, al jefe del partido, vanguardia de la lucha en la ciudad, con un tajante «te hemos engañado». Curioso modo de hacer amigos y bella manera de firmar su sentencia de muerte apenas desembarcado en el teatro de operaciones. Varios errores de bulto como este repetirá Guevara a lo largo de su última andanza guerrillera.

Monje no se amilanó. Estaba seguro que recibiría apoyo de Moscú si las cosas se ponían feas. Pero tampoco era cuestión de mandar al Che y a su soberbia a freír puñetas. Semejante actitud no era digna de un político, amén de que no era inteligente malquistarse con Castro. Hizo intención de alinearse con los guerrilleros si se cumplían tres condiciones bien simples. Por un lado pedía que se crease un amplio frente de apoyo a la guerrilla en toda la nación. Por otro que la estrategia de conquista del poder no se ciñese en exclusiva a la lucha armada. Y por último, y es aquí donde escoció al guerrillero heroico, el liderazgo habría de recaer en él, por ser el secretario general del partido y, sobre todo, por ser boliviano de nacimiento.

Ahí se rompió la cosa. Hasta aquí podía llegar Ernesto. ¿Ceder el poder?, ni hablar, ni por asomo. Él, el salvador de los pueblos, el redentor de conciencias, el que daba y quitaba los credenciales de dignidad, no podía relegarse a un segundo puesto como lugarteniente de un apparatchik. Bastante había tenido que sufrir en Cuba viendo como le apartaban. En el Congo con Kabila tuvo que tragar quina como para llegar ahora a Bolivia y tener que dejar el mando. En su diario lo consignó de este modo.

No podía aceptarlo de ninguna manera. El jefe militar sería yo y no aceptaba ambigüedades en esto. Aquí la discusión se estancó y giró en un círculo vicioso.

Para Mario Monje la actitud intransigente y maximalista de Guevara fue un regalo caído del cielo. Regreso a La Paz con promesas vanas y muy contento por haber evadido un compromiso abierto. Muchos han intentado cargar sobre Monje la responsabilidad última de la muerte del Che en Bolivia. Van desencaminados. Tanto Castro como Guevara ningunearon al secretario general de los comunistas bolivianos en todo momento. El propio Ernesto ni había tenido la delicadeza de contactar con él cuando, en el mes de marzo, envió desde Europa a sus primeros emisarios. La parte que le corresponde a Fidel Castro no es menor. Jugó con Monje desde el principio hasta el final. Le engañó sin ruborizarse y nunca dejó claras sus intenciones. Por si esto fuera poco, el plan maestro de Fidel fue desde los inicios minar el PCB por dentro entrenando a militantes suyos en Cuba. Con todos estos antecedentes es normal que Mario Monje no mostrase entusiasmo hacía la iniciativa del Che.

Monje fue en realidad una víctima de los manejos habaneras de los que, por fortuna para él, consiguió salir indemne, al menos en cuanto a integridad física. El cubano Leonardo Tamayo, Urbano en la guerrilla, confesó a O'Donnell que para el Che el liderazgo era poco menos que irrenunciable debido a que gracias a la revolución cubana disponía de conocimientos superiores a los de Monje. ¿Cuáles



eran esos conocimientos de los que presumía Guevara con tanta soberbia? Años más tarde Félix Ismael Rodríguez, un cubano exiliado veterano de Bahía Cochinos y agente de la CIA, que colaboró con los bolivianos a extinguir el foco guevarista, hacía estas apreciaciones a un canal de televisión escandinavo:

Era un pésimo guerrillero. Es el perfecto ejemplo de lo que no se debe hacer. La mayor parte de lo que hizo lo hizo mal. Faltaba preparación, no había comunicaciones ni suministros. Hablaba con la gente pero ellos no entendían su mensaje. «Voy a devolverles la tierra que Barrientos les quitó» decía, pero ellos podían utilizar toda la tierra que querían. Su mensaje no tenía sentido. Esta debe ser la primera vez en la historia en que unos guerrilleros operan durante un año sin reclutar siquiera a un solo granjero, tan sólo un perro, que al final desertó también.

El agente Félix Rodríguez podía ser un perfecto ignorante en cualquier otro tema, pero no en el de la lucha contrainsurgente. A lo largo de una dilatada carrera, combatió levantamientos guerrilleros por todo el continente americano. Si un experto que ha dedicado su vida a luchar con guerrilleros en todas las latitudes tiene semejante opinión de la guerrilla del Che en Bolivia, lo sensato es tomarla en consideración.

El desencuentro con Monje no inquietó en lo más mínimo a Ernesto. En su inopia el guerrillero pensaba que podía llevar a cabo una exitosa campaña sin el concurso de los comunistas locales. En su diario hacía la siguiente anotación:

La actitud de Monje puede retardar el desarrollo de un lado pero contribuye por otro a liberarme de compromisos políticos.

Guevara no estaba dispuesto a sostener compromiso alguno. Ni político ni militar. Había llegado a Bolivia a hacer la guerra. Él y solo él era quien decía cuando, cómo, dónde y por qué se hacía. Bella heroicidad la de este Che Guevara boliviano, ensimismado en sus propias concepciones guerrilleras, encastillado sin remedio en el dogmatismo y la intransigencia.

Los preliminares en la finca de La Calamina iban a buen ritmo al comenzar en año 1967. Todos los componentes estaban ya integrados en el grupo y reinaba cierta euforia, algo muy habitual en los estrenos de las aventuras guerrilleras. A imagen y semejanza de cómo había procedido en Sierra Maestra, Guevara organizó el campamento al uso tradicional. Servicios varios, entrenamientos, provisiones ordenadas y disciplina, mucha disciplina para preparar a los milicianos para lo inevitable. El orden que fijaba Ernesto en el campamento era sencillo. Los cubanos primero, los bolivianos después. No se terminaba de fiar de los guerrilleros andinos. De hecho, creó una columna especial —formada solamente por bolivianos a los que se les habían retirado las armas—, destinada a cargar con los pertrechos. Al igual que con los africanos año y medio antes, sus conmlitones nativos de Ñancahuazú no se libraron de las críticas y suspicacias del comandante.

El ejército y el Gobierno desconocían aún en enero que una guerrilla estuviese organizándose en la provincia de Santa Cruz. Las idas y venidas continuas de Tamara Bunke, que tomó el nombre de guerra de Tania, desde la ciudad al campamento no

habían hecho sospechar a nadie. Las autoridades no tenían nada que temer. Como ya he apuntado anteriormente, el respaldo popular del presidente Barrientos era muy amplio, el partido comunista operaba en libertad, ¿por qué habría alguien de planear un golpe armado? Existía el riesgo de la aparición de una guerrilla como las que ya proliferaban en los países vecinos, pero no en Bolivia. Nadie se acordaba de Bolivia, un país grande en términos de superficie pero pequeño desde el punto de vista demográfico. En 1967 la población boliviana no llegaba a los 4 millones de habitantes, menos que Buenos Aires o Ciudad de México en un país que es dos veces España.

Las marchas de exploración comenzaron en el mismo mes de noviembre. Pequeñas partidas de guerrilleros abandonaban el campamento y recorrían durante días los alrededores para ir perfilando una geografía precisa del teatro donde iban a producirse los primeros enfrentamientos con el ejército... y las primeras victorias. El conocimiento del terreno era, a juicio de Guevara, imprescindible. Pero nadie conoce mejor una comarca que sus habitantes. En Sierra Maestra los guajiros habían servido las más de las veces como guías de los revolucionarios. Cuando empezaron a alistarse voluntarios locales, la tropa castrista conocía cada rincón de la sierra mucho mejor que el ejército de Batista. Eso constituía una ventaja táctica fundamental, especialmente para efectuar operaciones encubiertas al abrigo de la noche.

En Bolivia, sin embargo, Guevara tenía a muy pocos nativos alistados que, por descontado, no eran oriundos de aquella inhóspita región. Las marchas de reconocimiento se intensificaron. Tras el desencuentro con Monje y la ruptura definitiva con el PCB, Ernesto ideó una nueva estrategia. A primeros de febrero ordenó una gran salida de exploración en tres columnas. El objetivo era estar un par de semanas fuera del campamento principal para ir aclimatándose a la tierra y a las duras condiciones de lucha que les esperaban.

La marcha fue un desastre sin paliativos. Las dos semanas se convirtieron en seis. Los guerrilleros no disponían de mapas, iban mal equipados y carecían de elementos tan elementales para un expedicionario como la radio. El hecho, para muchos desconocido, es que el Che Guevara estuvo desde el mes de febrero de 1967 hasta su muerte en octubre completamente incomunicado. Disponía de un aparato receptor que le permitía escuchar las noticias de Radio Habana y algunas estaciones bolivianas y argentinas, pero nada más. En mitad de la nada, rodeado por unos guerrilleros famélicos, harapientos y en progresivamente desmotivados, la falta de radio quizá pasase a un segundo plano en sus preocupaciones cotidianas.

En los primeros días de la guerrilla, durante aquellas semanas de optimismo cuando iban llegando nuevos miembros de La Habana bien pertrechados de material y con dinero en el bolsillo, el grupo se había equipado con un par de transmisores algo anticuados, pero efectivos y con suficiente potencia. Uno de ellos no funcionó nunca. El otro se estropeó tras mojarse accidentalmente. Los guerrilleros disponían, asimismo, de un aparato de telegrafía sin hilos pero carecían de la clave para ponerlo

en marcha. Peor imposible. Más chapucera e improvisada no podía ser la intendencia en esa guerra que pretendía liberar a Bolivia del yugo imperialista.

El área de Ñancahuazú era vasta y despoblada. Los pocos asentamientos estables eran míseros villorrios en los que aprovisionarse hasta de lo más elemental era difícil. A Ernesto, por añadidura, se le juntaba el hambre con las ganas de comer. Era ya un hombre maduro que frisaba la cuarentena. Y con la edad los males van a más. Su asma crónica empezó a jugarle malas pasadas. Pero estaba aislado y se le acabaron las medicinas con las que ponía coto al mal que le acompañaba desde la infancia. Guevara, que no había llorado en exceso la pérdida de los transmisores de radio, se enervaba al ver que su provisión de fármacos contra el asma mermaba sin remedio. En alguna ocasión envió a miembros de la guerrilla a una aldea con idea de asaltar una farmacia, pero fue inútil. En aquel remoto lugar o no había asmáticos, o, si los había, trataban su enfermedad por otros medios alejados de la farmacología occidental. Ernesto probó de todo. Valiéndose de sus conocimientos botánicos, que debían de ser tan inanes como los económicos, mezclaba hierbas silvestres y se las fumaba. Las consecuencias sobre su sistema respiratorio no son difíciles de imaginar. Otro de los métodos que utilizó para librarse de la pesadilla fue colgarse boca abajo de un árbol y pedir a sus hombres que lo sacudiesen con fuerza en el pecho. Lógicamente esto último tampoco funcionó. El asma unido a la fatiga de las caminatas y la desnutrición hicieron que pasado el invierno tuviese que ir siempre auxiliado por un guerrillero o sobre el lomo de un caballo. El caballo se lo terminaron comiendo los guerrilleros cuando el hambre apretó hasta el punto de llevar al contingente al borde mismo de la astenia. El día que los Rangers bolivianos le apresaron en la quebrada del Yuro el guerrillero heroico era una caricatura de sí mismo, un espectro delgado, demacrado y andrajoso. Ahí tienen la fotografía que le hicieron sus captores como prueba de cargo.

La gira expedicionaria del mes de febrero, la «brutal expedición» tal y como la bautizó el guevarófilo Paco Ignacio Taibo II, se saldó con un fracaso monumental. Ni exploraron, ni consiguieron afianzar la moral del grupo, ni obtuvieron la recompensa de nuevos y briosos guerrilleros nativos. A la vuelta al campamento el aspecto de los revolucionarios era devastador. Dos de ellos habían perecido en el intento, pero no en honroso combate contra el ejército, sino ahogados en los helados y traicioneros ríos de la región. El desánimo cundía en la tropa. Fue entonces cuando dio comienzo otra de las lacras de la guerrilla boliviana del Che: las deserciones.

En Cuba tal actitud se pagaba con la vida. En Bolivia no hubo fuerzas ni para eso. A mediados de marzo se produjo una deserción que se demostraría letal para la guerrilla. Dos reclutas bolivianos, Vicente Rocabado, alias Orlando, y Pastor Barreras, alias Daniel, desertaron y dirigieron sus pasos hacia la población de Camiri. Nada más llegar informaron al destacamento militar del pueblo de la existencia de la guerrilla. No habían llegado a conocer al Che pues se encontraba explorando el terreno en su calvario de seis semanas. Ernesto, además, había adoptado, al igual que

en el Congo, un nombre de guerra para traer de cabeza a los eventuales investigadores. En Bolivia el argentino adoptó dos sobrenombres que pasarían a la historia: Ramón y Fernando, sustituiría uno por el otro cuando el ejército cerró el cerco.

Los militares de la Cuarta División dieron por buena la información de los sublevados, pero aún dudaban de la presencia de Ernesto Guevara entre ellos. No tenía sentido. De estar vivo el último lugar al que acudiría una leyenda como él sería ese, aquel páramo despoblado. La misma CIA creía todavía en marzo que el Che había muerto en el Congo. Los informes obtenidos en África hacían pensar que el restringido grupo de Guevara había sucumbido junto al lago Tanganica a finales de 1965 ya por enfermedades, ya por el fuego enemigo. En Langley andaban errados. Pero no era descabellada su sospecha. Desde que Ernesto y sus pocos acólitos se retirasen abatidos a Dar es-Salam había transcurrido más de un año y nadie había oído hablar de él. Es más, en octubre de 1965, el propio Fidel Castro se había tomado el trabajo de leer en público su carta de despedida.

La información recogida de Orlando y Daniel fue clave para poner en alerta al ejército, pero el Gobierno podía respirar tranquilo. La cosa no había escalado. Si los guerrilleros existían no habían dado señales de vida, luego debían de estar en una fase preparatoria. Más que una guerrilla el grupo no pasaba aún de partida de bandidos. Poco más que un incordio para el destacamento militar de Vallegrande. Pero días después todo vino a torcerse. Ernesto cometió uno más de la cadena interminable de errores que le llevaría a la muerte: pasó a la ofensiva, dio inicio a las operaciones militares.

Los desertores habían levantado la liebre, al ejército tan sólo le quedaba seguirla. Una pequeña guarnición se adentró en la montaña con idea de llegar hasta Ñancahuazú. Los militares dieron pronto con el campamento y detuvieron a uno de los hombres que lo custodiaban. La situación se estaba tornando insostenible. Así las cosas, un guerrillero de verdad se hubiese retirado o, directamente, hubiera disuelto el grupo en el acto. La pérdida de la clandestinidad y la localización del campamento eran motivos más que sobrados para desistir, pero Guevara sólo concebía un camino, el mismo que en el Congo: resistencia y muerte. Mandó organizar una emboscada a los militares que venían desde Camiri. La refriega se saldó con siete soldados muertos y un suculento botín en armas. Fue entonces cuando en La Paz empezaron a preocuparse. Los guerrilleros les habían declarado la guerra abierta. Estaban preparados para matar y entre ellos se encontraban profesionales llegados de Cuba tal y como habían podido comprobar al inspeccionar el campamento tomado días antes.

Las consecuencias de la emboscada no se hicieron esperar. El Partido Comunista de Bolivia fue ilegalizado y el presidente Barrientos solicitó ayuda a los Estados Unidos. Pero el hecho clave que daría al traste con el foco estaba, aún a mediados de abril, por llegar. En el mes de marzo habían llegado procedentes de La Paz y de Buenos Aires dos nuevos miembros. Se trataba del argentino Ciro Bustos y del

francés Regis Debray. El primero fue llamado a propósito por Guevara para ir preparando el foco guerrillero en Argentina, que partiría de la guerrilla boliviana. El Che era así de fantasioso. Eran cuatro y no tenían ni para comer pero ya estaba planificando la invasión de Argentina.

Debray, por su parte, merodeaba por Bolivia desde hacía meses. Había llegado a La Paz con el encargo de inspeccionar posibles lugares donde fijar un asentamiento seguro para una guerrilla en la región del Alto Beni. Los propios comunistas bolivianos se habían quejado de Debray en varias ocasiones. El advenedizo francés, que iba dándose las de intelectual, era emisario personal de Castro por lo que no se terminaban de fiar de él. Bustos y Debray subieron a la sierra en compañía de Tania, que todavía desempeñaba labores de apoyo con su Jeep. La estancia sería breve. Ni el argentino ni el francés tenían en principio intención tomar un fusil y unirse a la lucha en Bolivia. Pero, una vez en el campamento, empezaron las hostilidades entre la guerrilla y el ejército, por lo que no les quedó más remedio que quedarse.

La estancia de ambos en Ñancahuazú no sería cómoda. Regis Debray, famoso por su libelo «Revolución en la Revolución» no estaba a la altura de las circunstancias. La cómoda existencia de intelectual de izquierdas en París o en La Habana no se llevaba bien con la dura subsistencia del guerrillero en la reseca sierra boliviana. Fue un verdadero engorro para los hombres de Guevara aguantar las impertinencias del francés. Ernesto sabía que evacuar a los invitados era complicado a pesar de tener la casi completa seguridad que le eran fieles como un perro. Pagaría caro tal presunción. Pero Debray insistía en marcharse. Al final quebró la voluntad del comandante y permitió que saliesen junto a Andrew Roth, un fotógrafo chileno que había sido interceptado por la guerrilla. En la aldea de Muyupampa los extranjeros fueron detenidos y puestos a disposición de las autoridades.

Aquí, en este veinte de abril de 1967, nace una de las tramas sobre la que más tinta ha corrido en los últimos cuarenta años. ¿Quién de los dos delató la presencia del Che Guevara en la guerrilla? La versión canónica, es decir, la que comparte el grueso de la izquierda internacional por el simple motivo de que es la preferida de Castro, apunta a Ciro Bustos como el culpable. Según parece, los militares sin siquiera golpear al argentino obtuvieron un testimonio que involucraba directamente a Ernesto Guevara en la guerrilla boliviana. El testimonio vino acompañado de los retratos de todos y cada uno de los guerrilleros dibujados en carboncillo por un solícito Bustos que, no lo olvidemos, era pintor de profesión. Debray por su parte cantó también, pero sólo cuando tuvo constancia de que Bustos había informado previamente.

Los dos fueron juzgados en un caldeado ambiente internacional con la opinión pública de occidente muy sensibilizada a favor de los detenidos. La condena que les cayó fue la máxima que preveía el código penal de Bolivia: treinta años de prisión. Cumplirían solamente tres, en 1970 el Gobierno les indultó y ambos corrieron muy distintas suertes. A su salida del penal boliviano los dos volaron hasta Santiago de

Chile. El ya presidente, Salvador Allende, sólo se tomó el tiempo de recibir a uno de ellos, a Debray, al que agasajó en la capital chilena reservándole una habitación en un hotel de cinco estrellas. Nadie se acordó de Bustos, que pasó a ser el villano predilecto de la izquierda. Debray, hijo de un adinerado burgués parisino, terminó como asesor áulico del presidente François Mitterrand, que le recompensó con un puesto de consejero honorífico en el prestigioso Consejo de Estado francés. Bustos es el gran olvidado. Emigró a Suecia, donde vivió humildemente dedicado a la pintura hasta su muerte en 2017.

Los biógrafos del Che Guevara se dividen en dos escuelas claramente diferenciadas en cuanto a su campaña boliviana: los debrayistas y los bustistas. Más comunes los primeros en Europa y los segundos en Argentina. Representante ilustre de la primera es el incorregible Pierre Kalfon. En una entrevista Kalfon reconocía que no había leído una sola línea del testimonio de Bustos, lo que no es impedimento para que el hagiógrafo francés cargue al desdichado pintor de todas las culpas. Lo cierto es que tanto Bustos como Debray se derrumbaron y cantaron de plano. Pero hubo una diferencia apreciable. A Bustos le amenazaron con tomar medidas contra su mujer e hija. A Regis Debray no le hizo falta tan cruda persuasión. Dijo todo lo que sabía, y, según parece, lo dijo mucho antes de que le detuviesen. Humberto Vázquez Viaña divulgó no hace mucho una carta en la que el escritor francés comunicaba a su abogado el acuerdo al que había llegado con los militares acerca de la presencia de Guevara. Pacho O'Donnell, que accedió personalmente a esta carta, tiene al menos la honradez de reproducirla en su biografía de Ernesto Guevara:

Le recuerdo que la presencia del Che Guevara era algo muy confidencial, que tenía el compromiso periodístico con él de no revelar su presencia aquí por el momento, y el compromiso de honor con el comandante Reque Terán de no hablar de él a los periodistas.

De manera que Debray no sólo cantó ante el tribunal, sino que se encargó personalmente de hacérselo saber a los militares con la condición de que no lo supiese nadie más. En descargo del presidente Allende todo lo más que se puede decir es que esto no lo sabía antes de agasajarle en Santiago.

La detención de Bustos y Debray que acabó con el secreto de la operación y la pérdida del campamento pusieron las cosas aún más complicadas a la guerrilla. La única salida que veía el Che era perseverar en las emboscadas. A mediados de abril organizó otra en la que perdieron la vida dieciocho soldados. Inmediatamente después los guerrilleros hicieron acopio, como aves de rapiña, de todo el material que habían dejado los muertos. Hay un libro muy famoso de William Gálvez que lleva por título «El Guerrillero Heroico, el Che en Bolivia», visto lo visto y analizados sus hábitos de combate, más propio hubiera sido titularlo «El Bandido Heroico, el Che en Bolivia», o mejor todavía, «Luis Candelas en los Andes», en sentido homenaje al inmortal bandolero español de la Guerra de la Independencia.

A finales de abril Ernesto tomó otra controvertida —y errada— decisión. Dividió

el grueso de sus ya mermadas fuerzas en dos. Una de las columnas, dirigida por el cubano Juan Vitalio Acuña, alias Joaquín, y la otra por el Che Guevara. La de Joaquín se haría cargo de los heridos y de Tania, la única mujer de la guerrilla. La alemana no había podido, y quizá tampoco deseado, volver a la ciudad a reanudar su labor de enlace. Sin Tania los alzados de la montaña perdieron el único nexo que les mantenía en contacto con el mundo exterior. La liberación de Bustos y Debray vino motivada con el objetivo de recabar apoyo pero, como hemos visto, se frustró.

A inicios del invierno boliviano, que empieza en junio, Ernesto Guevara se quedaba solo al frente de una columna integrada por unos treinta hombres mal armados y hambrientos. Su cita con la historia estaba cercana. Durante los meses de junio, julio y agosto se dedicó a vagar en búsqueda de la columna de Joaquín. Al no disponer de comunicaciones por radio dar con la renqueante tropa de Acuña era poco menos que imposible. Los campesinos que iban encontrándose por el camino no ayudaban gran cosa. Algunos salían corriendo despavoridos nada más ver a los guerrilleros. Otros se avenían a hablar con ellos pero sin demasiada confianza. Preso de la desesperación, llegó a sobornar a algún lugareño para evitar que delatase su posición. De nada valía. Según trababan contacto con las gentes del campo, que de natural suelen ser desconfiadas, éstas solían aprestarse a la primera caseta militar para dar oportuno testimonio de lo que habían visto.

Algún especialista en el Che ha dicho textualmente que los campesinos bolivianos «nunca comprendieron el sentido de su gesta». Ante tal aseveración tan sólo cabe preguntarse cuál era la «gesta» en la que se hallaba envuelto el guerrillero argentino. Despojémosle al asunto de toda la épica revolucionaria y todo lo que nos encontramos es a un grupo de extranjeros financiados por un déspota lejano, armados hasta los dientes cuya meta es derrocar a un Gobierno democráticamente elegido e instaurar una dictadura, ¿podemos considerarlo como una gesta? Si es así lo suyo y lo deseable es que mañana mismo un grupo armado se encaramase a lo alto de los Pirineos para hostigar a los Gobiernos legítimos de España y Francia. ¿Seguiría pareciendo esto una gesta a los admiradores que el Che Guevara tiene por medio mundo? Evidentemente no. ¿Por qué aceptan entonces muchos de nuestros progresistas en Hispanoamérica cosas que en Europa considerarían una salvajada? Si en cualquiera de las cordilleras del continente europeo apareciese una guerrilla gastando los modos y persiguiendo los fines del Che Guevara en Bolivia, se levantaría una voz unánime en su contra.

Pero el déspota, es decir, Fidel hacía tiempo que no sabía nada de sus expedicionarios. El malogrado equipo radiotransmisor había incomunicado al grupo. Pero eso no significaba que, de un modo u otro, no se pudiese llegar hasta la guerrilla. De hecho el chileno Roth se había puesto en contacto con ellos, y muchos eran los campesinos que tenían la oportunidad de verlos de cerca e incluso escuchar el arrebatador verbo de su líder. ¿Por qué Fidel, intuyendo que las cosas iban de mal en peor, no envió una misión de rescate para sacar al Che de aquel enredo? En el Congo

ya lo había hecho. Gracias a los oficios de los cubanos Ernesto logró salvar el pellejo en el lago Tanganica. A lo largo de su vida hubo más de uno que se lo preguntó. Castro se escudaba aduciendo que extraer al Che de Bolivia era imposible. Sin embargo, en 1968, un año después de aquello, los cubanos consiguieron repatriar a una veintena de revolucionarios cubanos en Venezuela a través de la selva brasileña. La Habana disponía de los medios para un rescate discreto. Pero ¿quería Fidel Castro sacar al Che de Bolivia?

Se ha dicho en multitud de ocasiones que Fidel quería ver al Che muerto, que en Cuba molestaba y que el comandante en Jefe no quería competidores que le hiciesen sombra. Es posible pero improbable. Es indudable que el Che Guevara muerto terminó rindiendo un gran servicio a la revolución cubana, pero eso Fidel aún no lo sabía. En 1967 no se había convertido a Ernesto Guevara en esa figura semidivina que es hoy. Fidel Castro siempre fue hombre de gran olfato para lo inmediato, no para las estrategias a largo plazo.

A lo largo de 1967 se desarrolló con gran eco mediático el juicio contra Bustos y Debray. Prácticamente todo el mundo estaba con los acusados. En Francia se realizó una campaña a favor de Debray. Los medios de comunicación de todo Occidente se volcaron con los periodistas. La guerra propagandística la guerrilla la ganaba por goleada. Fidel debió contemplar tal panorama desde su despacho habanero con contenida delectación. Sabía a la perfección que Ernesto tenía las de perder. Sabía que no tenía radio, que había discutido con Monje, que había perdido sus contactos con la ciudad. Sabía, en definitiva, que la aventura tenía los días contados. Si los militares apresaban al Che lo más probable es que lo paseasen delante de las televisiones como un trofeo. A la detención le sucedería un juicio que dejaría el de Debray y Bustos en una minucia. Y es aquí donde entraría él. Menudo regalo para montar una mega campaña propagandística con el espantajo del Che ante el tribunal. Nada menos que un ministro, un héroe de la revolución frente a un deslegitimado tribunal boliviano. El juicio del siglo retransmitido en directo a mayor gloria del régimen cubano. Si le encarcelaban mejor todavía. Manifestaciones a las puertas de la cárcel, recogidas de firmas en las universidades, algaradas callejeras en La Paz, Sucre y otras ciudades. El paraíso para un desestabilizador.

En 1999 un pobre niño cubano de nombre Elián tuvo la desgracia de perder a su madre en el trayecto de Cuba a Florida a bordo de una balsa. El faraón de La Habana manejó la tragedia de un modo magistral, tanto que a los pocos meses el niño volvió a la isla de la que su madre le había sacado a riesgo de la vida de ambos. Si en el año 2000, con el régimen de Castro ya agotado y exangüe, una campaña como la del niño balsero cosechó tan buenos frutos es fácil imaginarse los que hubiese obtenido una similar o aún más agresiva en 1967, en plena Guerra Fría y cuando la Cuba revolucionaria era aun el reino de Camelot para los izquierdistas de todo el mundo. Fidel, en definitiva, no quería al Che muerto, quería al Che preso.

El hecho es que Castro no prestó ningún tipo de ayuda a su antiguo compañero de



armas cuando éste se encontraba entre la espada y la pared. El representante de los servicios secretos cubanos en La Paz, Renán Montero, abandonó misteriosamente el país en el mes de abril para refugiarse en La Habana. Mario Monje, que había pedido entrevistarse con Castro para buscar una salida al embrollo que había armado el Che en las montañas de Santa Cruz, no fue recibido en La Habana. Los cubanos no hicieron intención alguna de dedicarle siquiera un minuto. Es más, Monje voló de Bolivia a Chile y ahí quedó varado durante meses atrapado por los comunistas chilenos, de estricta obediencia habanera.

Los únicos interesados en resolver el asunto eran los militares bolivianos y, muy especialmente, su presidente René Barrientos. La asistencia norteamericana se intensificó con el apresamiento de Bustos y Debray. Washington envió especialistas militares y un par de agentes de la CIA de origen cubano especialmente motivados. Los yanquis, aparte de aportar lo mejor de su inteligencia militar, se llevaron hasta el país a varios oficiales de adiestramiento de tropas al mando del mayor Ralph Shelton. Los norteamericanos insistieron en crear un cuerpo de elite especializado en la lucha antiguerrillera. Algo así como una guerrilla contra la guerrilla. Fue el germen de los Rangers bolivianos. Una unidad del ejército fuertemente especializada destinada a luchar contra levantamientos armados en el monte. A lo largo de las décadas siguientes estas fuerzas especiales contrainsurgentes se extenderían por todo el continente americano a la misma velocidad que las guerrillas. Los focos guevaristas ya tenían su contramedida.

Coincidiendo con el inicio de la intervención norteamericana, que no fue tan grande como muchos han querido ver, se publicó en La Habana el último trabajo intelectual del Che: el «Mensaje a los Pueblos del Mundo a través de la Tricontinental». Una soflama con ínfulas de análisis geoestratégico en la que Ernesto dejó fijadas sus ideas sobre el mundo futuro y el destino de la humanidad. En este artículo es donde Ernesto formuló su celeberrima consigna de crear dos, tres... muchos Vietnam que ha llevado a miles de jóvenes hispanoamericanos al matadero.

El mensaje a los pueblos del mundo es de lectura fácil y hasta entretenida. En sus pocas páginas está condensado todo el odio, la rabia y el resentimiento que el guerrillero apátrida había acumulado a lo largo de sus casi cuarenta años de existencia. Como muestra tres botones.

El odio como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

¿Odio como factor de lucha? ¿Efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar? Aunque lo parezca no es un yihadista rabioso invocando la Guerra Santa contra el infiel. Es Ernesto Che Guevara, el símbolo universal de la libertad y la justicia, el paradigma de lo bueno y lo sublime que hay en cada uno de nosotros dirigiéndose a los pueblos del mundo. Aleccionador. Pero su tributo de odio no se

queda ahí. Imagina un luminoso mañana con el planeta entero transformado en un inmenso Vietnam.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Luminoso no, resplandeciente ese mundo con su cuota de muerte y tragedias. En la primavera de 1967 aquel jovencito ocioso que recorría Argentina en bicicleta se había vuelto irremisiblemente majara. La semilla de odio por desgracia ha arraigado. En otro de los párrafos gloriosos del delirante Mensaje a los pueblos del mundo puede leerse:

Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión: hacerla total. Hay que impedirles tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre.

El terrorismo ideológico y los islamistas radicales tomaron buena nota del consejo dejado por Guevara. Llevar la guerra a todas partes, hacerla total. Todo es cuestión de definir al enemigo, el resto viene sólo y, por descontado, está más que justificado en aras de alcanzar ese mañana victorioso.

Apartado del mundo y de los efectos inmediatos de su incendiaria arenga a través de la revista Tricontinental Ernesto se las veía cada vez más negras. Por más que lo intentaba no daba con la columna de Joaquín. La conocida como columna de la retaguardia iba dando tumbos por la serranía. Viajaban sin víveres y con la mayor parte de la tropa enferma. El último día de agosto la exhausta formación llegó al vado del Yeso. Se prepararon para cruzar el río pero era tarde, ya habían sido delatados. Mientras trataban de cruzar el río con los fusiles levantados sobre los hombros para evitar que se mojasen fueron ametrallados por el ejército. La mayor parte de ellos murieron en el acto. Sus cadáveres se los llevó el río aguas abajo. En este solitario vado boliviano murió Tamara Bunke, Tania, la que probablemente fue última compañera del Che. Al hilo de la leyenda que ha despertado todo lo relacionado con la guerrilla de Bolivia se ha llegado a decir que la alemana estaba incluso embarazada de Ernesto, que sangraba abundantemente por sus partes íntimas. Otras fuentes indican que lo que padecía la infortunada guerrillera era un cáncer de útero en estado muy avanzado. Fuera lo que fuese la muerte fue para Tania, y para todo la columna de la retaguardia, el fin de un auténtico suplicio. Habían pasado varios meses viviendo en el infierno, sin esperanzas de victoria ni de volver con vida a casa. Dos días después Ernesto escuchó la noticia por la radio, aunque no le dio demasiado crédito:

La radio trajo una noticia fea sobre el aniquilamiento de un grupo de diez hombres dirigidos por un cubano llamado Joaquín en la zona de Camiri; sin embargo, la noticia la dio la voz de las Américas y las emisoras

locales no han dicho nada.

El mes de septiembre se deslizó tranquilo hacia lo inevitable. Los guerrilleros estaban cada vez más acorralados y huían a la desesperada. No podían permitirse el lujo de dormir dos noches en el mismo lugar y padecían todo tipo de padecimientos. Al final del mes Guevara estaba ya persuadido de lo arduo de la tarea y de cómo el ejército apretaba con más fuerza de la habitual:

Las características son las mismas del mes pasado, salvo que ahora sí el ejército está mostrando más efectividad en su acción y la masa campesina no nos ayuda en nada y se convierten en delatores.

La primera semana de octubre se desarrolló en la tónica habitual. Sin agua, mendigando comida y con una reducida tropa hundida moral, física y psicológicamente. El día siete de octubre Ernesto hizo su última anotación en el diario. Al día siguiente hubo de enfrentarse al ejército. Los oficiales del ejército habían recibido informaciones que situaban a la guerrilla en la quebrada del Yuro. Dicha quebrada, que ha pasado a la historia como uno de los accidentes geográficos más famosos de Bolivia, era un simple barranco por cuyo fondo transcurría un riachuelo de montaña. El valle disponía de vegetación suficiente como para ocultar a los guerrilleros, pero no sucedía así con algunas laderas completamente peladas.

Para sacar a una unidad militar de un lugar semejante tan sólo existe un modo: someterlo a un intenso fuego de mortero. La unidad que disponía de este tipo de artillería era la del capitán Gary Prado, de los Rangers adiestrados por los norteamericanos. La única esperanza que les quedaba a los diecisiete combatientes de la guerrilla era esperar sin ser detectados entre la maleza a que anocheciese. Prado no les dio oportunidad. Los Rangers cercaron la quebrada y a mediodía comenzaron el ataque. La confusión se hizo dueña del grupúsculo de guerrilleros harapientos que se arrastraban como animales asustados por el sotobosque. El Che trató de salir precipitadamente junto a Willy, uno de los guerrilleros bolivianos. Los soldados al verlos salir de la espesura dispararon y lograron detenerlos. Ernesto fue herido en una pierna. Todavía no sabían que acababan de atrapar al legendario Che Guevara. Hicieron llamar al capitán Prado para que formalizase la detención. Según el testimonio de Gary Prado la conversación fue como sigue:

—¿Quién es usted? —pregunté al más alto, pese a que tenía casi el convencimiento de su identidad.

—Soy Che Guevara —me respondió en voz baja.

Aparente no darle importancia y me dirigí al otro.

—¿Y usted?

—Soy Willy —repuso.

—¿Es usted boliviano?

—Si, afirmé.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Simón Cubas.

Me aproximé entonces a Guevara para observarlo más detenidamente. Tenía las protuberancias en la frente. Le pedí que me mostrara la mano izquierda y pude ver la cicatriz en el dorso. Satisfecho ya, ordené que le quitaran el equipo y lo registraran. Mi estafeta, Alejandro Ortiz, se hizo cargo de todo lo que llevaba el Che. Una mochila, dos morrales y una pistola en la cintura. Otro soldado recogió la mochila de Willy.

En el momento de la detención Ernesto no esperaba clemencia alguna por parte de los militares bolivianos, creyó que los Rangers iban a darle muerte en el acto. Ya se sabe que cree el ladrón que todos son de su condición. Según testimonio de Gary Prado antes de que se procediese a la detención, y cuando el comandante estaba ya herido en la pierna y con la boina atravesada por un balazo —curioso simbolismo—, Guevara gritó: «No disparen, soy el Che Guevara y les soy más útil vivo que muerto». Efectivamente, le era más útil a él mismo y sobre todo a Fidel Castro, que es lo que seguramente esperaba. Solicitaba magnanimidad a sus captores cuando meses antes había clamado desde la revista Tricontinental por el odio sin tasa, por el exterminio del otro, por el enaltecimiento de la guerra.

Pasó esa noche del ocho de octubre herido en una pequeña escuela rural de la población de La Higuera. Todavía no habían decidido qué hacer con él. Prado organizó un dispositivo de seguridad para evitar que los guerrilleros que habían conseguido evadir la emboscada se lanzasen como kamikazes sobre la escuela para liberar a su jefe. Nada de ello sucedió. Los restos de la guerrilla del Che en Bolivia se extinguieron casi al mismo tiempo que su conductor. Fue caer el Che y desaparecer una guerrilla que no había nacido ni por voluntad del pueblo ni de los propios guerrilleros, sino a causa de los delirios y alucinaciones del propio Guevara.

En La Paz la temperatura en el palacio presidencial subió de golpe. El presidente Barrientos se encontraba sin esperarlo con una patata caliente en las manos. Había dos opciones. Someterlo a juicio y exponerse a un proceso que sería problemático, mediático y complicado. O liquidar al guerrillero escudándose en presuntas heridas de guerra. Tras un encendido debate con sus asesores y el Estado Mayor de Bolivia el presidente se decidió por la segunda. Las horas del Che estaban contadas. Transmitió la orden a Vallegrande para que se desplazasen hasta La Higuera las autoridades competentes en la ejecución. La orden la recibió al despuntar el alba del día nueve el coronel Joaquín Zenteno Anaya que, acompañado por el agente cubano de la CIA Félix Ismael Rodríguez, tomó un helicóptero hasta la remota aldea donde Ernesto Guevara había pasado su última noche con vida. A partir de ahí todo fue muy rápido. Rodríguez se entrevistó con Guevara de muy malas maneras. El guerrillero tachó a Rodríguez de gusano, muy en la línea castrista de considerar gusanos a todos los cubanos que no comulgan con la revolución. El enviado de la CIA se encargó de

fotografiar página a página el diario que Guevara había venido escribiendo desde el primer día en el país. Acto seguido dio la orden de ejecución. Se buscó un voluntario en la persona de Mario Terán, un teniente del ejército. Antes de que procediese Félix Rodríguez le dio instrucciones para que no disparase por encima de la cintura y pudiese, en vano, mantenerse la coartada gubernamental de las heridas en combate.

## **El ascenso al olimpo revolucionario**

Las leyendas en torno a las últimas horas del Che son tantas que casi podría escribirse un libro para ir detallando una a una. Todas ellas carecen de importancia real y no alteran un ápice los acontecimientos. Tras la acalorada discusión con Rodríguez entró en la estancia el teniente Terán. Dicen que dudó un momento y descerrajó seis tiros sobre el cuerpo del andrajoso guerrillero. Seis certeros disparos que le atravesaron el tórax desde el pecho hasta la espalda como un San Sebastián, pero tiroteado. Eran la una y diez minutos de la tarde del nueve de octubre de 1967 y Ernesto Guevara de la Serna había dejado de existir.

El cadáver fue inmediatamente retirado de la lúgubre pieza de la escuela donde había sido ejecutado y lo dispusieron en una camilla sujeta al patín de un helicóptero para conducirlo al puesto de mando en Vallegrande. Un último y deprimente vuelo que lo conduciría directamente a la eternidad. En Vallegrande se le practicó la autopsia y una vez acicalado el cadáver se expuso encima del poyo de una lavandería para ser fotografiado por la prensa. Uno de los fotógrafos se encaramó a horcajadas encima del cuerpo y obtuvo ese primer plano cenital que luego se hizo tan famoso. Es difícil sustraerse a la fuerza de aquella imagen y es por ello que se ha representado hasta la saciedad.

El Gobierno, para evitar que el cadáver fuese enterrado y se citasen en torno a su tumba peregrinaciones cargadas de pasión mística, ordenó que se cremasen los restos. Asimismo, y para certificar la identificación plena, se ordenó a los forenses amputar sus manos. Es lo único físico que quedó del Che Guevara. Se custodiaron en Bolivia cerca de un año conservadas en formol. Nadie sabe cómo desaparecieron de allí y al tiempo reaparecieron en La Habana. Pasaron a ser propiedad de Fidel Castro y su contemplación era algo reservado para quien el comandante en Jefe creyese oportuno.

El diario de Bolivia, escrito a mano en su cuaderno de notas, tiene su propia historia. Se trata de una agenda alemana de la marca Herstellung Baier & Schneider y se encuentra en el país andino, en La Paz, a prueba de ladrones y de curiosos en el Banco Nacional de Bolivia. Pero no le fue sencillo llegar hasta ahí. En los primeros momentos el diario se archivó en el Estado Mayor del ejército boliviano clasificado como de alto secreto. Pero misteriosamente desapareció de allí para reaparecer en Sotheby's, la conocida casa de subastas londinense. El Gobierno boliviano tuvo que contratar los servicios de un bufete de abogados para recuperarlos y lo consiguió.

Una copia de los mismos en microfilm salió del país y aterrizó en La Habana. Poco después Fidel Castro anunció la edición cubana de los diarios del Che en Bolivia, prologada por él mismo, claro.

Los restos físicos del Che no darían menos vueltas. Tres décadas más tarde, en 1995, unos investigadores cubanos dijeron haberlos encontrado en una fosa común en Bolivia junto a los de otros guerrilleros. En aquel entonces el del Che Guevara era ya un mito de dimensiones inimaginables, mucho más célebre y reconocido que en el momento de su muerte. Solicitaron permiso al Gobierno boliviano y un equipo del Instituto de Medicina Legal de Cuba empezó las excavaciones.

Encontraron un total de 36 cadáveres en distintas fosas. En una de ellas, en el mismo Vallegrande, a unos metros de la pista del aeródromo local, se encontraban los restos del Che y los de otros seis guerrilleros, incluido el de Willy, el boliviano con quien había sido apresado Guevara el día antes de su muerte. Hasta Bolivia se desplazó un equipo argentino de antropólogos forenses. Uno de los cadáveres tenía las manos cortadas y los forenses detectaron formaldehído en los huesos, un compuesto químico que habían inyectado al Che poco después de morir para retardar la putrefacción del cuerpo mientras se encontraba expuesto en la lavandería. Estaba parcialmente vestido y en el bolsillo encontraron restos de tabaco para pipa. El equipo cubano-argentino presentó un informe dando por buena la identificación. La propaganda castrista no tardó en denominar a aquello «hazaña científica».

Pero no todos estaban de acuerdo. Años más tarde, en 2007, un equipo forense de la Universidad Complutense de Madrid, enmendó la plana a sus colegas arguyendo que había contradicciones irreconciliables entre la descripción del esqueleto encontrado en aquella fosa y la autopsia realizada treinta años antes. Contradicciones tales como fracturas de la segunda y tercera costilla izquierda, que no figuran en la autopsia del 67, que señala, en cambio, una lesión entre la novena y la décima costilla izquierda. El cadáver del 67 presentaba lesiones en las dos clavículas, mientras que el del 97 tiene una única lesión en la clavícula derecha. Algo similar sucede con los fémures o con las lesiones vertebrales, que no son concordantes. El examen odontológico tampoco coincide. Al Che le faltaba un premolar inferior izquierdo, extremo del que dio cuenta la autopsia original, pero que en la del 97 no se señala, pero si dice, en cambio, que tiene el tercer molar superior izquierdo —la muela del juicio—, que no tenía el Che. Tampoco había referencias al corte quirúrgico de las manos en la autopsia del esqueleto, lo que sorprendió a los forenses españoles porque ese tipo de intervenciones siempre dejan marcas visibles.

Estos datos directos son incontestables, pero los hay también indirectos. El encargado de dar sepultura a los guerrilleros, el teniente coronel Andrés Selich, se llevó el secreto a la tumba cuando fue asesinado en 1973, pero su viuda, que se trasladó a vivir a Paraguay posteriormente, aseguró que al Che lo habían enterrado separado de los demás, lo cual tiene cierta lógica habida cuenta de la importancia del personaje y del hecho de que su cuerpo estuvo expuesto para contemplación de los

paisanos durante dos días.

Pero hay más pistas. Al doctor Moisés Abraham, en aquel entonces director del hospital de Vallegrande, fue a quien correspondió practicar la autopsia y amputar las manos al guerrillero. Abraham desnudó al Che antes de hacer la autopsia y no volvió a vestirlo. Se le enterró desnudo. De hecho, el propio doctor se quedó con la chamarra como recuerdo, objeto que se llevó después a México, donde abrió una clínica en la ciudad de Puebla a finales de los años setenta. El esqueleto encontrado en la fosa del aeródromo iba con chamarra y cinturón.

Pero los restos del Che, ya fueran los suyos o de cualquiera de los infelices de Ñancahuazú, tenían que estar en Cuba antes del 26 de julio de 1997, justo a tiempo para conmemorar la celebración anual de la epopeya revolucionaria del cuartel de Moncada y el trigésimo aniversario de su muerte. Fidel Castro recibió el ataúd en La Habana el día 13 de julio de aquel año. Días después una inmensa comitiva se dirigió al interior de la isla en una ceremonia retransmitida en directo por la televisión cubana. Eran los tiempos del periodo especial, había que echar algo de alpiste ideológico al famélico pueblo cubano.

Fidel mandó construir un mausoleo dedicado a él y su memoria en la ciudad de Santa Clara, en la cripta del mismo reposa la urna con los huesos —falsos o verdaderos— de Ernesto Guevara. Sobre ella, un mural esculpido con un altorrelieve con escenas de la vida del «santo», una columna y una estatua en bronce del guerrillero de siete metros de altura con el lema «Hasta la Victoria siempre». Victoria que le fue negada en Bolivia, en el Congo y en casi todos los ámbitos de su vida pública, pero que conquistó después de muerto. Cada ocho de octubre se celebra el Cuba el «día del guerrillero heroico» y su imagen es junto con la de Martí y, lógicamente, la del propio Castro la que mayor presencia tiene a lo largo y ancho de toda la geografía cubana.

Medio siglo después de su muerte en una remota escuela rural de Bolivia el hombre se ha transformado definitivamente en mito y su historia en una suerte de evangelio pagano. Descanse en paz.

\* \* \*

## HISTORIA DE UN ICONO



Captura original de la famosa fotografía tomada por Alberto Díaz, más conocido como Korda, el 5 de marzo de 1960 en La Habana con motivo del funeral por los fallecidos en la explosión del navío La Coubre. Fue tomada con una Leica M2 y un objetivo de 90mm. Korda la recortó para eliminar elementos distractores como el hombre de la izquierda o la planta de la derecha y la expuso en su estudio habanero.

La fotografía pasó desapercibida durante años hasta que en 1967, ya muerto el Che, un editor italiano, Giacomo Feltrinelli, reparó en ella y se la llevó a Europa, donde publicó dos millones de carteles. En mayo de 1968 estallaron las revueltas estudiantiles en las que se empleó esta fotografía como uno de los símbolos de rebeldía juvenil.

Poco después el artista irlandés Jim Fitzpatrick estilizó la imagen dejándola sólo en rojo y negro. De esa fuente bebió un colaborador de Andy Warhol para crear una serigrafía multicolor. Falseó la autoría y se la vendió a una galería de Roma. Para 1970 la imagen se estampaba en todo tipo de soportes. El Che Guevara era ya un logotipo.

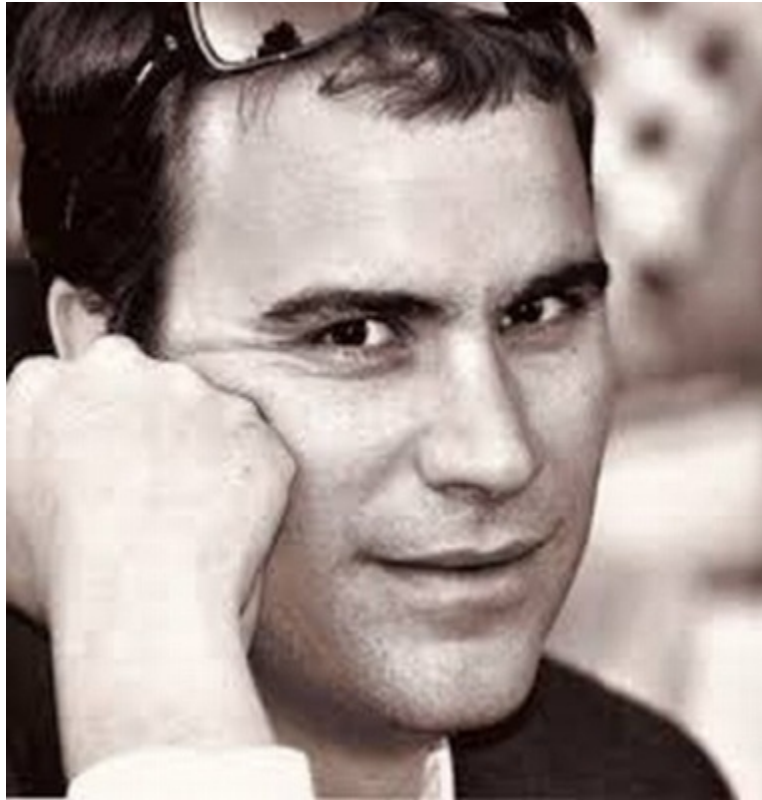
Es la fotografía más reproducida de la historia.



## AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiese sido posible sin la confianza y el apoyo de los patronos y mecenas de La ContraCrónica y La ContraHistoria. Estos son sus nombres. Gracias.

Alberto Garín García, Tomas Leiva Lèrou, Andrés Novo, Carlos Benítez, Alonso Alarcón Cachinero, José Buzón, Oriol Cosp Arque, Adrián Bernabéu, Pablo Lasunción, Joan Ramón Barcelona, Manuel de la Serna, Xavier Palomeque Salazar, Víctor Pérez, Luis Tovar French, Juan del Castillo Waters, Víctor Rodríguez, Gonzalo González Guerrero, Felipe Fernández del Valle, Saúl Rosa Caballero, Pedro del Amo, Domingo Durango de la Rosa, Pablo Camba, David de Bedoya, José Luis Blasco Ruiz, Andrea Martos Esteban, Pol Reig, Juan José Martín, Diego Caballero, Javier Iriarte, Rosa García, Rubén González Méndez, Juan Macías Alonso, Lorenzo Pardo, Clara Clemente Pujol, Pablo Solchaga Sánchez, Gonzalo López de Ceballos, Ángel Gálvez, Álvaro Sánchez de Granda, Luz Mary Villada, Pedro del Amo.



FERNANDO DÍAZ VILLANUEVA. Es periodista e historiador. Ha trabajado como redactor en AtlasTelecinco, como jefe de opinión en *Libertad Digital* y subdirector de Contenidos en LDTV. Actualmente es director de *Negocios.com*. Es socio fundador del Instituto Juan de Mariana y miembro del Consejo de Redacción de *La Ilustración Liberal*.

Es colaborador regular del diario *La Gaceta*, del semanario *Alba*, de la revista *Xtra*, del suplemento cultural DOCS, de la revista de *Historia de LD*, de los programas ‘Dando Caña’ de Intereconomía TV y ‘Business Connection’ de Business TV, así como de los programas radiofónicos ‘Es la noche de César’ y ‘Sin Complejos’ de esRadio, ‘Los últimos de Filipinas’ de Radio Intereconomía y ‘A fondo’ de Radio Inter.

Es autor de dos biografías sobre los Reyes Católicos, de una biografía sobre el Che Guevara y de los libros de Historia: *Nosotros los españoles*, *Historias con vida propia*, *Historia criminal del comunismo*, *Treinta siglos no es nada* y *Para habernos matado. Grandes batallas de la Historia de España*.